

Mateo
Pláticas sencillas
Autor: S. Prod'hom

La palabra “Evangelio” significa “Buena Nueva”. Y en efecto, ¡qué buena noticia, la que presenta a los hombres un Salvador perfecto, manifestación del amor de Dios para con ellos! Mateo revela al Señor bajo el carácter de Mesías prometido a los judíos. En el primer versículo es llamado “Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham”.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Prólogo	8
Capítulo 1.....	11
La genealogía de Jesucristo.....	11
El nacimiento del Señor.....	12
Capítulo 2	14
Los magos	14
Herodes y los niños de Belén	15
El regreso de Egipto.....	17
Capítulo 3	19
Juan el Bautista.....	19
El bautismo de Jesús.....	21
El Espíritu Santo desciende sobre Cristo	22
Capítulo 4	24
La tentación.....	24
La primera tentación	25
La segunda tentación	25
La tercera tentación.....	26
El regreso de Cristo a Galilea	27
El llamamiento de los discípulos.....	29
La actividad de Jesús.....	29
Capítulo 5	31
El sermón del monte.....	31
Los bienaventurados.....	31
La sal y la luz.....	32
La ley mantenida y superada en el reino.....	33
Amar a sus enemigos	34
Capítulo 6	36
Cómo practicar la piedad.....	36
El propósito de la vida	37
El afán y la ansiedad	38
Capítulo 7	39
La conducta para con nuestro semejante	39
El camino estrecho y el camino espacioso	40
Falsos profetas y falsos obreros	40
Los dos cimientos	41

Capítulo 8	43
Tres curaciones.....	43
En pos de Jesús	45
El Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza.....	46
La tempestad.....	47
En la tierra de los gadarenos.....	48
Capítulo 9	50
La curación de un paralítico	50
El llamamiento de Mateo	51
El vino nuevo y los odres viejos	52
La resurrección de una joven	53
La curación de dos ciegos y un mudo.....	54
Ovejas sin pastor	55
Capítulo 10	57
La misión de los doce apóstoles.....	57
Persecuciones venideras	58
No temer a los hombres	60
Tomar su cruz y seguir al Maestro	61
Capítulo 11	63
Los discípulos de Juan en presencia de Jesús.....	63
Jesús da testimonio de Juan	64
Reproches de Jesús	66
La revelación del Padre.....	66
El llamamiento al Salvador.....	68
Capítulo 12	70
Señor del día de reposo	70
La curación de un hombre que tenía la mano seca.....	71
El siervo perfecto	71
La blasfemia contra el Espíritu Santo.....	73
El buen tesoro y el mal tesoro.....	74
La señal de Jonás	75
La condición de Israel incrédulo	76
La madre y los hermanos del Señor	77
Capítulo 13	78
La parábola del sembrador	78
Por qué Jesús hablaba por parábolas	79

Explicación de la parábola del sembrador	81
Parábolas del reino de los cielos	83
La cizaña.....	83
La semilla de mostaza	84
La levadura	85
Explicación de la parábola de la cizaña.....	85
El tesoro	86
La perla preciosa	87
La red.....	87
Cosas viejas y cosas nuevas.....	89
Jesús en su país.....	89
Capítulo 14	90
La muerte de Juan el Bautista.....	90
La multiplicación de los panes.....	92
Jesús en el monte.....	94
La tempestad.....	94
Capítulo 15	97
La tradición	97
La fuente de toda contaminación	99
La mujer cananea.....	100
La segunda multiplicación de los panes	101
Capítulo 16	104
Una señal	104
Discípulos olvidadizos	105
La confesión de Pedro.....	106
La Asamblea	108
El reino	109
Jesús anuncia su muerte	111
Capítulo 17	114
La transfiguración	114
Elías.....	116
La impotencia de los discípulos para sacar un demonio	117
Las dracmas.....	119
Capítulo 18	121
El mayor en el reino.....	121
Ocasiones de caída	122

El valor de un niño.....	124
¿Cómo arreglar los agravios entre hermanos?.....	125
Allí estoy yo en medio de ellos.....	125
¿Cómo perdonar?.....	127
Capítulo 19	129
Una cuestión referente al matrimonio.....	129
Otra vez los pequeños.....	129
El joven rico.....	130
La recompensa.....	132
Capítulo 20	134
El obrero de la hora undécima.....	134
En camino hacia Jerusalén.....	135
La curación de dos ciegos.....	136
Capítulo 21	138
La entrada real en Jerusalén.....	138
Jesús en el templo.....	139
La higuera estéril.....	141
Jesús y los jefes del pueblo.....	142
La parábola de los viñadores.....	143
La cabeza del ángulo.....	144
Capítulo 22	146
La boda del hijo del rey.....	146
¿A quién pagar tributo?.....	148
Una pregunta en cuanto a la resurrección.....	149
El mayor mandamiento.....	150
Cristo, ¿de quién es hijo?.....	151
Capítulo 23	152
Una apariencia de piedad.....	152
“¡Ay de vosotros!”.....	153
Capítulo 24	157
La pregunta referente al templo.....	157
La primera parte de la respuesta de Jesús.....	158
La segunda parte de la respuesta de Jesús.....	160
La venida del Hijo del Hombre.....	161
¿Qué permitirá conocer la proximidad de la venida del Hijo del Hombre? ...	163
Exhortaciones a la vigilancia.....	165

El siervo puesto sobre los de la casa	167
Capítulo 25	169
La parábola de las diez vírgenes	169
La parábola de los talentos	171
El trono del Hijo del Hombre	174
Capítulo 26	178
Jesús anuncia su crucifixión	178
La reunión en casa de Caifás.....	178
Jesús en casa de Simón el leproso	179
Judas vende a su Maestro	181
La última pascua	182
La institución de la Cena	183
Una advertencia a los discípulos.....	185
Getsemaní	186
El arresto de Jesús	188
La comparecencia ante Caifás	189
La negación de Pedro	190
Capítulo 27	192
El final de Judas	192
Jesús ante Pilato.....	193
La crucifixión	195
El desamparo de Dios.....	197
La muerte y la sepultura de Jesús	199
La guardia	201
Capítulo 28	203
La aparición del ángel.....	204
Jesús y sus discípulos en Galilea	205

Prólogo

La palabra “Evangelio” significa “Buena Nueva”. Y en efecto, ¡qué buena noticia, la que presenta a los hombres un Salvador perfecto, manifestación del amor de Dios para con ellos!

Los evangelios son cuatro y todos ellos relatan la vida del Señor Jesús en la tierra. Quizás algunas personas se han preguntado por qué Dios nos dio cuatro escritos inspirados para hacer conocer la vida de su muy amado Hijo en este mundo, cuando al parecer uno solo bastaría. La razón estriba en el hecho de que el Señor debía ser presentado bajo diversos aspectos. Un relato único no era suficiente al Espíritu de Dios para mostrar, en sus diversas glorias, a Aquel de quien hablaron los profetas, quien era a la vez el Mesías prometido a los judíos, el Hijo de David, Emanuel (que traducido es: Dios con nosotros), el Siervo, el Profeta y el Hijo del Hombre; quien, habiendo nacido de la simiente de la mujer, era al mismo tiempo el Hijo de Dios, Dios mismo. Para revelar a una persona tan gloriosa, fueron necesarios cuatro relatos que lo presentaran bajo los cuatro grandes aspectos de los que hablaron los profetas.

Mateo revela al Señor bajo el carácter de Mesías prometido a los judíos. En el primer versículo es llamado

Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.

“

Marcos relata la vida del Señor respondiendo al carácter de profeta o de siervo, de quien, entre otros, habló Isaías (cap. 42:1; 49:3, 5-6; 52:13; 62:11). El Salmo 40 lo muestra como el que anunció justicia en la gran congregación de Israel (v. 9-10). Moisés predijo la llegada de un profeta que Jehová enviaría al pueblo (Deuteronomio 18:15-18). Ya hay aquí dos caracteres del Señor que ocupan un lugar importante en el Antiguo Testamento: el de Mesías y el de Siervo.

Lucas presenta el tercer carácter, no menos glorioso: el Hijo del Hombre, el Hombre según los consejos de Dios. Adán, el primer hombre, perdió por su pecado todos sus derechos, excepto el derecho a ser juzgado. El segundo hombre, simiente de la mujer (de la cual no provenía Adán pues él no había nacido de mujer), hereda, en virtud de la redención, todo lo que el primero perdió. Por eso tuvo que morir y redimirlo todo. Así, la gloria y el dominio sobre toda la creación pertenecen a él, al Hombre perfecto, como lo afirman, entre otros, los textos del Salmo 8:3-9 y Daniel 7:13-14.

Resta todavía el más glorioso de los caracteres de Cristo, es decir, el de Hijo de Dios. Sin este, los tres primeros no podrían cumplirse perfectamente. Así pues, el Mesías, el Siervo, el Hijo del Hombre debía ser también el Hijo de Dios, Dios manifestado en carne, el Creador de los cielos y de la tierra, la luz y la vida de los hombres (Juan 1:4). Es el apóstol **Juan** quien lo presenta así.

Estas breves palabras ayudarán a comprender las gloriosas razones que Dios tuvo para hacer escribir los cuatro relatos que presentan su muy amado Hijo a los hombres. Además, se comprenderá que es absurdo unificar estos escritos, como ciertos hombres lo intentan, so pretexto de que los evangelios serán más comprensibles si se eliminan las diferencias y las presuntas contradicciones que se hallan en ellos. Estos hombres no entienden que son cuatro relatos distintos, y no cuatro repeticiones más o menos concordantes.

Guiado por el Espíritu de Dios, sin ser confiado al cuidado de su memoria, cada autor inspirado relató en el evangelio que le fue encomendado los discursos, milagros y parábolas que ponían de relieve los caracteres del Señor que Dios quería presentar. De ahí provienen las diferencias que se encuentran en ellos. Para presentar la verdad respecto a Su persona, no era necesario mencionar todo lo que él había dicho y hecho, aunque sí todo era perfecto. Por eso, lo que era útil a uno, no siempre lo era al otro, como lo confirma el siguiente ejemplo. **Mateo** anuncia el nacimiento del Mesías, el rey de los judíos. Por lo tanto son unos magos, gente de una corte real, quienes vienen a tributarle el homenaje debido a un rey. Le traen presentes: oro, incienso y mirra. Todo esto está en conformidad con el carácter de rey. **Marcos**, que presenta el ministerio del Siervo, no habla de su nacimiento. No es necesario que se conozca el nacimiento o la genealogía de un siervo. Solo se espera que cumpla con su servicio. **Lucas**, al contrario, se detiene en muchos detalles relacionados con el nacimiento del Hijo del Hombre, la simiente de la mujer, quien llega a este mundo en la más profunda humildad. Yace en un pesebre y es adorado por humildes pastores. Los ángeles que celebran su nacimiento exclaman: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lucas 2:14). Todo eso, con algunos otros detalles, está en perfecto acuerdo con el carácter de Hijo del Hombre. ¿Podría hallarse en el evangelio de **Juan** una genealogía o un nacimiento ya que su objeto es el Hijo de Dios? ¡En absoluto! “En el principio” de las cosas creadas “era el Verbo... y el Verbo era Dios” (Juan 1:1). Y cuando se trata de su presencia en medio de los hombres, la Palabra de Dios dice: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre)” (Juan 1:14). Ya

se ve que ni un solo detalle de cada uno de estos relatos puede ser reemplazado por los de otro. Si se hiciera de ellos un solo relato, no se podría distinguir nada más. Esta norma sigue, desde el comienzo hasta el final de los cuatro evangelios.

Capítulo 1

La genealogía de Jesucristo

El Señor Jesús es presentado en Mateo como el objeto de las promesas y de las profecías hechas al pueblo de Israel. Se cree que este evangelio fue escrito especialmente para los creyentes judíos, con el fin de fortalecer su fe en la persona de su Mesías, a quien el pueblo había rechazado. De ahí proceden las numerosas citas del Antiguo Testamento, las del profeta Isaías en particular, quien habló mucho de Cristo. La genealogía es, como el primer versículo lo indica, la de Jesucristo, Hijo de David, Hijo de Abraham, heredero de las promesas hechas a Abraham y del trono de David. Desde Abraham son tres series de catorce generaciones, llegando a José el marido de María, madre de Jesús. Esta es la genealogía oficial del Señor, la única válida para los judíos, porque era la genealogía de José, considerado entre los judíos como el padre de Jesús (véase Lucas 3:23). Las tres series de generaciones concuerdan con las tres grandes fases de la historia de Israel desde el llamamiento de Abraham:

1. desde Abraham hasta David (v. 2-6);
2. desde David hasta la deportación a Babilonia (v. 7-11);
3. desde la deportación a Babilonia hasta el nacimiento de Cristo (v. 12-16).

La venida de Cristo a su pueblo respondía a las promesas hechas mucho tiempo atrás; sin embargo, estaba en conformidad con la gracia de Dios para con su pueblo. Así, al nacer el Señor en este mundo, no podía surgir de una estirpe de hombres ilustres cuya vida estuviera exenta de mancillas, pues descendía a la tierra como Salvador de una raza perdida. Su gloria no provenía de sus padres según la carne, sino de lo que él era en sí mismo, aquel que vino del cielo para traer la gracia y la verdad. Está, pues, en relación con su pueblo sobre la base de la pura gracia divina. Ello se demuestra en esta genealogía gloriosa para el judío, orgulloso de ser descendiente de Abraham y de David, porque al lado de hombres que han dejado un feliz recuerdo, como Abraham, David, Ezequías, Josías, también vemos reyes impíos como Joram, Acaz y Manasés, nombres que traen tristes recuerdos a la memoria.

Además, ha parecido bien al Espíritu de Dios mencionar personas que sería fácil omitir en una genealogía oficial, si Dios no hubiera tenido motivos especiales para citarlas. Son cuatro mujeres, a cuya memoria se vinculan hechos humillantes en la historia de los antepasados. **Tamar** (v. 3), que recuerda la inmoralidad de Judá; **Rahab** (v. 5), una prostituta cananea que recibió y

Sin embargo, también dice: “Ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mateo 11:27). Para los que aún no son salvos: ¡no continúen desconociendo a tal Salvador! Pues “¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (Hebreos 2:3).

Capítulo 2

Los magos

En el momento del nacimiento del Señor, unos magos en el Oriente vieron resplandecer una estrella; por ella comprendieron que el rey de los judíos había nacido. Estos magos, instruidos en astrología y en ciertas ciencias, eran muy estimados en las cortes reales. Los que se mencionan aquí, aunque pertenecían a esta clase de sabios, eran, sin lugar a duda, hombres piadosos; sabían que un rey había sido prometido a los judíos y lo esperaban (Números 24:17). Advertidos de su nacimiento por la aparición de la estrella, se pusieron en camino para rendirle homenaje. Al llegar a Jerusalén, preguntaron por el rey de los judíos que había nacido, pensando, sin duda, que hallarían a la ciudad en gran regocijo por tal acontecimiento. Pero, ¡ah!, nada sucedía. El pueblo de aquel entonces no aguardaba mejor a su rey que los pueblos cristianos de hoy esperan la venida del Señor Jesús (1 Tesalonicenses 1:10).

Cuando Herodes se enteró de la llegada de los magos y el objeto de su visita, se turbó, y toda Jerusalén con él. Convocó inmediatamente a todos los principales sacerdotes y a los escribas para preguntarles dónde debía nacer el Cristo. La respuesta fue clara: “En Belén de Judea; porque así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá un guidor, que apacentará a mi pueblo Israel” (v. 5-6; véase Miqueas 5:2).

La turbación causada por la noticia de la aparición del rey prometido permite ver en qué triste estado se hallaba el pueblo. Vueltos del cautiverio; mantenidos en su tierra, a través de muchas dificultades, para esperar a su Mesías; gimiendo bajo el yugo de los romanos; dominados por el miserable Herodes, un execrable rey extranjero; poseyendo las Escrituras que les anunciaban su liberación por medio de la venida de su verdadero rey, el hijo de David. Aun así, los judíos no lo esperaban en absoluto. Su nacimiento los turbó en vez de causarles alegría, lo que comprueba que la presencia de Dios estorba a los hombres más que los males y las miserias. Desgraciadamente hoy, con la luz del cristianismo, no se espera al Señor más que aquellos judíos a su Mesías. Sin embargo, como los sacerdotes y los escribas de aquellos tiempos, cada uno posee la Palabra de Dios que enseña claramente que el Señor volverá. Hace mucho tiempo que la iglesia profesante ha perdido de vista esta verdad, verdad que desagrada al corazón natural y espanta al mundo. ¿Por qué? Porque la Palabra de Dios nos dice que después del arrebatamiento de los santos esta-

llarán los juicios apocalípticos. “El día del Señor vendrá así como ladrón en la noche... Entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina... y no escaparán” (1 Tesalonicenses 5:2-3), pero el Señor aparecerá para salvar a los que lo esperan (Hebreos 9:28). ¿Lo espera usted?

Nadie estaba más turbado en Jerusalén que Herodes, el falso rey de los judíos. Por eso llamó secretamente a los magos para saber el tiempo de la aparición de la estrella. Luego, los envió a Belén, ordenándoles que volvieran a Jerusalén después de haber hallado al niño, pues fingió querer rendirle homenaje, aunque en realidad su corazón no tenía otro deseo que el de darle muerte.

Dios guiaba a estos magos piadosos. Se servía del conocimiento que tenían los sacerdotes para revelarles el lugar donde hallarían a Aquel que buscaban. Y al reanudar el camino, Dios hizo aparecer la estrella que habían visto en el oriente, la cual iba delante de ellos hasta detenerse en el lugar donde estaba Jesús.

“ Al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo. Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra (v. 10-11).

Dios procuraba que su Hijo recibiera, a su llegada a este mundo, los honores debidos a un rey. Y como los jefes de su pueblo no se hallaban en condiciones de rendírselos, encontró a estos sabios de entre los gentiles para que cumplieran este servicio. En el evangelio según Lucas son humildes pastores quienes contemplan al Señor en su nacimiento, ya que el pueblo no lo esperaba.

Desde el principio de su vida en la tierra, nuestro precioso Salvador fue desconocido y despreciado. Pero Dios ha enseñado siempre a algunos a discernirlo, a recibirlo y a honrarlo. Así también es hoy.

Herodes y los niños de Belén

Dios cuidaba de la divina Criatura que, por su nacimiento en este mundo, estaba expuesta al odio de Satanás y de los hombres.

Conociendo las criminales intenciones de Herodes, Dios advirtió a los magos para que regresaran a su país sin pasar por donde estaba el rey (v. 12). Después de su partida, José tuvo un sueño en el cual se le apareció el Señor, diciéndole: “Levántate, y toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y permanece allá hasta que yo te diga; porque acontecerá que Herodes buscará al niño para matarlo” (v. 13).

Antes de que Herodes llevara a cabo su criminal proyecto, Dios ordenó a José que huyese a Egipto. El miserable rey ignoraba que, por encima de él, había Uno “que conoce los pensamientos de los hombres” (Salmo 94:11). Y tampoco sabía cuál era la gloria de este niño, a quien nadie podía quitar la vida. Jesús murió solo cuando él mismo se entregó. Sin embargo, para proteger a su Hijo, Dios no quiso hacer un milagro que llamara la atención de los hombres, sino que previno a José en silencio. Estas circunstancias daban lugar al cumplimiento de una profecía de Oseas:

De Egipto llamé a mi hijo

“ (Oseas 11:1).

Así como en otro tiempo Israel fue llamado de Egipto, de la misma forma debía serlo Cristo, el verdadero Israel. Pero con la diferencia de que él no tenía necesidad de ser liberado como lo fue Israel. Él mismo venía para liberar a su pueblo del poder de uno que era más fuerte que Faraón.

Al ver Herodes que los magos se habían burlado de él, se enojó mucho. El carácter y el origen de esta cólera son fáciles de discernir: Satanás sabía que la simiente de la mujer debía quebrarle la cabeza. Por eso, después de la caída, hizo todo lo posible para impedir la ejecución de esta sentencia. Como sabía que esta simiente, Cristo, surgiría del pueblo judío, trató repetidas veces de exterminar esta raza. El Faraón de Egipto, por ejemplo, ordenó echar al río a los niños hebreos. Muchas veces el enemigo llevó al pueblo bajo los juicios de Dios, a causa de sus pecados, pensando que de esta manera los destruiría. La descendencia real, de donde debía nacer el Cristo, casi fue exterminada por la reina Atalía. Solamente quedó Joás, un niño puesto a salvo por la mujer del sacerdote Joiada. En nuestro capítulo, al ordenar Herodes la muerte de los niños de Belén, se convierte en el instrumento del diablo para hacer desaparecer a Jesús. Finalmente Satanás creyó vencer incitando a los hombres para que crucificaran al Señor, pero fue entonces cuando se le quitó su poder y su cabeza fue quebrada. Apocalipsis 12:4 resume todo este esfuerzo de Satanás, al mostrarlo, en un cuadro simbólico, preparado para devorar al “hijo varón” que debía nacer de la mujer, símbolo de Israel.

Sin embargo, el esfuerzo de Satanás y de los hombres por oponerse a Dios es vano. Un día los reyes de la tierra se levantarán juntos contra Jehová y contra su Ungido, pero “el que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos” (Salmo 2:4). Herodes, creyendo lograr su propósito, hizo matar a todos los niños menores de dos años que se hallaban en el territorio de Belén según el tiempo que “había inquirido de los magos” (v. 16). Se puede comprender, de acuerdo a este

pasaje, que habían transcurrido aproximadamente dos años desde que la estrella apareció a los magos en el oriente, anunciándoles el nacimiento del Señor. Por consiguiente, Jesús debía tener más o menos dos años de edad.

El dolor causado en Belén por la matanza de estos niños se encuadraba en el cumplimiento de una profecía de Jeremías (cap. 31:15): “Voz fue oída en Ramá, llanto y lloro amargo; Raquel que lamenta por sus hijos, y no quiso ser consolada acerca de sus hijos, porque perecieron”. Ramá designa la comarca en la cual estaba situada Belén. Si el Señor hubiera sido recibido, se hubiera cumplido la restauración de Israel a la cual hace referencia el capítulo 31 de Jeremías, y estos niños no habrían sido matados; por el contrario, habrían gozado de su reinado. Pero, al haber participado inmediatamente en el rechazamiento de Cristo, tendrán su parte con él en la gloria celestial, lo que vale infinitamente más. Es verdad que para la tierra su muerte es un motivo de llanto. También es triste pensar que uno de los primeros efectos de la presencia de Cristo en la tierra, fue la matanza de estos niños. Eso muestra cómo es el corazón humano. Pero, como alguien dijo: «Si la tierra se vacía, es para llenar el cielo». El objetivo de Dios es poblar con hombres perfectamente felices una tierra nueva. He aquí el porqué, en su insondable amor, Dios hizo descender a su Hijo muy amado a esta tierra corrompida y llena de violencia.

El regreso de Egipto

Un ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto para anunciarle la muerte de Herodes: “Levántate”, le dice, “toma al niño y a su madre, y vete a tierra de Israel”. Así como obedeció para marcharse, obedece para regresar. En el camino, al oír que Arquelao reinaba en Judea, tuvo temor de ir allí, sabiendo, sin duda, que el hijo era tan cruel como el padre. Divinamente advertido una vez más en sueños, José se retiró a Galilea y se estableció en Nazaret, donde habitaba antes, según lo narra el evangelio de Lucas (cap. 1:26-27; 2:4). María y José habían dejado esta ciudad para ir a Belén en vista del censo ordenado por el emperador Augusto, circunstancia de la que Dios se sirvió para que su Hijo naciese en Belén, conforme a las Escrituras. Volvieron a Nazaret no solamente a causa de la maldad de Arquelao, sino a fin de que se cumpliera, además, la palabra de los profetas, que “habría de ser llamado nazareno”. Este apelativo lo señalaba como alguien que venía de dicha ciudad, cuyo nombre significa: separado, consagrado; pero designaba también el carácter de Jesús como el verdadero Nazareo (Números 6:1-21), el hombre absolutamente separado de toda influencia mundana para servir a Dios en una perfecta consagración. Su perfección como nazareo provenía de su deidad, pero se cumplía en su perfecta humanidad. El nombre de nazareno era también un término despectivo por medio del cual el hombre, en su

ceguera y odio, designaba a Aquel que en su perfecta santidad era la expresión del amor de Dios para con el pecador. Nazaret era, en Galilea, un lugar despreciado, y Galilea misma era despreciada por los judíos .

¡A qué humildad descendió el Señor para salvarnos! Él, el Hijo eterno de Dios, Dios mismo, se despojó como tal, tomó forma de siervo “y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo” (Filipenses 2:7-8). Desde su nacimiento es despreciado y rechazado por los hombres; comprueba a lo largo de su vida en la tierra lo que está escrito acerca de él:

“ Varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos (Isaías 53:3).

Desde su entrada en este mundo, debe huir de la persecución. Cuando regresa a su país, la maldad del hombre le obliga a retirarse a una región y a una localidad despreciada por el orgullo judío. Allí, humildemente, pasa treinta años, de los cuales no tenemos detalles, excepto el relato de Lucas 2:41-52. Ejerce la profesión de José, porque no es llamado solamente “el hijo del carpintero”, sino también “el carpintero”, en Marcos 6:3.

La humillación a la que descendió el Señor de gloria, ¿no conmueve nuestros corazones? Al contemplarlo exclamamos: «Él ha dejado la gloria por nosotros, a fin de ocupar tal lugar en este mundo y sufrir en la cruz el juicio terrible que nosotros merecíamos a causa de nuestros pecados». Las vidas de todos los que conocen al Salvador y disfrutan su amor deberían ser semejantes a la suya en la humildad, la abnegación, estos caracteres del nazareo, separado de toda mancha, consagrado a Dios, lo cual él realizó con toda perfección. Imitemos su ejemplo, si tenemos el privilegio de creer en este Salvador muy amado. El secreto para seguir sus huellas es amarlo, y la clave para amarlo es pensar en su amor hacia nosotros, disfrutando de él.

Capítulo 3

Juan el Bautista

Se acercaba el tiempo en que Cristo sería manifestado a Israel. Sin embargo, sin que una obra operase en los corazones, el Señor no podía tomar el lugar que le correspondía, a causa del deplorable estado en que el pueblo se hallaba. Isaías había profetizado que la venida del Señor sería anunciada y preparada por un precursor: “Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor. Enderezad sus sendas” (cap. 40:3). Estas palabras aluden a lo que sucedía antiguamente cuando llegaba un soberano. Se hacía quitar los obstáculos, nivelar y enderezar los caminos que no estaban habitualmente conservados en buen estado, para facilitar la marcha del rey y su séquito. Aquí, la preparación para la recepción del rey era moral. Debía hacerse en los corazones, por la acción de la Palabra de Dios y del Espíritu Santo. Juan el Bautista había recibido de Dios esta misión. Mateo no habla del nacimiento de Juan, pero Lucas hace de él un relato detallado e interesante. Aquí, como en el evangelio según Marcos, Juan aparece de repente, predicando en el desierto de Judea y diciendo: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”. Es muy extraño ver a alguien predicando en un desierto, pero este desierto representa lo que es para Dios el corazón del pueblo, el corazón natural de todo hombre. Cuán maravillosa es su bondad al haber hecho predicar las riquezas de su gracia. Juan había vivido en la soledad, en completa separación de un pueblo corrompido. Estaba vestido como un profeta (véase 2 Reyes 1:8), con un manto de pelo de camello y un cinto de cuero alrededor de sus lomos. Se alimentaba de langostas y de miel silvestre (v. 4). Las langostas, grandes y abundantes en el Oriente, sirven todavía de alimento para los habitantes de esas regiones. Tanto el vestido como el alimento de Juan nos hablan de los caracteres de un hombre separado del mundo. El que vive para Dios no se nutre de lo que el mundo proporcione.

El Señor, o Jehová, iba a venir en la persona de Jesús. El reino de los cielos se acercaba, es decir, el reino cuyo gobierno tiene su sede en el cielo, en contraste con los reinos de la tierra. El Señor no podía establecer su poder sobre el pueblo en el estado de pecado que lo caracterizaba. Si se hubiera presentado repentinamente en el ejercicio de su poder, habría destruido por el juicio a este pueblo, compuesto por hombres pecadores. ¿Cómo, pues, tendría sitio un pecador en un reino donde solamente puede subsistir lo que es divino? Esto es precisamente lo que Juan anunciaba diciendo al pueblo que era necesario **arrepentirse** y creer en Aquel que iba a venir (Hechos 19:4).

Juan se mantenía separado del pueblo. La gente salía a su encuentro de todas partes. Confesaban sus pecados y eran bautizados en el Jordán, con el bautismo del arrepentimiento; así se hacían aptos para recibir al Mesías. Dios obra hoy según el mismo principio para la conversión del pecador. Le ofrece el cielo, pero a causa de Su absoluta santidad, el pecador no puede entrar en él. ¿Qué debe hacer entonces? **Confesar sus pecados**. Y confesar sus pecados no es simplemente decir: «Me he equivocado», sino: «He aquí lo que he hecho», declarando aceptar el juicio que merece. Entonces podrá exclamar como el salmista:

“ Mi pecado te declararé, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová. Y tú perdonaste la maldad de mi pecado (Salmo 32:5).

Todos aquellos que salían al encuentro de Juan con un corazón recto, y confesaban sus pecados, se hallaban en condición de recibir al Señor, quien expiaría todas sus faltas a través de sus sufrimientos en la cruz. Sin embargo, allí también se encontraban fariseos y saduceos que pretendían participar en el reino de los cielos en virtud de su posición nacional y religiosa, creyendo que para obtener este privilegio era suficiente pertenecer a la raza de Abraham, sin que su estado de pecado fuese considerado. Pero se equivocaban completamente, porque solo en virtud de la gracia, por la cual Dios perdona al pecador, el judío, como todo hombre, puede disfrutar de las bendiciones traídas por el Señor. Entonces Juan, indignado por la falta de conciencia de estos hombres y por su menosprecio a los derechos y al carácter de Dios, les dijo: “¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?”. No les dijo que eran demasiado malos para evitar esta ira, sino: “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento”. Esto quiere decir: «Reconoced con rectitud vuestro estado de pecado, confesadlo, y que vuestra marcha responda a vuestras palabras». Uno debe tener frutos que prueben la realidad de lo que profesa. Era inútil jactarse de su posición como hijos de Abraham. La prueba a la que Dios había sometido a este pueblo y, por medio de él al corazón de todo hombre, se acababa y atraía sobre él el juicio. Por eso Juan añadió: “Ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles. Por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego”. El juicio no se ejecutaba aún; el hacha todavía no estaba levantada. Se encontraba al pie del árbol, lista para cortarlo, si no se produjeran los frutos del arrepentimiento.

Juan anunciaba luego la llegada de Aquel que venía tras él, que era más poderoso que él, y de quien él no era digno de llevar el calzado. No bautizaría en agua, sino en Espíritu Santo y fuego. En **Espíritu Santo** significa que el mismo Espíritu sería la potestad de vida por la cual aquellos

que creían podrían servir y glorificar a Dios en el nuevo estado de cosas que el Señor introduciría. **En fuego**, alude al juicio de Cristo sobre aquellos que no le recibieran. “Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará”. El aventador sirve para separar la paja del grano cuando se ha trillado el trigo. La era representa a Israel, y el Señor venía para cumplir esta selección y ejecutar el juicio más tarde. Esto era lo que los judíos, como todos los hombres, debían tener en cuenta, con el fin de actuar en consecuencia, aceptando, como pecadores culpables, la gracia que venía en la persona de Aquel que sería el Juez de los que lo rechazaban como Salvador.

El bautismo de Jesús

¡Qué escena maravillosa presentan estos versículos! Acabamos de leer la solemne invitación de Juan, llamando al arrepentimiento y anunciando la llegada de uno más poderoso que él, el Señor Jesús, el Salvador del mundo.

El pueblo esperaba al Mesías prometido; pero, ¿de dónde vendría? ¿Cómo aparecería? ¿Cuál sería su aspecto?

Un hombre venido de Nazaret de Galilea, el más humilde de los hombres que jamás se viera en la tierra, se acerca un día a Juan, a orillas del Jordán. Él también pide el bautismo. Juan, enseñado por Dios, lo reconoce al instante (Juan 1:29-31) y se niega a bautizarlo, diciendo: “Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?”. ¿Qué debía pensar el pueblo que asistía a esta escena? «¿Será, pues, este hombre el Mesías? ¿Cómo se explica que quiera ser bautizado Aquel de quien Juan dijo que no era digno de llevar su calzado, Aquel que debe ejercer el juicio sobre los pecadores, Aquel que no tiene ningún pecado que confesar?». Sí, era verdaderamente él, pero, ¡qué misterio tan insondable!, en vez de aparecer en el esplendor de su gloria mesiánica, venía en gracia, juntándose con los pecadores arrepentidos. Ocupando un lugar en medio de ellos, los acompañaba desde sus primeros pasos en el camino que Dios les abría para sacarlos de su condición pecaminosa y conducirlos a las bendiciones que él venía a traerles, antes de cumplir su obra en juicio. Estos pecadores arrepentidos eran los únicos en la tierra de Israel en quienes el Señor podía complacerse. Esto es lo que expresa el Salmo 16:3: “Para los santos que están en la tierra, y para los íntegros, es toda mi complacencia”. El Señor formula el mismo pensamiento cuando dice:

“ Habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento (Lucas 15:7). ”

¡Qué inmenso amor manifestó Jesús en la tierra, amor que halla complacencia y satisfacción en un pecador que se arrepiente! Precisamente en medio de pecadores veremos a este precioso Salvador durante el curso de su ministerio en la tierra; y por la eternidad ellos mismos, entonces glorificados, lo rodearán celebrando su gracia y su gloria en un mundo nuevo. ¡Quiera Dios que todos nuestros lectores formen parte de ellos!

Jesús respondió a Juan el Bautista: “Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia”. Aquí también vemos la gracia maravillosa y condescendiente, por la cual el Señor Jesús se asociaba con pecadores arrepentidos y con Juan, como siervo, diciéndole: “Así conviene que cumplamos toda justicia”. Era justo que se hiciera bautizar un pecador que entraba por el arrepentimiento en el camino de Dios. El Señor, que entraba en gracia en este camino como hombre, no quería ser una excepción. En consecuencia, Juan tuvo que cumplir lo que era justo respecto a esto.

El Espíritu Santo desciende sobre Cristo

Desde su morada celestial Dios contemplaba esta escena maravillosa, en la cual el objeto de sus delicias eternas, el Hombre de sus consejos, era confundido con los demás hombres y rehusaba toda distinción. Entonces, proclamó públicamente lo que distinguía a su Hijo. Y tras el bautismo

“ Los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.

Cosas grandes y maravillosas son presentadas en ese momento sublime. Detengámonos en algunas de ellas:

1. El cielo está abierto para que la mirada de Dios y su gran complacencia descansen sobre un ser según su corazón, algo que Dios no había podido hacer con respecto a ningún hombre.
2. Dios mismo proclama que Jesús es su propio Hijo.
3. La Trinidad se manifiesta por primera vez: El **Padre** envía al **Espíritu Santo** sobre el **Hijo**. He aquí la plena revelación de Dios que caracteriza las bendiciones del cristianismo, en el cual Dios es revelado como Padre por el Hijo, y donde el Espíritu es el sello por el cual Dios reconoce al creyente como hijo. Esta es la gracia perfecta.

4. El Señor es sellado con el Espíritu Santo en virtud de su naturaleza divina, absolutamente exenta de toda mancha, a fin de que, en la potestad de este Espíritu, este Hombre divino cumpla su ministerio de gracia en medio de los hombres. En cambio, el creyente no pudo ser sellado con el Espíritu Santo sino hasta que se cumplió la obra expiatoria de Cristo. Dios no puede reconocerlo como hijo antes de que haya sido purificado de sus pecados por medio de la sangre de Cristo.

Obsérvese también la forma en la cual el Espíritu Santo desciende sobre Cristo. La paloma expresa la humildad, la gracia y la mansedumbre que lo caracterizaron en su servicio de amor en la tierra.

¡Qué temas tan infinitos nos ofrecen los evangelios! ¡Qué profundidad divina percibimos en la gloriosa persona de Jesús, el Hombre-Dios venido en gracia para habitar en medio de pecadores! Pero es alentador saber que, si estas cosas maravillosas se hallan escondidas de los sabios y de los entendidos, ocultas a la inteligencia humana, ellas son reveladas a los pequeños, es decir, a los creyentes.

Capítulo 4

La tentación

Hemos visto al Señor tomar sitio en medio de los pecadores arrepentidos. Le seguiremos en la actividad de su gracia. Pero, primeramente es llevado por el Espíritu para ser tentado por el diablo, porque el Señor es el segundo Hombre, el Hombre obediente que viene a reemplazar al primer hombre, Adán, el hombre desobediente.

En el principio, cuando Dios preparó en la tierra un lugar de delicias, el Edén, puso en este a Adán, jefe de la creación, y le dio la capacidad para disfrutar de una felicidad perfecta en la inocencia, con la única condición de que obedeciera a la palabra de Dios: Adán no debía comer del fruto prohibido. Pero Satanás lo tentó, a él y a la mujer, ofreciéndoles otra cosa diferente a lo que Dios les había otorgado e incitándolos a que hicieran lo que les estaba prohibido. ¡Ay! Ellos desobedecieron a Dios; cayeron bajo el poder del enemigo, y desde entonces, como todos sus descendientes, han sufrido las consecuencias de su desobediencia. Inmediatamente después, Dios dijo a Satanás que la simiente de la mujer le quebraría la cabeza (Génesis 3:15). Esto quiere decir que a Satanás le sería quitado su poder. Esta simiente de la mujer es el segundo Hombre venido del cielo, Jesucristo, a quien vemos entrar en escena en este capítulo. Él es único en su raza, único como Adán el día en que Dios lo puso en el Edén; el único, en medio de todos los hombres, de quien Dios puede decir: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”. ¡Pero, qué diferentes eran las circunstancias en las que se encontraban estos hombres! El primero se hallaba en el seno del paraíso terrenal. El segundo, en el mismo mundo, pero arruinado por el pecado, un mundo transformado en desierto. Un lugar donde Dios no encuentra nada que pueda satisfacerlo. Un sitio contaminado, frecuentado por las fieras (Marcos 1:13), donde Satanás actúa como amo. En esto fue transformada, después de la desobediencia del primer Adán, la escena de este mundo, en otro tiempo lugar de delicias. En estas circunstancias Jesús viene a comenzar de nuevo la historia del segundo hombre, el hombre obediente. Al entrar en este mundo, él dijo:

“ He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí (Hebreos 10:7).

La voluntad de Dios era la regla absoluta para Cristo. Entonces, Satanás se presenta para tentar a Cristo, como había hecho con Adán, pensando ponerlo bajo su poder e impedirle cumplir la voluntad de Dios. Sin embargo, halla en el hombre perfectamente obediente a su vencedor, como lo veremos a continuación.

La primera tentación

“Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. Y vino a él el tentador, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan” (v. 1-3). Dios había dicho que Jesús era su Hijo muy amado. Entonces Satanás le sugirió, en cierto sentido: «Actúa como Hijo de Dios. Usa de tu poder para satisfacer tu hambre». Si bien el Señor era el Hijo de Dios, también era hombre, y como tal quería obedecer a Dios. En lugar de entablar discusiones con Satanás, le respondió conforme a la regla que Dios dio al hombre para guiarse en este mundo: la Palabra de Dios. Por consiguiente, le dijo:

“ Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (v. 4; véase Deuteronomio 8:3).

Así, pues, mientras no hubiera una palabra de Dios diciéndole que hiciera pan y lo comiera, no lo haría.

El tener hambre es una necesidad natural, legítima, sobre todo después de haber ayunado cuarenta días. Pero, para Cristo, este no era un motivo para comer, si haciéndolo desobedeciera a Dios. Así es para el creyente de hoy en día. Lo que nos motiva a actuar no solo debe encontrarse en lo que es natural y legítimo, sino en la voluntad de Dios, para su gloria: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31). Si Satanás se acerca proponiéndonos otra cosa diferente a lo que puede hacerse para el Señor, le responderemos, como Jesús, con la Palabra de Dios. Es el único medio de obtener la victoria, pues Satanás no puede hacer nada contra la obediencia.

La segunda tentación

Satanás vencido la primera vez, después de haber tentado al Señor con algo necesario para el cuerpo, lo atacó nuevamente con una tentación espiritual. Para ello, empleó la Palabra citando un pasaje de los Salmos que prometía la protección de Dios al Mesías, precisamente lo que era

Jesús. “Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti... en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra” (v. 5-6; Salmo 91:11-12). Jesús le respondió:

“ Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios
(v. 7; véase Deuteronomio 6:16).

Tentar a Dios es hacer algo para probar la verdad de lo que él ha dicho. Podemos contar con las promesas de Dios con una confianza absoluta, sabiendo que las experimentaremos a su debido tiempo, si permanecemos en el camino de la obediencia. Satanás omitió intencionalmente una parte del Salmo 91:11: “A sus ángeles mandará acerca de ti, **que te guarden en todos tus caminos**”. Los caminos del Señor eran caminos de obediencia. Fuera de ellos, no podemos contar con la protección divina. El Señor confiaba enteramente en su Dios. ¿No dice: “Guárdame, oh Dios, porque en ti he confiado”? (Salmo 16:1). En consecuencia, era inútil poner a Dios a prueba, o sea, tentarlo. Satanás fue vencido por una cita de la Palabra de Dios, al decirle el Señor: “Escrito está también”. ¡Perfecto modelo para nosotros!

La tercera tentación

Después de esto, el diablo lo llevó a un monte muy alto, para mostrarle todos los reinos del mundo y su gloria. Entonces, le dijo: “Todo esto te daré, si postrado me adorares” (v. 9). Aquí Satanás trataba de seducir al Señor con la gloria del mundo. Es verdad que Jesús, como Hijo del Hombre, debe recibir el dominio sobre todo el universo. Los reinos del mundo le estarán sujetos, y recibirá la gloria y el honor de las naciones (Daniel 7:13-14; Apocalipsis 21:26; Isaías 60:11-12). Sin embargo, para esto, era necesario vencer a Satanás, el dios de este mundo, y no rendirle adoración. Satanás se desenmascaró por completo intentando ocupar, en relación a Jesús, el lugar de Dios, lo que hizo tan fácilmente con el primer hombre. Jesús le dijo:

“ Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás (v. 10).

Jesús prefería pasar por la muerte, para recibir el dominio de las manos de su Dios, antes que ceder a Satanás y recibirlo de él. Al final, Satanás dará su poder al hombre que, por un tiempo, ejercerá gran potestad, pero será destruido por el espíritu de la boca de Cristo el Vencedor de Satanás (2 Tesalonicenses 2:8; léase también Apocalipsis 13:11-17; Daniel 11:39).

El diablo se fue vencido por el Hombre obediente. Jesús consiguió la victoria. Ató al hombre fuerte y saqueó sus bienes (cap. 12:29) mediante su ministerio, andando “haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo” (Hechos 10:38). El diablo lo dejó y “vinieron ángeles y le servían”. Ellos son espíritus ministradores, enviados para servir a los que serán herederos de la salvación (Hebreos 1:14). Jesús, como hombre en la tierra, es servido por los ángeles que él mismo había creado. ¡Cuán extraña debía parecer dicha escena a estos seres celestiales que venían a servir a su Creador, revestido de forma humana! Ellos anhelaban mirar de cerca en estas cosas (1 Pedro 1:12).

Recordemos que Jesús obtuvo la victoria por la obediencia a la Palabra y que nosotros tenemos el mismo medio a nuestra disposición. Somos débiles e impotentes ante Satanás, pero no podrá vencernos si obedecemos la Palabra de Dios. Por eso es importante que la conozcamos, con el fin de poder responder al enemigo: “Escrito está”, y “escrito está también”. Porque Satanás sabe igualmente emplear la Palabra para tratar de ejecutar sus planes. Nunca estuvo tan activo como hoy en día. Es, pues, importante leer la Biblia desde la infancia. Aunque no se pueda comprender todo, su contenido se graba en la mente de una manera más fácil, porque la memoria aún no está cansada de las cosas de la vida. Y así, más tarde, el Espíritu de Dios podrá servirse de este conocimiento para todo lo que fuere menester (véase Deuteronomio 6:6-9).

Recordemos igualmente, en cuanto a la gloria de la persona del Señor, que la tentación no tuvo lugar para ver si Cristo sucumbía, sino para demostrar que no podía sucumbir. Tristemente, a menudo se oye poner esto en tela de juicio. Así pues, a aquel que tiene a Cristo en su vida, posee una vida ya puesta a prueba en Cristo, que no puede sucumbir a la tentación. Por eso el apóstol Juan dice: “Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado. Pues aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca” (1 Juan 5:18). Para realizar esto en la vida práctica, tenemos que actuar como lo hizo el Señor ante el enemigo. Además poseemos a Jesucristo como nuestro Sumo Sacerdote, siempre dispuesto a socorrernos en el momento oportuno. “Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:18).

El regreso de Cristo a Galilea

Jesús comenzaba su actividad pública. Después de haber atado al “hombre fuerte”, iba a saquear sus bienes, cumpliendo su obra de gracia, de paciencia y de misericordia, en medio de un pueblo ciego que rechazaría a su Mesías. Su precursor, Juan el Bautista, había sido echado en la cárcel

por Herodes, presagio de lo que se haría a Jesús (v. 12). El encarcelamiento de Juan se relata, al mismo tiempo que su muerte, en el capítulo 14:1-12, pero se ignora cuánto tiempo estuvo encarcelado.

Al conocer el cruel fin que sufrió Juan, Jesús salió de Judea y se dirigió a Galilea, donde el odio de Herodes ya había obligado a José y a María a retirarse a su regreso de Egipto. Al mismo tiempo, esto era el cumplimiento de la profecía de Isaías 9:1-2. El ministerio del Señor debía comenzar entre los pobres de Israel, y no en medio de los orgullosos judíos de Jerusalén y de Judea. Como ya se ha visto, Galilea era despreciada por los judíos a causa de la mezcla con una población extranjera y de su alejamiento del centro religioso (Jerusalén). Sus habitantes habían sido transportados a Asiria bajo el reinado de Peka, antes de la deportación del resto de las diez tribus (2 Reyes 15:29; 18:9-12). Pero, conforme a la hermosa profecía de Isaías (cap. 9:1-2, Mateo 4:15-16), la luz debía resplandecer allí:

“ Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles; el pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, luz les resplandeció.

Aquel que ellos conocían como hijo del carpintero apareció repentinamente como la luz del mundo que resplandecía sobre ellos. En esa comarca Jesús desempeñó la mayor parte de su ministerio. Mas, no porque sus habitantes fueran mejores que los otros. Pues, sabemos que cuando estuvo en Nazaret, fue expulsado de allí (Lucas 4:16-30), lo que lo obligó a ir a Capernaum, ciudad que se encontraba justamente en Baja Galilea, designada por Isaías como “el camino del mar”. La gracia de Dios no mira lo que es el hombre, sino para salvarlo. Dios se complace en hacer brillar su luz en las más profundas tinieblas, a fin de manifestar mejor lo que él es, y también para mostrar que no actúa como el hombre, porque se ocupa de lo que nosotros más despreciamos.

“Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (v. 17). En efecto, el Rey se hallaba allí, pero era necesario el arrepentimiento, ya que no podía reinar sobre hombres pecadores no arrepentidos e impenitentes, que ignoraban el amor de Dios.

El llamamiento de los discípulos

El Señor quiso tener compañeros en su obra de amor, y les comunicó más tarde el poder necesario para el cumplimiento de la misión que les iba a confiar.

“Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores. Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres”. Los discípulos tenían que aprender lo que era el amor de Dios para con ellos, a fin de poder trabajar para liberar a otros hombres de la miseria en que el pecado los había sumido. “El mar” representa al mundo, en el cual la red del Evangelio es echada para llevar hombres a Dios (Mateo 13:47; Juan 21:1-14). Pedro y Andrés dejaron todo para seguir a Jesús. “Pasando de allí, vio a otros dos hermanos”, Jacobo y Juan, que junto con su padre remendaban las redes. Jesús los llamó igualmente y ellos, dejando la barca y a su padre, lo siguieron.

El llamado del Señor tenía suficiente poder en sus corazones como para inducirlos a abandonarlo todo, a fin de seguirle. Él quería formarlos para el servicio al cual los destinaba, como se ve en el versículo 19. Hoy en día, un llamamiento tiene lugar de la misma manera. El mismo Señor llama a sus siervos y los forma, sin necesidad de la ayuda del hombre. Él dijo:

Os haré pescadores de hombres.

“

Por otra parte, sabemos bien que el Señor también llama a todos los pecadores para que le sigan en el camino que conduce a la vida.

¿Ha oído usted el llamado del Señor? ¿Le ha respondido?

La actividad de Jesús

Estos versículos resumen la actividad de Jesús en su servicio. Andaba por toda Galilea, enseñando en las sinagogas, predicando el Evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia del pueblo. El Evangelio del reino es la buena nueva que anuncia a los hombres el establecimiento del reino de Dios en la tierra. Será proclamado nuevamente, después de que la Iglesia haya sido retirada, a aquellos que no habrán oído el Evangelio de la gracia predicado desde la muerte del Señor hasta hoy.

La fama de Jesús se difundió por toda Siria. “Y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos; y los sanó. Y le siguió mucha gente de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán”. Se ve a través de este maravilloso resumen la actividad que Jesús desarrolló en este mundo y cuánto se extendió su ministerio más allá de los territorios judíos, hasta las regiones comprendidas en la antigua delimitación del país (Josué 1:4; Deuteronomio 11:24).

El día que Cristo reine, la bendición se extenderá también dentro de estos límites y hasta el extremo de la tierra. Ciertos países, como Asiria y Egipto, serán particularmente favorecidos (Isaías 19:24-25).

Capítulo 5

El sermón del monte

Se da este nombre a las palabras de Jesús relatadas en los capítulos 5, 6 y 7. El Espíritu de Dios las ha agrupado en un discurso ininterrumpido en este evangelio, aunque ellas hayan sido pronunciadas en diversas ocasiones, como se ve en el evangelio según Lucas 6:20-49; 11:1-12; 12:22-31; 16:13.

El Señor no solo anunciaba la proximidad del reino y la necesidad de arrepentirse para poder entrar en él, sino también lo que caracteriza este reino y a aquellos que formarán parte del mismo. Esto concuerda con lo que del Señor dijo el salmista: “He anunciado justicia en grande congregación. He aquí no refrené mis labios, Jehová, tú lo sabes” (Salmo 40:9). Los judíos alegaban tener derecho al reino porque eran hijos de Abraham, pero Jesús les enseñó qué es lo que debe caracterizar a aquellos que tendrán parte en él, particularmente a los creyentes de hoy en día.

Los bienaventurados

El Señor comienza por designar los caracteres de aquellos que llama “bienaventurados” (cap. 5:1-12). A estos el mundo no los llamaría bienaventurados, lo que prueba que no son del mundo. Cosa notable, en la Palabra, casi siempre los que son designados así tienen necesidad de ánimo en una posición difícil mientras que está escrito: “¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!” (Lucas 6:26). Si uno es agradable a los hombres, siguiendo los principios e intereses de ellos, se expone al juicio de Dios.

Estos “bienaventurados”, declarados como tales por Aquel que conoce la verdadera felicidad, son en primer lugar los **pobres de espíritu**, aquellos que creen a Dios, que con la sencillez de los niños confían en él. Ellos no razonan, no hacen valer su inteligencia para discutir lo que Dios ha dicho. Creen simplemente; poseen el reino (véase cap. 11:25; 18:3; 19:14). Lo que caracteriza a los hombres de hoy en día es lo opuesto.

Aquellos que **lloran** son igualmente “bienaventurados”. Lloran al ver la ruina del mundo, fruto del pecado, el rechazamiento del Rey y de su autoridad. Cuando él reine, ellos serán consolados.

Los **mansos** son bienaventurados. A causa de su carácter humilde, no insisten en sus derechos. Cuando el Rey haga valer los suyos, ellos “recibirán la tierra (Israel) por heredad”.

Aquellos que tienen **hambre y sed de justicia** serán saciados. No hallan justicia en este mundo. La buscan, así como el reino de Dios (cap. 6:33), y serán saciados de esta justicia cuando Cristo reine.

Los **misericordiosos** son aquellos que actúan conforme a los principios de la gracia. A su vez, obtendrán misericordia. Cuando el Rey aparezca, el remanente que confía en él será liberado de la angustia y tribulación en las que se hallará.

Bienaventurados los **de limpio corazón**, porque ellos verán a Dios. El corazón limpio es el que tiene motivos puros que proceden de Dios, cuya luz juzga los pensamientos y las intenciones del corazón. No se trata de alguien que no peca más, sino de una persona que solo quiere obedecer a Dios, que no desea hacer otra cosa que agradarle.

En medio de los disturbios y la agitación causados por las consecuencias del pecado, los **pacificadores** son declarados bienaventurados. Llamados hijos de Dios, serán manifestados como hijos de Aquel que tan frecuentemente es designado como el Dios de paz (Romanos 16:20; 2 Corintios 13:11; Filipenses 4:9; 1 Tesalonicenses 5:23; Hebreos 13:20.)

Bienaventurados los que son **perseguidos por causa de la justicia**, por causa de sus actos justos, por la práctica del bien. De ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que son **vituperados**, los que son **perseguidos** y de quienes se dirá, mintiendo, toda clase de mal, **a causa del nombre del Señor**, porque ellos aman al Señor y lo proclaman abiertamente en medio de un mundo que lo odia. Su recompensa es grande, no solo en el reino, sino también en el cielo.

Todos estos caracteres deben ser los nuestros hoy en día, hasta que lo sean de los testigos futuros de Cristo a la espera de su Rey, en medio de un pueblo apóstata. Nosotros también esperamos al Señor, y su deseo es encontrarnos fieles y vigilantes cuando llegue. Procuremos, pues, llevar estos caracteres, que el Señor manifestó en la tierra, él, nuestro modelo perfecto.

La sal y la luz

El Señor añade al cuadro que ha hecho de los caracteres de sus discípulos otros dos rasgos representados por **la sal y la luz**.

Vosotros sois la sal de la tierra.



La sal es el emblema del poder que conserva la pureza de las cosas, impidiendo su corrupción. El creyente debe mantener ese carácter en medio del mundo, a fin de producir sus efectos a su alrededor. “Pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres”. Si el creyente no se separa de la corrupción, si se mezcla con el mundo, no tiene más razón de ser. No sirve para nada.

“Vosotros sois la luz del mundo”. La luz lo manifiesta todo; brilla en la noche. Por consiguiente, debe estar puesta en evidencia sobre un candelero y no debajo de un almud, pues este impide su irradiación. El almud también puede representar los asuntos de esta vida que tan a menudo impiden que nuestra luz brille. “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. La luz es toda manifestación de la vida de Dios ante los hombres. Ella alumbrá a través de las obras que son el producto de la nueva naturaleza, las que Dios llama “buenas obras”, justas y sinceras, y no solamente las obras caritativas que el mundo designa como «buenas obras». Si los hombres ven esta clase de obras, frutos de la vida divina, están obligados a reconocer su origen. Seamos fieles para que los hombres puedan atribuir a Dios lo que ven en nosotros y, así, lo glorifiquen. Esta luz, que tiene a Cristo como foco, al comienzo brillaba más vivamente delante de los hombres (Hechos 2:47; 5:13). En el reino de Cristo, los hombres no solo verán esta luz, sino que también andarán en su resplandor (Apocalipsis 21:24).

La ley mantenida y superada en el reino

En lo que resta del capítulo 5, el Señor mantiene las exigencias de la ley respecto de uno mismo, en tanto que se aplican los principios de la gracia a los otros. Muestra que cualquiera que quebrante la ley sufrirá las consecuencias de tal conducta. Si Jesús trajo la gracia y la revelación del Padre, no lo hizo disminuyendo las exigencias de la naturaleza divina. No abrogó la ley ni los profetas. Al contrario, él fue su cumplimiento. Ni una jota, ni una tilde pasarán de la ley, hasta que todo se cumpla. Los escribas y los fariseos alegaban sujetarse a ella, cuando en realidad solo practicaban ciertas ceremonias. El Señor dijo a los discípulos que si su justicia no era mayor que la de estos hombres, ellos no entrarían en el reino de los cielos. Porque no se trata solamente de cumplir ciertos actos; es cuestión del estado del corazón ante Dios.

La ley decía: “No matarás”, pero si alguno se enojaba ligeramente con su hermano, era culpable de juicio como el que ha matado. En 1 Juan 3:15, se dice :

Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida.



Véanse también los versículos 11-12. El que decía necio o fatuo era culpable del juicio ante el concilio o quedaba expuesto al infierno de fuego. Estas palabras de Jesús son solemnes y nos hacen ver la gravedad del mal a los ojos de Dios. ¡Cuán reprendidos nos sentimos al oírlas, sabiendo con qué ligereza suben a nuestros corazones pensamientos odiosos y poco benévolos hacia los otros!

El versículo 24 establece el principio según el cual no podemos presentarnos ante Dios para rendirle culto si no estamos en armonía con nuestro hermano. Primeramente es necesario reconciliarse. Uno no puede acercarse a Dios con el mal en su corazón.

Los versículos 25 y 26 se aplican a Israel que, por sus pecados, tenía a Dios como parte adversa. Dios, en la persona de Cristo, estaba en camino con ellos. En vez de reconciliarse, Israel rechazó a Cristo, y el juicio lo alcanzó. Israel está actualmente como encarcelado. No saldrá de allí hasta que haya recibido el doble por todos sus pecados y haya “pagado el último cuadrante” (véase Isaías 40:1-2).

En los versículos 27 a 30 se ve que no debemos tener misericordia con nosotros mismos en cuanto a todo lo que pudiera hacernos caer. Antes de conservar costumbres que nos arrastren al mal, tenemos que renunciar a todo lo que, aun siendo agradable, amable, indispensable en apariencia, nos lleve a pecar. Inclusive el ojo o la mano derecha, miembros tan necesarios: si son un tropiezo, hay que separarse de ellos. Volveremos a encontrar este tema en el capítulo 18:8-10.

Amar a sus enemigos

Nuestras palabras deben ser pronunciadas con el sentimiento de la presencia de Dios; así adquieren todo su valor y no es necesario hacer intervenir el juramento. El hecho de jurar, de tomar a Dios por testigo en toda ocasión, se ha dicho, es hacer intervenir a un ausente, alguien en cuya presencia uno no tiene la costumbre de hablar. Que sí sea sí, y que no sea no. “Porque lo que es más de esto, de mal procede” (v. 37).

En lo que prosigue se ve que el discípulo de Cristo se caracteriza por el principio de la gracia según el cual Dios, revelado como Padre, actúa. Bajo la ley, el principio fue: “Ojo por ojo, y diente por diente”. Bajo la gracia no hay que insistir en sus propios derechos. Este es el rasgo distintivo de los mansos, de los misericordiosos, de aquellos que procuran la paz. El creyente no debe con-

siderar a nadie como su enemigo. Tiene que hacer el bien a todos, porque posee la naturaleza de su Padre que está en los cielos. El amor se eleva por encima de toda consideración carnal, para actuar según su naturaleza. Uno puede tener compañeros que lo odian, pero es necesario hacerles bien, cada vez que se presente la ocasión. “Orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos”. Amar solamente a aquellos que nos aman, no nos eleva por encima de lo que hacen los más grandes pecadores y los que no tienen ninguna relación con Dios.

“

Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.

Capítulo 6

Cómo practicar la piedad

El Señor nos instruye acerca de los móviles que deben regirnos en la práctica de la piedad para con Dios y los hombres. Para con los hombres esta piedad se expresa por medio de la limosna y el perdón; para con Dios se manifiesta a través de la oración y el ayuno. En la práctica de estas cosas debemos tener presente a Dios y no a los hombres, pues a él daremos cuenta de cada uno de nuestros actos. Contentémonos con tener la aprobación de Dios, quien a su debido tiempo nos recompensará por todo lo que hayamos hecho por él. Es tan importante dar limosna sin ser vistos por los hombres, que el Señor dice:

No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha.

“

Sin embargo, es bastante difícil mover una mano sin que la otra lo sepa. Tengamos, pues, suficiente delicadeza en nuestra manera de dar y de hacer el bien para que en la tierra todo pase inadvertido. Llegará el día en el cual cada uno tendrá su alabanza; entonces, “tu Padre que ve en lo secreto te recompensará”. Mas, si hemos recibido aquí las alabanzas de los hombres, ese día perderemos las de nuestro Padre. ¡Y qué pérdida!, pues lo que obtenemos de los hombres es pasajero, pero lo que recibimos de Dios dura eternamente.

Por la oración, como a través de cualquier ejercicio piadoso que dirijamos a Dios, jamás nos proponemos recibir el elogio de los hombres. La oración se considera en las naciones paganas, e igualmente en la cristiandad de hoy, ¡por desgracia!, como el cumplimiento de un acto meritorio, en lugar de la presentación a Dios de verdaderas y sentidas necesidades. El hombre se imagina que ofreciendo numerosas plegarias, ganará mejor el favor de Dios. De ahí la invención de rosarios, en la iglesia romana, para contar el número de los rezos impuestos. Dios conoce nuestras necesidades, incluso antes de que las exponamos. A él hablamos y de él esperamos la respuesta. No hay, pues, ninguna razón para que oremos con el fin de que los hombres nos vean.

En los versículos 8 a 14, el Señor enseña a los discípulos una oración adecuada a la posición judaica en la que ellos se hallaban, mientras esperaban el establecimiento del reino mesiánico. Debían pedir para que en la tierra todo estuviese en armonía con el carácter del Padre y de su reino. Actualmente, las oraciones de los creyentes, aun cuando puedan contener los mismos pensamientos, están en concordancia con la revelación que Dios nos da de sus pensamientos respecto

a la Iglesia y a nuestros vínculos con él. Por esa razón, no podemos usar dicha fórmula de oración como el Señor la enseñó a los discípulos, aunque deseemos el cumplimiento de todo lo que ella contiene. El cristiano posee la libertad de pedir a Dios todo lo que quiera, siempre que el conocimiento del pensamiento de Dios sea el que forme sus deseos. El Señor dice a sus discípulos, en Juan 15:7: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho”. También nos enseña que debemos exponer nuestras necesidades ante Dios con sencillez, tal cual son, como el amigo que tenía necesidad de tres panes, el cual decía: “Amigo, préstame tres panes” (Lucas 11:5). No hay una necesidad, ni una dificultad que un niño no pueda presentar a Dios con plena confianza. Es bueno que desde la más tierna edad, los niños aprendan a exponer a Dios sus penas y dificultades. Dios se ocupa de todo lo concerniente a cada uno. Para él nada es demasiado pequeño, ni demasiado grande.

El propósito de la vida

Ya que debemos actuar con miras a un porvenir celestial, no hay, pues, necesidad de buscar los tesoros de la tierra, donde todo es vanidad, donde todo está expuesto a la corrupción, a la destrucción, y donde todo concluirá con los juicios divinos. Por eso es necesario acumular tesoros en el cielo; estos están seguros y son incorruptibles. Allí hallaremos los resultados de nuestra fidelidad para con Cristo, quien es nuestro gran tesoro. El corazón se une a lo que ama; si el objeto de nuestro corazón está en el cielo, nuestra manera de vivir será celestial; si este objeto está en la tierra, nos comportaremos de manera terrenal y material. Tengamos un ojo sencillo (v. 22-23), es decir, que no tengamos ante nosotros otro objeto sino a Cristo, y lo que le agrada. El ojo maligno es aquel que considera varias cosas a la vez, se aferra a lo que es de este mundo y carece de la luz necesaria para conducirse según el pensamiento de Dios. Mientras que, con el ojo que solo ve a Cristo, todo el cuerpo está lleno de luz.

Luego sigue una palabra muy solemne para todos los que poseen el privilegio de estar en contacto con la luz del Evangelio. ¡Cuán grandes serán las tinieblas si esta luz, que es dada a cada uno por la revelación de Dios Padre, no surte su efecto y el corazón permanece en las tinieblas de la incredulidad! Ellas serán difíciles, o más bien, imposibles de disipar. La luz se manifestará solo en el día del juicio, pero entonces será demasiado tarde.

El afán y la ansiedad

El creyente de ojos sencillos servirá a un solo maestro, es decir, al Señor. Si uno quiere servir a dos amos, seguramente descuidará a uno de ellos; hasta podrá odiarlo. Lo despreciará. Con un corazón tan maligno como el nuestro, sabemos muy bien quien entre Dios y el mundo será despreciado primero. Cuando el corazón se ata al mundo, abandona a Dios. ¡Qué desprecio para Dios desviarnos de él! Las preocupaciones de la vida actual nos exponen a apegarnos a las cosas de la tierra y al mundo. Por eso el Señor nos exhorta a no inquietarnos por lo que hemos de comer o beber, ni por lo que hemos de vestir. Las aves no hacen provisiones. Ellas no acumulan riquezas; Dios las alimenta. Los lirios del campo no se preocupan por su vestimenta; sin embargo, ni aun Salomón, con toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Las aves tienen poco valor; los lirios pueden caer de un día al otro bajo la hoz y marchitarse, y no obstante, Dios se ocupa de lo que les acontece. ¡Cuánto más lo hará con los suyos que tienen a sus ojos un precio tan grande!

“ El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Romanos 8:32). ”

Podemos, pues, como hijos suyos, echar sobre él todas nuestras ansiedades (1 Pedro 5:7). El mundo no lo puede hacer, porque no conoce a Dios como Padre y no depende de él; únicamente las cosas de esta tierra son su parte; él trabaja solamente para lo material. Busquemos primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas nos serán añadidas; esto es con el fin de que no nos preocupemos por las cosas de esta vida, desviándose nuestros afectos hacia el mundo. “Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas”. “Basta a cada día su propio mal”. No hay que añadir a la congoja de hoy la de mañana, porque, quizá no veremos otro día, y si lo vemos, hallaremos en él lo que Dios haya dispuesto. Él, quien prepara el alimento a los polluelos del cuervo (Job 38:41), también da a su tiempo la comida a todos (Salmo 104:27).

Capítulo 7

La conducta para con nuestro semejante

En el capítulo 6 vimos el ejercicio de la piedad para con Dios y los hombres, en este veremos la conducta a observar para con nuestro prójimo. Los versículos 1 a 5 nos previenen contra la propensión del corazón natural a juzgar a los otros, a querer corregir en ellos lo que nos desagrada. En su gobierno Dios procederá con cada persona según como ella lo haya hecho con los otros (cap. 6:14-15). “Con la medida con que medís, os será medido”, pero serán “bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”. Lo que sucede frecuentemente, cuando notamos defectos en nuestros hermanos –la paja que está en su ojo– es que tenemos poca capacidad para juzgar esos defectos, debido a la viga que hay en nuestro propio ojo, es decir, un pecado, una falta mucho más grave que la que nos choca en nuestro prójimo. Examinémonos a la luz de Dios y entonces, viendo todo lo malo que se halla en nuestro corazón, ya no juzgaremos a nuestro hermano. Si discernimos en él una paja, seremos misericordiosos.

¡Cuán oportunas son estas enseñanzas para nuestras familias!, donde los niños demuestran fácil propensión a acusarse y a juzgarse unos a otros, en vez de ocuparse cada uno de sí mismo en la presencia de Dios, confesándole sus propias faltas para ser liberados del mal y agradables a los otros. También hay que tener discernimiento en cuanto a las cosas santas (v. 6), para saber cuándo presentarlas a los hombres. Es preciso aprovechar bien el tiempo, dice el apóstol Pablo (Colosenses 4:5).

En los versículos 7 a 12 el Señor vuelve al tema de la oración, pues, si por un lado nuestro Padre sabe lo que necesitamos, también quiere que manifestemos energía y perseverancia en nuestras súplicas. Buscad, llamad, pedid. El Padre nos escucha. ¡Qué gran estímulo es saber que él responderá a nuestros ruegos! Aquel que dice: “Yo daré”, también dice: “Pedid”. Si el hombre, cuyo corazón es maligno, sabe dar buenas cosas a sus hijos, “¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?”.

Esta manera de obrar de nuestro Padre debe hallar su expresión en nosotros, de tal forma que seamos ejemplo para los demás.

“ Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas (v. 12).

El apóstol Pedro dice: “¿Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien?” (1 Pedro 3:13).

El camino estrecho y el camino espacioso

A causa del pecado y de la voluntad humana, enemigos de Dios, reina en este mundo una oposición constante al bien; por lo tanto se necesita energía para emprender el camino de Dios y hacer su voluntad. Esto representa el esfuerzo que se debe hacer para entrar por la puerta estrecha; la puerta ancha, que da a un camino espacioso, se franquea sin dificultad. Solo hay que dejarse llevar por la seductora corriente de este mundo y las inclinaciones naturales del corazón que ama lo placentero y fácil. El hombre no permanecerá en esta tierra para siempre, como habría sucedido si se hubiese quedado en la inocencia del paraíso. El nacimiento pone a todo hombre en el camino de la perdición, a causa del pecado. Pero, ¡gracias a Dios!, su amor abrió otro camino, aquel que lleva a la vida. Sin embargo, son pocos los que van por él, ya que este no ofrece al corazón natural el alimento que desea, o sea, el pecado, que lo conduce a la muerte y al juicio.

Acordémonos de que todo lo que atrae a la carne, lo que el mundo aprueba, lo que no requiere esfuerzo alguno, caracteriza el camino espacioso. La seducción de este mundo nunca arremetió con más furia y sutileza que hoy. Somos arrastrados por el lujo, los estudios, las lecturas, la elección de los amigos, los ejercicios físicos de toda clase y muchas otras cosas que aparentemente son útiles y hasta necesarias. Para usarlas de una manera sana y no dejarse llevar por ellas, es preciso estar vigilantes, en continua obediencia a la Palabra de Dios. Todo lo que sirve para introducirnos y mantenernos en el camino angosto que lleva a la vida es desagradable para el corazón natural y tropieza con la propia voluntad. Escuchar y leer la Palabra, actuar conforme a las enseñanzas divinas, obedecer a los padres en todo, renunciar a las múltiples atracciones ofrecidas a la juventud, todo esto exige esfuerzos para franquear la puerta estrecha y permanecer en el camino angosto que lleva a la vida. Hagamos como Moisés, “escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón” (Hebreos 11:25-26).

Falsos profetas y falsos obreros

No son solo las cosas mundanas las que nos dañan. También se encuentran personas que manifiestan cierto desdén por lo mundano y aparentan ser “ovejas”, porque se asemejan a aquellos que forman parte del rebaño del buen Pastor; pero en realidad son lobos rapaces; introducen en-

enseñanzas falsas, pretenden hablar en nombre de Jehová, como los falsos profetas de otro tiempo. Se les conocerá por sus frutos, único medio de discernir a qué especie pertenece un árbol. Aunque de hermosa apariencia, ellos no producirán nada para Dios. Como árboles malos serán cortados y echados en el fuego.

Otras personas no tendrán más que la apariencia de piedad. Ellas reclamarán el nombre de Cristo –hoy en día, el nombre de cristianos– repitiendo a cada momento: “¡Señor, Señor!”. Pero él les dirá: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”.

Estas advertencias, siempre oportunas, serán apreciadas muy particularmente por el futuro remanente judío, en los tiempos terribles de prueba que atravesará antes de la manifestación gloriosa de Cristo, pues para ese momento las pronunció el Señor; ellas se dirigían al remanente judío de aquellos tiempos y permanecen escritas para el remanente venidero. Se levantarán entre ellos impíos para dañarlos “con lisonjas” y algunos serán seducidos (Daniel 11:32-34). “Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que perseverare hasta el fin, este será salvo... Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos” (Mateo 24:11-13, 24). Estos pasajes revelan cuán necesario será luchar para entrar por la puerta estrecha, y desconfiar de las apariencias engañosas de estos lobos y falsos profetas, en los tiempos venideros, cuando todas estas enseñanzas hallen su aplicación literal. Entretanto, no olvidemos que también fueron escritas para nosotros.

Los dos cimientos

En los versículos 24 a 29 el Señor muestra de una manera solemne la diferencia que existe entre el hecho de escuchar solamente sus palabras y el de ponerlas en práctica. El que las pone en práctica es semejante a un hombre que edificó su casa sobre la roca: torrentes y vientos se desencadenaron contra ella, pero se mantuvo firme. El que se contenta con escuchar, sin poner en práctica lo que oye, es comparado con un hombre insensato, que construyó su casa sobre la arena. Torrentes y vientos dieron contra ella –no más fuertes que los que azotaron la que fue construida sobre la roca–; pero esta, erigida en un suelo blando, cayó y fue grande su ruina. En el día de la prueba o del juicio, para quienquiera que sea, todo lo que tenga como base los pensamientos y razonamientos de los hombres será derribado; la ruina será grande y eterna. Por el contrario, todo lo que está fundado sobre la roca de la Palabra de Dios, permanecerá eternamente. “El mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Juan

2:17). No está escrito «el que oye», ni siquiera «aquel que dice que cree», sino “el que hace la voluntad de Dios”. Hacer la voluntad de Dios es la única prueba evidente de que hemos creído. Es de vital importancia comprender que la salvación es fruto de la fe, sin las obras de la ley. Pero se corre el riesgo de olvidar que las obras que resultan de la fe son inseparables de la salvación, y que es inútil pretender ser salvo si no se pone en práctica la Palabra de Dios. El Señor dice: “Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen” (Lucas 8:21; Mateo 12:50).

“ No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos (v. 21).

Léase también Santiago 2:14-26.

“Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (v. 28-29). En efecto, estas son palabras de autoridad divina, apropiadas para llevar a la vida eterna, que se proclaman a oídos de cada uno a través del mismo Emanuel, Dios con nosotros, quien vino en gracia para salvar a su criatura perdida.

Amados lectores: ¡seamos hacedores de la obra y no solamente oidores olvidadizos! (Santiago 1:25).

Capítulo 8

Tres curaciones

Después de haber presentado los caracteres de los que participarán en su reino, el Señor descien- de hacia su pueblo para actuar en gracia y con potestad, a fin de librarlo de las consecuencias del pecado y del poder del diablo; se manifiesta como Emanuel, Dios con nosotros, el mismo que había dicho a Israel: “Porque yo soy Jehová tu sanador” (Éxodo 15:26). La persona de Jesús, que se presenta en gracia y con poder a su pueblo, es el tema de este capítulo y del siguiente.

A su regreso de la montaña, vino un leproso y, postrándose, le dijo:

Señor, si quieres, puedes limpiarme.

“

Sabía que el Señor tenía poder para curarlo; pero dudaba si quería hacerlo. Jesús extendió la mano y lo tocó, diciendo: “Quiero; sé limpio”. Y al instante fue limpiado de su lepra (v. 1-3). La lepra es una figura del pecado bajo el carácter de mancha, un mal que no se puede curar por otro medio que no sea el poder de Jehová (véase Levítico 14:1-9). Obsérvese cuán evidente es la gloria de la persona de Jesús en esta curación, así como su potestad (él puede sanar), su bondad (“quiero”) y su pureza divina (Dios manifestado en carne). Extiende la mano, toca al leproso, y en vez de contaminarse por ese contacto, como le habría sucedido a cualquier hombre, el leproso es purificado. ¡Qué objeto de contemplación es la persona de Jesús en su humillación, en medio de una humanidad sucia y perdida, cuando le traía los recursos divinos que su estado miserable reclamaba! Todo lo que Dios es en poder, en gracia, en pureza, estaba presente en un hombre –el Hombre-Dios, inmune al pecado– y a disposición de todos aquellos que querían recibir un beneficio de él.

El Señor reconocía el sistema legal bajo el cual había venido. Por eso envió al leproso purificado a los sacerdotes, para que ofreciera lo que Moisés había ordenado, y añadió: “Para testimonio a ellos”. Si los sacerdotes reconocían que el leproso estaba limpio, tenían ante sus ojos el testimonio evidente de que Jesús era Jehová, ya que solo él podía curar la lepra. ¡Desgraciadamente!, este testimonio irrecusable de la presencia del Mesías en medio de ellos, seguido por muchos otros, no les impidió rechazarlo.

El milagro que sigue a continuación es a favor de un gentil, ajeno a las bendiciones que el Mesías traía a su pueblo, pero en quien residía la fe. Una fe, dijo Jesús, tal como no había hallado ni aun en Israel. Este centurión, oficial romano, reconocía la potestad divina y la grandeza de la persona del Señor. En una humildad conmovedora, suplicó a Jesús por su criado enfermo de parálisis. El Señor, en su abnegación, le dijo: “Yo iré y le sanaré”. Pero el centurión respondió: “Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará. Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a este: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace” (v. 7-9). Este hombre ilustra con su ejemplo la posición en que hallaba al Señor en la tierra: era el Hombre dependiente, el hombre perfecto, pero también era el Hijo de Dios con autoridad sobre todas las cosas. Reconoce, pues, en Jesús un poder ilimitado y el derecho de hacerlo valer. ¡Qué hermoso ejemplo de fe! Es de notar que la fe ve las cosas como Dios las ve. La gran fe honra a Dios; la fe pequeña salva, porque Dios no mira la medida de nuestra fe, sino al objeto en que ella se aferra.

La fe reconocía en el Señor el poder con el que establecería su reino, como la fe del malhechor arrepentido en la cruz. Por consiguiente, la respuesta a esta fe es una porción de lo que la gracia da. La fe del centurión dio al Señor la oportunidad de hablar acerca de la introducción de los gentiles en las bendiciones del reino, mientras que declaró a los judíos que sus privilegios exteriores no les daban el derecho de acceder al mismo sin la fe. Al oír al centurión, Jesús se maravilló, y dijo a los que le seguían: “De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe. Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (v. 10-12). Los hijos del reino bajo la ley eran los judíos. Pero nada se puede obtener por la ley. Entonces Dios concede a la fe, en cualquier lugar en que esta se halle, el acceso a sus bendiciones, porque “sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6). El Señor mostró a los judíos el medio de heredar la bendición a la que ellos pensaban tener derecho por ser hijos de Abraham según la carne. Y ya que es por la fe, todos aquellos que la poseen participarán de la bendición del reino de los cielos. En cambio, los que carecen de esa fe serán echados fuera, sean judíos, paganos o cristianos de nombre. Ningún título, ninguna religión, ni siquiera el tan grande privilegio de ser hijo de un cristiano, puede conferir el derecho a entrar en el reino. Solamente quien posee la fe, quien reconoce a Dios tal como él se revela y toma su posición humildemente ante él, tiene este derecho. El Señor respondió al centurión:

“ Ve y como creíste, te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora (v. 13).

El tercer milagro fue la curación de la suegra de Pedro que estaba enferma de fiebre (v. 14-15). Si la lepra es una imagen del pecado en su carácter de impureza, la parálisis representa la incapacidad en la cual el pecado pone al hombre cuando este trata de cumplir por sí mismo la voluntad de Dios. La fiebre simboliza la agitación que caracteriza al hombre sin Dios. Aquel que ha sido llevado a Dios se ve privado, por el pecado, del descanso y la paz que podría disfrutar. La actividad febril aumenta cada día más en este mundo porque el hombre, lejos de Dios, busca su propia satisfacción en lo que el mundo le ofrece. Se agita para obtenerla. ¡Terrible distracción que le impide pensar en Dios y ver su propio estado ante la presencia divina! De esa forma, el hombre está incapacitado para servir a Dios. Cree no tener bastante tiempo para sí mismo y menos para dedicarle un poco a Dios. Cuando el Señor tocó la mano de la suegra de Pedro, “la fiebre la dejó; y ella se levantó, y les servía”. Cuando Dios hace su obra en un alma liberándola del poder del pecado que origina esta agitación, la persona puede disfrutar del descanso de la conciencia y del corazón. Ella está en paz. Está en calma y así puede servir al Señor. El apóstol dice a los tesalonicenses: “Os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo” (1 Tesalonicenses 1:9-10).

En pos de Jesús

Había llegado la noche. En Oriente, a causa del excesivo calor que reina durante el día, la noche es el momento favorable para salir. Aquella noche trajeron a Jesús muchos endemoniados; él echó fuera los demonios y sanó a todos los que tenían algún mal. Cumplía lo que Isaías dijo: “Llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores” (Isaías 53:4). Estas palabras nos permiten comprender de qué manera el Señor hacía uso de su poder. Jamás sanó a un enfermo sin que su corazón y sus sentimientos, tan perfectamente humanos como divinos, no se enternecieran. No liberaba a nadie de las consecuencias del pecado, sin haber sentido en simpatía todo el dolor experimentado por los que aliviaba. **Llevar** nuestras enfermedades es distinto a llevar nuestros pecados en la cruz, para recibir el castigo merecido por ellos. El Señor llevó nuestros pecados solo en la cruz, mientras que, durante todo el curso de su ministerio, su corazón sentía el peso de las consecuencias del pecado bajo las cuales gemían los que él liberaba. Por esa razón vemos a nuestro precioso Salvador llorando en el sepulcro de Lázaro (Juan 11:35), en lugar de lla-

marlo directamente fuera del sepulcro; esto lo hizo después de manifestar su simpatía hacia las que lloraban a su hermano, y de sentir profundamente en su alma el poder de la muerte que pesaba sobre el ser humano a causa de su desobediencia.

¡Cuán precioso es saber, queridos amigos, que el Señor sigue actuando de la misma manera a favor de los que sufren! La gloria en la que ahora se halla no ha cambiado su corazón. Al contrario, fuera del alcance del sufrimiento terrenal, puede simpatizar aún más con los que todavía lo padecen.

El Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza

Al ver grandes multitudes agolpándose alrededor de él, atraídas, sin duda, por los milagros que hacía, Jesús quiso sustraerse a su curiosidad, como a su admiración —puesto que su servicio se había terminado en medio de ellas—, y mandó pasar al otro lado del Jordán. Un escriba le dijo: “Maestro, te seguiré adondequiera que vayas. Jesús le dijo: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza” (v. 18-20). Este escriba, la muchedumbre maravillada, los mismos discípulos, todos se sentían felices y favorecidos al tener entre ellos a un hombre como este. Las masas decían: “Nunca se ha visto cosa semejante en Israel” (Mateo 9:33). Seguramente este escriba pensaba en la gloria que obtendría al seguir a tal Maestro. Pero si todos tenían un domicilio en este mundo, a donde la gracia había hecho descender al Hijo del Hombre, en cambio él, que vino del cielo, no podía tenerlo en una tierra impregnada de las consecuencias del pecado y del poder de Satanás. Jamás podía la tierra ofrecer un lugar de reposo para tal Hombre. Él no había venido para hacer agradable al hombre su permanencia en la tierra, sino con el fin de abrirle un camino que lo llevara fuera de esta primera creación, sucia y sometida a Satanás. Allí ya está el Señor mismo, en ese lugar donde Dios descansará en su amor e introducirá a todos los que creyeron en su muy amado Hijo y anduvieron en el camino que él les abrió en la tierra. Jesús, con su respuesta, indicó al escriba bajo qué condición uno puede seguirle. Era como si dijera: «He aquí la ventaja material que hallarás, pues el camino que has de seguir no puede ser diferente al mío; no hallarás en él un lugar donde recostar tu cabeza».

“

Otro de sus discípulos le dijo: Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre. Jesús le dijo: Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos (v. 21-22).

El Señor muestra que, para seguirle, debemos reconocer enteramente Sus derechos sobre nuestro corazón. Dejó la gloria para venir a esta tierra a abrir el camino al cielo al hombre perdido, de modo que, para marchar en pos de Jesús, se tiene que abandonar todo lo que caracteriza a un mundo alejado de Dios. Solo el Señor tiene absolutos derechos sobre su rescatado. Se puede enterrar a su padre, pero no en primer **lugar**, como lo decía el discípulo. **Primeramente** hay que seguir a Cristo y obedecerle.

Permítame, lector, hacerle una pregunta: ¿Cuántas cosas hace usted primeramente, antes de las que son agradables al Señor? Si pertenece al Señor, ¿sabe que solo él tiene todo derecho sobre su corazón? Y si no anda en pos de él, en el camino al cielo, ¿sabe en cuál se halla? Porque no hay más que dos caminos: el estrecho que lleva a la vida, y el espacioso que conduce a la perdición.

La tempestad

Acabamos de ver lo que debe caracterizar a quien quiere seguir al Señor. Ahora hallamos lo que se encuentra en este camino: “Y entrando él en la barca, sus discípulos le siguieron”. Los discípulos podían pensar que al acompañar al Señor estarían protegidos contra todas las dificultades. Pero no es así. Al contrario, las dificultades abundan porque Satanás sabe suscitar la tempestad en el camino de los que no están más bajo su poder. Esto nos lo enseña la tormenta que sorprende y asusta a los discípulos. “Y he aquí que se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca; pero él dormía”. Aunque el terror que se apoderaba de ellos y los peligros aparentes de la travesía eran grandes, los discípulos debían confiar en la presencia de Jesús. ¿No dijo Jehová al remanente de Israel que atravesaba la tempestad de la persecución: “No temas, porque yo estoy contigo”? (Isaías 41:10). El Señor dormía, pero estaba con ellos. A los discípulos les faltaba el conocimiento de la gloria de su persona. De haberla conocido, no habrían estado atemorizados, porque hubieran sabido que con ellos se hallaba el Creador del universo, quien vino en forma de hombre para cumplir los designios eternos de Dios. Ellos habrían comprendido que la vida del Maestro no corría ningún peligro; que las olas no podían engullirla, como tampoco la de ellos, porque estaban con él. Con frecuencia creemos en el poder y en el amor de Dios solo cuando los vemos en actividad a nuestro favor. De no ser así, nos parece, como a los discípulos, que el Señor es indiferente a nuestras circunstancias. “Y vinieron sus discípulos y le despertaron, diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos! Él les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y al mar; y se hizo grande bonanza”. El

Señor prueba la fe, a fin de fortalecerla manifestando su poder y su bondad en el momento oportuno. Así, cada vez comprendemos mejor quién es el que quiere estar siempre con nosotros para que podamos decir, como el salmista:

“ Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno,
porque tú estarás conmigo
(Salmo 23:4).

En la tierra de los gadarenos

El siguiente relato nos hace ver la acogida que el Señor tuvo en este mundo. Cuando llegó a la otra orilla del lago, en la tierra de los gadarenos, “vinieron a su encuentro dos endemoniados que salían de los sepulcros, feroces en gran manera, tanto que nadie podía pasar por aquel camino. Y clamaron diciendo: ¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?”. ¡Qué imagen más espantosa del estado del hombre bajo el poder de Satanás representan estos dos endemoniados: el hombre feroz, que no puede dominarse y es peligroso para sus semejantes! ¡Qué horrible carácter del hombre caído por el pecado en las manos del enemigo! El pecado en el mundo, y por el pecado, la muerte, transformó este mundo en un sepulcro. En medio de estos seres y en esta situación, Jesús descendió para traer la liberación. Si “nadie podía pasar por aquel camino” (v. 28), él sí podía, y lo hizo en gracia para liberarnos.

Los demonios, mejor que los hombres, reconocen en Jesús al Hijo de Dios, quien los juzgará a su debido tiempo. Cuando un pecador recibe al Hijo de Dios como su Salvador, posee la salvación. Pero para los demonios no hay perdón, ni liberación; ellos lo saben. Aquellos pidieron al Señor que les permitiera entrar en el hato de cerdos que apacentaba no lejos de allí. Entonces estos animales se precipitaron desde un despeñadero y perecieron en las aguas. Sus guardas se fueron a la ciudad y contaron todo lo sucedido. “Y toda la ciudad salió al encuentro de Jesús; y cuando le vieron, le rogaron que se fuera de sus contornos”. ¡Triste cuadro de lo que sucedió cuando el Señor se presentó para liberar al hombre del poder del diablo! El hombre prefirió estar bajo la esclavitud de Satanás, a estar en la presencia de Dios en gracia, y esto causó a Israel su ruina definitiva. Porque semejantes a los cerdos que perecieron en las aguas, bajo la influencia de los demonios, los judíos fueron echados fuera de su territorio y engullidos en el mar de las naciones, hasta que ellos reconozcan a Aquel que rechazaron.

Observemos que la **ciudad** es mencionada aquí, no a causa de su importancia, sino de su carácter que, en la Palabra, siempre es malo. El hombre caído, bajo el poder de Satanás y echado de la presencia de Jehová (Génesis 4), se construyó una ciudad. Esta ciudad, figura del mundo con todos sus placeres, parece procurarle todo lo que es necesario para hacer soportable la presencia de Satanás y las consecuencias del pecado. Cuando Dios se presenta en gracia para liberarlo, el hombre le ruega, por decirlo así, que se retire, como lo hicieron los gadarenos. Más tarde las multitudes clamaron en Jerusalén: “¡Fuera, fuera, crucifícale!”. “No queremos que este reine sobre nosotros” (Juan 19:15; Lucas 19:14). Por lo tanto, desde el rechazamiento de Cristo, lo que caracteriza al mundo entero y no solo a los judíos, es que Satanás, a quien se prefirió en lugar de Cristo, llegó a ser el príncipe del mundo. No obstante, Dios no cesa de ofrecer su gracia a cada uno, desplegando su gran paciencia para con todos los hombres. Les pide con insistencia que se reconcilien con él, para evitar la ira venidera. ¡Qué posición más horrorosa para la gente del mundo en el día del juicio! ¡Acepte usted sin tardar la gracia que le es ofrecida hoy, a fin de poder esperar del cielo a Jesús que nos libera de la ira venidera! (1 Tesalonicenses 1:10).

Capítulo 9

La curación de un paralítico

El Señor pasó al otro lado del mar y volvió a su propia ciudad, Capernaum. Allí le trajeron un paralítico, echado en una cama. “Y al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados”. Aquí también vemos que Jesús responde a la fe de aquellos que traen al paralítico. En Marcos 2, vemos que la energía de esta fe vence todas las dificultades para llevar al enfermo a la presencia del Señor. Este relato contiene, entre otras cosas, una lección de la cual todos necesitamos sacar provecho. Como ya lo hemos dicho, la parálisis es una figura de la incapacidad en la cual se halla el hombre, a causa del pecado, para hacer cualquier cosa a fin de tener la vida. Es necesario, pues, que los que poseen la nueva vida ayuden a aquellos que todavía carecen de ella, como hicieron esos hombres, quienes, trayendo el paralítico al Señor, tenían fe en su curación. Cada cristiano puede hacer algo para poner a un pecador en contacto con la potencia sanadora, sea hablando del Señor en el momento propicio, sea invitando a escuchar una predicación del Evangelio, o distribuyendo tratados, aprovechando todas las ocasiones para atraer las almas al Salvador. Ante todo es menester presentarlas a él por medio de la oración. Se conocen muchas conversiones producidas por intermedio de niños, que fueron de esta forma portadores de paralíticos. No podemos convertir a nadie; pero sí podemos indicar el camino de la salvación, constreñir a entrar en la sala de boda a los que se mantienen fuera (Lucas 14:23). ¡No olvidemos la enseñanza que nos da la fe de las personas que trajeron el paralítico a Jesús!

Cuando algunos escribas oyeron al Señor decir al paralítico: “Tus pecados te son perdonados”, lo acusaron de blasfemo. Pero el Señor, conociendo sus pensamientos, les dijo: “¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? Porque, ¿qué es más fácil, decir: Los pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa” (v. 4-6). Estos escribas no reconocían a Jesús como Jehová, quien visitando a su pueblo cumplía lo que dice el Salmo 103:3:

“ Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias.

El dueño de esta potestad, en la tierra, era el Hijo del Hombre, título que toma siempre el Señor rechazado. Tan fácil le era decir: “Los pecados te son perdonados”, como: “Levántate y anda”. Bajo el gobierno de Dios en medio de su pueblo, el que se hallaba atacado por una enfermedad,

lo era a causa de ciertos pecados que había cometido, de modo que curar a tal hombre era perdonarle sus pecados. Ahora bien, solo Dios podía hacer eso. Él estaba allí en la persona de Jesús para curar enteramente a Israel, con tal que este quisiera recibirle. Al ver este milagro, las muchedumbres se maravillaron y glorificaron a Dios, que había dado tal poder a los hombres. Lo comprobaban, pero eso no quiere decir que creyeran que este Hijo del Hombre era Jehová, Emanuel (Dios con nosotros). Los hombres se emocionan con la potestad de Dios antes que dejarse atraer por su amor. Sin embargo, los sentimientos producidos al ver los milagros no salvan; es necesario tener fe en la persona del Señor y en su Palabra.

El llamamiento de Mateo

“Pasando Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo, que estaba sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y se levantó y le siguió. Y aconteció que estando él sentado a la mesa en la casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores, que habían venido, se sentaron juntamente a la mesa con Jesús y sus discípulos” (v. 9-10).

Si Jehová estaba en medio de su pueblo, era con base en la gracia y obrando según esta; no tomaba en consideración lo que era el hombre para actuar a su favor. El Señor quiso asociarse a hombres –los apóstoles– para cumplir su obra de amor y de poder en medio de su pueblo, según lo vemos en el capítulo siguiente. Para eso no escogió a un fariseo o a un doctor de la ley, porque nada de lo que caracterizaba a estos hombres religiosos, ni a ningún otro, los cualificaba para tal llamamiento. Eligió a un recaudador de impuestos, un hombre despreciado por los judíos a causa de su vocación. La gracia lo formaría para Su servicio (véase Marcos 1:17). Los recaudadores, que cobraban los tributos para los romanos, muchas veces obraban de mala fe, de forma arbitraria, así como lo dijo Juan el Bautista a los que venían a él (Lucas 3:13). En consecuencia los judíos, quienes difícilmente soportaban el yugo de los romanos, despreciaban profundamente a los que aceptaban estas funciones. Los colocaban entre los pecadores, gente de mala vida; los excluían de sus sinagogas y su testimonio público no tenía ningún valor. Pero Dios no mira los defectos del hombre, como tampoco sus cualidades, para ocuparse de él. Vino a traer la gracia a todos, porque todos, sin distinción, estaban perdidos. Los fariseos, que estimaban ser superiores a los otros, al ver a Jesús sentado a la mesa con los publicanos y los pecadores, dijeron a los discípulos: “¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores? Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento” (v. 11-13; véase Oseas 6:6). ¡Qué hermosa definición de la gracia puesta en

medio de ellos en la persona de Jesús! Quiere hacer misericordia a todos, porque Dios no puede aceptar ningún sacrificio ofrecido por el hombre amancillado por el pecado. Cuando un hombre se reconoce pecador perdido, puede acudir al Salvador y recibir el perdón de sus pecados; pero mientras se cree justo y permanece en su estado de perdición, no puede apreciar la gracia. Y de esta forma se halla en oposición a la Palabra de Dios que dice:

No hay justo, ni aun uno



(Romanos 3:10).

El vino nuevo y los odres viejos

Vinieron a Jesús los discípulos de Juan el Bautista, preguntándole: “¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan? Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán” (v. 14-15). El Señor compara la posición de sus discípulos con la de los amigos de un esposo el día de la boda; llenos de gozo con su presencia, el ayuno no les convendría. En efecto, ¿podía alguien ayunar si comprendía quién era este Maestro divino, si disfrutaba de los favores de su presencia y de su actividad? Los discípulos eran objetos de su amor, pues ellos hallaron, como lo dijo Felipe a Natanael, “a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas” (Juan 1:45). Vemos cuán poco comprendieron los discípulos de Juan quién era Aquel de quien su Maestro había dicho: “El amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido” (Juan 3:29). En su respuesta a los discípulos de Juan, el Señor también tenía ante sí su rechazamiento, que acarrearía momentos de tristeza y de ayuno para los suyos; de esto les habló en Juan 16:16-20. El Señor se sirve de figuras para mostrar que su gracia es enteramente nueva (v. 16-17), algo que no puede ser contenido en las formas legales del judaísmo, como tampoco conviene a la propia justicia de los fariseos. “Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; porque tal remiendo tira del vestido, y se hace peor la rotura. Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra manera los odres se rompen, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero echan el vino nuevo en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan juntamente”. En efecto los odres, en los cuales en Oriente se conservan los líquidos, cuando son viejos, no soportan la fuerza de la fermentación del vino nuevo. De ahí viene el ejemplo que el Señor toma para mostrar que todo debe ser nuevo bajo el régimen de la gracia que él introducía en este mundo. El sistema legal,

que se dirigía al hombre natural con el fin de probarlo, no podía concordar con la gracia que no lo consideraba en absoluto, fuese judío o gentil, religioso o gran pecador, sino que obraba libremente para todos aquellos que tenían necesidad de ella.

La resurrección de una joven

Mientras el Señor hablaba así, un jefe de la sinagoga, llamado Jairo, se acercó a él, diciéndole: “Mi hija acaba de morir; mas ven y pon tu mano sobre ella, y vivirá”. Jesús lo siguió al instante, acompañado por sus discípulos. En el camino, una mujer enferma de flujo de sangre desde hacía doce años –imagen de la vida que se va– se acercó por detrás y tocó el borde de su manto, diciendo dentro de sí: “Si tocare solamente su manto, seré salva. Pero Jesús, volviéndose y mirándola, dijo: Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado. Y la mujer fue salva desde aquella hora”. Cuando Jesús llegó a la casa de Jairo, encontró a los flautistas tocando música fúnebre, según la costumbre oriental en caso de un fallecimiento, y a la muchedumbre que hacía alboroto. Mandándoles a todos que se apartasen, les dijo: “La niña no está muerta, sino duerme. Y se burlaban de él. Pero cuando la gente había sido echada fuera, entró, y tomó de la mano a la niña, y ella se levantó. Y se difundió la fama de esto por toda aquella tierra” (v. 18-26). En contraste con los que no reconocían a Jesús, da gusto ver la fe del padre que sabe que si Jesús toca a su hija muerta, ella vivirá, y la fe de la mujer, segura de su curación por tocar tan solo la franja de su vestido. Por encima de todo, admiramos el amor infatigable del Señor Jesús, siempre dispuesto a responder a las necesidades de todos los que acuden a él. Este era su alimento, la satisfacción de su propio corazón.

Tenemos también en estos hechos una enseñanza figurada que nos revela el propósito del ministerio de Jesús respecto a Israel. La joven muerta representa el estado de muerte moral de la nación. El Señor vino para despertar a Israel, para llamarlo a la vida; sin embargo, esto solo acontecerá en los tiempos del fin, ya que el Señor fue rechazado. Entretanto, todos los que individualmente sienten la gravedad de su estado, como esta mujer, y tienen fe, pueden aprovechar la potestad y el amor del Señor para ser curados. Así sucedió con todos los judíos que recibieron al Señor; y esa gracia se extiende a todos los que creen, en cualquier lugar, esperando la resurrección moral de Israel.

La curación de dos ciegos y un mudo

“Pasando Jesús de allí, le siguieron dos ciegos, dando voces y diciendo: ¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David! Y llegado a la casa, vinieron a él los ciegos; y Jesús les dijo: ¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos dijeron: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho. Y los ojos de ellos fueron abiertos” (v. 27-30).

Estos ciegos presentan otro lado del estado moral de Israel –como de todo hombre–, ciego, incapaz de aprovechar la luz que vino en la persona de Jesús, sin la intervención de su poder que solo responde a la fe. Pues, en medio del triste estado de la nación, aquellos que apelaban al Hijo de David, hallaban en él la respuesta a su fe y aprovechaban lo que ofrecía a todo el pueblo: la luz que falta a todo hombre inconverso. Jesús prohibió a los ciegos divulgar lo sucedido, así como lo había hecho con el leproso (cap. 8:4). Pero ellos publicaron Su fama por toda aquella tierra. El Señor no quería excitar la curiosidad de las multitudes. Vino para responder a las necesidades de los pecadores, y no para buscar la gloria de los hombres. Por eso, en el capítulo 8:18, cuando vio en pos de él a las muchedumbres, pasó al otro lado del mar.

“Mientras salían ellos, he aquí, le trajeron un mudo, endemoniado. Y echado fuera el demonio, el mudo habló” (v. 32-34). El mutismo también representa uno de los caracteres del estado moral del hombre caído: este no puede hablar como tampoco puede ver. No puede decir nada del amor de Dios, ni de las perfecciones de Jesús, como tampoco de las cosas celestiales que no conoce. Pero el Señor está allí para librarlo del poder de Satanás y hacerlo capaz de hablar de él, de ver sus bellezas, de seguirlo y, como en el caso de la suegra de Pedro, servirle. ¡Feliz cambio, debido a la gracia perfecta como al poder de Dios! Esto es pasar de muerte a vida, de las tinieblas a la luz, del poder de Satanás al de Dios. ¡De cuánta gloria es digno el Señor, desde ahora y por toda la eternidad!

Las multitudes asombradas dijeron: “Nunca se ha visto cosa semejante en Israel. Pero los fariseos decían: Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios” (v. 33-34). Si la presencia de Jesús es más insoportable al mundo que la de Satanás, su actividad en gracia y en amor llena de odio y de envidia a los orgullosos fariseos, la gente religiosa del pueblo judío. Ellos sienten su pequeñez frente a la grandeza del Señor Jesús; temen ver disminuir su propio prestigio ante los hombres. Por lo tanto, para salvaguardar el carácter de su pretendida misión divina a los ojos del pueblo, no temen atribuir al diablo el poder del Hijo de Dios, rechazándolo así formalmente y cometiendo lo que se llama “blasfemia contra el Espíritu” (cap. 12:31), para la cual no hay perdón.

Ovejas sin pastor

A pesar de ser el objeto del odio, a través del cual su pueblo manifestaba abiertamente que no quería nada de él, Jesús proseguía su obra, predicando el Evangelio del reino en las ciudades y en las aldeas, poniendo su poder y su amor a disposición de quien los necesitara. Sanaba toda enfermedad y toda dolencia (v. 35).

A pesar de la oposición de los jefes, las muchedumbres tenían necesidades.

“ Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor (v. 36).

Los que habían ocupado el lugar de pastores en medio del pueblo –sacerdotes, escribas y fariseos– no se preocupaban por el rebaño; sacaban de él todas las ventajas posibles para su propio provecho. Jehová se los reprochó por medio del profeta Ezequiel, quien anunció la venida del Buen Pastor que cuidaría de sus ovejas (Ezequiel 34). La maldad de los conductores de Israel, su infidelidad para con el rebaño y el odio que profesaban a Jesús, eran motivos suplementarios para que el verdadero Pastor cumpliera su obra de amor con los miserables. Por eso dijo a sus discípulos: “A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies” (v. 36-38).

¡Cuán maravilloso es el amor infatigable del Señor! Es como una fuente refrescante y pura que sigue apaciblemente su curso. Cuando choca con una roca dura, se desvía de ella para llevar a otro lugar su acción bienhechora. Esta fuente de gracia y de vida ¿encuentra un corazón duro en usted? Déjese ablandar por la bondad de Dios que le guiará al arrepentimiento, a fin de que la fuente de salvación no se desvía de usted para siempre, sino que, por el contrario, pueda cantar con toda sinceridad:

*Fuente de vida, de gozo y luz pura,
Fuente de dicha abierta a la fe;
Célica paz y divina ternura,
Por nos aquí, Jesús siempre fue.*

*Fuente de amor, constante y profunda,
Brotas por nos del santo lugar;
Fuente de Dios, dulce, en saber fecunda,
De Ti nuestra alma quieres llenar.*

*Gozoso aquel que cual árbol viviente,
Por Ti plantado junto al raudal;
Se arraiga, crece y halla plenamente
Delicia en Ti [Fuente celestial!*

*De fruto abunda y lozano prospera,
De pruebas mil no teme el ardor;
Dichoso aquel que en el erial bebiera
De Ti, Jesús, [Fuente del amor!*

Capítulo 10

La misión de los doce apóstoles

Al final del capítulo anterior, Jesús dijo a los discípulos que rogaran al Señor de la mies a fin de que enviara obreros a su mies. Aquí, él mismo los envió. Pues, a pesar de su humillación, él era el Señor de la mies, el Señor de todo. Se revelaba como tal anunciando a su pueblo que el reino de los cielos se había acercado. Hoy día, se sirve de su autoridad para dar la vida eterna, como lo leemos en Juan 17:1-2: “Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste”. Más tarde, el Señor usará de esta misma autoridad para ejercer el juicio sobre los que no hayan querido nada de él mientras dure el tiempo de su larga paciencia.

Jesús llamó a sus doce discípulos, nombrados “apóstoles” o “enviados” y los mandó de dos en dos, con el fin de que anunciaran a los judíos que el reino de los cielos se había acercado. Ya dijimos que lo que caracteriza al evangelio según Mateo, es que Jesús se presenta a Israel como Mesías. Este es un hecho que resalta muy claramente de las instrucciones que él dio a sus discípulos: “Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (v. 5-6). Juan el Bautista ya se había dirigido a Israel, y ahora el Mesías hacía proclamar a ese mismo pueblo la proximidad del reino de los cielos. En cambio, la predicación del Evangelio de la gracia a todos los hombres solo tuvo lugar después del rechazamiento de Cristo. Ya hemos hablado acerca de la diferencia que existe entre el Evangelio del reino y el Evangelio de la gracia que se predica actualmente.

Jesús confirió a los doce apóstoles el poder de hacer milagros. De esta manera ellos presentaban ante el pueblo el poder con el que se establecería el reino, el cual era necesario para liberar al hombre de las consecuencias del pecado y del poder de Satanás. Al predicar el reino de los cielos, ellos debían sanar enfermos, resucitar muertos, limpiar leprosos, echar fuera demonios. Todo este poder será puesto en actividad nuevamente cuando se establezca el futuro reinado de Cristo. Por eso los milagros, hechos por los discípulos al predicar el Evangelio, son llamados en Hebreos 6:5 “los poderes del siglo venidero”.

Los discípulos habían recibido gratuitamente y debían obrar de la misma manera, sin hacer provisión alguna para el camino. El mismo Rey los enviaba a Israel, donde su autoridad debía ser reconocida. Más tarde, cuando el rechazamiento del Rey fue un acto consumado, cuando el Señor pasó por el sufrimiento de la cruz, habló a sus discípulos de una manera muy diferente, pues

en aquel momento eran los enviados de un Cristo rechazado (Lucas 22:35-36). Por el momento, los portadores de una nueva tan gozosa como la del acercamiento del reino de los cielos pondrían al pueblo a prueba: aquellos que los recibieran disfrutarían de la paz que les llevaban; pero, si la casa o ciudad en la cual los discípulos entraban no era digna y ellos no eran recibidos, al salir, debían sacudir el polvo de sus pies como testimonio en contra de ella. El Señor añadió: “De cierto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y de Gomorra, que para aquella ciudad”. A pesar de que los habitantes de estas ciudades fueron tan pecadores, no son responsables de haber despreciado un privilegio tan grande, como lo hicieron aquellas ciudades de Israel, las cuales, en vez de recibir al Mesías, desde mucho tiempo anunciado por los profetas, le dieron muerte. Por consiguiente, después de este rechazamiento, el tiempo de la larga paciencia de Dios para con su pueblo llegó a su fin. Israel fue rechazado y dispersado entre las naciones, hasta que sea nuevamente reunido y bendecido, según las promesas inmutables de Dios, en virtud de la “sangre del nuevo pacto” derramada en la cruz (Mateo 26:28).

Persecuciones venideras

Hasta el versículo 15, el Señor da a los discípulos las instrucciones necesarias para su servicio durante el tiempo que va a transcurrir antes de su muerte; después, las que revisten un valor más general y abarcan todo el período que transcurre entre su primera venida y su gloriosa venida como Hijo del Hombre (v. 23), y eso siempre en relación con Israel. Pues, después de la muerte del Señor, los discípulos ejercieron su ministerio en medio del pueblo, antes de ir a proclamar el Evangelio a las naciones. En aquel entonces debían ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas, porque eran como ovejas en medio de lobos. “Prudentes como serpientes”, equivale a decir que es preciso tomar en cuenta la oposición que existe en un ambiente hostil, haciendo solo lo necesario en pro de la causa a servir. Además, hay que ser sencillo como palomas, actuar sin cálculo cuando se discierna la necesidad de obrar. “Creí; por tanto hablé” (Salmo 116:10); hay que hablar, sin inquietarse por las consecuencias.

Como enviados del Rey rechazado, los discípulos serían entregados a los concilios, azotados en las sinagogas, llevados ante gobernadores y reyes, por causa del Señor y como testimonio a los judíos y a las naciones. No padecieron ninguna de estas tribulaciones mientras el Señor estaba con ellos; sin embargo, inmediatamente después de su muerte, según lo leemos en los Hechos de los Apóstoles, las sufrieron todas. Soportarán las mismas tribulaciones aquellos que anuncien el establecimiento del reino por Cristo, después del arrebatamiento de la Iglesia y antes de la veni-

da del Hijo del Hombre. Pero ese tiempo será corto. Por eso el Señor dice, refiriéndose a él: “No acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre” (v. 23); el momento de esta aparición será tan súbito como el de un relámpago (cap. 24:27).

Jesús imparte a sus discípulos todas las instrucciones y los estímulos necesarios para el período de su ministerio en medio de los judíos, el que transcurre desde esta primera misión hasta el momento en que él venga otra vez para establecer su reino en gloria.

Estos estímulos e instrucciones se aplican también a los siervos y a los testigos del Señor en la actualidad, porque la oposición a la cual los creyentes de todos los tiempos deben hacer frente lleva siempre el mismo carácter. El corazón natural se opone a Dios, odia la luz y la verdad, cualquiera sea la forma en que éstas le son presentadas; sobre todo si uno declara ser de Cristo en el mundo que lo ha rechazado.

Los discípulos no debían inquietarse cuando tuvieran que responder a sus captores. Si el Señor los dejaba en la tierra, él les enviaría al Espíritu Santo que es espíritu “de poder, de amor, y de dominio propio” (2 Timoteo 1:7), y les daría en el momento justo las palabras que tendrían que decir. El Señor dice, en Lucas 21:15: “Porque yo os daré palabra y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan” (véase también Marcos 13:11).

El odio contra el Señor es capaz de apagar todos los sentimientos naturales; un hombre puede entregar a la muerte a su hermano, un padre a su hijo, y los hijos a sus padres (v. 21). La historia de la Iglesia ha provisto numerosos ejemplos de esta triste verdad, y es humillante hacer constar que tales hechos casi no se presentan sino cuando se trata de los intereses de Cristo. Ha habido motivos de divisiones y de guerras que no tuvieron nada que ver con el Evangelio; sin embargo, ninguno de ellos puso al hombre en un estado de odio tal que le impidiera tomar en cuenta los afectos más íntimos, según se ha visto en las persecuciones sufridas por los fieles, tanto de parte de los judíos, como de Roma, fuese esta pagana o cristiana. ¡Qué triste prueba de su enemistad contra Dios ha dado el corazón humano, sobre todo cuando estuvo en relación con la gracia! ¡Cómo hace resaltar esto la infinita grandeza del amor de Dios, que ha dado a su Hijo unigénito, a fin de perdonar tales pecados y hacer de tales pecadores, por la fe, sus muy amados hijos!

Los discípulos debían recordar que todo lo que les fuera hecho, le había sido hecho a su Maestro.

“ El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor (v. 24-25).

Es alentador pensar que el Señor fue el primero en pasar por las pruebas y los sufrimientos; algunos incluso se atrevieron a llamarlo Beelzebú. Entonces, no es nada sorprendente que se trate a los siervos como se ha tratado al Maestro.

No temer a los hombres

Pero ellos no debían temer a los hombres, por malvados que estos fuesen, porque llegaría el día en que Dios lo manifestaría todo a la luz. ¡Que hablen atrevidamente! Si bien su testimonio puede conducirlos a la muerte, ¡no deben temer a los que matan el cuerpo, porque no pueden matar el alma! Hay que tener un temor reverente hacia Dios, porque él sí puede destruir “el alma y el cuerpo en el infierno” (v. 26-28).

El Señor indica de una manera enternecedora que Dios se ocupa de los más pequeños detalles que se relacionan con los suyos, y que nada sucede sin Su voluntad. Los pajarillos tienen poco valor para los hombres, ya que se venden dos de ellos por un cuarto; no obstante, ni uno de ellos cae a tierra sin que nuestro Padre lo permita. Para mostrar la grandeza del interés que Dios demuestra por los suyos y cuánto le afecta todo lo que nos concierne, el Señor dice:

“Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos (v. 29-31).”

Estas palabras, que han animado a los discípulos en todos los tiempos, también son una fuente de paz y de descanso para nosotros. Aunque no pasemos por las persecuciones crueles de los tiempos pasados, constantemente tenemos necesidad de recordar que nuestro Dios y Padre cuida de nosotros con un amor más grande que el de una madre, a fin de que, echando sobre él todos nuestros motivos de inquietud, podamos servirlo sin distracción. ¿Qué madre contaría los cabellos de sus hijos? David conoció los tiernos cuidados y la bondad infinita de Dios, pues dijo: “Aunque mi padre y mi madre me dejaran, con todo, Jehová me recogerá” (Salmo 27:10).

Confiándonos así en el amor de Dios, no temamos las consecuencias de nuestra fidelidad al confesar el nombre del Señor, aunque pueda causarnos pena, porque algún día esta fidelidad hallará su recompensa en el cielo. Allí, en la presencia de su Padre, el Señor mencionará por sus nombres a los que hayan sido fieles, pero negará a los que hayan tenido vergüenza de él en esta tierra (v. 32-33); estos “cobardes”, citados en Apocalipsis 21:8, tendrán su parte con todos los rebeldes pecadores en el lago que arde con fuego y azufre.

Tomar su cruz y seguir al Maestro

Aunque los discípulos anunciaran el reino de los cielos, y el mismo Rey estuviera presente en la persona de Jesús, no debían esperar que el Señor estableciera la paz en la tierra en ese tiempo. Él lo hará un día. Para eso, quitará a los malos por medio de los juicios. Allí, Jesús estaba obrando en gracia, sin ejecutar juicio alguno. Pero, a causa de la malignidad de los hombres, el efecto de su venida no fue la paz, sino disensión, como ya hemos visto en el versículo 21. Hoy en día, Dios soporta al malo que se levanta contra aquel que recibe al Señor, y el creyente debe soportarlo, sin temer los sufrimientos que provienen de su fidelidad. El Señor señala que no hay que negar la verdad para evitar la guerra que puede estallar hasta en el seno de una familia (v. 36-39). Si, para no tener que sufrir el oprobio, alguien prefiere agradar a los suyos antes que al Señor, no es digno de él. El discípulo debe tomar su cruz y seguir al Maestro, es decir, aplicar la muerte a todo lo que la carne pudiera amar, si lo que ella ama ocupa el sitio que pertenece a Cristo e impide, en consecuencia, obedecerle. No solamente debe abandonar hasta lo más íntimo que comparte con su familia, sino también renunciar a su propia vida. Porque si amamos nuestra existencia en la tierra más que al Señor, la perderemos. Y si por amor a Jesús uno la pierde al no buscar su propia satisfacción, la hallará por la eternidad (v. 40-42).

La salvación de todo hombre depende de cómo acoja la Palabra de Dios, anunciada por sus siervos. Cualquiera que reciba a un emisario de esta Palabra, recibe al Señor mismo, y aquel que lo recibe, recibe a Dios que lo ha enviado. Lo mismo sucede para quien recibe a un profeta; porque es un enviado de Dios, este tiene a los ojos de Dios el valor de un profeta. Es lo mismo para un justo. El que dé a uno de estos pequeños, a un creyente, un vaso de agua fría porque es discípulo de Cristo, no perderá su recompensa. El valor de nuestros actos depende de los móviles que nos impulsan. La persona de Jesús tiene tal valor para Dios que todo lo que es hecho para él en este mundo que lo ha rechazado tiene un precio inestimable, el cual será manifestado por la recompensa con la que Dios premiará a los que hicieron algo para su muy amado Hijo.

La salvación depende absolutamente de cómo recibamos a Cristo y su Palabra, pues, por obras, nadie puede obtenerla. Cuando el Hijo del Hombre venga y se sienta en el trono de su gloria con las naciones a su alrededor, permitirá que los que están a su derecha entren en el reino, por haber recibido a los enviados del Señor, a los que llama “estos pequeñitos”, y por haberles hecho bien; porque al recibirlos lo habrán recibido a él mismo (Mateo 25:31-46). Este capítulo se refiere a estos enviados. La oposición del mundo a Cristo es tal que el Señor dice, en Marcos 9:40: “El que no es contra nosotros, por nosotros es”.

Por otra parte, no olvidemos que si la salvación depende simplemente de la aceptación de Cristo por la fe, fue necesario que este precioso Salvador sufriese en la cruz todo lo que habíamos merecido. Para los que lo han recibido, este pensamiento debería incitarlos a seguirlo y a ser sus fieles testigos. Y para aquellos que aún no lo han recibido, ¿puede haber algo más sublime que este amor para atraer sus corazones, a fin de que no descuiden por más tiempo una salvación tan grande? Porque, ¿cómo escapar del juicio, si se rechaza a Aquel que soportó este mismo juicio en lugar del culpable?

Capítulo 11

Los discípulos de Juan en presencia de Jesús

Después de enviar a sus discípulos a la mies, el Señor salió para enseñar y predicar en las ciudades. ¡Contemplar a tal persona, al Hijo de Dios, qué hecho maravilloso para la fe! Se le podía encontrar por doquier, cumpliendo las obras de gracia de parte de Dios, su Padre, en medio de esta humanidad perdida. ¡Qué humildad, qué devoción, qué amor! Dejó la gloria para venir a esta tierra. Se despojó a sí mismo de su divinidad, tomando forma de siervo, y como hombre obediente, se humilló a sí mismo hasta la muerte de cruz, a fin de salvar a pecadores tales como usted y yo.

Esta humillación, necesaria a causa del miserable estado del hombre, no ofrecía ninguna armonía con los pensamientos judíos en cuanto a un Mesías glorioso. Ya su precursor, Juan el Bautista, fue echado en la cárcel. Era una prueba cruel para él el último de los profetas, porque conocía la grandeza del Mesías. Había dicho de él:

Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe



(Juan 3:30)

, y se declaraba indigno de desatar la correa de su calzado (Juan 1:27). Mientras sufría la maldad de Herodes, el rey impío y usurpador del trono, Juan oyó hablar de las obras de Cristo, sin ser socorrido por Aquel a quien pertenecía, en realidad, el trono de David.

En un momento de desfallecimiento, muy comprensible para nuestros débiles corazones, pero no para la fe, Juan envió a sus discípulos para preguntar a Jesús: “¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?”. Jesús les respondió: “Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí”. Con esta respuesta, el Señor se dirigía a la conciencia de Juan y le hacía comprender que él era el Mesías anunciado y descrito por Isaías. Sin embargo, era desconocido e iba a ser rechazado, como ya lo era su precursor. Además, el reino era anunciado, pero todavía no estaba establecido. Al hablar Isaías del tiempo en que el Mesías estaría en la tierra, anunció el cumplimiento de los hechos que presenciaron los discípulos de Juan y que relataron a su maestro: “Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo” (Isaías 35:5-6; léase también cap. 29:18-19). Eso debía ser suficiente para la fe de Juan. Era la gracia, unida a la potestad, obrando en medio de to-

das las consecuencias del pecado, pero aún sin el poder que quitaría a los malvados de la tierra. Se puede notar que a pesar de su escepticismo momentáneo, Juan confiaba en Jesús en cuanto a la respuesta a su pregunta: “¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?”. Asegurado de que Jesús era el Mesías, debió serle doloroso oír estas palabras: “Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí”.

¡Que el Señor nos ayude a no perder la confianza en él, aun cuando nuestras circunstancias no parezcan estar de acuerdo con su amor!

Jesús da testimonio de Juan

Cuando los discípulos de Juan se marcharon, Jesús se dirigió también a la conciencia de la multitud y dio testimonio de su amado siervo. A pesar de todo, Jesús quería que las multitudes supieran quién era Juan, con el fin de hacerles comprender, al mismo tiempo, el carácter solemne del tiempo en el cual se encontraban, porque la bendición dependía, para ellas, de la aceptación o del rechazamiento de Cristo y de su precursor. Desgraciadamente y como se ve a continuación, ya habían elegido e iban a permanecer bajo las consecuencias de su incredulidad.

A pesar de la apariencia con la cual se había visto a Juan en el desierto, Jesús aseguró su carácter de profeta y aún más que profeta. Era aquel de quien está escrito: “He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti” (v. 10; véase también Malaquías 3:1). Ningún profeta, dijo el Señor, fue mayor que Juan. Porque de todos los profetas que anunciaron la venida de Cristo, él fue el único que tuvo el gran privilegio de verlo. Juan conoció el gozo de este privilegio, pues dijo: “El amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido” (Juan 3:29). Pero Jesús añadió que el más pequeño en el reino de los cielos sería mayor que Juan. Es decir que, cuando el reino se establezca, los que forman parte de él tendrán un privilegio más grande que quienes lo anunciaron. Eso es particularmente cierto para los que creen hoy. En efecto, cuando el reino se establezca en gloria, reinaremos con Cristo, ya que sufrimos con él durante el tiempo de su rechazamiento, porque reconocemos sus derechos como Rey, mientras que el mundo los desconoce y desprecia al Señor.

Jesús dijo: “Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan” (v. 12). Hasta el advenimiento de Juan, bajo el régimen de la ley y los profetas, todo Israel era el pueblo de Dios. Pero después, como consecuencia de su estado de impiedad, Juan anunció el establecimiento del reino y afirmó que el arrepentimiento era impres-

cindible para entrar en él. Los judíos pretenciosos argüían: “A Abraham tenemos por padre”; rechazaban absolutamente un reino que exigía el arrepentimiento para poder entrar en él, y condujeron al pueblo a repudiar al Rey. Por eso los judíos que aceptaban la palabra de Juan y de Jesús debían soportar la oposición de la mayoría y luchar, como lo decía Jesús en el sermón del monte: “Esforzaos a entrar por la puerta estrecha” (Lucas 13:24).

Hoy nos hallamos en una situación idéntica a la de entonces, porque estamos en medio de un mundo que ha rechazado a Cristo. ¡Resistámosle, pues, para entrar por la puerta estrecha que lleva a la vida!

Se confirmó a los judíos que Juan el Bautista era verdaderamente Elías, que debía venir antes del establecimiento del reino y de los juicios que lo precederían (v. 14), para preparar el camino de Cristo en los corazones. Así lo hizo este siervo de Dios, como lo dijo el Señor en el versículo 10, citando el pasaje de Malaquías (véase también Lucas 1:17). Todos los que no aprovecharon su ministerio participaron de lo que aconteció al pueblo incrédulo. En los tiempos venideros, antes de la venida de Cristo en gloria, un Elías será enviado nuevamente, según esta palabra: “He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible” (Malaquías 4:5), y del mismo modo, todos los que no lo reciban serán alcanzados por los juicios.

El Señor pronunció estas palabras, tan solemnes hoy como en aquellos tiempos: “El que tiene oídos para oír, oiga” (v. 15). Pues,

La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios
(Romanos 10:17).



Israel se hallaba sin excusas; Dios había empleado todos los medios necesarios para que pudieran disfrutar de las bendiciones prometidas por la presencia del Mesías, pero ellos los rechazaron. Semejantes a los niños sentados en la plaza del mercado, que nunca están de acuerdo con las proposiciones de sus camaradas: “Os tocamos flauta y no bailasteis” (v. 17). Cuando Juan el Bautista apareció, austero como un profeta, separado de los pecadores a quienes invitaba al arrepentimiento, ellos dijeron: “Demonio tiene”. El Hijo del Hombre vino en gracia buscando a los pecadores, no temiendo ponerse en contacto con los hombres más viles, porque venía a buscar y a salvar lo que se había perdido, pero ellos dijeron: “He aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores” (v. 18-19).

En medio de esta situación, el Señor llama hijos de la sabiduría a los que creen, porque escuchan la voz de la sabiduría, la voz de Dios que advierte a los sencillos a que acepten la Palabra (léase Proverbios 8 y 9:1-6). La sabiduría los halló y ella fue justificada por ellos, esta sabiduría de Dios, que es locura para los sabios y para los entendidos de este mundo. Pero, ¡qué gloriosos y eternos resultados para los que la hallan (Proverbios 8:35); qué contraste con los que la rechazan! (v. 36). ¿No quiere usted ser hijo de la sabiduría?

Reproches de Jesús

¡Cuánto debía sufrir el Señor al ver la ceguera y la incredulidad de los que lo rechazaban, siendo ellos mismos testigos y objetos de su gracia maravillosa! Por lo tanto, dolido a causa de las consecuencias que ello acarrearía para las ciudades más favorecidas, les dirigió reproches y profetizó la desgracia que las alcanzaría el día del juicio.

Las ciudades orgullosas y paganas, Tiro y Sidón, se habrían arrepentido si hubieran disfrutado de los mismos privilegios que las ciudades de Galilea; y Sodoma aún existiría. Por eso el día del juicio sufrirán un castigo menos severo que aquellas en las que el Señor hizo la mayoría de sus milagros. Porque las penas eternas serán proporcionales no solamente a los pecados cometidos, sino también a los privilegios poseídos; pues todo debe cumplirse según la justicia perfecta de Dios. ¡Cuán adecuada es esta solemne verdad para hacer reflexionar a todos los que han oído la Palabra, pero que todavía no la han recibido por la fe en sus corazones! Pues si la responsabilidad de las ciudades de Palestina será grande el día del juicio, ¿cómo será la de los países cristianizados, y muy particularmente la de todos aquellos que desde la infancia recibieron las enseñanzas del Evangelio, sin apropiárselas? De todos los desdichados que pasarán la eternidad en las tinieblas de afuera, ninguno sufrirá mayores tormentos que aquel que recuerde los llamados hechos por sus parientes, amigos, siervos del Señor, y de tantas otras maneras, sin responder a ellos.

¡Qué suplicio tener que acusarse eternamente por estar lejos de Dios por su propia culpa, por haber despreciado el amor y la gracia del Señor durante su larga paciencia, prefiriendo las vanidades engañosas del presente siglo a las cosas de arriba!

La revelación del Padre

“En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó”. La expresión “aquel tiempo” se refiere al período en el cual Jesús atestiguaba con dolor su rechazamiento. El que tanto deseaba que su pueblo lo recibiera tuvo que decirles:

“¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (Mateo 23:37). Nada es más doloroso para el corazón que un amor no comprendido, desconocido y rechazado. Pero el Señor, en su perfecta sumisión, confiaba en el juicio de su Padre como Señor del cielo y de la tierra; dirigió sus pensamientos a las benditas consecuencias que tendría, para otros, su rechazamiento por el pobre pueblo que se dejaba conducir ciegamente por sus jefes, los sabios y los entendidos. Los que se beneficiarán serán los niños y los creyentes, dondequiera que se hallen. Todos pueden participar de ellas, con la condición de tomar el lugar de los niños, es decir, si creen con sencillez. Si fuese necesario hacerse sabio e inteligente según el hombre, muchos no podrían ser salvos. Un pequeño que cree lo que Dios dice, que recibe a Jesús como su Salvador, recibe también la revelación de los pensamientos de Dios, los cuales los razonadores de este siglo no comprenden. Tales pensamientos les están escondidos. Para que les sean revelados, es necesario que reciban a Jesús como su Salvador, con la simplicidad de la fe infantil.

La gloria de la persona de Jesús aparece aquí en medio de su rechazo y en su humillación (v. 27). Aunque siendo el hombre constantemente sometido y obediente, Jesús siempre tenía conciencia de su gloria. Esto hace resaltar la belleza de su humildad. “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre”, dijo. Si un momento antes, en su humilde dependencia, llamó a su Padre “el Señor del cielo y de la tierra”, él sabía que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos. “Dios... le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:9-11). La gloria de su persona es tan grande, tan insondable en la unión de su perfecta humanidad y de su absoluta deidad, que solo el Padre lo conoce. Nadie podía, hallándose en presencia del Hijo de Dios en la tierra, conocer la gloria de su persona. Pero, si solo el Padre lo conocía, hasta entonces tampoco nadie conocía al Padre. Ni la ley, ni los profetas lo habían revelado. ¿Quién, pues, podía revelarlo, sino Aquel a quien nadie conocía, que estaba en la tierra, “el Unigénito Hijo, que está en el seno del Padre” y que, no obstante, caminaba en medio de los hombres como uno de ellos? Precisamente, el Señor vino en su inescrutable humanidad, trayendo la revelación de Dios en gracia, para revelar a Dios en su carácter de Padre a pobres pecadores que no habrían podido ver a Dios y vivir; de modo que él pudo decir:

“ Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar (v. 27). ”

Ya que su pueblo lo desconocía y lo rechazaba como Mesías, él iba a continuar su obra de gracia revelando la plenitud del amor de Dios Padre a quien él quisiera. El amor es soberano.

El llamamiento al Salvador

Alguien puede preguntar: «El Hijo, ¿a quién querrá revelar al Padre?». Jesús responde: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (v. 28). Este precioso Salvador veía no solo en medio de su pueblo culpable, sino en el mundo entero, almas trabajadas y cargadas. Él sabe que el pecador se cansa inútilmente procurando liberarse por sí mismo. ¡Qué no se haría para ser liberado del fardo del pecado que pesa sobre la conciencia! No obstante, todo es en vano; su estado solo empeora. El único que puede dar descanso a un alma así atormentada es el Hijo de Dios.

Una señora católica estaba muriéndose. El peso de sus pecados agobiaba su corazón. Se hizo venir al sacerdote, quien le administró los sacramentos; pero ellos no proporcionaron ningún alivio a su conciencia, a pesar de que el sacerdote le aseguraba el valor de los mismos. La angustia se hacía más terrible a medida que el fin se aproximaba. En fin, al no saber qué hacer, el sacerdote dijo a la pobre mujer: «Mire a Jesús muerto en la cruz». Sin embargo, no se daba cuenta de que dirigía las miradas de ella a la única fuente de paz y de descanso. La paz llenó el corazón de la moribunda, pero el sacerdote no supo por qué. Solo más tarde, cuando experimentó en sí mismo el valor de la cruz, comprendió lo que pasó en el corazón de esa mujer.

Estas inefables palabras resuenan todavía en la actualidad:

“ Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”

Sabemos que si el Salvador puede descargar al pecador del peso de sus pecados, es porque los cargó sobre sí mismo en la cruz, bajo el juicio de Dios, quien los destruyó y los quitó para siempre de delante de Él y de encima del culpable que cree en el valor de este sacrificio. Después de cumplir una obra tan perfecta, nuestro muy amado Salvador ascendió a la gloria, y desde allí invita, por su Palabra, a cualquiera que esté trabajado y cargado a venir a él para disfrutar del descanso.

El Señor también habla de otro descanso que se halla al llevar Su yugo sobre uno mismo. Después de recibir el perdón de sus pecados, el creyente debe atravesar este mundo donde encuentra muchas penas y toda clase de pruebas. Con ellas, la propia voluntad experimenta contrariedades, el alma está agitada, porque no se pueden cambiar las circunstancias. El Señor enseña

entonces el medio para poder caminar hacia adelante, aun pasando por las más grandes pruebas, pero disfrutando, a la vez, de aquel descanso. Él puede enseñarlo, porque fue manso (v. 29) y humilde de corazón, porque fue el primero en pasar por un camino de sufrimientos en la obediencia. Al entrar en este mundo, dijo: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad”. En su camino, siempre lo aceptó todo de la mano de su Padre, hasta la terrible copa en Getsemaní. Lo oímos decir: “Sí, Padre, porque así te agradó” (v. 26). Quiere enseñarnos a hablar como él mismo habló, en todas las circunstancias que contrarían nuestra voluntad y agobian nuestro corazón. Quiere que aprendamos a atravesarlas con él y digamos: “Sí, Padre, porque así te agradó”. Él dice: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (v. 29-30). Su yugo es la sumisión a la voluntad de su Padre. Para el corazón renovado, este yugo es fácil y el peso ligero; es el suyo. Él lo lleva con nosotros, y así disfrutamos de su comunión en medio de las pruebas. Allí aprendemos a conocerlo mejor que en la prosperidad material, y podemos disfrutar sin cesar de este descanso en comunión con él, por penosas que sean nuestras circunstancias.

¡Qué perfecto Salvador poseemos en Cristo! Si fuimos a él para ser liberados del peso de nuestros pecados, ¡deseemos conocerlo cada vez mejor! Aprendamos de él cuál es el camino de la sumisión a la voluntad del Padre, para hallar el descanso del alma en medio de las circunstancias del desierto, esperando entrar próximamente en el descanso de Dios al fin del camino.

Capítulo 12

Señor del día de reposo

En el capítulo 11 Jesús da pleno testimonio del rechazamiento del que es objeto, y lo siente dolorosamente en su corazón. Aquí, este rechazamiento se acentúa y, además, las consecuencias para el pueblo judío son manifiestas: el repudio del pueblo y su juicio.

Un sábado (día de reposo), Jesús iba por los sembrados con sus discípulos y ellos, teniendo hambre, comenzaron a comer trigo. La ley de Moisés permitía hacer esto al pasar por el campo de su prójimo, con tal que uno se limitase a arrancar las espigas, sin cortarlas con la hoz (Deuteronomio 23:25). Pero era sábado, y los fariseos reprocharon al Señor la actitud de los discípulos, pues estos hacían algo que era prohibido hacer aquel día. Jesús les recordó que David, cuando huía de Saúl (1 Samuel 21), comió los panes de la proposición que solo tenían derecho a comer los sacerdotes. David, como Jesús, era el rey rechazado. ¿Para qué, pues, servía observar las ordenanzas, si se desconocía al rey? El Señor citó otro hecho: no se culpaba a los sacerdotes que oficiaban, el día sábado, en el templo, casa de Dios en la tierra. A lo cual añadió: “Pues os digo que uno mayor que el templo está aquí” (v. 6). Era Dios mismo en medio de su pueblo, no en el templo, sino en la persona de su Hijo, este Hijo a quien nadie conoce sino el Padre. “Y si supieseis qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio, no condenaríais a los inocentes” (v. 7). Si los fariseos hubieran comprendido que Dios visitaba a su pueblo en pura misericordia, habrían obrado según este espíritu y no hubieran condenado a los discípulos que, considerada la circunstancia, no eran culpables.

Después Jesús añadió: “Porque el Hijo del Hombre es Señor del día de reposo” (v. 8). Al ser rechazado como Mesías, todo el sistema legal era puesto de lado, por lo cual el Señor tomó el título de Hijo del Hombre, cuyos derechos se levantaban por encima de todo, de modo que podía disponer del sábado en lugar de someterse a él. Pero los fariseos querían guardar el sábado, como también todos los privilegios exteriores que pertenecían al pueblo judío, mientras rechazaban al Mesías, al mismo Dios que les había dado la ley.

El sábado recordaba la alianza de Dios con su pueblo (Éxodo 31:16-17; Ezequiel 20:12). Con ese día Dios mostraba a Israel su intención de hacerlo participar de su reposo. Pero, con el principio legal, no se puede hallar reposo de ninguna clase, porque la ley demostró la incapacidad del hombre para hacer el bien y su pérdida irreparable. Ahora bien, Israel no solo había violado la ley desde el mismo momento que le fue dada, sino que, además, rechazaba a su Salvador y a su Rey.

Desde entonces perdía todo derecho a la bendición sobre la base de la ley. Era, pues, inútil conservar ordenanzas legales, bajo las cuales el hombre perecía. Dios deseaba obrar en gracia para con Israel, como también para con todos los hombres. Él no puede descansar viendo que su criatura permanece bajo las consecuencias del pecado. El Señor no quería dejar creer a este pobre pueblo que podía continuar cumpliendo con el día sábado, mientras lo rechazaba a él mismo, a su Salvador. Él estaba presente para trabajar en gracia. “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”, dijo él en una circunstancia semejante (Juan 5:17). Por esa razón nos invita a ir a él (cap. 11:28), para obtener el descanso que la ley jamás pudo dar.

La curación de un hombre que tenía la mano seca

El hecho siguiente demuestra que el sistema legal, bajo el cual los judíos querían permanecer, no convenía al estado miserable en que el hombre había caído.

En la sinagoga había un hombre que tenía una mano seca; entonces los judíos preguntaron a Jesús, para poder acusarlo, si estaba permitido sanar el día sábado. Y el Señor les dijo: “¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si esta cayere en un hoyo en día de reposo, no le eche mano, y la levante? Pues, ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por consiguiente, es lícito hacer el bien en los días de reposo. Entonces dijo a aquel hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió, y le fue restaurada sana como la otra”. Pues si los judíos no respetaban el día de reposo para salvar a una oveja, ¿cuánto más Dios trabajaría en gracia todos los días para liberar a los hombres caídos bajo las terribles consecuencias del pecado!

El siervo perfecto

La curación de este hombre, y más aún las palabras de verdad que acababan de oír, exasperaron a los fariseos hasta tal punto que se pusieron de acuerdo para matar a Jesús. Pero, sabiéndolo él, se apartó de allí seguido por mucha gente, y sanaba a todos los enfermos. El odio implacable de los judíos hacia el Señor no le impedía responder a las numerosas necesidades de la muchedumbre, que lo rodeaba a pesar de la animosidad de sus jefes. El amor del Señor buscaba satisfacerse haciendo el bien y liberando a los que el diablo había esclavizado (Hechos 10:38). Cumplía la voluntad de su Padre y no quería atraer sobre sí la curiosidad de los hombres, ni sus alabanzas. Por eso les prohibió expresamente publicar su nombre, a fin de que se cumpliera esta palabra de Isaías 42:1-4: “He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones. No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pabilo que humeare;

por medio de la verdad traerá justicia. No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperarán su ley”. ¡Qué contraste entre la apreciación de Dios y la de los hombres en cuanto a su Hijo! La Palabra nos dice que el Señor estaba con Dios, desde antes de la fundación del mundo, siendo su delicia de día en día, sintiendo gozo ante Él en todo tiempo (Proverbios 8:30). Cuando Dios tuvo necesidad de un siervo para cumplir su gran obra en la tierra, eligió a su Muy Amado Hijo. Comprendemos, pues, la satisfacción que Dios sintió al verlo en la tierra. Por eso dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17; 17:5). Pero, ¡desgraciadamente!, nada resalta más el abismo moral que hay entre Dios y el hombre que la apreciación del uno y del otro en cuanto a la persona del Señor, como lo veremos a continuación. ¿Qué puede esperar Dios de un ser que odia tan profundamente a la persona de sus delicias eternas? ¿Cómo puede tal hombre ser agradable a Dios? Pablo dice: “Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:8). Pero del Señor Jesús, Dios puede decir: “Pondré mi Espíritu sobre él, y a los gentiles anunciará juicio” (v. 18). Nadie, excepto Jesús, a causa de su propia perfección, podía recibir el Espíritu de Dios. Fue sellado con el espíritu desde su entrada pública en este mundo, mientras que el creyente solo puede recibir al Espíritu Santo una vez purificado de sus pecados por la fe en la sangre de Cristo (véase cap. 3).

No contenderá, ni voceará, ni nadie oirá en las calles su voz (v. 19).



Estas palabras indican muy bien el carácter de gracia de este Hombre manso y humilde de corazón, obrando con el poder del Espíritu para cumplir su obra de amor, sin llamar la atención, pasando siempre a segundo plano con una perfecta abnegación de sí mismo, contrariamente a los hombres que hacen mucho ruido por nada. Se ha dicho: «El bien no hace ruido, y el ruido no hace el bien». Vino para cumplir la voluntad de su Padre y siempre obraba para él. Buscaba solamente su aprobación, nunca la de los hombres, ni siquiera la de los discípulos.

Tomemos como modelo a este Siervo perfecto. Dejémonos convencer de los principios que lo hacían obrar, a fin de que nuestra vida y nuestro servicio se realicen con la intención de agradar solo a Dios. Porque si le agradamos en lo que hacemos, siempre cumpliremos con el bien, y seguramente seremos agradables y útiles para otros. Llegará el día en que el trabajo de cada uno será manifestado según la apreciación del Maestro, y cada uno recibirá su alabanza (1 Corintios 4:5).

Otro rasgo de la gracia y de la bondad que caracterizaba a Jesús se indica con estas palabras: “La caña cascada no quebrará, y el pabilo que humea no apagará, hasta que saque a victoria el juicio. Y en su nombre esperarán los gentiles”. La caña cascada representa el estado de debilidad del pueblo judío, aplastado bajo la dominación del imperio romano, aunque sacado de la idolatría para ser la luz de Dios en medio de las naciones. Sin embargo, aun cuando muchas veces parece que hubiera sido justo terminar con tal pueblo, el Señor toma en cuenta lo poco que halla, hasta el momento en que el juicio introduzca su reinado; entonces las naciones esperarán en su nombre.

Este Salvador manso y lleno de gracia obra de la misma forma con cada uno de nosotros.

La blasfemia contra el Espíritu Santo

Un hombre endemoniado, ciego y mudo fue traído al Señor, y él lo sanó. Al ver un milagro tan maravilloso, las multitudes decían con admiración: “¿Será este aquel Hijo de David?”. Al oírlo, los fariseos, que temían los efectos de la potestad de Dios, y sin poder negar el milagro, lo atribuyeron al príncipe de los demonios. Su odio contra Jesús los cegaba de tal manera que no se daban cuenta de lo absurdo de su acusación. El Señor se los mostró así: “Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado... Si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿cómo, pues, permanecerá su reino?” (v. 25-26). El Señor echaba fuera a los demonios por la potestad del Espíritu Santo. Para servirse de ella contra Satanás, tuvo que atar al hombre fuerte durante la tentación en el desierto (cap. 4:1-11). Y en virtud de esa victoria, podía saquear los bienes (v. 29) de aquel, es decir, liberar a los que Satanás había esclavizado. La ostentación de esa potestad sobre los demonios mostraba que el reino había llegado hasta estos judíos miserables. Por el ejercicio del mismo poder se establecerá más tarde el reino, cuando se produzca la aparición del Hijo del Hombre.

La acusación de echar fuera a los demonios por Beelzebú constituía un pecado de una gravedad excepcional, porque era nada menos que atribuir a Satanás el poder por el cual el Señor obraba. Por lo tanto, el Señor dijo: “Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero” (v. 31-32). También dijo el Señor, hablando de sus verdugos: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). ¡Qué gracia más insondable revelan esas palabras! Pero tratar el poder del Espíritu Santo como poder del diablo, no será

perdonado a los que se hicieran culpables de ello, ni en este siglo (o período) —el de la ley, en el que los judíos se hallaban entonces—, ni en el siglo venidero, en el cual el Señor establecerá su reino con Su poder. Pues, ¿cómo podrían hombres, que atribuyeran a Satanás el poder por el cual el reino sería establecido, tener la vida y entrar en él? El tiempo actual es el tiempo de la gracia, y se encuentra entre los dos períodos ya mencionados. Hay personas en nuestros días que son turbadas por el enemigo, quien les hace creer que ellas cometieron el pecado o la blasfemia contra el Espíritu Santo y que, por consiguiente, no pueden ser salvas. Solo pueden cometerlo los que se hallaban en el tiempo en el cual Jesús ejercía su poder o en el tiempo aún venidero de su reino. Hoy,

Todo aquel que cree en el Hijo tiene vida eterna

“

(Juan 3:36).

El buen tesoro y el mal tesoro

Las palabras de esos hombres manifestaban lo que ellos mismos eran: malos, con un corazón del cual no podían salir buenas cosas; porque de la abundancia del corazón habla la boca y el árbol es conocido por su fruto. Como por la boca se manifiesta el estado del corazón, será necesario dar cuenta a Dios, en el día del juicio, de todas las palabras ociosas que se hayan dicho. Pues “por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado”. Del mismo modo está escrito:

“

Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación

(Romanos 10:10),

porque ¿cómo saber si una persona es salva si no lo confiesa?

El Señor dice en el versículo 35: “El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas”. ¿Cómo puede venir algo bueno del hombre? Pues está escrito: “Ninguno hay bueno, sino solo Dios” (Lucas 18:19). Para que algo bueno pueda salir del hombre, primero es necesario que Dios haya puesto lo bueno en él. Él lo hace a través del nuevo nacimiento, la regeneración: “Nos hizo nacer por la palabra de verdad” (Santiago 1:18). Pero, haber nacido de nuevo no es todo. Hay que escuchar la Palabra, alimentarse de ella, leerla. Es la exhortación que hace Santiago en el versículo siguiente: “Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse”. ¡Que nuestros pensamientos sean forma-

dos por la Palabra de Dios, a fin de que produzcamos buenas cosas de este buen tesoro! Recordemos que nada bueno puede salir de nuestro corazón, sino lo que Dios pone en él por su Palabra. Por eso hallamos constantemente, en los discursos de la Sabiduría, estas exhortaciones: “Oye”; “Oíd”, “¡No te olvides de mis instrucciones!”; “Está atento a mis palabras”, etc. (Proverbios 1-9). Al autor de estos proverbios, cuando todavía era joven, Dios dijo: “Pide lo que quieras que yo te dé”; y él, en vez de desear riquezas materiales, respondió: “Da, pues, a tu siervo corazón entendido” (o que escucha) (1 Reyes 3:5, 9). Que esta sea también la oración del lector, a fin de que Dios pueda decirle: “He aquí lo he hecho conforme a tus palabras” (v. 12). Porque: “Bienaventurado el hombre que me escucha, velando a mis puertas cada día, aguardando a los postes de mis puertas. Porque el que me halle, hallará la vida, y alcanzará el favor de Jehová. Mas el que peca contra mí, defrauda su alma; todos los que me aborrecen aman la muerte” (Proverbios 8:34-36).

La señal de Jonás

Hay pocas porciones del evangelio que muestren, como lo hace este capítulo, la maldad y la ceguera de los hombres religiosos que rodeaban al Señor. Después de ver las curaciones maravillosas que Jesús acababa de hacer y de oír a las multitudes impresionadas por las señales evidentes de la presencia del Mesías en medio de ellas decir: “¿Será este aquel Hijo de David?” (v. 23), los escribas y los fariseos se atrevieron a venir a Jesús con esta petición: “Maestro, deseamos ver de ti señal”. El Señor, sabiendo cuáles eran sus intenciones, les respondió: “La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches”. Esta señal es la muerte y la resurrección de Jesús. Aunque había cumplido todas las obras por las cuales ellos pudieran reconocerlo como el Mesías prometido, no querían nada de él. Así, puesto que cualquier otra señal era inútil, la única que les presentaría sería la de Jonás, es decir, Su muerte, resultado del odio que tenían contra él. Pero esta señal también abarcaba su resurrección, ya que Jesús estaría solamente tres días y tres noches en el sepulcro.

Esta señal al mismo tiempo los condenaba. Ellos se mostraban muy inferiores a los paganos de Nínive –quienes se habían arrepentido a través de la predicación de Jonás–, a pesar de que con ellos estaba uno más grande que Jonás. Por eso, en el día del juicio, el desprecio a Jesús, el predicador divino, agravará mucho su condenación, y la reina del Sur se levantará en juicio contra

ellos, porque la sabiduría de Salomón la atrajo de los confines de la tierra, mientras que esta generación nada quiso de la Sabiduría misma que estuvo en medio de ella, esta Sabiduría que habla en Proverbios, capítulo 8.

La condición de Israel incrédulo

Jesús hace un retrato del terrible estado de esta generación en los últimos días, como consecuencia de su incredulidad. “Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí; y cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero. Así también acontecerá a esta mala generación”.

El Señor toma, como figura del estado de Israel en los últimos días, lo que podía pasar, según parece, a un hombre de quien había salido un demonio. Solo Dios sabe todo lo que pasa en este dominio invisible, donde se mueven los malos espíritus. Este demonio, una vez salido del hombre, representa la idolatría a la cual se entregó el pueblo de Israel antiguamente, y que fue causa de su deportación a Babilonia, pues la idolatría no es otra cosa que la adoración a los demonios (véase 1 Corintios 10:19-20). De regreso de la cautividad, el pueblo no volvió a caer en la idolatría. El templo fue reedificado, el culto levítico restablecido. Exteriormente, todo parecía estar en orden. Jesús vino en medio de esta situación para ser recibido en su casa. “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11). Si el demonio de la idolatría fue echado fuera, era para que el pueblo recibiera a su Rey. Pero, como le rehusaba, la casa permanecía desocupada, no solo barrida de la idolatría y adornada con las formas del culto al verdadero Dios, sino también desocupada por Aquel que traía a su amado pueblo las bendiciones prometidas. El pueblo lo rechazó, diciendo: “No queremos que este reine sobre nosotros” (Lucas 19:14). Entonces, el demonio de la idolatría estando a gusto en Israel, vuelve, y como encuentra la casa desocupada y muy bien preparada para recibirlo, toma consigo a otros siete espíritus peores que él y entra a morar allí.

De regreso a su país, lo que ya acontece parcialmente ahora, el pueblo judío se halla en el mismo estado de incredulidad que cuando Jesús estaba en la tierra. Según las profecías, el templo será reconstruido y el servicio levítico restablecido. Todo seguirá, durante algún tiempo, bajo las formas del culto judío. Pero, ¿quién vendrá a ocupar pronto este templo? ¿El Señor? No, pues, rechazado antiguamente, siéndolo hoy todavía, está en los cielos. La respuesta la hallamos en 2 Tesalonicenses 2:4: vendrá el Anticristo, el hombre de pecado, aquel de quien el Señor dice a los

judíos: “Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ese recibiréis” (Juan 5:43). Tal es la idolatría del fin, siete veces peor que la que ocasionó la deportación de Israel a Babilonia. Ella tendrá como consecuencia el juicio radical, ejercido por el terrible asirio de la profecía, mientras que el residuo creyente recibirá a Cristo para su liberación y constituirá el nuevo Israel que disfrutará del reino milenario del verdadero Hijo de David.

La madre y los hermanos del Señor

Cierto día, mientras Jesús hablaba a las multitudes, vinieron a decirle que su madre y sus hermanos querían hablarle. Pero él respondió: “¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre”. El estado moral de Israel, representado por la madre y los hermanos de Jesús, no le permitía tener relación con el Señor. Jesús pronunció, pues, la ruptura de sus vínculos con ese pueblo, pero reconoció nuevas relaciones con aquellos que recibirían su palabra y harían la voluntad de su Padre. Sabemos que su madre formaba parte de ellos y que, más tarde, sus hermanos también gozaron de las mismas relaciones con él, aunque durante algún tiempo ellos no creyeron en él. En adelante todo estuvo terminado con Israel según la carne, como pueblo de Dios. Por su incredulidad, se excluyó a sí mismo de las bendiciones que le fueron traídas con tanta gracia y amor. Pero Dios tiene sus propios recursos y obrará por su Palabra para formarse un pueblo celestial, como lo veremos en el capítulo siguiente.

Capítulo 13

La parábola del sembrador

Al principio de este capítulo vemos a Jesús saliendo de **la casa** y sentándose a la orilla del mar. El Espíritu de Dios nos comunica este hecho intencionadamente. La casa representa a Israel, ahora vacía porque Cristo fue rechazado. Luego el Señor se sentó en una barca y desde allí predicó a las multitudes reunidas. En la Palabra el mar es tomado, muchas veces, como emblema de las naciones en un estado de confusión; en general, los pueblos de la tierra se encontraban en dicho estado. Pero Dios iba a obrar allí ahora. Estos hechos nos indican el cambio que se produjo para los judíos y para las naciones como consecuencia del rechazamiento de Cristo.

Hasta aquel momento Jesús estuvo buscando fruto en Israel, pueblo al que el Señor compara con una viña (cap. 21:33-42; véase también, Salmo 80:8-16; Isaías 5:1-7). Pero, como ya hemos dicho en reiteradas ocasiones, sin la vida de Dios es imposible que el hombre produzca fruto para Dios, a pesar de todos los cuidados que Dios le ha prodigado, como lo hizo con Israel. Para obtener fruto, Dios cambia su manera de obrar: en vez de reclamar de nuestro malvado corazón natural algo bueno que este no puede producir, siembra primeramente su Palabra. Esta produce, si es recibida por la fe, una nueva naturaleza, gracias a la cual Dios puede obtener lo que reclama del hombre. Tal es el cambio presentado por la parábola del sembrador.

Como veremos más adelante, el campo en el cual se siembra la Palabra no es solo Israel. Si bien es claro que el Señor y los apóstoles comenzaron por allí, el Evangelio se esparció por el mundo entero; la tierra en la cual la Palabra se siembra es el corazón del hombre. Esta tierra presenta diferencias designadas por el Señor en la parábola.

En muchos países los terrenos aptos para la siembra se hallan separados de los que no se cultivan. Solo se siembra en tierra buena. En cambio, en ciertas regiones de Oriente, la tierra no cubre completamente los lugares pedregosos; aquí se encuentran breñas, allí un camino que atraviesa el campo y que subsiste a pesar de las labores. El arado evita estas dificultades; pero el sembrador esparce su semilla, la cual en parte cae en esos lugares impropios para producir una cosecha. El Señor halla allí una figura muy apropiada para hacer resaltar los diversos estados del corazón humano puesto en presencia de la Palabra.

“

He aquí, el sembrador salió a sembrar. Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la comieron. Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron. Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno. El que tiene oídos para oír, oiga (v. 3-9).

Esta última advertencia se dirige todavía hoy a cada uno, porque “la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). Como la tierra de por sí solo puede dar maleza, si no se esparce en ella buena semilla, el corazón natural tampoco podrá dar fruto para Dios, si no recibe, por la fe, esta Palabra. Ella engendrará en el creyente una nueva vida, único medio por el cual se obtendrá el fruto que Dios reclama. Sin esa semilla divina solo se producirá el fruto malo que llevará a quien no crea en la Palabra al juicio, ante el trono blanco, para oír su condenación eterna.

Por qué Jesús hablaba por parábolas

Los discípulos preguntaron al Señor por qué hablaba a las multitudes por parábolas. Con su respuesta Jesús les mostró que desde ese momento hacía una diferencia entre la masa del pueblo y los que escuchaban su Palabra y la recibían (véase cap. 12:46-50). A los discípulos les explicaba las enseñanzas contenidas en las parábolas, enseñanzas que permanecían ocultas para los demás. Solo los que reciben a Cristo tienen la comprensión de los pensamientos de Dios, en aquellos tiempos como hoy. El reino de los cielos no podía establecerse en gloria, como los profetas lo habían anunciado, porque el rey era rechazado. El reino se establecía de una manera misteriosa, y aquí, por sus enseñanzas, el Señor hacía comprender a los discípulos qué forma tomaría este reino hasta su establecimiento en gloria. Por eso él dijo: “Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado” (v. 11-12). Los que recibían a Jesús entraban en la plenitud de las bendiciones que él traía, mientras el pueblo, que lo rechazaba aunque se vanagloriaba de sus privilegios como pueblo de Dios en la tierra, perdería los privilegios poseídos hasta entonces. Así, por su propia culpa, Israel se privó de todo derecho a la bendición, hasta que fuera recibido en gracia en virtud de la muerte de Cristo.

Y precisamente lo mismo va a suceder con la cristiandad. Hoy en día se celebran las ventajas del cristianismo sobre el paganismo y el judaísmo. Los protestantes se vanaglorian de las luces que poseen después de la Reforma, mientras que los católicos siguen pretendiendo ser la verdadera Iglesia. Pero, ¿qué se hace con Cristo y con su Palabra? ¿A quiénes puede reconocer el Señor como miembros de Su cuerpo en medio de toda esta profesión cristiana? A los que lo recibieron como Salvador y Señor y ponen en práctica sus palabras. A estos será dado más. Pero el resto de lo que el Evangelio trajo al mundo pronto será quitado de la cristiandad para ser reemplazado por las tinieblas de la apostasía que precederá a los juicios. Isaías había anunciado lo que sucedía al pueblo: “Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad” (cap. 6:9-10).

Quizá muchos objeten: no es extraño que los judíos no comprendan, si Dios les habla de tal manera que no puedan ver, ni entender, ni ser convertidos. Pero el juicio que en aquel momento alcanzaba al pueblo bajo esta forma, fue pronunciado por Isaías unos ocho siglos antes, ciento cincuenta años antes de la deportación de Judá, unos treinta años antes del fin del reino de Israel. Durante todo ese tiempo el pueblo no tuvo en cuenta la paciencia de Dios, y cuando el Mesías prometido le fue presentado, lo rechazó. Por eso, si ellos no ven, ni entienden, es porque cerraron sus ojos y sus oídos, y rehusaron abrirlos. Dios, que no puede soportar el mal para siempre, les dejó los ojos y los oídos cerrados, como juicio. Es lo que sucederá en la cristiandad con los que no creyeron en el Señor Jesús para ser salvos. Después del arrebatamiento de la Iglesia, Dios les enviará “un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia” (2 Tesalonicenses 2:11-12).

Si usted no lo ha hecho todavía, abra ahora mismo los ojos y los oídos de su corazón a esta maravillosa gracia que le trae la salvación, antes de que llegue el día en que Dios, después de esperar bastante tiempo, se los dejará cerrados por el poder de Satanás. Volverá a abrirlos solo cuando sea demasiado tarde. El Señor dice a quienes lo han recibido, como decía a sus discípulos:

“ Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen (v. 16).

Los discípulos vieron entonces a Aquel que muchos profetas y justos desearon ver. Oyeron lo que ellos desearon oír. ¡Qué privilegio oír y ver a la adorable persona de Jesús, el Hijo de Dios, quien vino para traer el perdón, la vida, la paz y para abrir el camino de la gloria! Todavía hoy ofrece, a quien quiera aceptarlo, todas las bendiciones que emanan de su muerte en la cruz. ¡Mañana puede ser demasiado tarde!

Explicación de la parábola del sembrador

Jesús explicó a los discípulos las razones por las cuales no hubo fruto en los tres primeros casos mencionados en la parábola del sembrador.

La semilla sembrada junto al camino simboliza el corazón que no comprende la Palabra. ¿Por qué no la comprende? ¿Carece de inteligencia? ¿Es sordo? No, sino que es como el camino, duro, porque todo el mundo pasa por él. Tal es el corazón de aquellos que, ocupados en los asuntos de este mundo, no sienten ninguna necesidad por las cosas de Dios. Al ser indiferentes o incrédulos, la Palabra no les dice nada. Si la oyen no la comprenden; no ponen su corazón en ella. Están distraídos por juegos, lecturas, paseos, como también por sus estudios, el trabajo, los negocios, sin hablar de cosas malas de por sí. La semilla permanece en la superficie y el enemigo está presto para arrebatlarla.

La semilla sembrada en los lugares pedregosos representa a aquel que, al contrario, recibe la Palabra con gozo. Está dispuesto a escuchar; la Palabra es agradable a sus sentidos; es alguien que dirá, después de haber escuchado una predicación: «El orador ha hablado bien. Me ha gustado; vendré otra vez para oírlo». Encuentra en ello cierta satisfacción, sobre todo si el predicador sabe conmover los sentimientos. Toma buenas resoluciones; decide frecuentar a los cristianos, incluso a seguir las reuniones, y los que son testigos de ello lo incluyen pronto dentro de los convertidos. Pero, espere, la prueba no tardará. El mundo ve con disgusto los resultados de la Palabra en un alma, por superficiales que sean, de modo que quienes manifiestan los cambios sobrevenidos están expuestos a las burlas, incluso a la persecución y demás tribulaciones. Al ver entonces las penosas consecuencias que provienen del hecho de recibir la Palabra, vuelven atrás y todo se acaba. Como el trigo que brota pronto en los pedregales, pero que el sol seca enseguida porque **no tiene raíces**. La conciencia no fue ejercitada. El corazón debe ser labrado por la Palabra de Dios para que se produzcan resultados durables. Al principio, la Palabra nunca produce un efecto agradable en los sentidos, porque revela al pecador el estado de su corazón y todo lo malo que hay en él. La comprobación de este hecho produce turbación, terror, incluso desesperación,

cuando nace la convicción de que uno está perdido y que solo puede esperar el juicio. He aquí la labranza que desfonda la tierra dura, que elimina las piedras. En el momento fijado por Dios, la Palabra, que presenta a Cristo sufriendo el juicio que el culpable merecía, es recibida por la fe, trayendo el perdón, la paz y el gozo. Al saber de qué fue liberado, el creyente puede soportar toda clase de pruebas. Está arraigado en la verdad, se ha convertido. Produce un fruto que el sol hace madurar, en vez de secar la planta sin raíces.

Luego viene el ejemplo de la semilla que cae en los espinos. Se refiere a aquellos que oyen la Palabra, la que aun produce resultados exteriores, como una caña de trigo en medio de la maleza. Puede alcanzar cierta altura, tener incluso una espiga, pero sin fruto. Las preocupaciones son una clase de espinas que sofocan la Palabra de la vida; son todas aquellas cosas que preocupan al hombre, y ¡cuántas causas de preocupación hay! Pues, para un alma que no ha sido llevada por la Palabra a poner su confianza en Dios, y que no lo conoce como al Padre que comprende sus necesidades, todo es causa de preocupación. Ella siempre está inquieta. Admite que hay que ocuparse de la Palabra, pero esta Palabra pronto se sofoca y no puede producir fruto. Hay otra clase de espinos que ahogan la Palabra, y es precisamente aquello en lo que el hombre pone su confianza: las riquezas. Las deseamos, no estamos cansados de trabajar para obtenerlas. ¿Qué puede hacer la Palabra durante este tiempo? Y al final, ¿qué dan las riquezas? Solo decepción. Somos víctimas de su engaño; no producen satisfacción durable, ni paz. Nos dejan, o bien hay que dejarlas, con un cristianismo sin fruto, sin valor para el alma, ni para Dios.

El cuarto ejemplo nos muestra el grano sembrado en buena tierra. He aquí una persona que entiende la Palabra. Su corazón fue preparado, como lo detallamos más arriba, en el ejemplo de los que fueron sembrados en lugares pedregosos. La conciencia ha sido trabajada por la verdad, y cuando las manifestaciones exteriores de la vida tienen lugar, éstas son el fruto de la vida divina para la gloria de Dios. El fruto es la manifestación de la vida de Dios en el creyente, bajo cualquier forma. Solo este fruto es agradable a Dios y permanece para siempre. ¡Ojalá todos demos fruto, no solamente a treinta o sesenta, sino a ciento por uno! (v. 23). Así como Pablo dijo a los filipenses: “Llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios” (cap. 1:11).

Parábolas del reino de los cielos

Después de exponer a los discípulos la parábola del sembrador, que muestra cómo el Señor obra para obtener fruto, Jesús presenta seis parábolas más para explicar los resultados de sus siembras en este mundo, hasta el momento en que establezca su reino en gloria. Es el tiempo en el que la Iglesia está en la tierra y el reino existe en ausencia del rey. Estas parábolas se dividen en dos partes de tres cada una.

1. La forma exterior que toma el reino por la introducción del mal.
2. Lo que es de Dios en este estado, lo que hay para el corazón de Cristo.

Son parábolas del reino de los cielos, el cual resulta de la predicación de la Palabra, mientras que el reino de Israel se hallaba compuesto únicamente por descendientes de Abraham.

La cizaña

“ El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña.

Esta parábola presenta la mezcla de creyentes y de los que no lo son en el reino o la cristiandad, desde el tiempo de los apóstoles. En vez de estar atentos para que la Palabra fuera presentada y mantenida en su pureza, como el Señor y los apóstoles lo enseñaron, los siervos han dejado introducir, con doctrinas falsas, personas sin vida, representadas aquí por la cizaña. Ellas forman hoy la mayoría en la cristiandad.

Al ser evidente esta mezcla, los siervos quisieron enmendarla arrancando la cizaña, pero el Señor dijo: “No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega”. Como estos siervos no supieron impedir que el enemigo sembrara cizaña, menos aún podían extirparla, porque su incapacidad los exponía a arrancar también el trigo.

Muy triste fue el tiempo en que la Iglesia romana, sumida en tinieblas profundas, se atribuyó la función de expurgar de su seno a todos los que ella llamaba herejes, y que, precisamente, eran el trigo. Aprisionaba, torturaba y daba muerte a cualquiera que resistía a sus errores. Con eso demostró que no corresponde al hombre quitar el mal de la tierra, ya que puede tomar lo bueno por malo.

A menudo, personas deseosas de que los verdaderos cristianos no se separen, en su andar, de aquellos que no tienen la vida de Dios, citan esta parábola basándose en las palabras del Señor: “Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega”. Pero aquí se trata de quitar de la tierra, de arrancar, de ejercer el juicio sobre aquellos que no poseen la vida, como lo hacía Roma cuando exterminó a los herejes; mientras que al obedecer la Palabra, que ordena a los creyentes separarse de lo malo (véase 2 Timoteo 2:21-22; Efesios 5:7 y sig.; 2 Corintios 6:14-18, y muchos otros pasajes), no se elimina a nadie de la tierra. Estamos en el tiempo de la gracia y no en el del juicio, y por ello, hemos de discernir y guardar lo que conviene al Señor.

En el tiempo de **la siega** no serán los hombres los que escojan, sino los ángeles. La siega, en la Palabra, es figura del juicio que separa a los malos de los justos. Es lo que el Señor dijo a los discípulos: “Al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero”. Ese tiempo está cerca. Fácilmente nos damos cuenta de que la cizaña se ata en manojos, por medio de toda clase de asociaciones, entre las que quien espera al Señor debe seguir su camino en la dependencia de Dios y la obediencia a su Palabra. La cizaña no se ata en manojos **el día** del juicio, sino previamente, **en vista** del juicio. El Señor dijo: “Atadla en manojos **para** quemarla; pero recoged el trigo en mi granero”. El granero es el cielo, adonde todos los creyentes serán llevados, y luego solamente la cizaña será quemada.

La semilla de mostaza

“ Otra parábola les refirió, diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas.

Tenemos aquí otro carácter del reino en ausencia del rey. Está representado al principio por algo pequeño, un grano de mostaza, pero que pronto se desarrolla hasta convertirse en un gran árbol. En vez de permanecer con el sentimiento de pequeñez y en la dependencia de Dios, como la Iglesia al principio, la cristiandad llegó a ser una potencia en la tierra, lo que un gran árbol representa en las Escrituras (véase Ezequiel 17:23-24; 31:3-9; Daniel 4:10-12). En lugar de buscar la protección de Dios, ella misma se hizo protectora; abrigó aves, es decir, a hombres que hallaban en ella lo que sus ávidos corazones deseaban. Las aves frecuentemente son citadas con mala significación; su rapacidad las caracteriza. La historia de la Iglesia prueba que así fue en el tiempo

de su omnipotencia, cuando tenía a sus pies al poder civil, y coronaba o destituía a los monarcas y alimentaba con sus bienes a los que se cobijaban en sus ramas, al clero particularmente. Así se alejaba y se aleja la cristiandad de lo que la caracterizaba en su origen.

La levadura

“El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado”. Esta es otra forma de mal que caracteriza al reino. La levadura es emblema de la falsa doctrina introducida en el reino, desde el principio, y que penetró en la masa corrompiendo la enseñanza divina. Así, ha hecho del cristianismo una religión que permite a los hombres vivir sin ser inquietados por la verdad que siempre los juzga.

Tales son, pues, los tres aspectos exteriores que caracterizan al reino de los cielos en la ausencia del rey:

1. Una mezcla de lo bueno y lo malo;
2. Una potencia terrenal;
3. La doctrina falsa que lo penetró todo con sus principios corruptores.

Jesús pronunció estas parábolas ante la muchedumbre, según las palabras del Salmo 78:2: “Abriré mi boca en proverbios; hablaré cosas escondidas desde tiempos antiguos”. Luego, despidió a sus oyentes y entró en la casa para explicar a sus discípulos la parábola de la cizaña. Allí les expuso también las tres últimas, en las cuales muestra qué cosas hay para su corazón en medio de las diversas formas de mal que reviste el reino.

Explicación de la parábola de la cizaña

“El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del siglo; y los segadores son los ángeles”. Esta explicación apenas requiere alguna otra. Se puede observar el contraste entre la obra del Hijo del Hombre y la del diablo, así como los resultados: los hijos del reino y los hijos del malo, que forman la mezcla en el campo. El fin del siglo es siempre el fin del siglo de la ley, la cual precede el establecimiento del reino en gloria y no el de la Iglesia en la tierra. En ese tiempo los ángeles se pondrán en actividad para atar la cizaña en manojos, y los creyentes serán arrebatados junto al Señor. Entonces comenzarán los juicios.

Hasta ahí, la explicación de la Palabra no excede lo que el Señor dijo al pronunciarla. Pero, en los versículos 40 a 43, Jesús desarrolla enseñanzas nuevas relativas al tiempo de los juicios. “De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga”. Aquí vemos que el sembrador, después de un largo tiempo de paciencia, enviará a sus ángeles para extirpar de su reino a todos los que fueron motivo de escándalo y que anduvieron según su propia voluntad, en vez de reconocer la autoridad del Rey, aunque rechazado y escondido en el cielo; estos son echados en el horno de fuego. Luego, los justos son vistos, no en el reino establecido en gloria en la tierra, sino en el reino de su Padre, la parte celestial del reino, disfrutando de la misma relación que el Hijo tiene con su Padre. Allí resplandecerán como el sol, serán objetos de esta gracia del Padre, quien nos hace aptos, ya hoy, por la fe, para “participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Colosenses 1:12-13). Entonces lo que los santos ya poseen hoy tendrá cumplimiento efectivo en la gloria.

El tesoro

“ Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo.

Después de las diversas dispensaciones que se sucedieron en la tierra, en las cuales el Señor no encontró nada que le diera satisfacción, descubre un tesoro, algo que él aprecia; no que sea el mundo quien lo procure, sino que él ve su valor según los consejos de Dios. Deja la gloria, abandona sus derechos como Mesías, vive en la pobreza, renuncia a todo y da su vida para comprar el campo, a fin de poseer el tesoro que este encierra. El campo es el mundo, en el que el Señor halló a sus rescatados. En virtud de su obediencia y de su obra en la cruz, el Señor posee el mundo; compró el campo y un día hará valer sus derechos. Pero, el objeto de su corazón, lo que lo llena de gozo, en vista de lo cual desciende en humillación, es el tesoro que descubrió. Quiere obtenerlo, cueste lo que costare. ¡Qué amor!

La perla preciosa

“ También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró.

Aquí se trata únicamente de la compra de la perla de gran precio para el corazón del Señor: su Iglesia, cuya belleza él ve, tal como se la presentará un día. Como para adquirir el campo, vende todo lo que tiene, siendo Dios se anonada, se despoja de toda su gloria para pagar el precio necesario con el fin de obtenerla. “Amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Efesios 5:25), para poseerla eternamente. ¡Qué precio tiene ella para su corazón, como también tienen todos los que se beneficiarán de su sacrificio hasta la muerte, la muerte de cruz. A través de la historia sombría del reino, presentada en las tres primeras parábolas, el Señor ve relucir este tesoro, esta perla, permanente objeto de su gozo y de su amor.

Algunas veces se oye decir que esta perla es Cristo, a quien el pecador quiere obtener a cualquier precio; pero aunque Cristo sea deseado por un alma atormentada, y él llegue a serle precioso cuando sea rescatada, la parábola no se aplica a ella. Nadie puede comprar el campo, como tampoco la perla. Todo es ofrecido gratuitamente al pecador, en cambio Cristo no posee gratuitamente a sus rescatados. Vendió todo lo que tenía. Descendió a la muerte para liberarlos de ella.

La red

“ Asimismo el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recoge de toda clase de peces; y una vez llena, la sacan a la orilla; y sentados, recogen lo bueno en cestas, y lo malo echan fuera.

La red representa el Evangelio proclamado en el mundo, el mar de los pueblos. El cristianismo, resultado de esta predicación, fue abrazado como religión por las masas que llevan el nombre de cristianos –que son los peces encerrados en la red– masas compuestas por los que tienen la vida y por los que no la tienen. Ahora bien, como en las tres últimas parábolas, aquí se trata de lo que es bueno; los pescadores, comprobando los resultados de la pesca, se ocupan solo de los peces buenos. En la parábola de la cizaña era preciso dejar crecer todo hasta la siega, aunque los siervos querían ocuparse de la mala hierba para destruirla; pero ese no era el momento, ni su tarea. Aquí, los siervos de Dios solo tienen que ocuparse de los buenos, para ponerlos en cestas,

es decir, apartar a los creyentes del mundo y reunirlos alrededor de Cristo. Es el trabajo actual de los obreros del Señor: dejar fuera a los malos y no ocuparse de ellos, sino para anunciarles la salvación, servicio que aquí no se menciona.

Además, el Señor explica lo que se hará después, en el fin del siglo. Habrá también una selección confiada no a los siervos de Dios, sino a los ángeles, porque aquellos son los ejecutores de la voluntad de Dios en su gobierno. “Así será”, dijo Jesús, “al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes”.

Durante el tiempo de los juicios, los ángeles se ocuparán únicamente de los malos, a fin de quitarlos de la tierra, en vista del establecimiento del reino en gloria, como lo vimos al final de la parábola de la cizaña.

Y si no todos los peces reunidos en la red eran buenos, ¿cómo podía un pescador judío diferenciar los buenos de los malos? Por la Palabra de Dios que enseñaba cuáles eran los animales limpios y cuáles los inmundos. Si el judío hallaba dificultad para decidir la especie de un pez, solo tenía que consultar el rollo de la ley en el libro de Levítico; allí encontraba que los buenos peces tenían aletas y escamas (cap. 11:9-10). Todos los que no presentaban estas características eran inmundos, a pesar de lo bueno que podían parecer a juicio del pescador.

Lo mismo sucede actualmente. Si un siervo de Dios quiere reconocer, entre los que llevan el nombre de cristianos, cuáles deben ser puestos aparte, como poseedores de la vida divina, no puede confiar en su propio juicio; debe recurrir a la Palabra, la cual indica los caracteres de los verdaderos creyentes, simbolizados por los peces buenos. Para no dejarse desviar del camino del Señor, el creyente debe tener lo que corresponde a las aletas, a saber, la capacidad de ir contra la corriente de este mundo, gracias a la energía que otorga la vida de Dios. Las escamas representan la capacidad de resistir a la influencia del mundo en medio del cual debemos vivir, sin ser de él. “Lo que es nacido de Dios vence al mundo” (1 Juan 5:4). Así, todos los que llevan en su marcha estas pruebas de la vida de Dios deben ser separados de aquello que tiene solamente la profesión cristiana, sin la vida.

¿Lleva usted los caracteres del buen pez? En caso afirmativo, usted sabe dónde está su lugar. Si no, conviértase, por la fe en una nueva creación, antes del terrible momento en que Dios haga “su extraña obra... su extraña operación” (Isaías 18:21), cuando ejecute su juicio echando a los malos en el horno de fuego, allí donde será el lloro y el crujir de dientes.

Cosas viejas y cosas nuevas

Luego que los discípulos afirmaron que habían entendido todas estas cosas, el Señor añadió:

“ Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas.

Las “cosas viejas” son el reino tal como fue anunciado en el Antiguo Testamento, el reino en gloria; y las “cosas nuevas” son el reino en la forma que tomó después del rechazamiento del rey, que es el tema de las parábolas de este capítulo. Vemos, por estas palabras del Señor, la gracia magna concedida a los que son hechos sus discípulos en este nuevo estado de cosas, al recibir al Señor. Tienen la comprensión de los pensamientos de Dios respecto al tiempo presente y al porvenir. Esto es particularmente verdadero para la Iglesia.

Jesús en su país

Cuando Jesús terminó de pronunciar estas parábolas, volvió a su tierra, probablemente a Capernaum. Y “les enseñaba en la sinagoga de ellos, de tal manera que se maravillaban”. ¡Qué amor! ¡Qué paciencia! A pesar de conocer muy bien los pensamientos de su pueblo respecto a él, seguía enseñándoles. Estaban maravillados porque no veían en él más que al hijo del carpintero. Su madre, sus hermanos y hermanas se encontraban entre ellos. Era la prueba de que él no difería de otro hombre. “¿De dónde, pues, tiene este todas estas cosas?”, se preguntaban. ¡Cuán verdadero es el dicho profético: Han cerrado sus ojos para no ver y sus oídos para no oír! Verdaderamente el Señor podía decir: “Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado... Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre” (Juan 15:22-24).

En vez de ver en él a Emanuel, Dios con nosotros (Mateo 1:23), se escandalizaron a causa de él. Jesús aceptó esto, diciendo:

No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa.

“

La incredulidad del pueblo impidió al Señor hacer allí muchos milagros. ¡Qué responsabilidad para este pobre pueblo! La potestad de Dios y su gracia aún están a disposición de todos, por medio de la fe, hoy en día como entonces. ¿Quién podrá quejarse si no sacó provecho de ellas?

Capítulo 14

La muerte de Juan el Bautista

En el capítulo 11:2 a 6, vimos a Juan el Bautista en la cárcel. Aquí conocemos la causa de su encarcelamiento. Herodes, el príncipe que gobernaba en Galilea, aunque sentía cierto respeto por Juan, lo hizo encarcelar porque Juan le había dicho que no le era lícito tener por mujer a Herodías, su cuñada. Por esta causa ella lo odiaba y quería que Herodes lo hiciera matar. Pero el rey temía al pueblo, pues este consideraba a Juan como un profeta, y él mismo reconocía que Juan era hombre justo y santo (Marcos 6:20). Sin embargo, el odio de Herodías pronto iba a triunfar sobre estas consideraciones. Mientras Herodes celebraba su cumpleaños, rodeado por sus convidados, la hija de Herodías entró y bailó delante de todos. Ella agradó al rey, y este le prometió, bajo juramento, darle todo lo que le pidiera. La muchacha fue a consultar con su madre para presentar su petición al rey. Perseguida por el deseo de desembarazarse de una vez por todas del hombre que había osado reprochar su mala conducta, esta desgraciada mujer incitó a su hija a pedir la cabeza de Juan. Ella, pues, entró en la sala del festín y dijo al rey: “Dame aquí en un plato la cabeza de Juan el Bautista”. Herodes se entristeció; pero, para no faltar a su palabra, violentó su conciencia y mandó satisfacer este pedido sanguinario. Así, un crimen abominable se agregó a una vida de corrupción. Un siervo de Herodes decapitó a Juan en la cárcel y trajo en un plato la cabeza del precursor del Mesías a la muchacha quien, a su vez, la entregó a su madre.

¡Qué triste prueba de la veracidad de las palabras que leemos en Juan 3:19-20!: “Y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas”. La luz de Dios, por medio de Juan, había brillado sobre la conciencia de Herodes y Herodías, a quienes su posición social parecía colocarlos por encima de toda crítica y permitirles dar rienda suelta a sus infames pasiones. Pero, encima de ellos, Aquel a quien olvidaban había enviado a Juan el Bautista. La vida santa y justa que llevaba este hombre lo autorizaba a cumplir su misión, denunciando el mal dondequiera que se encontrara, e invitando al arrepentimiento (Lucas 3:7-15). Preparaba así el camino del Señor, quien traía la gracia a todos los pecadores que recibían su testimonio. Esta luz hacía que se manifestara el odio de Herodías. Ella quiso apagarla para satisfacer mejor los gustos corrompidos de su propia naturaleza, en favor de las tinieblas morales que había elegido. Herodes, cuya conciencia fue alcanzada en cierto grado, no tenía ninguna fuerza. Amaba el pecado, y uno “es hecho esclavo del que lo venció” (2 Pedro 2:19). Jefe de su casa, soberano del

pueblo, se dejó atar por una palabra ligera, porque él mismo era atado por el pecado. De esta forma añadió violencia a la corrupción, estos dos grandes caracteres del mal activos en el momento del diluvio (véase Génesis 6:11).

Observemos que no es suficiente escuchar la Palabra y reconocer cuán justa y verdadera es; hay que recibirla, aceptar su autoridad divina y dejarla obrar en la conciencia, a fin de abandonar el mal que ella revela. Porque si nos ponemos del lado de Dios para resistir al mal que se encuentra en nuestro propio corazón, él nos da la fuerza necesaria para ser liberados. Nada es más peligroso que escuchar la Palabra y no llevarla a la práctica, pues así el corazón se endurece y se somete al poder del enemigo. Herodías, más criminal que Herodes, no habría escuchado a Juan como él lo hizo; sin embargo, el estado de ambos en cuanto al resultado eterno es exactamente el mismo. ¡Ah! Cuántas personas que han escuchado con gusto la Palabra de Dios y han admitido cuán justa y santa es, pero no han creído, se hallarán con los burladores y los incrédulos en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.

“ No les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron (Hebreos 4:2).

Herodes oyó hablar de la fama de Jesús, y al instante, como su conciencia estaba agobiada por la muerte de un justo, dijo a sus criados: “Este es Juan el Bautista; ha resucitado de los muertos y por eso actúan en él estos poderes” (v. 1-2).

¿Creía Herodes en la resurrección? No se puede afirmar, porque se ve a los herodianos relacionados, en cuanto a sus doctrinas, con los saduceos que niegan la resurrección (véase cap. 16:6; Marcos 8:15). La conciencia permite al hombre contradecir la verdad cuando cree que Dios está lejos, o que no existe. Pero, desde el momento en que se produce un hecho extraordinario, pierde su seguridad, se turba, su conciencia lo acusa y lo hace temblar. ¿Qué sucederá cuando el hombre, despojado de todos sus vanos razonamientos, como de todo aquello por lo que creyó sustraerse a la luz de Dios en la tierra, se halle desnudo, es decir, tal como Dios lo ve en su estado natural, cargado con sus pecados, delante de la luz deslumbrante del gran trono blanco, donde no habrá más gracia ni perdón?

La multiplicación de los panes

Habiéndose llevado de la cárcel el cuerpo de Juan, sus discípulos le dieron sepultura y fueron a contar a Jesús lo que había sucedido. “Oyéndolo Jesús, se apartó de allí en una barca a un lugar desierto y apartado”. ¡Qué efecto más penoso debió producir la muerte de Juan en el corazón del Señor! La cruz ya proyectaba su sombra sobre este camino de dolor, porque si el odio del hombre se había mostrado de tal manera contra el precursor de Cristo, se mostraría más implacable aún contra aquel que era la luz del mundo, hasta que fuese clavado en la cruz.

Jesús se retiró a un lugar desierto, imagen de lo que es este mundo para el corazón de Cristo, como para el creyente. En él solo hallaba pecado y un odio mortal contra la luz y el amor. ¿Quién podría describir el continuo sufrimiento de Jesús, conociendo el estado del hombre? Porque él sentía todas las cosas según sus perfecciones divinas y humanas. Para librarnos, consintió en dejar la gloria para sufrir por manos de los hombres los dolores y la muerte.

Enteradas de que el Señor se había ido de estos lugares, las multitudes lo siguieron a pie. Cuando él las vio, conmovido de compasión hacia ellas, sanó a sus enfermos. El infatigable amor de Jesús no puede hallar reposo mientras el hombre arrastra tras sí los males que el pecado introdujo en este mundo. El Señor estaba solo para satisfacer las necesidades de la multitud, y solo él podía hacerlo, porque en él se hallaban todos los recursos, en aquel entonces como ahora.

Los discípulos le aconsejaron despedir a las multitudes, para que ellas mismas atendieran a sus necesidades. Hicieron valer excelentes razones: ya era tarde y el lugar solitario. La noche, el desierto, la hora tardía, todo esto caracteriza el estado de Israel y del mundo que ha rechazado a Cristo. La luz fue rechazada, y la tarde del día en que había resplandecido había llegado, sin que el hombre sacara provecho de ella. ¡La hora ya había pasado! Lo que el mundo podía suministrar en materia de recursos para hacer salir al hombre de su miseria, darle la vida y alimentarla no era más que desierto. Mas, gracias a Dios, el Cristo rechazado aún estaba presente, siempre el mismo, y no solo quería saciar a estas multitudes, sino enseñar, además, a los discípulos a aprovechar Su poder, puesto que la noche había llegado. Él iba a dejarlos solos en el desierto de este mundo, donde tendrían que responder a muchas necesidades en el cumplimiento de su ministerio. Jesús les dijo:

“ No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer. Y ellos dijeron: No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces. Él les dijo: Traédmelos acá (v. 16-18).

Los discípulos solo tenían alimento para sí, pero el Señor quería que utilizaran lo que poseían y lo diesen ellos mismos a las multitudes, **después de habérselo traído**. El hecho importante en el cumplimiento de este servicio era el de traer al Señor lo que ellos tenían. Jesús tomó de sus manos los cinco panes y los dos peces y, mirando al cielo, **bendijo**. La bendición del Señor hace eficaz lo que poseemos para que sirva a las necesidades de otros.

Entonces Jesús partió los panes y ordenó a los discípulos distribuirlos entre la multitud; había allí cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. Y hasta doce cestas se llenaron con lo que sobró. Vemos que, según el pensamiento de Dios, el orden y la economía son inseparables de la abundancia. Tener bienes en gran cantidad no es motivo para dilapidarlos o actuar derrochadoramente. Hay que cuidar lo que tenemos de más, a fin de poder hacer bien a otros. Mientras que el avaro ahorra para satisfacer su egoísmo, el amor hace a uno cuidadoso para poder hacer el bien.

Con esta multiplicación de los panes, el Señor quería mostrar a su pueblo que Él era Aquel de quien David había hablado en el Salmo 132:15, diciendo: “Bendeciré abundantemente su provisión; a sus pobres saciaré de pan”. Estas palabras se cumplirán plenamente en el reinado glorioso del Mesías. Como este reinado no pudo cumplirse en aquellos tiempos, a causa del rechazo de Cristo, el Señor quiso enseñar a sus discípulos que ellos poseerían en Él todos los recursos necesarios para su servicio durante la ausencia de su Maestro, recursos que siempre están al alcance de la fe en todos los tiempos, para todas las necesidades, y para cada creyente.

Si el Señor nos confía cualquier servicio, inmediatamente sentimos nuestra insuficiencia para cumplirlo; pero él nos dice, como a los discípulos: “Traédmelos”, y lo poco que poseemos, lo bendice de modo que puede salir de nuestras manos multiplicado y superior a todas las necesidades. Es una gracia maravillosa poder comprobarlo todavía hoy. Por ejemplo, un joven creyente, que se siente llamado a hablar del Señor a uno de sus camaradas, enfermo o aun con buena salud, quizá dirá: «Soy ignorante de las cosas de Dios. No tengo por costumbre hablar de ellas. Eso me molesta». Sin embargo, conoce algo de la gracia maravillosa de Jesús. Solo necesita ir al Señor y, en oración, poner ante él lo poco que tiene; luego, lo que reciba del Señor y no de su pobre conocimiento, podrá ir a darlo. Pasará por la misma experiencia que los discípulos durante la multiplicación de los panes.

El mismo principio se aplica a todo lo que hagamos. Debemos servirnos de lo que tenemos y no esperar a tener más para hacer el bien. Es preciso contar con el Señor, que quiere bendecir los recursos limitados tanto como los abundantes. El apóstol Pablo dice: “Si primero hay la volun-

tad dispuesta, será acepta según lo que uno tiene” (2 Corintios 8:12). “Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza. El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado” (Proverbios 11:24-25).

Jesús en el monte

Después de esto el Señor ordenó a los discípulos que entraran en una barca y fueran delante de él hasta la otra orilla del lago de Genesaret, mientras él despedía a las multitudes. Como siempre en las Escrituras, las circunstancias narradas en este capítulo por el escritor inspirado contienen una enseñanza figurada que sobrepasa los hechos históricos, por interesantes que estos sean. Como consecuencia de su rechazo, Jesús despidió a las multitudes, figura de Israel, después de haber cumplido los prodigios que debían permitir reconocerlo como el Mesías prometido. Al mismo tiempo constriñó a aquellos que lo habían recibido –los discípulos– a precederlo, es decir, a ponerse en camino sin él, para atravesar este mundo e ir hacia la orilla bienaventurada en la que gozarían de las bendiciones gloriosas que el Señor les traería, cuando se reuniera con ellos. En cuanto a él, subió a un monte para orar solo, imagen de la posición que Cristo ocupa desde su resurrección. Ascendió al cielo para ocuparse de aquellos que, esperando su regreso, atraviesan la noche tempestuosa de este mundo. Siempre vivo para interceder a favor de los suyos, y conociendo los peligros de un camino que ya recorrió, puede socorrer en el momento oportuno a aquellos que pasan por la misma senda tras él. Tal es el servicio sacerdotal de Cristo, presentado en la epístola a los Hebreos.

La tempestad

En los versículos 24 a 33 tenemos otro aspecto de la situación de los discípulos en la ausencia de Jesús. El viento contrario, que levantaba olas amenazantes, es una imagen de la oposición violenta que suscita el enemigo, sobre todo con la persecución a los creyentes. Esta alcanzó a los discípulos después de la partida de su Maestro. El residuo futuro de Israel la encontrará también, cuando atraviese la terrible tribulación del fin. Cesará solamente cuando Jesús, viniendo en gloria, calme con su poder la tempestad producida por Satanás. Entretanto, podemos aplicarnos las preciosas enseñanzas contenidas en este relato, porque también atravesamos la noche moral en la cual se halla el mundo, donde el poder de Satanás se hace sentir, donde hay para todos momentos de pruebas que bien pueden ser comparadas con una tempestad. Pero sabemos que por encima de todo está el Señor en la gloria. Él siempre se ocupa de los que están en dificultad, hace oír su voz en el momento oportuno, afirmando a los suyos, infundiéndoles áni-

mo con su Palabra, diciéndonos también: “¡Yo soy, no temáis!” (v. 27). Conocía la angustia de los discípulos cuando, a la cuarta vigilia de la noche, iba hacia ellos, andando sobre las aguas. Jesús conoce también las aflicciones por las cuales pasamos. “Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:18). Pero, con frecuencia, desconocemos su intervención y nos alarmamos, en lugar de ver su buena mano en la prueba, como los discípulos que tomaron a Jesús por un fantasma cuando se acercó a ellos. ¡Ojalá todos estemos suficientemente ocupados en él para discernirlo en cualquier circunstancia!

Al oír la voz de Jesús, Pedro contestó: “Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas” (v. 28). Jesús le respondió: “Ven”. Entonces Pedro descendió de la barca y anduvo sobre las aguas para ir a Jesús. ¡Cuán grande es el poder de la palabra del Señor! Pedro nunca había caminado sobre las aguas y ningún hombre era capaz de hacerlo. Pero Pedro vio que el Señor podía, y lo conocía suficientemente para saber que, si le mandase ir, él lo sostendría. Recordemos que el Señor siempre otorga la capacidad de ejecutar lo que nos manda. Podemos estar seguros de que él nos suministrará lo que es necesario para obedecerle, por insuperables que parezcan las dificultades. Pero hay que tener una fe plena en su Palabra y no mirar las circunstancias, ya que en el camino de la obediencia las dificultades subsisten. Los discípulos, obedeciendo al Señor, se embarcaron hacia la otra orilla. La tempestad fue permitida a fin de que aprendieran a conocer mejor a su Señor.

Después de andar un momento, Pedro comenzó a hundirse porque su mirada se dirigía en la tempestad, en lugar de fijarla en Aquel que le había dicho: “Ven” (v. 29). Al ver la violencia del viento, tuvo miedo. ¡Pero, qué gracia encontró en la persona de Jesús! Al clamor de Pedro: “¡Señor, sálvame!”, extendió la mano y lo asió, diciéndole: “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?”. El Señor tiene el poder de hacernos andar sin caída, si miramos hacia él con fe. Y si por no tener nuestra mirada puesta en él nos hundimos, su mano poderosa está dispuesta a socorrernos cuando, angustiados, lo llamemos. Experimentarlo es hermoso. Pero el Señor se halla más glorificado cuando confiamos en él sin flaquear y realizamos algo del poder con que él anduvo en este camino de obediencia. Él solo se preocupaba por cumplir la voluntad de su Padre.

Después que el Señor socorrió a Pedro, se reunieron con los discípulos que permanecieron en la barca, y el viento se calmó. “Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: ¡Verdaderamente eres Hijo de Dios!”.

En esta circunstancia Pedro representa a la Iglesia que, al llamado del Señor, se encaminó a su encuentro por la fe. Desafortunadamente, como Pedro, se hundió a causa de su incredulidad, porque perdió de vista a su Señor; pero él la asirá por su gracia poderosa. Luego, el Señor se reunirá con el remanente de Israel, representado por los discípulos. El viento del poder de Satanás que soplará contra ellos de una manera espantosa se calmará, y el remanente judío reconocerá a Jesús como el verdadero Hijo de Dios, título que los judíos rechazaron cuando estuvo en medio de ellos en gracia. Pidieron a Pilato que le diera muerte porque, según ellos, “se hizo a sí mismo Hijo de Dios” (Juan 19:7).

¡Qué prueba de la inspiración divina (de las Escrituras) tenemos en este simple relato! En pocas palabras, en una narración corta, el Espíritu de Dios hace un resumen de toda la historia de los judíos y de la Iglesia después de la ascensión del Señor hasta su regreso en gloria, incluyendo lo que él es para los suyos durante este tiempo.

Los versículos 34 a 36 completan este cuadro maravilloso, mostrándonos al Señor reconocido por los hombres de la región de Genesaret, quienes le habían rogado que se retirara de su territorio, después de la curación de los endemoniados (Mateo 8:34). Esto sucederá cuando Cristo venga a liberar al residuo piadoso. Todos los que lo reciban se verán favorecidos con su poderosa bondad para ser curados y gozar de los tiempos de paz y de reposo que él establecerá con su presencia.

No olvidemos que la posición de aquellos que creyeron en el Señor y lo siguieron durante su rechazamiento, será infinitamente más hermosa que la de los que creerán solamente cuando lo vean. Es lo que dijo el Señor a Tomás:

Bienaventurados los que no vieron, y creyeron



(Juan 20:29).

¡Que hoy todos podamos decir de corazón: “Ven, Señor Jesús”!

Capítulo 15

La tradición

De nuevo los escribas y los fariseos tratan de hallar en falta a los discípulos de Jesús, y por lo tanto, al Señor mismo (véase cap. 12). Le preguntan por qué sus discípulos quebrantan la tradición de los ancianos comiendo pan sin lavarse las manos.

Las tradiciones son relatos u ordenanzas transmitidos, oralmente o por escrito, de una generación a otra; su antigüedad les otorga cierta autoridad humana, pero no divina, aun cuando se les concede, muy injustamente, el mismo crédito que a las Escrituras. Esto sucedía en medio de los judíos, y también sucede en la Iglesia romana. Desafortunadamente hoy en día, en el protestantismo, no se teme llamar «tradición» a la Palabra de Dios, rebajándola a ese nivel. Nunca admitan esta expresión para designar a las Escrituras, en conjunto o en parte, porque la Biblia es íntegramente la Palabra de Dios.

El Señor muestra a los fariseos que ellos no solo ponían la tradición al nivel de las Escrituras, sino que las transgredían con sus tradiciones. La ley decía: “Honra a tu padre y a tu madre”, y, “el que maldiga al padre o la madre, muera irremisiblemente” (Éxodo 20:12; 21:17). Pero los fariseos decían, basándose en la tradición, que un hombre podía decirle a su padre o a su madre: “Es mi ofrenda a Dios todo aquello con que pudiera ayudarte”; enseñaban pues al pueblo que si alguien hacía ofrendas para el templo, se le dispensaba de hacer otra cosa por sus padres. Anulaban así el mandamiento de Dios. Todo eso es hipocresía. Es querer parecer piadoso, religioso, mientras se descuida lo que se debe a Dios y a sus parientes. Por eso Jesús recuerda a los fariseos la profecía de Isaías respecto a ellos: “Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres” (v. 8-9; véase Isaías 29:13). Luego, les muestra que la verdadera contaminación es la que proviene del corazón y sale de la boca y no el hecho de comer pan sin lavarse las manos.

Con esto el Señor nos da instrucciones importantes. El único medio de honrar a Dios es reconocer la autoridad de su Palabra y sometiéndose. En la inocencia, Adán estaba sujeto a un solo mandamiento; no tenía que hacer algo, sino abstenerse. Su desobediencia lo corrompió todo y arruinó al hombre. Después, Dios dio su ley a Israel que, sin conocerse a sí mismo, la recibió diciendo: “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos” (Éxodo 24:7). Pero el pueblo, con su desobediencia, deshonró a Dios aun más que los gentiles; porque el corazón natural no se somete a la ley de Dios; no puede. No obstante, el hombre en su orgullo siempre tie-

ne la pretensión de dar a Dios lo que le corresponde. Con este objetivo rebaja la medida divina, disminuye sus exigencias, las acomoda a lo que le conviene y conserva ciertas formas de la verdad, de tal manera que puede cumplir lo que llama su religión; luego, con esta capa de piedad aparente que calma más o menos su conciencia, puede dar rienda suelta a su propia voluntad. Exteriormente parece servir a Dios; pero, como dijo Isaías:

“ Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí... enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres.

Tal es el carácter de toda religión carnal, con cualquier nombre que esta se designe. Ella reemplaza las exigencias de Dios por formas que satisfacen la carne, a la cual dejan libre para hacer su voluntad, con la pretensión de servir a Dios. A los jefes de tal sistema el Señor los llama hipócritas, pues ahí está la manifestación de la hipocresía por excelencia.

De allí también proviene la negligencia con respecto a los padres; cuidarlos es el deber más sagrado después de lo que debemos a Dios. Si uno es indiferente con respecto a los derechos de Dios, también lo será con respecto a sus padres.

Sin el temor de Dios es imposible poder acatar las obligaciones morales que nos incumben. Los hijos faltarán frente a sus padres, los siervos a sus señores, los obreros a sus patronos, los hombres a la autoridad. Es así que con una mera apariencia cristiana el mundo llegó al estado descrito en 2 Timoteo 3:1-5: “También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella”.

Todo esto se origina con el alejamiento de Dios y de su Palabra y, como se puede observar, se efectúa bajo una aparente piedad.

En la Biblia la piedad filial se recomienda muy particularmente, ya bajo la ley (véase los pasajes citados por el Señor en los versículos que nos ocupan). El apóstol Pablo, en la epístola a los Efesios, al exhortar a los hijos a ser obedientes, cita el mismo pasaje que el Señor, y añade: “Es el primer mandamiento con promesa, para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra” (Efesios 6:1-3). Esta promesa estaba en relación con las bendiciones de Israel, que eran mate-

riales. Pero las que pertenecen a los cristianos, infinitamente más excelentes, son espirituales, y será eterno el goce de estas bendiciones, en vez de limitarse a nuestra breve existencia terrenal. En la epístola a los Colosenses (cap. 3:20), el apóstol respalda su exhortación diciendo que “esto agrada al Señor”. En 1 Timoteo 5:8, dice aún: “Si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo”. ¿Cómo podrá un hijo ayudar a sus padres y cuidar de ellos, si en su juventud no les obedeció? La obediencia prueba ante todo el afecto para con los padres. ¡Cuán a menudo se ve incluso en familias cristianas sucesos dolorosos que provienen de la insubordinación a la autoridad de Dios!, representada, para los hijos, por sus padres. Desobedecer a los padres es desobedecer a Dios. No someterse a lo que Dios dijo es querer ser más sabio que él, es elevarse por encima de él para hacer su propia voluntad, perversa y corrompida. Es también exponerse a los castigos más severos. “El ojo que escarnece a su padre, y menosprecia la enseñanza de la madre, los cuervos de la cañada lo saquen, y lo devoren los hijos del águila” (Proverbios 30:17).

¡Que Dios guarde a todos los hijos que leen estas líneas en el santo temor de desobedecer a Dios, faltando a sus padres con la desobediencia o con cualquier acto irrespetuoso!

La fuente de toda contaminación

Por las palabras de Jesús se ofendieron los fariseos. Y no podía ser de otra manera, porque el Señor llegaba a sus conciencias, denunciando abiertamente el gran mal que los caracterizaba. Ellos querían parecer limpios por fuera, al observar tradiciones que les daban una apariencia de santidad, pero el Señor les mostró que no es la contaminación exterior la que mancha al hombre delante de Dios, sino la que proviene del corazón y que todo hombre lleva en su interior.

Jesús respondió a los discípulos: “Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada. Dejadlos; son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo” (v. 13-14). Es imposible ver el camino, y guiar a otros, si no tenemos la luz, recibida de la Palabra de Dios. La pretensión de ser guía espiritual mientras se dejan de lado las Escrituras, aun parcialmente, llevan al conductor y a su rebaño al extravío y a la perdición. Aquellos conductores se establecieron en sus funciones por sí mismos: serían desarraigados. El Señor dijo: “Dejadlos”. Cuando alguien no se somete a la Palabra de Dios, ¿qué vale discutir? “Dejadlos”.

Pedro pidió al Señor Jesús que les explicase la parábola de los versículos 10 y 11. Los discípulos todavía no comprendían cuál era la fuente y el verdadero carácter de la contaminación ante Dios, tan arraigada estaba en ellos la costumbre de considerar solamente la mancha exterior, de la que

se purificaban con los lavados ordenados por la ley. Pero estas purificaciones solo eran tipos e imágenes de lo real, tal como Dios lo ve. Lo que mancha es el pecado, y el pecado viene del corazón natural. Cuando se manifiesta con palabras o con hechos, el hombre está manchado.

El versículo 19 suministra una lista horrorosa de todo lo que puede salir del corazón. ¡Cuán precavidos debemos estar de esta fuente de corrupción, a fin de que sus manifestaciones no nos manchen! Encabezando la lista están los malos pensamientos, estos actos del corazón que, excepto Dios, nadie ve; ellos son el origen de todos los pecados groseros enumerados luego, que deshonran a Dios, envilecen y destruyen al hombre. Si Caín hubiese juzgado el odio que su corazón abrigaba contra su hermano, no lo hubiera matado. Por esto la Palabra de Dios dice: “Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida” (1 Juan 3:15). Es de suma importancia cuidar el corazón. ¿No dice Salomón:

“ Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida?
(Proverbios 4:23).

Esto quiere decir que de allí provienen los resultados de la vida. Ponemos mucho cuidado en no poner algo sucio en nuestra boca; tengamos, pues, el mismo cuidado de no dejar salir de ella cosas impuras que nos contaminen. Lo que ensucia al hombre es lo que sale de su boca dice Jesús. La boca es el instrumento, el corazón es la fuente. No pongamos este instrumento al servicio del mal.

La mujer cananea

Jesús se retiró después a la vecindad de Tiro y de Sidón. Allí, como en cualquier otra parte, el poder del diablo se hacía sentir. Pero también se encontraba, en una pobre pagana, la fe en el poder y en la bondad del Señor. Una mujer cananea, al ver a Jesús, clamó: “¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio” (v. 22). El Señor no le respondió. Entonces los discípulos, queriendo desembarazarse de ella, dijeron a Jesús: “Despídela, pues da voces tras nosotros. Él respondiendo, dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (v. 23-24). Ella, no obstante, rindió homenaje a Jesús, diciendo: “¡Señor, socórreme!”. Él le contestó: “No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos”; a lo cual ella respondió:

“ Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos (v. 25-27).

El Señor pareció indiferente al llamado de esta mujer porque quería que ella ocupara el lugar que corresponde a todo pecador en presencia de Dios, sin tener ningún derecho, ningún mérito, para recibir después una respuesta completa de parte del Dios de amor. Aunque pertenecía a una nación que Israel debería haber destruido cuando entró en Canaán, ella se dirigió a Jesús como Hijo de David; aquel que, con este título, traerá la bendición a Israel y bajo cuyo reinado los enemigos del pueblo serán destruidos. Por eso Jesús, que vino en gracia, no podía contestar a la petición de esta mujer, como Hijo de David; pero, aunque vino a su pueblo para cumplir las promesas, él era el Salvador del mundo, la expresión del amor de Dios para con todos los pecadores. Desde el momento en que la fe apela a este amor que se alza por encima de las distinciones raciales y dispensacionales, ella recibe del Dios de gracia lo que el Hijo de David no podía dar a una cananea: “Entonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora” (v. 28). Ciertamente, de la mesa de los judíos caía mucho más que migajas. Como pueblo, rehusaron por completo la comida de la mesa de la gracia, y este desprecio redundó en salvación para el mundo (véase Romanos 11:11-12).

¡Qué perfección en la manera de obrar del Señor! Vino a Israel como Mesías, posición que él también mantiene para con los extranjeros. No obstante, como Dios de gracia que visita a su criatura caída, no rechaza a ninguno de los que se acercan a él poniéndose en el lugar, en el cual el pecado ha puesto el hombre, en el que todos son iguales, indignos de todo, excepto del juicio. El hijo pródigo dice: “He pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo” (Lucas 15:21). Entonces el Padre lo hace vestir con la ropa más hermosa. Mefi-boset, a los pies de David, exclama: “¿Quién es tu siervo, para que mires a un perro muerto como yo?” (2 Samuel 9:8). En consecuencia David hace que se siente a su mesa. ¡Qué amor maravilloso! Un Salvador perfecto vino para salvar a pecadores perdidos, sin recurso alguno, y cumplir la obra en virtud de la cual Dios puede obrar en gracia para con todos.

La segunda multiplicación de los panes

Después de haber dejado la región de Tiro y de Sidón, Jesús fue a Galilea donde se encontraban los pobres, los despreciados por los judíos moradores de Judea, pero en medio de los cuales se vio gran luz (Mateo 4:15-16). Estando Jesús sentado en un monte “se le acercó mucha gente que traía consigo a cojos, ciegos, mudos, mancos, y otros muchos enfermos; y los pusieron a los pies

de Jesús, y los sanó”. A causa de estas maravillas, la multitud glorificaba al Dios de Israel. Donde encuentra fe el Señor responde también a las necesidades de su pueblo. No deja sin respuesta a los que tienen necesidades, como lo hizo con los fariseos de Jerusalén, incrédulos e hipócritas (v. 14).

Para que se cumpliese nuevamente lo que el Señor dijo en el Salmo 132:

A sus pobres saciaré de pan (v. 15),

“

Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: “Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y enviarlos en ayunas no quiero, no sea que desmayen en el camino” (v. 32). Aquí también vemos de qué manera el corazón del Señor discierne todas las necesidades. Ha contado los días que la multitud lo acompaña; habiendo él mismo ayunado durante cuarenta días, sabe cuán doloroso es padecer hambre. Nunca despide a aquellos que vienen a su presencia sin darles algo. Es precioso saber que Jesús es el mismo para con cada uno de nosotros, hoy como en aquellos tiempos. La gloria que lo rodea no le hace olvidar a ninguno de sus muy amados.

Los discípulos, olvidándose de la escena relatada en el capítulo 14:13-21, dijeron a Jesús: “¿De dónde tenemos nosotros tantos panes en el desierto, para saciar a una multitud tan grande?” (v. 33.) El Señor no les dijo, como en el capítulo precedente: “Dadles vosotros de comer”, sino que preguntó: “¿Cuántos panes tenéis?”. Ellos respondieron: “Siete, y unos pocos pececillos”. Entonces mandó sentar a las multitudes, dio gracias, partió los panes y los dio a los discípulos para que ellos los repartiesen a las multitudes. Terminada la comida, recogieron siete canastas llenas de pedazos. En total comieron cuatro mil hombres, sin contar las mujeres ni los niños.

En la multiplicación de los panes anterior, había **cinco** panes, **doce** canastas de sobra y **cinco mil** hombres. Aquí hay **siete** panes, **siete** canastas y **cuatro mil** hombres. El número “doce” en las Escrituras, se emplea sobre todo para indicar la administración confiada al hombre: doce tribus, doce discípulos. La primera multiplicación recuerda la responsabilidad del hombre, lo que el Señor confiaba a los discípulos: “Dadles vosotros de comer”. Tenían pocos recursos para ello y, sin embargo, eran más que suficientes, pues el Señor se los proveía. En nuestro capítulo, el Señor obra según su potestad divina; se presenta el lado de Dios. Por eso hay siete panes y siete canastas, siete en los recursos y siete en las sobras. El número siete significa la perfección y el cuatro indica algo completo.

A través de estos detalles vemos cuán perfecta es la Palabra de Dios en todas las expresiones que emplea. Si hay cosas que no comprendemos, es porque somos demasiado ignorantes en presencia de las perfecciones de la revelación divina.

Capítulo 16

Una señal

Hallamos de nuevo a Jesús en presencia de las dos grandes categorías de judíos: los fariseos y los saduceos. A los primeros se les puede designar como gente religiosa, a los segundos como libre-pensadores; pero en cuanto a la persona de Cristo, eran tan incrédulos los unos como los otros. Sin embargo, su incómoda conciencia y su incredulidad les hicieron pedir una señal del cielo. El Señor repitió lo que ya había dicho a los escribas y a los fariseos del capítulo 12: no les daría otra señal sino la del profeta Jonás. ¡Cuán grande es la oposición del corazón humano contra Dios! Cuando Dios dijo al rey Acáz que le pidiera una señal (Isaías 7:10-12), este rehusó hacerlo, fingiendo una confianza que no permite al hombre piadoso tentar a Dios. No obstante, conocemos la impiedad de este soberano. Entonces, Dios indicó la señal (v. 14): el nacimiento de Emanuel. Era Él quien estaba ahora en medio de su pueblo y daba pruebas de lo que él era, en gracia y en poder. Pero ¡qué terrible!, **ellos no querían verlo.**

Entonces Jesús les reprochó su capacidad para pronosticar el tiempo de acuerdo a las apariencias del cielo, en contraste con su incapacidad para discernir las señales, más evidentes aún, del siglo en que vivían. La fe, enseñada siempre por Dios, podía discernir las señales del tiempo por la presencia del Mesías y la manera como lo acogían. Pero una generación mala y adúltera no recibiría otra señal que la de Jonás, es decir, la muerte y la resurrección de Jesús. Así concluía la presentación del Mesías a un pueblo que lo desconoció y lo rechazó; y esto le acarreará los juicios de Dios. Por eso leemos estas palabras solemnes: “Y dejándolos, se fue” (v. 4). Nos recuerda que Jesús ya había dicho a sus discípulos, en el versículo 14 del capítulo precedente: “Dejadlos”.

¡Qué posición más terrible la de los hombres que Dios abandona a su suerte, después de hacer todo lo posible para salvarlos y bendecirlos! Estamos en un tiempo que corresponde, para la cristiandad, a aquel en el que se hallaba Israel cuando Jesús estaba a punto de dejarlo. Mucha gente tan religiosa como los fariseos, al igual que los incrédulos de cualquier matiz, semejantes a los saduceos, pronto serán dejados por el Señor para ser entregados a un poder engañoso (2 Tesalonicenses 2:11), porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos, a pesar de las solemnes advertencias que les fueron dadas. Cuando Cristo se marchó, rechazado por los judíos, los juicios de Dios alcanzaron a ese pueblo. Pero, en un porvenir cercano, después que el Señor retire de este mundo a los creyentes, los juicios descritos en el Apocalipsis se desencadenarán sobre aquellos que no hayan creído durante el actual período de gracia.

La venida del Señor está muy cerca. Aquellos cuyos ojos fueron abiertos por la fe en la Palabra de Dios pueden discernir las señales de los tiempos. Esperan de un momento a otro la salida del “lucero de la mañana” (2 Pedro 1:19), Cristo viniendo a buscar a los suyos. Esto precederá a la aparición del día “ardiente como un horno” (Malaquías 4:1) para los que el Señor haya **dejado**.

Discípulos olvidadizos

Aunque los discípulos recibieron al Señor como al Mesías de Israel, estaban todavía lejos de conocer su persona gloriosa y no comprendían sus enseñanzas. Acontece lo mismo con nosotros hoy día, que somos los objetos continuos de la bondad paciente del Señor, y que poseemos más luz. Sin embargo, a causa de su gracia maravillosa, el Señor dijo a sus discípulos: “Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas” (Lucas 22:28).

Cuando llegaron a la otra orilla, después de la multiplicación de los panes del capítulo 15, los discípulos se dieron cuenta de que olvidaron tomar pan. Jesús, afligido por la hipocresía e incredulidad de los fariseos y de los saduceos, percibía cuánta necesidad tenían los suyos de ser prevenidos contra esa gente. Entonces les advirtió: “Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos” (v. 6). Faltos de entendimiento, los discípulos pensaban que la levadura solo podía tener relación con el pan. Como estaban más preocupados por su olvido que por la necesidad de tomar precauciones contra la influencia de las doctrinas farisaicas y saduceas, el Señor les dijo:

“ ¿Por qué pensáis dentro de vosotros, hombres de poca fe, que no tenéis pan? ¿No entendéis aún, ni os acordáis de los cinco panes entre cinco mil hombres, y cuántas cestas recogisteis? ¿Ni de los siete panes entre cuatro mil, y cuántas canastas recogisteis? (v. 8-10).

¿Cómo podían inquietarse por esto después de ser testigos de tales actos de poder y bondad, y teniendo con ellos al autor de tan grandes maravillas? Dos cosas caracterizaban a los discípulos: no **entendían** y no **recordaban**. No tenían el entendimiento espiritual abierto a las enseñanzas del Señor quien los advertía acerca de una cosa más importante que la falta de pan. Y, en cuanto a sus necesidades materiales, olvidaban que la potestad y la bondad del Señor no eran algo momentáneo; lo que fue para ellos en una circunstancia, lo sería en todas. Podían confiar en que él supliría todas sus necesidades, a fin de que sus corazones se dedicasen por completo a los intereses de su Maestro. En estos discípulos, que nos parecen tan faltos de entendimiento, tenemos nuestra propia imagen. En lugar de ejercitarnos en cuanto a nuestros intereses espirituales y a

la gloria del Señor, nos inquietamos por las cosas materiales, respecto a las cuales hemos experimentado mil veces la bondad de Dios y sus cuidados, sabiendo que él conoce nuestras necesidades. Olvidamos que lo fundamental es buscar “primeramente el reino de Dios y su justicia”, y que todas las demás cosas nos serán añadidas (cap. 6:24-34). Los discípulos habían oído al Señor pronunciar estas palabras en el monte, y nosotros, ¡cuántas veces las hemos leído!

Lleno de paciencia y de bondad, el Señor les explicó que no se trataba de la levadura del pan. Así, ellos comprendieron que él los ponía en guardia contra las doctrinas de los fariseos y de los saduceos. Como ya hemos visto (cap. 13), la levadura representa una doctrina corruptora. Los discípulos, acostumbrados al lenguaje figurado empleado en Oriente, debían comprenderlo. La doctrina de los fariseos es la hipocresía que caracteriza a la religión de la carne, sobre todo en los conductores religiosos, como lo vimos al principio del capítulo anterior. La doctrina de los saduceos es el razonamiento del corazón natural que deja de lado la Palabra de Dios para tratar de sustraer la conciencia a los efectos de esta Palabra y, así, tener más libertad para seguir sus propios deseos. Contra estos dos males debemos igualmente estar prevenidos hoy en día. Estemos ante Dios con el corazón en la mano. Abstengámonos de las formas religiosas por las cuales tratamos de esconder nuestro verdadero estado y recibamos, por otra parte, la Palabra sin razonamiento, reconociendo su autoridad divina sobre el corazón y la conciencia.

La confesión de Pedro

Dejando las orillas del lago de Genesaret, el Señor se encaminó hacia Cesarea de Filipo, muy al norte de Palestina. Allí interrogó a los discípulos en estos términos: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas” (v. 13-14). Estas no son las respuestas de la incredulidad y el odio de los judíos y sus jefes. Es la apreciación respetuosa de la multitud que creía tener una opinión excelente de la persona de Jesús, pues ella lo colocaba entre los profetas más honrados.

Juan el Bautista fue muy estimado. Por algún tiempo querían regocijarse en su luz (Juan 5:35; véase también Mateo 21:26). Elías debía preceder al Mesías, y Jeremías era apreciado como uno de los profetas más eminentes. Jesús era, incluso en la apreciación de los indiferentes, uno de los profetas. En estas diversas opiniones, por más fundadas que parezcan, no había fe, ni inteligencia espiritual. Dios no había dejado a su pueblo en la incertidumbre a propósito de su Hijo. Al

bautizar Juan a Jesús, el cielo se abrió sobre él y la voz de Dios el Padre se oyó: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). No solo este testimonio, sino toda la vida de Jesús comprobó que él era tanto Emanuel, como el Cristo, y el Hijo de Dios.

Hoy oímos acerca de la persona de Jesús opiniones incluso más diversas que aquellas, entre los que no lo rechazan abiertamente: es un hombre de bien, un gran reformador, el fundador de la religión cristiana a la que se debe la civilización actual. Se admite que él manifestó los caracteres morales de Dios en este mundo, y otras cosas hermosas. Pero, si se pregunta a estas personas: «¿Es Jesús el Hijo de Dios?», responden evasivamente, y hasta negativamente. Dios presenta a la fe una persona, pues los hombres necesitan un Salvador y no opiniones sobre el Salvador. “Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Juan 5:11-12).

Jesús dijo a los discípulos: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Jesús le dijo: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”. Por el Padre fue enseñado Pedro para confesar, de esa manera y en ese momento, a Jesús, el Cristo, el objeto de la promesa, a quien el pueblo incrédulo no quería recibir. Él era el Hijo del **Dios vivo**, del Dueño de la vida, esta vida que ni el pecado ni sus consecuencias pueden alcanzar, pero que los hombres deben poseer si quieren ser salvos, porque todos, en su estado natural, están muertos (Efesios 2:1). Qué gracia maravillosa se presenta aquí por la manifestación del Hijo del Dios vivo, a fin de que pobres pecadores, como Pedro y cada uno de nosotros, podamos obtener esa vida y lleguemos “a ser participantes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4). Por eso, el Señor dice a Pedro:

“ Yo también te digo, que tú eres Pedro (o una piedra), y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella (v. 18).

Es como si Jesús dijera a Pedro: «Tú confiesas lo que yo soy, y yo digo lo que tú eres por gracia. Por la fe en mí, tú eres una piedra, con mi propia naturaleza». Pedro escribirá más tarde: “Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:4-5). Esta casa espiritual, compuesta de piedras vivas, es lo que el Señor llama aquí su **Iglesia**, a la cual él mismo edifica y de la que él, la roca eterna de vida, es el fundamento. Y este Hijo del Dios vivo, sin perder su carácter, iba a descender a la muerte donde todo el poder de Sata-

nás se estrelló contra él. “Quitó la muerte” (2 Timoteo 1:10); “destruyó al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo” (Hebreos 2:14). Resucitado, vencedor de todo lo que había contra el hombre en Adán, “fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” (Romanos 1:4). En virtud de esa obra, sobre esa **roca** que es Cristo mismo, él edifica su Iglesia (o Asamblea), compuesta por todos los que, por la fe, participan de su vida.

La Asamblea

Los judíos rechazaron a Cristo, prueba de que Dios no podía edificar nada sobre el hombre según la carne. El Hijo del Dios vivo se presenta, pues, como el fundamento sobre el cual edificará lo que reemplazará a Israel y lo que permanecerá eternamente, a saber, su Iglesia. Contra ella las puertas del Hades, expresión del poder de Satanás, no tendrán ningún efecto. Porque verdaderamente la muerte, salario del pecado, fue soportada por Cristo; y Satanás se queda sin fuerza contra lo que está edificado sobre la roca eterna de vida. En la respuesta de Jesús a Pedro, vemos:

1. lo que cada creyente es por la fe en el Hijo de Dios: una piedra viva;
2. la Iglesia, edificada por Cristo, compuesta por el conjunto de estas piedras vivas. Dicha edificación comenzó en Pentecostés y continuará hasta el momento en que la última piedra sea añadida, es decir, la última persona convertida.

En esta construcción, todo corresponde a los pensamientos del Edificador divino, porque todo es fruto de su trabajo. Una vez manifestado el último de los elegidos, la Iglesia, compuesta por todos los creyentes resucitados y transformados, con todos aquellos que murieron en la fe desde el principio, será arrebatada al encuentro del Señor. Después, esta Iglesia volverá a aparecer en la gloria descrita en Apocalipsis 21:9-27, tal como será en el reinado de Cristo. Y luego, cuando los cielos y la tierra actuales pasen y sean reemplazados por un cielo nuevo y una tierra nueva, descenderá a ella la santa ciudad, la nueva Jerusalén, la morada (o el tabernáculo) de Dios que estará con los hombres para siempre: esta Asamblea que Cristo mismo habrá edificado (Apocalipsis 21:1-8).

Sabemos que la Iglesia está en ruina a causa de todo el mal que se ha introducido en ella en el curso de los siglos. Podemos preguntarnos cómo esta Iglesia, que Cristo edificó, logró corromperse frente a verdades como las enunciadas en el versículo 18 de nuestro capítulo.

Por desgracia es demasiado cierto que hoy nos encontramos en el seno de una Iglesia arruinada, fruto de la infidelidad de quienes la conformaron desde el principio hasta hoy. Pero lo que se halla en ruina no es lo que Cristo edificó. La Palabra nos enseña que la Asamblea en la tierra es considerada también desde otro punto de vista, es decir, bajo el aspecto de la responsabilidad del hombre, visto como edificador, pero quien siempre ha llevado a la quiebra lo que Dios le confió. Así, la ruina es la consecuencia de nuestra infidelidad. En 1 Corintios capítulo 3, Pablo y Apolos son considerados colaboradores de Dios. Pablo era el obrero especial que, sobre el fundamento de esta morada de Dios, Jesucristo, edificó buenos materiales, y lo mismo hicieron los apóstoles. Pero después de ellos, ya en su época, obreros menos atentos introdujeron en la Asamblea a personas que por no tener la vida de Dios no eran piedras vivas; sin embargo, siendo bautizadas con el bautismo cristiano, formaban parte de la casa de Dios en la tierra. Más tarde se introdujeron multitudes inconversas, simplemente porque aceptaban el cristianismo en sus apariencias externas. Así, la Iglesia se extendió por el mundo y se corrompió (véase las parábolas de Mateo 13:44-50). La Iglesia, bajo este carácter, abarca hoy tanto a aquellos que tienen solamente una profesión exterior de cristianismo como a los que verdaderamente tienen la fe, que son piedras vivas; a estos últimos la Palabra de Dios les da enseñanzas particulares para que se separen del mal dentro de la Iglesia. En 2 Timoteo 2, ella es comparada con una casa grande en la cual se hallan utensilios para usos honrosos y utensilios para usos viles. Cuando el Señor venga, llevará consigo a los que tienen la vida y dejará para los juicios a aquellos que solo tienen la profesión cristiana.

El reino

La venida de Cristo y su muerte dieron, además de la Asamblea, otro resultado con respecto a la tierra: el reino de los cielos. Porque si Cristo posee una asamblea, también tiene la realeza sobre su pueblo terrenal y sobre todo el universo. A la espera de su dominio glorioso y universal, el reino se establece bajo una forma particular. Es llamado “reino de los cielos”, porque la sede del poder está y estará en el cielo, en contraste con los reinos terrenales, cuya autoridad reside en la tierra. La entrada al reino se producía por el reconocimiento de la autoridad del Señor, reconocido también como Salvador. Mientras se espera que Cristo venga para establecer su reinado con potestad, la forma y la extensión del reino de los cielos es la de la Iglesia responsable, de la cual acabamos de hablar. Pero los verdaderos creyentes que se encuentran en medio de esta situación, en vez de formar el pueblo sobre el cual Cristo reinará a su venida, serán arrebatados para estar con el Señor y volver para reinar con él, como Esposa del Rey.

En su ausencia, el Señor confió a Pedro las llaves de este reino, diciendo: “A ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos” (v. 19). Pedro debía, pues, abrir la puerta a todos aquellos que reconocían la autoridad del Señor, judíos o gentiles. Era necesario el permiso del Rey, representado por Pedro, para tener acceso a este reino y formar parte de él, porque no se entraría por nacimiento natural, como los judíos, el pueblo terrenal de Dios. También era necesaria la fe en el Señor, quien estaba en el cielo porque había sido rechazado.

La primera mitad del libro de los Hechos muestra cómo Pedro desempeña el servicio que el Señor le confía aquí. Siempre habla él. Demuestra a los judíos (cap. 2:36) que Aquel a quien ellos crucificaron, Dios lo hizo Señor y Cristo. Aproximadamente tres mil personas reciben estas palabras y entran en el reino. En el capítulo 5, el número aumenta hasta cerca de cinco mil. En el capítulo 8, la gente de Samaria entra, y en el capítulo 10, los gentiles son recibidos: Cornelio y los que están con él. En todos estos casos, es Pedro quien actúa, en virtud de la autoridad que el Señor le dio, para abrir las puertas del reino de los cielos y para administrarlo. En cuanto al apóstol Pablo, fue el encargado de revelar todo lo concerniente a la Iglesia.

El catolicismo confundió lo que el Señor dijo a Pedro en el versículo 18 con lo que dijo en el versículo 19. Hizo de Pedro el representante de Cristo como edificador de la Iglesia y le da como sucesores a los papas; pero el Señor de ningún modo encargó a Pedro la edificación de la Iglesia, ni le anunció sucesor alguno en su función. El versículo 18 se relaciona con la Iglesia. Cristo mismo la edifica, y si Pedro formó parte de ella, lo hizo como una piedra viva. El versículo 19 se refiere al reino de los cielos. Pedro recibió las llaves de ese reino para introducir a todos aquellos que creyeran lo que él y los otros apóstoles anunciaran de Cristo, de Su muerte, de Su resurrección y de Su glorificación, pues Él recibió toda autoridad en el cielo y en la tierra (Mateo 28:18), y fue exaltado por Dios como Príncipe y Salvador (Hechos 5:31).

Después de las declaraciones hechas a Pedro, Jesús se dirigió a los discípulos, mandándoles que no dijeran a nadie que él era el Cristo. Era inútil seguir presentándolo a los judíos como el Mesías viviendo en la tierra. Ahora era preciso que pasara por la muerte para que los que creyesen fuesen introducidos en las nuevas bendiciones.

Jesús anuncia su muerte

“Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día” (v. 21). El odio de los principales del pueblo contra Jesús llegaría hasta ese extremo; para Dios esa muerte era necesaria a fin de que se cumplieran las gloriosas verdades anunciadas a Pedro en los versículos 18 y 19. Pero la fe y la inteligencia de Pedro no estaban a la altura de estas revelaciones. Su corazón solo veía a Jesús como el Mesías, y el reino glorioso que debía establecer. Cuando Pedro oía a Jesús hablar de su muerte, pensando solamente en dicho aspecto de la verdad, en cuanto a la persona de Jesús, lo llevó aparte, y le dijo: “Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca”. ¡Pobre Pedro! El gran afecto que tenía por el Señor y el deseo de gozar cuanto antes del reino en gloria, le hacen rechazar la idea de su muerte. Pero en esto, sus pensamientos eran opuestos a los de Dios. Jesús, “volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (v. 23). Sin la muerte del Señor, Pedro sería excluido de todas las bendiciones que se hallaban en los pensamientos de Dios. El hombre sueña solo con el gozo de la carne, para lo cual la muerte no es necesaria. ¡Qué distancia había entre los pensamientos de Pedro y los de Jesús! Cristo vino a este mundo, diciendo: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Hebreos 10:7). En esa voluntad estaba incluida la muerte, y en virtud de ella Dios podía cumplir todos sus consejos. Pero Pedro dijo: “¡Señor, ten compasión de ti!”. Para ser justos, nuestros pensamientos deben seguir los de Dios; de otra manera tomamos en consideración los de nuestro corazón que, aunque sean sinceros y parezcan buenos, se oponen a las cosas de Dios, porque ellos se relacionan con lo que conviene al hombre.

Jesús mostró a sus discípulos que la muerte no solamente sería la parte de él, sino también la de todos los que querían participar en la gloria con él. Porque en la tierra debemos seguirlo por el camino de su rechazamiento, que, en la práctica, es el de la muerte.

“ Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará (v. 24-25).

Dos cosas deben caracterizar a los que siguen a Cristo en este mundo: **Negarse a sí mismo**, y **tomar su cruz**; ellas no se cumplen si uno no tiene la vida de Cristo y a Cristo por objeto del corazón, así como la esperanza de la gloria con él. “Negarse a sí mismo” significa dejar de vivir para uno mismo. El hombre que no posee a Cristo en su vida, vive solo para sí mismo. Todo lo

que hace se relaciona con él, directa o indirectamente, hasta sus buenas obras a favor de otros. Como ejemplo sobresaliente, citemos los conciertos y las representaciones teatrales de beneficencia. ¿Se hacen estas obras renunciando a uno mismo? Ellas provienen de una vida que tiene por objeto al **yo**, y no a Cristo. Y precisamente Pedro se decía que, si muriera Cristo, él sería privado de la gloria a la cual su carne se aferraba tanto; porque quería la gloria sin el sufrimiento. Solo uno podía estar en la gloria sin sufrir: Jesús; pero habría permanecido solo en ella. En su amor infinito, quiso morir por nosotros, a fin de que tuviésemos una parte con él.

“Tomar su cruz” es realizar la muerte mientras uno está en la tierra. Cuando un condenado a la crucifixión iba al suplicio, se le hacía llevar su cruz, y al verlo se podía decir: «He aquí un hombre que ha dejado de existir». Ya no pensaba en gozar de las cosas de la tierra. Había terminado con ellas. ¡Cuán deseable es que los que observan nuestra conducta puedan decir de nosotros: «He aquí personas que han terminado con el mundo, que no viven más para ellos mismos!». De esta manera manifestaremos que somos del cielo, discípulos de Aquel que sufrió y murió por nosotros.

¡Pongamos en práctica las enseñanzas de Jesús, y renunciemos a una vida que tiene por centro al «yo» y por objeto el mundo! Quienes así se comportan gozan ya actualmente de las cosas eternas, mientras que los que quieren salvar su vida, satisfaciendo las concupiscencias de esta, la perderán por la eternidad. Jesús pregunta: “¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (v. 26). Solemnes palabras, que no necesitan comentario. Es una cuestión que Dios pone ante cada persona que busca todavía las ventajas de este mundo y a la cual espera la respuesta. Quiera Dios penetrar de nuevo con sus palabras el corazón del que ama al mundo o las cosas que están en él y que, ocupado con la vida presente, descuide lo que se relaciona con su alma para la eternidad. Cada uno comienza la eternidad al entrar en este mundo. El tiempo presente es una fase muy corta, pasa como una sombra; pero mientras dure, cada uno decide de qué lado se hallará definitivamente una vez transcurrida esta vida presente.

Sin embargo, no siempre tendremos que seguir a un Cristo humillado y rechazado. Como Hijo del Hombre regresará en la gloria de su Padre –la gloria del Hijo de Dios– y con sus ángeles en la gloria de su reino, y entonces, según la conducta de cada uno durante su ausencia, él lo retribuirá. Aquellos que lo siguieron, negándose a sí mismos y al mundo, serán introducidos en la gloria

para siempre, y volverán con él para reinar. Los que prefirieron el mundo y sus codicias tendrán su parte eterna lejos de la felicidad y de su gloria; pero, en aquel mismo día los que siguieron al Señor encontrarán las consecuencias de su fidelidad (v. 27).

A fin de fortalecer la fe de sus discípulos, quienes acababan de oír que su parte en la vida presente sería el renunciamento y la muerte, Jesús añadió: “Hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino” (v. 28).

Capítulo 17

La transfiguración

Estos versículos nos muestran cómo debían cumplirse las palabras que Jesús pronunció en el versículo 28 del capítulo precedente. Llevó a Pedro, a Jacobo y a Juan a un monte alto, y allí, transfigurado delante de ellos, su rostro resplandeció como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Aparecieron también Moisés y Elías “en gloria”, como lo relata el evangelio según Lucas. En Mateo, esta escena presenta a Jesús Hijo del Hombre, viniendo en su reino en gloria, a fin de fortalecer la fe de los discípulos cuando, después de su muerte, deban dar testimonio de él a un mundo hostil. Ellos habían creído que Jesús era el Mesías, el Cristo, y esperaban el establecimiento de su glorioso reinado. Pero, en lugar de eso, Jesús les prohibió decir que él era el Cristo, y les habló de sus sufrimientos y de su muerte. Semejante revelación aniquilaba, al parecer, todo lo que ellos habían esperado y ponía su confianza a ruda prueba. Con esta visión de su gloria, Jesús quería tranquilizar a sus discípulos a fin de fortalecer la fe que ya tenían en él como Mesías. Más tarde, Pedro se funda en esta manifestación gloriosa para animar a los creyentes judíos –a quienes dirige sus epístolas– a que esperen sin desfallecer el reino en gloria: “Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad” (2 Pedro 1:16).

La presencia de Moisés y de Elías hablando con Jesús tiene una importante significación: Moisés había dado la ley; Elías era el gran profeta suscitado para hacer volver a la ley al pueblo dedicado al culto de Baal (1 Reyes 18). Estos dos hombres representaban, pues, la ley y los profetas, cuyo ministerio fue inútil en medio del pueblo, a causa de su incapacidad para obedecer y de su voluntad opuesta a Dios. Ahora, el Mesías estaba allí para establecer su reinado. Pero el pueblo lo rechazaba, de modo que en vez de gozar de las bendiciones prometidas, los judíos iban al encuentro del juicio. No había más esperanza para ellos sobre la base de su responsabilidad. Pero si todo está perdido de parte del hombre, los recursos divinos aparecen, concentrados en la persona de Jesús, quien, en lugar de subir al cielo con Moisés y Elías después de su entrevista, irá a la cruz para cumplir la obra redentora.

Cuando los discípulos vieron a estos dos eminentes personajes con Jesús, Pedro dijo: “Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él

oíd” (v. 4-5). Pedro creía honrar a Jesús poniéndolo en primer lugar entre estos siervos ilustres. No conocía todavía la gloria de su persona, ni lo importante que era escucharlo. Por eso, Dios, el Padre, celoso de la gloria de su Hijo, hace oír su voz, tanto cuando se le quiere colocar entre los grandes hombres de Dios, como cuando él mismo se pone en medio de los pecadores y se hace bautizar por Juan (Mateo 3:17). Ahora tienen que escucharlo a él, pues Moisés y Elías no fueron escuchados y su ministerio tampoco tuvo resultado para el pueblo. El recurso de Dios está, pues, en su Hijo muy amado.

Esta voz ahora se dirige a todo creyente, como a todos los que aún no son salvos. “A él oíd”, dice Dios el Padre. Oíd a aquel que dice: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28). “Al que a mí viene, no le echo fuera” (Juan 6:37). “Oíd, y vivirá vuestra alma” (Isaías 55:3). “En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

Al oír la voz del Padre y ver la nube que los cubría, los discípulos se postraron sobre sus rostros, sobrecogidos de temor. Esta nube era la señal de la morada de Dios en medio de su pueblo. Cuando el tabernáculo fue terminado en el desierto, una nube lo cubrió y la gloria de Jehová lo llenó.

“ No podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba (Éxodo 40:34-35).

Más tarde, cuando la consagración del templo de Salomón tuvo lugar, la gloria de Jehová lo llenó y los sacerdotes tampoco pudieron entrar en él (2 Crónicas 7:1-3). Esta gloria dejó el templo cuando Israel fue tomado cautivo (Ezequiel 10). Los discípulos bien podían estar atemorizados al verse cubiertos por esta nube que Pedro llama “la magnífica gloria” (2 Pedro 1:17).

Pero los discípulos tenían con ellos a Aquel que había dejado la gloria a fin de introducir en ella a pobres pecadores como Moisés y Elías, usted y yo, y todo creyente. Solo él podía decirles: “Levantaos, y no temáis” (v. 7). Si en aquel momento Pedro hubiera tenido la comprensión de lo que sucedía, como la tuvo más tarde, se hubiera dado cuenta de su locura cuando, al oír a Jesús anunciar su muerte, le respondió: “Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca” (cap. 16:22). Si Jesús no hubiera muerto para expiar los pecados, el hombre jamás habría sido introducido en la gloria de la presencia de Dios. ¡Qué amor el de Jesús! ¡Cómo no conmo-

vernos ante semejante escena, donde vemos a pobres pecadores, idénticos a nosotros, ser introducidos en la misma gloria que Jesús, porque iba a sufrir la muerte para satisfacer la justicia de Dios acerca del pecado!

Cuando los discípulos alzaron los ojos, vieron “a Jesús solo”. Moisés y Elías habían desaparecido; porque en el tiempo de la gracia que el Señor introdujo en aquel momento, la ley y los profetas dan paso a Jesús, el único capaz de establecer al hombre en la bendita posición que Dios le prometió.

Así, en la escena de la transfiguración –según las promesas hechas a los padres– vemos que por la fe, el creyente tiene la certeza que Cristo, el Hijo del Hombre, establecerá su reino en gloria. Participarán de él los santos celestiales resucitados y transformados –representados por Moisés, a quien Dios sepultó, y por Elías, quien subió al cielo sin pasar por la muerte– como también los creyentes que estén entonces en la tierra, representados por los tres discípulos. A la espera del reino, los discípulos poseen, por la fe, una parte celestial con Cristo, objeto del corazón de Dios, objeto de los corazones de ellos, Aquel que permanece con ellos, a Quien deben escuchar, puesto que la ley y los profetas nada condujeron a la perfección.

Elías

Al descender del monte, Jesús ordenó a sus discípulos que no contaran a nadie la visión, hasta que él resucitara de los muertos, por el mismo motivo que les había prohibido decir que él era el Cristo (cap. 16:20).

La escena inolvidable a la cual los discípulos acababan de asistir, la que afirmaba en ellos la seguridad del establecimiento del reino en gloria, provocó una cuestión referente al profeta Elías que debía venir antes del establecimiento del reino (Malaquías 4:5).

“ ¿Por qué, pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? (v. 10).

Puesto que el reino iba a ser establecido, ¿por qué no había venido Elías? El Señor respondió que, efectivamente, Elías vendría primero y restablecería todas las cosas, como está escrito en Malaquías: “He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición”. Los escribas tenían razón: un profeta sería suscitado en medio del remanente, una vez que los judíos hubieran regresado a Palestina; él

obraría con el espíritu y el poder de Elías para hacer volver el pueblo a Dios antes del establecimiento del reinado de Cristo. El Señor añadió: “Mas os digo que Elías ya vino, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; así también el Hijo del Hombre padecerá de ellos. Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista” (v. 12-13). En efecto, cuando los judíos preguntaron a Juan quién era él, este les respondió: “Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías” (Juan 1:23; véase también Mateo 3:3). Juan cumplía la profecía de Isaías 40:3, preparando el camino del Señor en los corazones, por la palabra de su predicación. Era también aquel mensajero de quien Malaquías había hablado (cap. 3:1). Dicho pasaje es citado por Zacarías, padre de Juan, en Lucas 1:76: “Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado; porque irás delante de la presencia del Señor, para preparar sus caminos”. El Señor confirma la aplicación de este pasaje a Juan el Bautista en Mateo 11:10 y en Lucas 7:27: “Porque este es de quien está escrito: He aquí, envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti”. De modo que era cierto que un profeta vendría aún antes del advenimiento de Cristo en gloria, como también era verdad que Elías, en la persona de Juan el Bautista, vino antes de la aparición de Cristo en gracia.

De la misma forma que fue tratado el precursor, también tratarían a su Señor. ¡Cuán precisa y segura es la Palabra de Dios! Lo que aún no se ha cumplido se realizará con igual exactitud que lo que ya tuvo lugar. El que cree esta Palabra y se apoya en ella en todas las cosas posee para sí, en medio de la confusión de los pensamientos de los hombres, la verdad respecto al pasado, al presente y al porvenir. Fuera de ella no hay certeza alguna, y por consiguiente, tampoco hay paz, ni felicidad.

La impotencia de los discípulos para sacar un demonio

Durante la maravillosa escena de la transfiguración, sucedía otra muy diferente entre la multitud y los discípulos. Estos, enfrentando el poder de Satanás, no podían expulsar un demonio que atormentaba cruelmente a un joven. Cuando el padre vio venir a Jesús, se arrodilló ante él, diciendo: “Señor, ten misericordia de mi hijo, que es lunático, y padece muchísimo; porque muchas veces cae en el fuego, y muchas en el agua. Y lo he traído a tus discípulos, pero no le han podido sanar. Respondiendo Jesús, dijo: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo acá. Y reprendió Jesús al demonio, el cual salió del muchacho, y este quedó sano desde aquella hora” (v. 15-18). Los discípulos preguntaron a Jesús el motivo de su incapacidad para expulsar este demonio. Él les respondió que era a causa de su incredulidad, después de lo cual les enseñó dos cosas importantes. Para

aprovechar la potestad que el Señor ponía a su disposición, era necesaria la fe. Jesús les había dado el poder para expulsar a los demonios (cap. 10:8); pero este poder no se podía ejercer sin la fe verdadera en la persona del Señor, única fuente de esta potestad. De haber tenido fe como un grano de mostaza –ejemplo de una cosa muy pequeña– ellos podrían haber trasladado un monte, es decir, haber vencido la dificultad más insuperable.

¡Cuán maravilloso es ver al Señor comunicando a los hombres, tan impotentes, el poder para superar todo mediante la fe en él! Esta potestad permanece a nuestra disposición a fin de que podamos cumplir lo que el Señor nos pide hoy en día. Él no nos llama a sanar enfermos o expulsar demonios; –y si él nos lo pidiera, podríamos hacerlo por la fe en él–, sino que nos pide que lo sigamos, que andemos en la separación del mal y en el cumplimiento del bien. Debido a nuestra naturaleza débil, encontramos dificultades que nos parecen insuperables; pero con la fe, podemos decir como el apóstol Pablo: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”, en aquel Cristo que le había dicho: “Mi poder se perfecciona en la debilidad” (Filipenses 4:13; 2 Corintios 12:9). Es bueno ejercitarse, desde la juventud, en el aprovechamiento de la potestad del Señor, haciéndolo participar de todo lo que nos concierne; tal potestad permanece siempre a disposición de la fe, para sostener la fidelidad y la piedad en medio de este mundo donde todo se opone a Cristo y a los que quieren serle fieles.

La segunda enseñanza que Jesús dio a sus discípulos, y a nosotros, además del hecho que la fe sola puede aprovechar la potestad del Señor, consiste en que hace falta un estado del alma que permita contar con el Señor. Él dijo:

Pero este género no sale sino con oración y ayuno (v. 21).

“

No tenemos en nosotros mismos, cual una provisión que podemos utilizar, la potestad necesaria para nuestro andar y servicio. Este poder está en el Señor; exige, como hemos visto, la fe que solamente se realiza con un estado de alma caracterizado por la oración, la dependencia del Señor, y el ayuno, expresión de la renuncia a todo lo que satisface y excita la carne, desviando el corazón hacia las cosas del mundo. Si el corazón está lleno de éstas, ¿cómo puede confiar en el Señor? Ellas le quitan toda espiritualidad, toda capacidad para discernir la voluntad del Señor, y no permiten recurrir a sus promesas en las dificultades. Por eso está escrito: “La piedad para

todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera” (1 Timoteo 4:8). Solo separados del mal y del mundo, realizado para el Señor, podremos contar con él y experimentar su poder.

En los versículos 22 y 23, Jesús recordó a los discípulos que él sería entregado en manos de los hombres; que ellos lo matarían, pero que al tercer día resucitaría. Los discípulos se entristecieron mucho. El Señor no quería que las circunstancias de las que eran testigos desviasen sus pensamientos de sus bendiciones presentes y futuras. Pues, ¿para qué serviría la escena de la transfiguración que les aseguraba una parte en la gloria venidera? ¿Para qué servía la potestad de Cristo, de la que ellos podían disponer, si Jesús no pasara por la muerte y la resurrección, fundamento de todo lo que Dios quería cumplir a favor de los pecadores? Permaneceríamos en nuestra miseria, la gloria estaría cerrada para siempre.

El pensamiento de la muerte de Jesús entristecía a los discípulos; no podía ser de otra manera; pero la felicidad que debía emanar de ello es incomparable y eterna. Los discípulos la conocieron (Juan 16:20-22). Pedro la llama “gozo inefable y glorioso” (1 Pedro 1:8). Todo creyente puede disfrutar de ella, a la espera del momento hermoso en que el Señor mismo gozará del trabajo de su alma (Isaías 53:11), cuando todos sus rescatados, glorificados, estén a su alrededor.

Las dracmas

Llegaron Jesús y sus discípulos a Capernaum durante la recaudación de un impuesto a favor del templo, probablemente aquel prescrito por Moisés en Éxodo 30:11-16, o bien el establecido por Nehemías para el servicio de la casa de Dios (Nehemías 10:32-33). Los recaudadores de este impuesto preguntaron a Pedro: “¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas?”. Pedro respondió: “Sí”. Y tenía razón, porque el Señor hecho hombre, nacido bajo la ley, se sometió como tal a todo lo que fue establecido sobre el pueblo. Pero si Pedro hubiera pensado en la gloria de su persona como Hijo de Dios e Hijo del Hombre, de la que fue testigo en el monte santo, no habría estado tan dispuesto a responder. Cuando entró en la casa, Jesús, el omnisciente divino, sabiendo lo que Pedro acababa de responder a los cobradores, le dijo: “¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos? ¿De sus hijos, o de los extraños? Pedro le respondió: De los extraños. Jesús le dijo: Luego los hijos están exentos. Sin embargo, para no ofenderles, vé al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómallo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero” –moneda correspondiente a cuatro dracmas– “tómallo, y dáselo por mí y por ti” (v. 25-27).

¡Se podrían escribir muchos libros acerca de la gloria de Jesús, de su gracia y de las enseñanzas prácticas que contienen estas maravillosas palabras! Jesús hizo comprender a Simón que **él, el Hijo** del Rey del templo, no se hallaba sometido a los impuestos, y menos aún al del templo, pues él era Señor del mismo. Pero en su gracia quiso que esta gloria filial fuese la parte de un pobre pescador de Galilea, así como de cada creyente. El Señor, en su humildad, se asoció a Pedro diciéndole: “Sin embargo, para que no les **demos** motivo de escándalo, véte y echa un anzuelo en el mar...” (V. M.). Estas pocas palabras nos dejan entrever algo de la infinita grandeza de nuestro precioso Salvador y de su gracia maravillosa. Su divina gloria junto con su humillación son presentadas; por un lado, su gloria como Creador, quien tiene poder para disponer de todo en la creación; su omnisciencia, por la cual sabía que había un estatero en la boca de un pez; su potestad, que hacía llegar el pez al anzuelo echado por Pedro; y por otro lado, como hombre, la sumisión a las leyes a las que el pueblo estaba sometido. Por su ejemplo el Señor ilustraba lo que hizo escribir más tarde a sus siervos en Romanos 13:5-7 y en 1 Pedro 2:13-17, con el fin de no escandalizar a los hombres. Porque si el creyente debe vivir teniendo conciencia de la posición elevada en la que la gracia lo puso, no tiene ningún derecho a hacer valer en este mundo, mientras Cristo no hace valer los Suyos.

Sobran motivos para hacer desbordar nuestros corazones de adoración y gratitud para con Dios, contemplando, aunque débilmente, a Aquel que dejó la gloria para dar su vida por los culpables, a fin de colocarlos en la posición de hijos delante de Dios. Serán necesarios mentes y cuerpos perfectos y gloriosos para ver y comprender las glorias infinitas de la persona del Señor Jesucristo. Hace falta la eternidad para gozar de ellas y darle, en adoración y alabanzas, lo que le pertenece por el despliegue de su gracia y de su amor hacia nosotros quienes, por sus sufrimientos y su muerte, fuimos hechos aptos para la gloria eterna. Ya podemos cantar:

El alma queda extasiada

Ante tu gracia, Señor,

[Siempre sea celebrada

La grandeza de tu amor!

Tu regreso ya de anhelo

Llena nuestro corazón,

Para sondear en el cielo

De tu amor la perfección.

Capítulo 18

El mayor en el reino

Al principio de este capítulo hallamos a los discípulos preocupados por saber quién sería el mayor en el reino de los cielos. Estaban seguros de que formarían parte de él, tanto más cuanto que el Señor acababa de revelar a Pedro la alta posición en que lo ponía.

Los discípulos, como todos los judíos, solo tenían pensamientos de gloria y de grandeza terrenales con respecto al reino, pese a la humillación en la cual vino el Rey, el Mesías. Por eso el Señor les expuso los caracteres morales que deben poseer los que le pertenecen, antes de su establecimiento en gloria.

En respuesta a la pregunta de los discípulos: “¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?”, Jesús llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (v. 3). A los ojos de los discípulos, la calidad de judío, de descendiente de Abraham, parecía ser suficiente para un súbdito del reino; mas no era así a los ojos de Dios. Cualquier judío era pecador y, aunque el pueblo poseía promesas, no bastaba con ser descendiente de Abraham; era necesario nacer de nuevo, convertirse, lo que quiere decir experimentar un cambio completo producido por la recepción de una nueva naturaleza, gracias a la fe en el Señor Jesús muerto en la cruz. El carácter de los que se convierten y que, por consiguiente, forman parte del reino de los cielos, es el de un niño. Hay que hacerse “como niños”.

¡Cuán opuestos son los pensamientos de Dios a los de los hombres! Para entrar en la sociedad y ser alguien en el mundo, es menester haber terminado con el carácter infantil. Los menores anhelan el momento en que no se les tratará más como a niños y, ante todo, como «pequeños»; creen que los adultos disfrutan de numerosas ventajas de las cuales ellos se ven privados. Estos pensamientos están en relación con las cosas de la tierra, con la gloria del mundo, que es vanidad. En cuanto a las cosas de Dios, en vista del reino, de la eternidad de gloria, todo es diferente, porque Dios no puede tolerar la elevación y la grandeza del pecador en un mundo arruinado. “La soberbia y la arrogancia... aborrezco”, dice la sabiduría (Proverbios 8:13; Isaías 2:11-17). Así, para entrar en el reino de los cielos y gozar de las bendiciones presentes y eternas, es necesaria la conversión, porque Dios no puede recibir a un hombre en su estado natural. Hay que volverse como niños, es decir, renunciar a toda pretensión, creer lo que Dios dice, tener más confianza en sus palabras que en nuestro propio juicio. En vez de buscar la grandeza según el mundo, debemos

volvernos humildes. ¿No es lo que hizo el Señor? Él, que estaba desde la eternidad en la gloria, que creó todas las cosas, que era y es Dios, “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:7-8), todo esto para introducirnos en su reino, en el cielo mismo. Durante el tiempo en que el Señor es rechazado y los que creen en él son desconocidos por el mundo, el carácter de quienes pertenecen al Señor debe, pues, ser el de su Salvador y Señor. La gloria vendrá después. Luego de mostrar a los discípulos a qué condiciones y bajo qué carácter podían entrar en el reino, Jesús respondió exactamente a la pregunta: “¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?”, diciendo:

“ Cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos (v. 4).

Para entrar, es necesario convertirse y hacerse como niños. Una vez introducido, para ser grande allí, también hay que humillarse como un niño. En un mundo caracterizado por el orgullo del hombre y sus pretensiones, la obediencia y la humillación constituyen el camino de la gloria según Dios. Esto lo vemos en el Señor, en los versículos de Filipenses 2 citados anteriormente. Cristo se humilló a sí mismo hasta lo insondable, hasta la muerte: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Filipenses 2:9). Aquellos que quieren ocupar un lugar elevado en la gloria venidera, en la tierra deben seguir a Cristo, el modelo perfecto en humillación, humildad y mansedumbre, aceptando no ser nada y anhelando la posición que él tuvo en este mundo. El Señor se complace hallando estos caracteres en los suyos, como los ve en los niños. Tienen mucho precio para su corazón, así como todos los que los manifiestan; no importa que para los hombres no tengan valor. Si se recibe a uno solo de estos pequeños en el nombre del Señor, se le recibe a él mismo. ¡Qué gloria tener en la tierra la ocasión de recibir al Señor! Los resultados serán gloriosos y eternos el día en que todo lo que Dios aprecia se manifieste (véase Mateo 10:40-42 y 25:31-40).

Ocasiones de caída

Los niños que creen en el Señor tienen tanto valor para su corazón que él pronuncia un juicio muy severo contra cualquiera que los haga tropezar o caer: “Mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar” (v. 6).

No obstante, desde que Jesús pronunció estas palabras, y particularmente en nuestros días, se ha tratado de escandalizar a los pequeños que creen en el Señor y, en general, a todos los creyentes. Se intenta probar, por hábiles razonamientos humanos, que la Biblia no es la Palabra de Dios, o bien, que no lo es por completo; que Jesús no era el Hijo de Dios, o que no ha existido; que hay que creer solo lo que uno comprende, etc. Se procura usar la influencia que pueden tener sobre los creyentes, jóvenes y adultos, la ciencia y la inteligencia humana para desviarlos de la fe. “Escandalizar”, en el Nuevo Testamento, no tiene el sentido de chocar, disgustar, sino de **hacer tropezar**, es decir, **hacer caer**, desviando de Dios, insinuando a creer que lo que Dios dice es falso, y por otros medios más. ¡Guardémonos de prestar oído a tales razonamientos! No se trata de comprender primero, sino de creer lo que Dios dice. Eso basta. Creyéndolo, poseemos el perdón de nuestros pecados, la paz con Dios, el deleite de su amor y, para siempre, un sitio en la gloria, cuando sea aniquilada la grandeza de este mundo. En cuanto a los que no hayan creído a Dios, los que hayan causado la caída de un pequeño que puso su confianza en el Señor, los que hayan preferido sus conocimientos y sus creencias a la Palabra de Dios, los que hayan dado gloria al hombre antes que a Dios, en una palabra, los que la Palabra llama los “malignos”, estarán eternamente fuera de la vida, de la felicidad y de la gloria que Dios promete y da a los que creen. Los tormentos eternos serán su parte: “El humo de su tormento sube por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 14:11).

El Señor también pone en guardia contra las cosas que pueden ser una ocasión de caída, contra todo lo que hace pecar y priva de la vida eterna. La mano puede inducir a pecar haciendo cosas malas. El pie amenaza encaminar hacia lugares donde se desvía de la verdad y donde se hace el mal. El ojo es el órgano por el que las codicias de toda clase son introducidas y mantenidas en el corazón. Si estos miembros, uno u otro, inducen al pecado, si uno no sabe cómo dejar de emplearlos para hacer el mal, mejor es cortarlos, es decir, renunciar absolutamente a todo lo que nos procuran. “Échalos de ti”, dice el Señor, en sentido figurado, a una gran distancia, a fin de no tenerlos al alcance cuando los desee el corazón, y no ser expuesto al pecado que priva de la vida eterna, porque “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23), y después de la muerte viene el juicio. Urge efectuar esto en la infancia, no cultivando inclinaciones naturales que pueden degenerar en pasiones. El que llegue a ser esclavo de ellos corre el peligro de ser arrastrado al fuego eterno. Se corre el riesgo de hacerse esclavos de ellas y de ser arrastrado al fuego eterno por estos horribles tiranos.

Que el Señor incite a cada uno a que examine contra qué cosas tiene que luchar, y muy particularmente a la juventud, ya que es responsable de escuchar las enseñanzas divinas dadas por padres piadosos y por los que se la toman a pecho según Dios.

El valor de un niño

Los niños tienen tanto precio para el Señor que dice: “Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños”. Es necesario tener los pensamientos del Padre respecto a ellos, y no los de los hombres, que hacen más caso de un gran personaje que de un niño. Aquí no se trata solamente de los que creen, sino de todos los niños en general. ¿Cómo estimar el precio que un niño tiene para Dios? El versículo 11 lo dice: “Porque el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido”. Un objeto siempre tiene el mismo valor que el precio pagado para adquirirlo. El precio pagado por la salvación de un solo niño no es nada menos que el Hijo del Hombre, venido a la tierra para salvarlos. Este querido Salvador da, a propósito de un niño, cuya existencia quizá no ha durado sino algunos instantes, el mismo ejemplo de igual devoción como el que ilustra la parábola del buen Pastor (Lucas 15). El pastor abandona todo el rebaño para salvar **a uno** de estos pequeños; está gozoso por haberlo salvado.

“ Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños (v. 14).

En general, cuando uno se entera de la muerte de un niño, no se siente tan conmovido como cuando se trata de la muerte de un ilustre personaje, sobre todo si el niño pertenece a una familia pobre; no se le prepara un entierro pomposo. No obstante, aquel gran personaje puede ser un incrédulo, muerto en sus pecados, porque despreció la gracia. Por él no ha habido ningún gozo en el cielo (Lucas 15:10), mientras que el niño es un objeto eterno de felicidad para Aquel que vino a la tierra a fin de salvarlo. Nuestros pensamientos deben ser a este respecto, como en todo, los del Señor. No menospreciamos a un pequeño; sabemos que los que mueren en la tierna edad están con el Señor, quien se entregó por ellos, cumpliendo la voluntad de su Padre que no quiere que se pierda ni uno de estos pequeños. En el cielo están en su presencia. “Sus ángeles en los cielos”, dice el Señor, “ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos” (v. 10). A propósito de eso, alguien dijo: «Los niños que no supieron abrirse camino en este mundo, son objeto del favor especial del Padre, como aquellos que en las cortes reales tenían el privilegio particular de ver el rostro del rey».

Según las enseñanzas del Señor, la pequeñez y la humildad deben caracterizar a aquellos que pertenecen al reino, así como la gracia manifestada en la persona de Jesús.

¿Cómo arreglar los agravios entre hermanos?

Los caracteres de gracia y de humildad deben guiar nuestra conducta frente al hermano que nos haya ofendido. En vez de justificarnos y divulgar el mal que haya hecho, debemos buscar su bien, guardar la cosa entre nosotros y él y, con amor, tratar de ganarlo. Sobre todo tengamos empeño por mostrarle cuánto daño se hizo a sí mismo pecando, antes que hacerle comprender hasta qué punto nos perjudicó, lo que se puede exagerar fácilmente. Si este primer paso fraternal no da resultado, hay que volver a él –sin divulgar el asunto– con una o dos personas, a fin de que todo tenga lugar en presencia de testigos, y que los hechos no sean alterados. Si no quiere oír a los testigos, hay que decirlo a la iglesia, y si no quiere oír a la iglesia, es inútil seguir adelante. El hermano que ha pecado puede ser considerado como un gentil, con quien uno no tiene nada que ver. Pero si obramos según la enseñanza divina, raramente tendremos necesidad del segundo paso, y menos todavía del tercero.

Acordémonos del estado de espíritu que debemos tener frente a aquellos que han cometido una falta contra nosotros. Estemos convencidos del carácter de gracia de nuestro Padre; busquemos primeramente el bien del culpable; no deseemos hacerle sufrir un castigo y tampoco obremos con el fin de hacer valer nuestros derechos. Dios es quien justifica. De esta manera la gracia alcanzará su corazón, y el bien será para ambas partes. Es bueno ejercitar tal espíritu de perdón y gracia desde la juventud; porque, acostumbrados ya a perdonar, será más fácil hacerlo durante todo el curso de nuestra vida.

“ Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él
(Proverbios 22:6).

Allí estoy yo en medio de ellos

El Señor enseña que si el hermano culpable no quiere oír a la iglesia, no se puede dar otro paso. Uno puede preguntarse por qué no se puede recurrir a otros medios que serían más eficaces. Es que no existen otros, si las cosas se suceden en el orden enseñado por Dios.

Para los creyentes reunidos en el nombre del Señor hay una promesa especial: él dice

“ Donde están dos o tres congregados en mi nombre (o a mi nombre), allí estoy yo en medio de ellos (v. 20).

Hasta la muerte del Señor, el pueblo de Israel tenía por centro el templo de Jerusalén, donde Jehová había hecho su morada. Desde que rechazó a Jehová en la persona de Cristo, y que como pueblo él también fue rechazado, Jesús es el centro de reunión de todos los que lo han recibido. Así, la Asamblea cristiana agrupada alrededor de Jesús ha reemplazado a la Asamblea de Israel. Por eso el Señor, hablando del orden de cosas introducido por su rechazamiento, menciona a la iglesia cristiana como el lugar donde él mismo se halla, aun cuando esta iglesia esté formada solo por dos o tres personas. No hay, pues, nada más grande en la tierra, porque su presencia está allí y no en otra parte, y si uno no escucha a esta asamblea, donde se halla el Señor, no puede ir a otro lugar para estar en su presencia. Y como él, estando en el cielo se halla también en medio de los dos o tres reunidos a su nombre, les dice: “De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo” (v. 18). La autoridad del Señor se halla allí. Es la única autoridad eclesiástica que Dios reconoce en la tierra, y la única que el creyente debe reconocer. Para que la presencia del Señor caracterice a una asamblea de creyentes, es necesario, desde luego, que ella se someta a él en todo.

Y allí, en esa reunión de los dos o tres estando de acuerdo según el pensamiento de Jesús para orar, reciben la certeza de que “cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos” (v. 19).

¡Qué privilegio bendito es estar alrededor del Señor en esta tierra, esperando hacerlo también en la gloria! A los ojos de Dios, nada es más grande en la tierra. Para los hombres, no es gran cosa una reunión de unos pocos creyentes alrededor del Señor, sin organización humana, sin recurso aparente. Pero, para el Señor, nada tiene más valor. Él lo muestra cumpliendo la promesa de su presencia y proveyendo para todo.

Que ninguno de los que quizá tuvieron el privilegio de ser guiados a esta reunión desde su infancia, piense dejarla, porque deshonraría al Señor exponiéndose a las tristes consecuencias de tal desprecio. El escribiente inspirado dice: “Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma” (Hebreos 10:39). Y ya en los Salmos está escrito: “Porque allí envía Jehová bendición, y vida eterna” (Salmo 133:3).

¿Cómo perdonar?

Respondiendo a la pregunta de Pedro:

“ Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí?
¿Hasta siete? (v. 21),

el Señor señaló que era necesario perdonar siempre: “No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete” (v. 22). Siete es el número perfecto que, decuplicado y multiplicado por sí mismo, da el número de veces que hemos de perdonar, es decir, todas las veces que el caso se presente. Después, ilustrando su enseñanza con una parábola, Jesús nos muestra que hemos de actuar con nuestros semejantes como Dios lo hace con nosotros, porque todos somos objetos de gracia.

Aquí el rey es Dios, quien primeramente quería arreglar cuentas con sus siervos, según su justicia. Uno de ellos, imagen de todos nosotros, le debía diez mil talentos, suma fabulosa, sobre todo tratándose de un hombre que no poseía nada. Porque estos diez mil talentos representan, aproximadamente, el valor de quinientas toneladas de oro (o de plata). A esto podemos comparar la grandeza de la deuda de nuestros pecados, nosotros, pobres deudores insolventes. La justicia del rey exigía el pago de la suma, pero, lleno de compasión por su siervo, le perdonó la deuda. Después de actuar así, el rey esperaba que dicho siervo se comportara de la misma manera con sus propios deudores. Pero apenas obtuvo el favor, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios –suma irrisoria comparada con la que acababa de serle perdonada; el denario equivalía al sueldo diario de un obrero agrícola (Mateo 20:2, 9 y 13)–, y tomándolo lo ahogaba, diciéndole: “Págame lo que me debes”. Insensible a sus súplicas, lo echó en la cárcel hasta que pagara todo. Ilustración fiel de nuestra manera de actuar con aquellos que nos han hecho daño. Olvidando la enorme deuda de pecado que nos fue perdonada, no podemos perdonar las ofensas relativamente insignificantes que nos han hecho nuestros hermanos y, aun cuando decimos que hemos perdonado, con dificultad las olvidamos. Pero Dios dice: “Nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones” (Hebreos 10:17). En las relaciones con nuestros hermanos, siempre debemos recordar cómo actuó Dios con nosotros y sentir nuestra absoluta culpabilidad para con él.

En su reino Dios actúa también según su justa apreciación, conforme a la manera en que hayamos tratado a nuestros hermanos, porque todo lo que hacemos tiene sus consecuencias. Los otros siervos, indignados por lo que hizo ese hombre, refirieron el hecho al rey, quien entregó el

malvado esclavo a los verdugos, hasta que pagara todo lo que debía. El Señor añadió: “Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano” (v. 35).

Esta parábola puede aplicarse a Israel como pueblo. Él tenía una deuda enorme con Dios, llevada al colmo con la crucifixión de su Hijo. En virtud de la intercesión de Cristo en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34), Dios había perdonado, por decirlo así, la deuda a su pueblo. Sus juicios no lo alcanzaron inmediatamente después de la cruz, sino que el Evangelio, presentado a los judíos, los invitaba al arrepentimiento. Pero, al mismo tiempo que se aprovechaban de la misericordia de Dios, se oponían a que esta gracia, de la cual ellos mismos eran los objetos, fuese anunciada a los gentiles, representados por aquel que debía cien denarios. Pablo dice de ellos: “Impidiéndonos hablar a los gentiles para que estos se salven; así colman ellos siempre la medida de sus pecados, pues vino sobre ellos la ira hasta el extremo” (1 Tesalonicenses 2:16). Y esto sucedió según el justo juicio de Dios: el pueblo judío fue entregado a los verdugos, arrojado de su tierra por los romanos, diseminado entre los gentiles, hasta que haya recibido el doble por todos sus pecados (Isaías 40:2).

Capítulo 19

Una cuestión referente al matrimonio

Jesús continuó su obra de amor sanando a las multitudes que lo seguían de Galilea a Judea. En vez de convencerse viendo las obras que Jesús hacía, los fariseos vinieron a él con preguntas para tratar de ponerlo en oposición a las enseñanzas de Moisés, dadas para el régimen de la ley. Le preguntaron si un hombre tenía derecho a repudiar a su mujer (cosa autorizada por la ley de Moisés, a causa de la dureza de corazón de los judíos). El Señor les respondió que al principio no era así. Dios creó al hombre y a la mujer y los unió para siempre en la tierra. El hombre jamás debe derogar el orden divinamente establecido. Un marido no debe separarse de su mujer, y menos aún bajo el régimen de la gracia, en el que la dureza del corazón no debería hallar sitio en nuestras relaciones. Al contrario, tenemos que amarnos, soportarnos, perdonarnos unos a otros, sobre todo entre esposos, y en la misma familia.

Por la respuesta del Señor comprendemos que para conocer la verdad sobre una cuestión es necesario volver a los principios establecidos desde el comienzo, considerar lo que Dios hizo y cómo lo hizo. El hombre todo lo altera y modifica; quiere acomodar las cosas según sus gustos y conveniencias, desnaturalizando lo que Dios estableció. Olvida el deber de conformarse al pensamiento de Dios por todos conceptos, porque según esta medida será pronunciado al final el juicio. De ahí la importancia de buscar, en cualquier circunstancia, el pensamiento de Dios. Lo hallamos siempre en su Palabra.

Otra vez los pequeños

La mansedumbre y la gracia que el Salvador manifestaba respecto a los pequeños, invitaban a los padres a llevarle a sus hijos, a fin de que él los bendijera y orara por ellos. Esto era agradable al corazón del Señor. Amaba a estos pequeños seres que venían a él sin temor, con plena confianza, atraídos por la gracia que el hombre orgulloso, endurecido por el pecado, rechazaba y despreciaba.

Lo asombroso es oír el reproche de los discípulos, a pesar de todo lo que habían visto anteriormente (cap. 18). El corazón natural –ajeno a los pensamientos de gracia que deben caracterizar a los discípulos de Jesús en el reino de los cielos– cree que lo que el hombre estima, debe convenir a Dios. El Señor aprovechó esta circunstancia para recordar una vez más que el reino de los cielos pertenece a los niños. Al carecer de sencillez infantil, es inútil pretender entrar en el reino y poseerlo. Además, puesto que el reino de los cielos pertenece a aquellos que se asemejan

a los niños, no impidamos a los niños pequeños ir a Jesús. En su simplicidad infantil, dado que su naturaleza pecadora todavía no está desarrollada por el contacto con el mundo, ni por las enseñanzas de los hombres, ellos van naturalmente a Jesús. Por lo tanto, se debe tener cuidado de no hacer nada, sea en palabras o en acciones, que aparte a un niño de la sencilla fe en el Señor Jesús.

¡Qué prueba más triste tenemos aquí del estado del corazón del hombre! El desarrollo de su inteligencia contribuye a alejarlo de Dios, oponiéndolo a él, mientras que, en el estado de inocencia (Génesis 2:20), merced a esa inteligencia que lo distinguía del animal, podía relacionarse con Dios y ser feliz en su presencia. El pecado hizo despertar la conciencia, esa facultad de conocer lo bueno y lo malo. Entonces el hombre huyó de Dios, la fuente de todo bien. En este alejamiento, sin que desee siquiera acercarse a Dios, practica libremente el pecado, amado por el corazón natural, el cual mantiene el miedo con respecto a Dios. En el niño, más o menos inconsciente del pecado, pero sin por eso ser inocente, no existe ese temor y ese odio en relación a Aquel que ofendimos; él se halla en el estado más próximo en el cual Dios puso al hombre. Por eso no huye; y, si no va a Jesús, es porque se le impide de diversas maneras hacerlo. ¡Ojalá todos los que tienen una responsabilidad para con los niños piensen en ello seriamente!

El joven rico

El Señor continuó haciendo resaltar que los pensamientos de los hombres en cuanto al bien y a la grandeza, e incluso aquellos que proviniesen de la enseñanza de la ley aplicable al hombre natural, se oponían a los de Dios.

Un hombre bien intencionado se acercó a Jesús y le dijo: “Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?” (v. 16). Pensaba que en él había algo bueno que lo haría capaz de merecer la vida eterna por el bien que hiciera. Por eso el Señor respondió: “¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios” (v. 17).

La vida en la tierra estaba prometida al que cumpliera la ley. El Señor citó los mandamientos que el hombre era capaz de cumplir. El joven le respondió: “Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta?” (v. 20). No deseaba tener solamente las bendiciones que la ley ofrecía en la tierra, también quería la vida eterna. Porque, aunque no hubiera matado, ni cometido adulterio, ni robado, ni dado falso testimonio, nada de aquello podía darle bendiciones eternas. Existía solo un medio, y Jesús había venido a este mundo para abrir el camino. Era necesario **seguirlo** con un corazón desligado de las cosas terrenales. Por eso el Señor le respondió: “Si quieres

ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme. Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones” (v. 21-22). ¡Cuántas personas se asemejan a él! Saben que les falta algo para ser felices, les preocupa el porvenir; pero quieren seguir gozando de los bienes de este mundo, sin abandonar nada; sobre todo, no quieren seguir a Cristo. Él no tiene ningún atractivo para su corazón; los goces de este mundo los atraen mucho más, y entonces sacrifican su porvenir por el presente. Por lo tanto, su parte es miserable; disfrutan de los bienes pasajeros, pero con la tristeza de no poder mezclar el cielo con la tierra, y no tienen ninguna seguridad para el porvenir. Si persisten en este camino tendrán su parte en la desgracia eterna. Utilizando los bienes de esta vida para ayudar a otros, a causa del Señor, uno no los pierde. Al contrario, se transforman en bendiciones celestiales y eternas, como el Señor lo enseña también en otra parte. Porque siguiendo a Jesús, uno llega a donde terminó Su camino, es decir, a la gloria eterna, porque él es “el camino, la verdad y la vida”.

Al ver el efecto que sus palabras tuvieron en el joven, Jesús dijo a sus discípulos: “De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (v. 23-24). Aquí otra vez los discípulos no comprendieron el pensamiento de Jesús. Se asombraron y dijeron:

¿Quién, pues, podrá ser salvo? (v. 25).

“

Bajo la ley Dios bendecía a los que practicaban el bien, dándoles riquezas terrenales. Pero los discípulos no comprendían que los bienes terrenales no tenían nada que ver con la vida eterna, puesto que solo se puede gozar de ellos en la tierra. Creían que los ricos, aparentemente objetos del favor de Dios, entrarían más fácilmente en el reino de los cielos, considerando las cosas desde el punto de vista de los méritos del hombre y no de la gracia. Los bienes materiales, al contrario, apresan el corazón y lo arraigan a la tierra. Constituyen un gran obstáculo cuando se trata de abandonarlo todo por un tesoro que, si bien real, celestial y eterno, es, por el momento, invisible, y para seguir a un Cristo despreciado, que no tenía donde reclinar su cabeza en un mundo en que el hombre perdido posee “muchas posesiones”. Los pobres, al tener menos deleites en la tierra, menos que dejar, siendo menos considerados por los hombres, aceptan más fácilmente la gracia venida a ellos en la persona de Jesús. A los discípulos de Juan el Bautista, el Señor les había dicho: “A los pobres es anunciado el evangelio” (cap. 11:5).

A la pregunta de los discípulos: “¿Quién, pues, podrá ser salvo?”, Jesús respondió: “Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible” (v. 26). Aunque algunos hombres hallen menos obstáculos que otros para ir a Jesús, es igualmente imposible tanto a los unos como a los otros ser salvos por sí mismos. Pero, gracias a Dios, él todo lo puede, e hizo lo necesario a fin de que pobres culpables, perdidos y arruinados, incapaces de cualquier cosa, hallasen la perfecta salvación. Cualquiera que la acepte por la fe en el Señor Jesús la recibirá gratuitamente.

La recompensa

Cuando Pedro oyó la respuesta del Señor al joven rico, comprendió que la renunciación a las ventajas presentes para seguir al Señor tendría su recompensa. Pensó inmediatamente en los discípulos que dejaron todo para seguir al Señor, y dijo a Jesús: “He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?” (v. 27). Esta pregunta nos revela que los discípulos habían respondido al llamado del Señor y se hallaban unidos a él, sin pensar en una recompensa. El Señor, que sabía todo eso, les respondió: “De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel” (v. 28). La “regeneración” designa aquí el milenio porque, para el reinado de Cristo, todo será regenerado, renovado. El Señor no pudo hacer esta regeneración en su primera venida, porque fue rechazado. No obstante, en su tiempo reinará, y los discípulos, que lo siguieron en su rechazamiento, dejando todo para tomar parte en su humillación, tendrán una posición gloriosa conforme a su renuncia. Si ellos sufrieron con Cristo el desprecio, si participaron del mismo carácter de Aquel que no insistía en sus derechos, cuando él los haga valer, tomarán parte con él en el ejercicio de la justicia. Juzgarán particularmente a las tribus de Israel, en medio de las cuales no estuvieron como jueces, sino como corderos entre lobos.

No solo los doce discípulos recibirán una recompensa conforme a lo que hicieron en la tierra:

“ Cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna (v. 29).

No se trata de dejarlo todo en vista de una recompensa, sino mucho más por amor al Señor. Hace falta haber visto en él la gracia y el amor que atraen al corazón. ¿Cómo no lo seguiremos cuando le vemos dejar la gloria del cielo para venir a este mundo manchado, a fin de sufrir y morir en una cruz de ignominia, tomando él, el justo, el lugar de los injustos? ¿Necesitamos otros motivos para

seguir al Señor y para renunciar a todo lo que impida servirle fielmente, sea padre, madre, cónyuge o hijos? Él mismo (su nombre glorioso, expresión de tal gracia) es suficiente para atraernos. Pero, en su bondad infinita, después de habernos procurado tales motivos para seguirle y servirle, quiere recompensar lo que hayamos hecho por amor a su nombre. La recompensa sirve, pues, de estímulo, jamás de motivo para la acción. Como para los discípulos, la recompensa se relacionará con las circunstancias en las que hemos seguido al Señor. Ninguno de nosotros podrá sentarse sobre un trono para juzgar a las doce tribus de Israel, porque no nos hallamos en medio de Israel para seguir al Señor y rendirle testimonio. Cada época tiene su carácter propio, y solo el Señor es juez de lo que otorgue a cada uno. Incapaces de juzgar según Dios, no nos corresponde apreciar eso ahora. El Señor añadió: “Pero muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros” (v. 30). Muchos que parecen ser los primeros a los ojos del hombre, serán los últimos el día en que Dios revele lo que apreció en su conducta. Y varios de los que parecen los últimos, los que por su humildad no se manifestaron, ocuparán el sitio que el Señor da a los que él estima ser los primeros. “Y tuya, oh Señor, es la misericordia; porque tú pagas a cada uno conforme a su obra” (Salmo 62:12).

Capítulo 20

El obrero de la hora undécima

Con el fin de que no se perdiera de vista que en la dispensación actual todo es gracia, aun cuando se trata de las recompensas, y para que no se pensara que tal tarea cumplida tuviera determinada retribución, el Señor expuso la parábola del amo de casa que contrató obreros para trabajar en su viña. Con los que fueron contratados en la mañana, convino el precio: un denario al día. Salió también a la hora tercera, a la sexta, a la novena, hasta la hora undécima y, hallando obreros que estaban desocupados, los envió a su viña, diciéndoles: “Recibiréis lo que sea justo” (v. 7). Ellos fueron a la viña sin convenir el precio, remitiéndose a la justicia y a la bondad del amo. Llegada la noche, el señor de la viña comenzó pagando a los últimos en llegar al trabajo, a los de la hora undécima, y les dio un denario. Al ver eso, los primeros esperaban recibir más. Pero no fue así. Entonces murmuraron contra el señor de la viña diciendo: “Estos postreros han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día. Él, respondiendo, dijo a uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar a este postrero, como a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?” (v. 12-15). El error de los primeros radicaba en que habían tomado como base de estimación el salario de los últimos, y no la bondad del amo. Además, solo este sabía apreciar el valor del trabajo hecho; los de la hora undécima, quizá prestaron más grandes servicios que los que se fatigaron durante todo el día. Pero, por encima de todo, el Señor es libre de actuar según su gracia soberana y de hacer con sus bienes lo que le agrade.

Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros (v. 16).

“

De parte del Señor siempre todo es gracia.

Para no correr el riesgo de sufrir un desengaño, no debemos hacer cálculos con Dios. Seamos felices de que quiso llamarnos a trabajar en su viña, estemos satisfechos de ser los objetos de su gracia pura y maravillosa, nosotros que merecíamos el juicio eterno. Trabajemos en todo lo que el Señor ponga ante nosotros, teniendo su gracia por motivo. Dejémosle el aprecio por nuestro trabajo sin esperar una recompensa, sabiendo que la misma gracia tomará en cuenta lo que fue hecho para él, y eso según su justicia.

En camino hacia Jerusalén

Si Jesús podía hablar a pobres pecadores de gloria y de recompensa en la eternidad, era porque estaba en el camino que lo conducía a la cruz, donde iba a soportar todo el peso de sus pecados y a sufrir el juicio que ellos merecían. Subía por última vez desde Galilea a Jerusalén con sus discípulos, y sentía la necesidad de comunicarles lo que le sucedería. Era la tercera vez que Jesús hablaba de su muerte y de su resurrección (véase cap. 16:21; 17:22-23). Pero los discípulos, más preocupados por la gloria del reino que por el camino que conducía a ella, no comprendían por qué Jesús debía morir; mas, esta muerte ocupaba siempre los pensamientos del Maestro y de ella dependía todo el porvenir de los discípulos. ¡Qué sufrimiento para el Señor en este mundo, ser incomprendido por sus discípulos, desconocido y despreciado por su pueblo!

En esto se acercó la madre de Juan y de Santiago pidiéndole que ordenase que sus dos hijos se sentaran, uno a su derecha y otro a su izquierda en su reino. Les preocupaba más un buen sitio en el reino que los sufrimientos y la muerte del Señor; menos aun se imaginaban que, sin esta muerte, no tendrían ningún sitio en el reino. Jesús les dijo: “No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos. Él les dijo: A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre” (v. 22-23).

Poco antes, el Señor había dicho a los discípulos que ocuparían doce tronos, porque habían dejado todo y lo habían seguido. Solo recordaban esta promesa, sin comprender la humillación y la renunciación de Jesús, la posición de dependencia que él tomó en medio de ellos. Iba a la muerte con el fin de que ellos fueran librados de la condenación eterna que merecían y participaran de la gloria con él. En esta posición de dependencia, les dijo que no le correspondía a él dar los sitios en su reino; era asunto de su Padre. Antes de entrar en la gloria, debía beber el vaso de sufrimiento y muerte, y los discípulos debían participar de ese vaso con él, siguiendo un mismo camino de sufrimiento. Pero ellos tenían dificultad para aprender esta lección, y a nosotros nos cuesta igualmente, porque preferiríamos tener la gloria sin los sufrimientos, cosa imposible a causa del pecado. Pero, “si sufrimos, también reinaremos con él” (2 Timoteo 2:12). El apóstol Pablo, quien había visto a Cristo en la gloria y sabía que estaría allí con él y semejante a él, dijo que todo su anhelo era “conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos” (Filipenses 3:10-11).

Los otros discípulos se enojaron con Santiago y Juan, seguramente sin comprender mejor que ellos la posición que debían ocupar en la tierra en compañía del Maestro rechazado. Entonces Jesús les mostró la diferencia que existe entre la grandeza humana y la grandeza según Dios.

“ Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos (v. 25-28).

El camino hacia la grandeza es, pues, la humillación para servir. Como ninguno se humilló tanto como Cristo, ninguno será exaltado como él, a quien su Dios, exaltándole por encima de todo, "le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra" (Filipenses 2:9-10). Aquellos, pues, que ambicionan un sitio muy cerca de él en la gloria, deben seguirlo muy cerca aquí, participando en su renunciación, humillación, abnegación, servicio y sufrimiento.

¡Que Dios nos enseñe a estar en el camino de la verdadera grandeza, que no es la efímera y engañosa de este mundo, sino la grandeza divina y eterna! ¡Seamos imitadores de Aquel que se humilló hasta la muerte en la cruz para salvarnos, sigámoslo en humildad y obediencia, por muy poco tiempo quizás, antes de ser introducidos en la gloria eterna, con él y siendo semejantes a él!

La curación de dos ciegos

Continuando su ruta hacia Jerusalén, Jesús salió de Jericó seguido por una gran multitud. Dos ciegos estaban sentados junto al camino y, cuando oyeron que Jesús pasaba, clamaron: “¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!” (v. 30). La multitud trató de acallarlos, demostrando así el espíritu que la animaba. Lo que la atraía a Jesús no era su gracia, sino motivos carnales, una gloria vana. En cambio los ciegos, conscientes de sus necesidades y de la gracia y de la potestad que se hallaban en Jesús, clamaron con más fuerza:

¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros! (v. 31).

“

“Y deteniéndose Jesús, los llamó y les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Ellos le dijeron: Señor, que sean abiertos nuestros ojos. Entonces Jesús, compadecido, les tocó los ojos, y en seguida recibieron la vista; y le siguieron” (v. 32-34). Nótese que estos ciegos apelan al Hijo de David; representan a aquellos que, en Israel, tenían fe en el Mesías, aunque ya se acercaba el fin de su presentación al pueblo. Tenían los ojos abiertos, recibieron y siguieron al Señor en su humillación. Así estaban en el camino de la gloria en lugar de ser envueltos en los juicios que cayeron sobre el pueblo por haber rechazado al Hijo de David.

Pero este relato nos presenta también otras enseñanzas. Al lado de necesidades verdaderas que hacen clamar a Jesús, se ve la indiferencia de la multitud con respecto a estas necesidades, y su esfuerzo para impedir que se les dé respuesta. ¿No sucede lo mismo hoy en día, en medio de la multitud que hace profesión de seguir a Cristo, que se atribuye el nombre de cristiana? Se intenta sofocar la voz del que busca al Señor consciente de su miseria y de su estado de perdición. No obstante, el que siente el peso de sus pecados y la desgracia eterna que le espera, no se dejará vencer por los obstáculos que le pone el mundo, sino que clamará aún más a Aquel que puede salvarlo. Este clamor conmoverá el corazón del Salvador, quien siempre se compadece del pecador, y él le dará el perdón y la paz. Entonces el nuevo convertido seguirá a Jesús por dondequiera que pase su camino, porque conoce su amor. Por amor al Señor, lo seguirá hasta el fin de su carrera, para gozar después con él del reposo y de la gloria eternos.

Si usted todavía no posee la salvación eterna, ¡clame al Señor! No se inquiete más por lo que piense de su conversión el mundo que le rodea: este tan solo puede impedir que vaya a Jesús. Pero, aunque logre desviarle del Señor, no responderá por usted en el día del juicio. Como Satanás, su príncipe, el mundo le dejará sufrir solo su terrible suerte, sin poder apartarle de esta. Tenga conciencia de su perdición y de su culpabilidad. Si ya clamó una vez y el mundo logró retenerle, clame una vez más y usted encontrará al Señor, cuyo corazón siempre está sobrecogido de compasión. Él solo desea responder a su llamado de angustia, para ponerle en seguridad tras él, en el camino de la gloria eterna. Pero, ¡apresúrese!, el tiempo corre rápidamente. Como el Señor recorría por última vez el camino que conduce a Jerusalén e iba a quedar oculto para siempre a este pueblo desobediente, quizá sea la última vez que la gracia le es presentada. ¡Aprovéchela!

*¿Te sientes casi resuelto ya?
Pues vence el «casi» y a Cristo ven,
Que hoy es tiempo, pero mañana
Sobrado tarde pudiera ser.*

Capítulo 21

La entrada real en Jerusalén

Jesús se acercaba a Jerusalén; se hallaba con sus discípulos en Betfagé, cerca del monte de los Olivos, frente a una aldea cuyo nombre no se menciona. Envioó allá a dos de sus discípulos, diciéndoles: “Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella; desatadla y traédmelos. Y si alguien os dijere algo, decid: El Señor los necesita; y luego los enviará” (v. 2-3). Jesús se dirigía hacia Jerusalén, no para recibir allí el reino, sino para morir. Aunque rechazado, Jesús era el Rey, el Hijo de David; por lo tanto era presentado como tal a su pueblo, a fin de que no tuvieran excusa (Juan 15:22) por haberlo rechazado. En Zacarías 9:9 leemos: “Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y Salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna”. A pesar de la mansedumbre y humildad que lo caracterizaban, Jesús obraba con la autoridad que le pertenecía como Señor. A su orden, los discípulos trajeron el asna y el pollino, sin que nadie se opusiera. Colocaron sus mantos sobre ellos a modo de silla de montar, y Jesús se sentó encima. Una gran multitud extendía sus ropas en el camino. Otros cortaban ramas de árboles, según las costumbres orientales, para alfombrar con ellas la vía real que conducía al Hijo de David a la ciudad del gran rey. A fin de que un testimonio público fuese rendido a Jesús como rey, las multitudes que iban delante de él, como las que le seguían, hallándose momentáneamente bajo la acción de la potestad divina, proclamaban:

“ ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! (v. 9).

Aclamaban así al Mesías con el clamor que lanzará de nuevo el remanente judío en un tiempo venidero, cuando exprese el ardiente deseo de la liberación; porque en ese momento sufrirá bajo el poder diabólico del falso rey, el Anticristo, y dicho clamor estará acompañado por el sentimiento doloroso de haber rechazado al Mesías cuando le fue presentado. Así lo leemos en el Salmo 118:25-26. “Hosanna” quiere decir “Sálvanos, te lo ruego”. En el capítulo 23:38-39 de Mateo, Jesús dice a los judíos: “He aquí vuestra casa os es dejada desierta. Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor”. Los judíos no volvieron a ver más al Señor, excepto en la cruz, y no lo volverán a ver hasta el momento en que aparezca en gloria para liberar al remanente preparado a recibirlo después de haber pasado por la gran tribulación.

“Cuando entró él en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, diciendo: ¿Quién es este? Y la gente decía: Este es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea” (v. 10-11). En Jerusalén nadie esperaba tal manifestación, porque se acercaba el momento en que tomarían medidas para matar a Jesús. La conmoción causada por la llegada del Mesías recuerda aquella ocasionada más de treinta años antes, en la misma ciudad, por los magos de Oriente, cuando preguntaron dónde estaba el rey de los judíos que había nacido. Herodes se turbó al oír esto, y toda Jerusalén con él (cap. 2-3). ¡Cómo denota eso el estado miserable del pueblo, turbado por lo que debía ser un objeto de gozo! Cuando Jesús vuelva, ocurrirá igual con el mundo. Cristo “aparecerá... para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:28). Pero esto será motivo de turbación y de angustia para los que no quisieron saber nada de él, “un día ardiente como un horno” (Malaquías 4:1-2). Durante un momento podrán decir: “Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina... y no escaparán” (1 Tesalonicenses 5:3). Se puede observar que, cuando Jesús entró en Jerusalén, las multitudes, respondiendo a la pregunta “¿Quién es este?”, no dijeron: «Es el Hijo de David». Lo calificaron como “el profeta de Nazaret de Galilea”, lo que verdaderamente era, pero momentos antes no lo aclamaban como tal. Parece que en presencia de los judíos de Jerusalén, muy opuestos a Cristo, no se atrevían a dar testimonio de él como el Hijo de David. Era menos comprometedor llamarlo “Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea”. Para confesar verdaderamente a Jesús rechazado, se necesita fe. Es inútil hallarse bajo una impresión pasajera, por justa que sea. Más adelante veremos quiénes se atrevieron a dar testimonio de Jesús en presencia de sus enemigos.

¡Que Dios nos guarde de avergonzarnos de confesar al Señor Jesús! Siempre tengamos presente que Aquel que hoy en día es despreciado es el mismo ante el cual toda rodilla deberá doblarse.

Jesús en el templo

El Señor hizo uso de su autoridad para purificar el templo de todo lo que era extraño a su finalidad, porque estaba escrito: “Mi casa será llamada casa de oración” (Isaías 56:7). Lo será muy particularmente cuando el Señor la haya purificado en su segunda venida y establezca la bendición de la cual habla Isaías 56. En vez de una casa de oración, los judíos habían hecho de ella una cueva de ladrones; Dios ya había dirigido el mismo reproche en Jeremías 7:11: “¿Es cueva de ladrones delante de vuestros ojos esta casa sobre la cual es invocado mi nombre?”. Pero aquí, Jesús afirmó: “Vosotros la habéis hecho cueva de ladrones”. En efecto, era un verdadero lugar de comercio donde estaban los cambistas de dinero y donde se vendía ganado y palomas a los que venían de lejos para ofrecer sacrificio a Jehová. Podemos comprender cómo, con las disposiciones comerciales de los hijos de Jacob, y la falta de conciencia que acompaña muchas veces el amor al

dinero, se había hecho de este lugar sagrado una cueva de ladrones. ¡Ay!, ¿no es precisamente lo que el Señor dice, en otros términos, de la hoy en día llamada “casa de Dios” en la tierra, la que también será el objeto de sus terribles juicios? (Apocalipsis 18:11-19). En lugar de conducirse de una manera digna de la casa de Dios, el hombre introdujo en ella al mundo con todos sus caracteres de maldad.

Si el Señor obraba contra el mal en la casa de su Padre, con la autoridad que le pertenecía como rey, su corazón seguía siendo el mismo para socorrer a los que, sintiendo su estado, tenían necesidad de él. Ciegos y cojos venían a Jesús en el templo, y él los sanaba. La fe supo aprovechar esta potestad en gracia, mientras que los que lo rechazaron tenían que soportarla en juicio. Esto tendrá lugar también cuando Cristo venga como rey: el remanente creyente será recibido en gracia, en tanto que los incrédulos serán el objeto del juicio.

Los niños clamaban en el templo lo que oyeron en el exterior, porque ellos no dudaban de que Jesús fuese el Hijo de David. “Pero los principales sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que hacía, y a los muchachos aclamando en el templo y diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! se indignaron, y le dijeron: ¿Oyes lo que estos dicen? Y Jesús les dijo: Sí; ¿nunca leísteis: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza?” (v. 15-16). El endurecimiento como el odio de estos hombres habían llegado a tal extremo que las maravillas hechas por Jesús y el testimonio de los niños los indignaban. Por lo tanto, Jesús “dejándolos, salió fuera de la ciudad, a Betania, y posó allí”. No se podía hacer nada más por ellos. Eran abandonados a su terrible suerte.

En los ciegos, los cojos y los niños hallamos los caracteres de aquellos que quieren aprovechar la gracia y la potestad de Jesús. Los ciegos y los cojos representan dos rasgos del estado natural del hombre, quien se halla sin capacidad para ver y para andar según Dios. Pero los que se reconocen como tales, vienen a Jesús y son sanados. Como ya lo hemos visto, los niños representan a aquellos que tienen la fe simple, necesaria para recibir lo que Dios dice en su Palabra, a fin de que cualquiera que cree, tenga vida eterna. Observemos cómo la verdad hace valer su autoridad en el corazón de los sencillos, de los niños. Estos oyeron aclamar a Jesús como Hijo de David, y no pidieron explicaciones. Lo que oían era lo que la Palabra de Dios decía. Eso era suficiente a su fe simple, que es la verdadera fe. Es importante recordar que la fe cree a Dios sin explicaciones cuando oye su Palabra.

La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios



(Romanos 10:17).

La higuera estéril

Jesús pasó la noche en Betania; al otro día por la mañana, cuando volvía a Jerusalén, tuvo hambre, “y viendo una higuera cerca del camino, vino a ella, y no halló nada en ella, sino hojas solamente; y le dijo: Nunca jamás nazca de ti fruto. Y luego se secó la higuera” (v. 19). Esta higuera representa tanto al pueblo de Israel, como al hombre en su estado natural. Dios esperaba fruto de ella, y había hecho lo necesario para que lo produjera (véase Lucas 13:6-9). Pero no halló ningún fruto, a pesar de la bella apariencia del follaje, símbolo de lo que se profesa. El Señor condenó semejante estado. Dios no esperaría más fruto de ese árbol. El hombre en Adán estaba juzgado, la higuera se secó. Dios mismo obraría para obtener fruto.

Los discípulos se maravillaron al ver que la higuera se secó en un instante. Ellos podían pensar que era un acto de poder del que solamente el Señor era capaz. Pero Jesús les dijo: “De cierto os digo, que si tuviereis fe, y no dudareis, no solo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte dijereis: Quítate y échate en el mar, será hecho. Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis” (v. 21-22). Un monte representa un gran poder, y por consiguiente, una gran dificultad a vencer. Pero la fe dispone de la potestad de Dios, y así, puede hacer todo lo que es según Su voluntad. La conexión entre esta exhortación y la sentencia de Jesús a la higuera se halla en el hecho de que, tras la partida de Jesús, los discípulos tendrían que vérselas con un Israel juzgado y condenado; entonces encontrarían grandes dificultades, mucha oposición por parte del pueblo, pero la fe triunfaría sobre ello. Durante la destrucción de Jerusalén, Israel, como pueblo incrédulo, fue realmente similar a un monte echado en el mar de las naciones. Pero la exhortación del Señor se aplica a todas las dificultades que encontramos, y en las cuales, por la fe, podemos hacer uso de la potestad divina.

Todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis (v. 22).



Huelga decir que Dios solo responde a las oraciones que se hacen conforme a su voluntad.

Jesús y los jefes del pueblo

De nuevo los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo preguntaron a Jesús con qué derecho echaba fuera del templo a los vendedores y a los compradores, volcando las mesas de los cambistas. No podían soportar la autoridad de Jesús, porque tenían la pretensión de poseerla solo ellos y de ser los conductores del pueblo. El Señor, en su sabiduría perfecta, respondió haciéndoles una pregunta a la que no pudieron replicar sin comprometerse: “Yo también os haré una pregunta, y si me la contestáis, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo, o de los hombres? Ellos entonces discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? Y si decimos, de los hombres, tememos al pueblo; porque todos tienen a Juan por profeta. Y respondiendo a Jesús, dijeron: No sabemos. Y él también les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas” (v. 24-27).

Dios había enviado a Juan como precursor del Mesías que acababa de entrar triunfalmente en Jerusalén. Si ellos confesaban que su ministerio venía de Dios, lo que sabían muy bien, no solamente debían aceptarlo a él, sino también al Cristo que Juan les había anunciado; además tenían la responsabilidad de enseñar al pueblo a recibir a su Mesías.

Estos hombres presuntuosos prefirieron pasar por ignorantes antes de confesar una verdad que los condenaba ante Dios, o bien, una mentira que los habría expuesto a la cólera de la multitud. En consecuencia, el Señor les respondió: “Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas”. ¿Para qué habría servido eso? Habían decidido no creer en él.

En lugar de responder a su pregunta, el Señor les hizo considerar su estado miserable por medio de una parábola: “Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su Padre? Dijeron ellos: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publicanos y las rameran van delante de vosotros al reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las rameran le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle” (v. 28-32).

El sentido de esta parábola se capta fácilmente por la explicación que Jesús da de ella. El primer hijo representa, en Israel, la clase de aquellos que pecaron grandemente, los publicanos y la gente de mala vida que no se inquietaban por la ley. Pero a la voz de Juan el Bautista, que los llamaba al arrepentimiento, tuvieron remordimientos. Ellos no cumplieron con la ley de Moisés, es cier-

to; no obstante, **creyeron** a Juan. Se convirtieron en aquellos hijos de la sabiduría de los cuales Jesús habló en el versículo 19 del capítulo 11. Los judíos religiosos, los jefes del pueblo, que llevaban exteriormente una conducta honorable, podían dar gracias como el fariseo (Lucas 18) por no ser semejantes al resto de los hombres, ni al publicano, quien se golpeaba el pecho, al darse cuenta de que la verdadera manera de obedecer a Dios es creer. Sin embargo, no quisieron imitar a los pecadores arrepentidos, de modo que, aunque pretendían trabajar en la viña de Dios, no hicieron nada. Por lo tanto, fueron puestos de lado y se hallaban en vísperas del juicio.

La gracia brilla dondequiera que se manifieste. Cuando el hombre hizo todo lo que era necesario para perecer eternamente lejos de Dios, Dios no vino presentándole algo que **hacer**. Los judíos, cualesquiera que fuesen, debían **creer** lo que Juan el Bautista les decía de parte de Dios. Aquellos que creyeron a Juan, creyeron al Señor. Hoy en día, de la misma manera, si creemos la Palabra que trae a la conciencia la luz de Dios en cuanto al pecado, también creemos en el Señor Jesús, quien vino para responder, en la cruz, por todos los pecados que abruma la conciencia, y entonces somos salvos. La gracia otorga la salvación y no pide nada; solo hay que aceptarla.

La parábola de los viñadores

En esta parábola, Jesús hace una exposición de la historia de Israel, responsable de llevar fruto para Dios. Israel se hallaba en una posición privilegiada para ello. Dios es comparado con un padre de familia que plantó una viña, la cercó de vallado, cavó un lagar y edificó una torre. Ya en el Antiguo Testamento, Israel se compara a una viña (Salmo 80:8-17; Isaías 5:1-7). La viña plantada y cultivada cada año debe producir fruto; es la muestra fiel de la naturaleza humana de la cual Dios, en Israel, se ocupó en vano. El dueño había hecho todo lo necesario para proteger esta viña, para que los cultivadores pudiesen entregarle los frutos que le debían. “Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores, para que recibiesen sus frutos. Mas los labradores, tomando a los siervos, a uno golpearon, a otro mataron, y a otro apedrearon. Envío de nuevo otros siervos, más que los primeros; e hicieron con ellos de la misma manera” (v. 34-36). Estos siervos son los profetas que Dios enviaba a los judíos cuando se apartaban de Él para servir a los ídolos, con el fin de hacerlos volver a la ley que abandonaban tan fácilmente. Pero, en vez de escucharlos, los maltrataron y los mataron. Mucho tiempo después, Dios envió a su Hijo, diciendo:

“ Tendrán respeto a mi hijo. Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad. Y tomándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron (v. 38-39).

El corazón del pueblo, y muy particularmente el de los jefes, debería haberse conmovido por la venida del Hijo de Dios. Pero esta venida demostró su estado irremediabilmente malo, y, por ende, el estado del hombre en la carne. No solamente rehusaban dar a Dios lo que se le debía, sino que deseaban, además, adueñarse de la heredad. El hombre no quiere tener nada que ver con Dios. Habiéndolo echado de este mundo, cree ser su dueño. Es lo que ocurre hoy día en la cristiandad: no se acepta más a Cristo ahora que cuando se presentó a Israel.

Jesús les dijo: “Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores? Le dijeron: A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo” (v. 40-41). Ellos pronunciaron su propia sentencia. Y lo que dijeron les ocurrió: estos desgraciados judíos perecieron miserablemente durante la destrucción de Jerusalén por los romanos. La viña fue arrendada a otros, es decir, Dios actuó de una manera muy diferente con los hombres para obtener fruto. Como vimos en la parábola del sembrador (cap. 13), en lugar de reclamar fruto del hombre natural, Dios obra en el corazón, por su Palabra, para producir una vida nueva que lo haga capaz de servir al Señor.

La cabeza del ángulo

Por sus propias Escrituras, el Señor señaló a los judíos lo que les ocurriría si lo rechazaban:

“ La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo. El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos (v. 42; véase también Salmo 118:22-23).

Y añadió: “Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él. Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará” (v. 43-44).

Los edificadores eran particularmente los jefes, los que tenían una responsabilidad en medio del pueblo. Si la bendición no los alcanzó a causa de su desobediencia, sin embargo, Dios tenía a Aquel que es la piedra angular, sobre la cual todo reposaba para el cumplimiento de las promesas. Los jefes, que asumieron la responsabilidad de edificadores, debían haber actuado conforme al pensamiento de Dios respecto a esta piedra, elegida, preciosa, escogida por Dios (Isaías 28:16;

1 Pedro 2:6). Pero como hombres inexpertos, incapaces de reconocer el valor de una piedra calificada para ocupar el ángulo de una construcción, la rechazaron. Comprobamos una vez más cómo los pensamientos del hombre se oponen a los de Dios. Nada lo ha demostrado tanto como la venida de su Hijo a la tierra.

Como esta piedra no fue utilizada por los edificadores, cayeron sobre ella y fueron quebrantados, es decir, la caída y la destrucción del pueblo fue causada por el rechazamiento de Cristo. Concluido el tiempo de la gracia, que comenzó después de la muerte de Jesús, el Señor será presentado nuevamente a la nación judía. Aquellos que no lo reciban, sufrirán juicios más terribles aún que los que sufrieron de parte de los romanos, como lo anuncia el capítulo 24. Los judíos no caerán sobre la piedra, sino que esta, Cristo viniendo del cielo, caerá sobre ellos y los desmenuzará con los juicios que se ejecutarán entonces. El Señor alude, sin duda, a la piedra de la cual habla Daniel (cap. 2:34). Cortada del monte, la piedra destruye a los imperios de las naciones y a los judíos que se hayan asociado con ellos.

Oyendo estas palabras los principales sacerdotes y los fariseos, conocieron que Jesús se refería a ellos. En vez de recibir a Jesús, evitando así la desgracia que se habían echado encima, se esforzaron en apoderarse de él. Sin embargo, desistieron porque temían a las multitudes que lo consideraban como un profeta.

Capítulo 22

La boda del hijo del rey

En esta parábola Jesús no nos presenta una imagen de la condición de Israel en el pasado, como lo hizo en la de los labradores de la viña. Es una parábola del reino de los cielos, tal como se establecerá después del rechazamiento del Rey. Comienza por la presentación de Cristo a los judíos, muestra las consecuencias de su rechazo, y continúa con el llamamiento de los gentiles, para que estos disfruten de lo que Israel había rehusado. “El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo”.

¡Qué contraste entre los pensamientos de Dios y los de los hombres! El rey, Dios mismo, quiere hacer una fiesta de bodas a su Hijo, y los hombres quieren matarlo. Pero en el pensamiento del rey se halla la gracia maravillosa que quiere asociar al pecador a las bodas de las cuales solo el Hijo era digno. La felicidad eterna de los invitados emana de los pensamientos de Dios en cuanto a su Hijo, porque si Dios hubiera actuado con nosotros como merecíamos, deberíamos conocer las tinieblas de afuera, lejos de la escena de felicidad que tiene al Hijo como centro. El rey envió a sus siervos para convidar a los invitados a las bodas, pero ellos no quisieron venir. Para los judíos esta primera invitación tuvo lugar mientras Jesús estuvo en la tierra; llamados a gozar de las bendiciones que les traía el Hijo de Dios, ellos las rehusaron. Después de la muerte de Jesús, Dios envió a los convidados –judíos también– aún otros siervos, los apóstoles, diciendo: “He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas” (v. 4). En efecto, por el sacrificio de Cristo en la cruz, todo estaba dispuesto, a fin de que estos culpables pudiesen disfrutar de la gracia que les era ofrecida. En lugar de esto, no se arrepintieron por haber matado a su Mesías; se creyeron dueños de la heredad y, no considerando para nada esta segunda invitación, “se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios; y otros, tomando a los siervos, los afrentaron y los mataron” (v. 5-6). El libro de los Hechos nos relata estos acontecimientos. Desde entonces, Israel estaba perdido, había rechazado a Cristo cuando se encontraba en la tierra y, aun después de su muerte, seguía rechazándole. “Al oírlo el rey, se enojó; y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad” (v. 7). Esto ocurrió cuando el ejército romano destruyó a Jerusalén. Entonces el mensaje de gracia fue dirigido a las naciones. El rey dijo a sus siervos: “Las bodas a la verdad están preparadas; mas los que fueron convidados no eran dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis. Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y las bodas fueron llenas de convidados” (v. 8-10). Los apóstoles y

los discípulos de Jesús salieron de los límites de Israel y anunciaron el Evangelio a las naciones. Este trabajo de la gracia se ha hecho hasta ahora. Todos han sido invitados a tomar un lugar a la mesa de la gracia para disfrutar allí de las bendiciones celestiales y eternas que Cristo ofrece. Pero la Palabra en su enseñanza va más allá del tiempo actual, para mostrar lo que ocurrirá, al fin de esta dispensación, a aquellos que tomen un lugar a la mesa del Rey sin haberse sometido a él. Llegará el momento en que el Rey se enterará de los resultados del mensaje que envió a cada uno. “Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el cruji de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos” (v. 11-14).

En la actualidad los invitados van tomando un lugar a la mesa; pero para poder quedarse allí, en la presencia de Dios, y gozar del festín eterno al cual Dios convida a todos los hombres, es necesario estar provisto del vestido que conviene a su santidad, a la gloria de su naturaleza. ¿Cómo comprenderemos nosotros, miserables pecadores amancillados, lo que es digno de él? Si lo hemos comprendido, ¿cómo vamos a procurarnos un vestido digno de Dios, apropiado para manifestar su propia gloria, la gloria de su Hijo, para quien son hechas las bodas? En otro tiempo en Oriente, quien realizaba una boda facilitaba a sus invitados la ropa que quería que estos lucieran. El vestido se relacionaba, desde luego, con sus gustos, su riqueza; solo él podía proveerlo tal como le convenía, porque todo en la fiesta debía servir para manifestar la gloria y la grandeza de aquel que invitaba; todo debía ser digno de él. Si, como el rey de la parábola, un hombre muy rico quería invitar a mendigos y pobres, debía necesariamente proporcionarlo todo él mismo, no solamente el festín, sino también la ropa. Este ejemplo ilustra perfectamente el pensamiento de Dios y su manera de obrar para con pobres pecadores, indignos y sin recursos. Si el Evangelio nos llama a participar en las bodas del Hijo del rey, debemos dejarnos vestir de Cristo, quien es el vestido de bodas, la justicia divina que Dios adquirió para el pecador por medio del sacrificio de Cristo en la cruz. Por medio del juicio, este sacrificio quitó de encima del culpable y de delante de Dios todos sus pecados; los reemplazó por lo que Cristo es, ahora resucitado y glorificado, en la presencia de Dios. El que cree esto está vestido de Cristo y podrá gozar eternamente del festín que Dios preparó para el pecador arrepentido.

Entre todos aquellos que aceptaron el cristianismo como profesión religiosa, y que se sentaron a la mesa del rey en la tierra, únicamente los que se dejaron vestir de Cristo, recibéndolo como Salvador, podrán soportar la mirada del Rey –quien es muy limpio de ojos para ver el mal (Ha-

bacuc 1:13)– y pasar la eternidad en la gloria de su presencia. ¿Qué hará el que no se inquieta por lo que es debido en la presencia de Dios, que está satisfecho de sí mismo, siempre dispuesto a estimarse mejor que los demás? ¿Qué hará cuando la mirada del Dios tres veces santo se dirija a él y manifieste toda la mancha de lo que era puro a sus propios ojos? Tendrá la boca cerrada; será incapaz de defenderse, y atado de pies y manos será echado en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.

Es necesario estar vestido de Cristo, poseerlo como propia justicia, para ser, como Pablo dice:

“ Hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe (Filipenses 3:9).

¿Está usted en Cristo? “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1).

¿A quién pagar tributo?

Las diversas clases de judíos se presentaron ante Jesús con preguntas con la intención de confundirle. Pero fueron juzgados por él y tuvieron que retirarse de su presencia.

Los fariseos le enviaron algunos discípulos de ellos, junto con los herodianos, dos clases de personas absolutamente opuestas la una a la otra. Los fariseos conservaban todo lo que pertenecía al pueblo judío: religión, tradiciones, costumbres, mientras que los herodianos defendían la autoridad romana, yugo insoportable, sobre todo a los fariseos. Estos vinieron a Jesús con lisonjas diciendo: “Maestro, sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres. Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito dar tributo a César, o no?” (v. 16-17).

Una respuesta afirmativa del Señor lo pondría, según ellos pensaban, en contradicción con sí mismo, puesto que era el rey de los judíos. Una respuesta negativa los autorizaría para acusarlo de ignorar la autoridad romana. “Pero Jesús, conociendo la malicia de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. Entonces les dijo: ¿De quién es esta imagen, y la inscripción? Le dijeron: De César. Y les dijo: Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. Oyendo esto, se maravillaron, y dejándole, se fueron” (v. 18-22).

El Señor reconocía la autoridad de César sobre los judíos, porque era Dios quien los había puesto bajo el poder de los gentiles, precisamente porque no dieron a Dios lo que le pertenecía. Debían, pues, someterse a la dominación romana, y al mismo tiempo, reconocer los derechos de Dios sobre ellos; pero no hacían ni lo uno ni lo otro. Se retiraron confusos ante la sabiduría de Aquel que, como ellos lo decían por lisonjas, no buscaba el favor de nadie. Eso lo habían experimentado.

Una pregunta en cuanto a la resurrección

Después vinieron los saduceos, que representaban el partido racionalista de los judíos (véase Hechos 23:8), creyendo sorprender a Jesús con una pregunta acerca de la resurrección que ellos negaban. Supusieron el caso de una mujer que se hubiera casado sucesivamente con siete hermanos. Porque, según la ley de Moisés, si moría un hombre sin hijos, el hermano debía casarse con la viuda. Preguntaron a Jesús a cuál de los siete hombres aquella mujer pertenecería en la resurrección. Jesús les respondió: “Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios. Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo. Pero, respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos” (v. 29-32; Éxodo 3:6). Al rehusar creer en la Palabra, los saduceos estaban en el error y no conocían el poder de Dios. La incredulidad, que es siempre corta, limita la esfera del poder de Dios a la del hombre. Solamente la fe puede comprender los pensamientos de Dios, tal como su Palabra los expone. Después de la resurrección, las relaciones naturales no existirán más. Dios las constituyó para la tierra; ellas terminan con la muerte. Ya ahora, cuando se trata de la nueva creación, “todas (las cosas) son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17), desde el punto de vista espiritual, y no hay varón ni mujer (véase Gálatas 3:28). Los resucitados no serán ángeles, sino como ellos, en cuanto a la naturaleza del ser. Tendrán cuerpos, mientras que los ángeles no tienen, puesto que son “espíritus” (Hebreos 1:14), y no se casan. Esto lo explicó el Señor en relación al estado de aquellos que resucitarán.

Luego, el Señor suministró a sus interlocutores la prueba de la resurrección. Se basó en el hecho de que Dios, cuando hablaba a Moisés desde la zarza que ardía en fuego (Éxodo 3:6), se llamó el “Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob”. En aquel momento habían transcurrido unos doscientos años desde la muerte del último de estos patriarcas, y no obstante, Dios se llamó su Dios. Así pues, como Dios no es el Dios de los muertos, al llamarse Dios de estos hombres mucho tiempo después de su fallecimiento, daba la prueba de que ellos vivían. Dios no dijo que **había sido**, sino que **era** el Dios de Abraham. Además, estos patriarcas no recibieron las cosas

prometidas mientras vivían en la tierra (Hebreos 11:13-16). Era necesario, pues, que ellos resucitasen para que pudiesen gozar de ellas; porque, si la muerte separó el alma del cuerpo, esto no sería para siempre. Todos los hombres volverán a encontrarse como Dios los creó, cuerpo y alma reunidos; aquellos que creyeron, para disfrutar de la felicidad eterna, y los que no creyeron, para llevar eternamente la pena de sus pecados.

Cuando las multitudes oyeron la respuesta de Jesús, se asombraron de su doctrina. Si ellas hubieran creído en él, no se habrían extrañado, porque, ¿de qué no es capaz el Hijo de Dios?

En nuestros días son numerosos los saduceos de la cristiandad que inducen a error mediante su supuesta sabiduría. Solo hay un medio para no dejarse desviar por sus razonamientos: creer las Escrituras, creer a Dios antes que a su pobre criatura caída, perdida en las tinieblas que prefirió a la luz divina (Juan 3:19). Llegará un día, el día del Señor, en que todos los hábiles razonadores de este siglo cerrarán la boca. Verán sus errores, pero será demasiado tarde para arrepentirse.

¡Quiera Dios que todos, y particularmente la juventud, cierren sus oídos a la voz engañadora del razonamiento humano, materialista, y escuchen al Señor mientras haya tiempo para hacerlo!

Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma
“ (Isaías 55:3).

“Cesa, hijo mío, de oír las enseñanzas que te hacen divagar de las razones de sabiduría” (Proverbios 19:27).

El mayor mandamiento

Los fariseos, secta opuesta a los saduceos, una vez más intentaron probar a Jesús con una pregunta referente a la ley: “Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?”. Jesús les dijo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (v. 37-39). Al parecer, los fariseos trataban de determinar la importancia relativa de los distintos mandamientos, a fin de atribuir más mérito a quienes cumplían los más grandes. Jesús les señaló que lo que da a los mandamientos su valor es el motivo que hace obrar: el amor para con Dios y para con el prójimo. Si este amor existe, la ley se cumplirá. “De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas” (v. 40). Los profetas siempre trataron, por amor a Dios y a su prójimo, de hacer volver al pueblo a la observancia de la ley.

Por ser hecho partícipe de la naturaleza divina, el cristiano es capaz de amar a Dios y a su prójimo, de cumplir así el pensamiento de Dios en la ley, y hasta de propasarse respecto a ella. Imitando a Cristo, quien puso su vida por sus enemigos, nosotros debemos poner nuestras vidas por nuestros hermanos (1 Juan 3:16). “El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:10).

Cristo, ¿de quién es hijo?

Después de haber visto pasar ante él a todos estos interrogadores, el Señor hace una pregunta a los fariseos respecto a sí mismo. Empieza por decir: “¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David” (v. 42). Ya que así era, les hizo otra pregunta, desconcertadora para ellos: “¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues, si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?” (v. 43-45). Si el Hijo de David no hubiera debido ser rechazado por su pueblo, el Espíritu de Dios no habría puesto estas palabras en la boca del rey-profeta en el Salmo 110. Por su rechazamiento, el Señor iba a tomar una posición nueva, recibiría el dominio sobre todas las cosas y esperaría, en la gloria, que Dios pusiera a sus enemigos bajo sus pies. La pregunta del Señor a los fariseos también demostraba la culpabilidad de aquellos que eran considerados como sus enemigos, y los juzgaba.

“ Nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más (v. 46).

Los fariseos no quisieron saber nada de esta sabiduría que los confundía. Preferían permanecer en su ignorancia y en su odio contra Jesús, lo que los instigó a desembarazarse de él, privándose ellos mismos de toda esperanza de salvación. ¡Cuántas personas, hoy en día, se hallan en la misma situación!

La inteligencia natural es capaz de comprobar, en cierta medida, la sabiduría y la verdad de las Escrituras y de la persona de Jesús. Pero se aborrece la verdad, porque ella pone al corazón y a la conciencia en presencia de la luz que manifiesta su verdadera condición. Se prefiere no profundizar estas realidades, en lugar de permanecer en presencia de la verdad que conduce al Salvador. Como Félix, en Hechos 24:25, muchos dicen: “Ahora vete; pero cuando tenga oportunidad te llamaré”. La carne rehúsa presentarse delante del Señor; si esperamos hasta que ella consienta hacerlo, hallaremos cerrada la puerta. El momento oportuno es “hoy”. Dejarlo pasar es endurecer su corazón y exponerse a la perdición eterna.

Capítulo 23

Una apariencia de piedad

Tras demostrar el estado ruin de los jefes del pueblo, Jesús sintió la necesidad de advertir a las multitudes, y a los discípulos, para que distinguieran entre la manera de actuar de estos jefes religiosos y la Escritura que ellos enseñaban. Su respeto exterior por la Palabra divina incitaba a que se considerara su conducta; esto debería hacerse siempre. Pero entre su manera de actuar y la ley que ellos ponían ante el pueblo había una absoluta contradicción. Esta ley, sin embargo, seguía siendo la misma en su perfección divina, y aunque los que la enseñaban no se sometían a ella, los que la escuchaban debían obedecer, sin imitar la forma de actuar de ellos. Qué contraste entre la conducta de estos hombres y la del apóstol Pablo, quien podía decir:

“ Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced (Filipenses 4:9).

Jesús dijo: “En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen. Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar (quiere decir que se muestran muy exigentes en cuanto al cumplimiento de la ley), y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas” (v. 2-4). Los que predicán sin practicar lo que dicen, son exigentes para con los otros, porque no conocen lo difícil que es hacer ceder la propia voluntad ante la de Dios, sobre todo en la época en que la ley era dada al hombre en la carne, cuya voluntad no se somete a la de Dios. Aquellos jefes religiosos ostentaban obras que les daban apariencia de piedad; pero en su corazón solo existía el orgullo y la búsqueda de su propia satisfacción. Ensanchaban sus filacterias, queriendo de esta manera poner en práctica la enseñanza de Deuteronomio 6:8; 11:18, y ello sin que sus corazones fuesen tocados por estos textos. En todas partes buscaban los primeros puestos y los saludos en público. Amaban ser llamados “Rabí”, título honorífico que significa “maestro”, en el sentido de un grado obtenido, mientras que Jesús dijo: “Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos” (v. 8-9). “Ni seáis llamados guías; porque uno es vuestro Guía, el Cristo” (v. 10, N. T. griego-español). Todas estas exhortaciones nos advierten contra el espíritu

clerical. El carácter dominante del clero es colocarse entre Dios y las almas para recibir la honra que solo pertenece a Dios. Esto conduce a la hipocresía, pues, para atraer el favor de los hombres, hay que tratar de parecer lo que uno no es. ¡Que Dios nos guarde de tal espíritu!

Jesús terminó esta parte de su discurso indicando el verdadero carácter del siervo. “El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (v. 11-12). Como lo sabemos, la expresión perfecta del verdadero siervo fue la manifestada por Cristo, el verdadero Maestro. Él se humilló para servir, como lo vimos en el capítulo 20:28. Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo. ¡Qué diferencia con lo que señala en cuanto a los escribas y los fariseos en los versículos 6 a 8! Dejémonos convencer por el espíritu que Cristo manifestó en su ministerio, sirviendo siempre con humildad, sin vanagloria, eclipsándonos detrás de nuestro divino modelo y esperando el momento en que Dios muestre su apreciación por nuestra marcha y servicio.

“¡Ay de vosotros!”

El Señor se dirigió luego a los escribas y a los fariseos hipócritas, pronunciando siete veces “Ay de vosotros”, por sus diferentes maneras de actuar, y denunciando los diversos rasgos de su iniquidad.

El primer ¡ay! (v. 13) fue pronunciado contra ellos porque cerraban el acceso al reino de los cielos a los hombres. No solamente no entraban ellos, sino que impedían que otros entrasen. Habían manifestado una continua y empedernida oposición al ministerio del Señor, queriendo salvaguardar su posición en medio del pueblo en el antiguo sistema judaico, donde su orgullo hallaba satisfacción, mientras que, para entrar en el reino, era necesario reconocer la autoridad de Cristo y volverse como niños.

En vez de esto, trataban de ganar prosélitos, es decir, procuraban que los extranjeros adoptaran, por completo o en parte, la religión judía. Pero, lejos de ser un medio de salvación para ellos, todo esto aumentaba su culpabilidad. Por esta causa, un segundo ¡ay! (v. 15), es pronunciado sobre ellos.

En los versículos 16 a 22, Jesús les reprochó haber establecido cierta manera de jurar que tenía más valor en un caso que en otro. Hacían ignorar al pueblo lo que tenía un valor real a los ojos de Dios, apartando de él los pensamientos para fijarlos en la materia, lo que sucede en toda religión de formas. Por esta razón cayó sobre ellos un tercer “ay”. La cuarta vez que Jesús pronunció un “ay”, fue para denunciar la hipocresía con la que estos fariseos observaban estrictamente ciertos

detalles de la ley; diezmaban la menta, el eneldo y el comino, cosa sin gran importancia que, no obstante, los hacía pasar a los ojos de los hombres por fieles observadores de la ley. En cambio descuidaban lo más importante: “la justicia, la misericordia y la fe”. Para practicarlas, es necesario un estado del alma ejercitado por la Palabra, que le permita discernir lo que es justo delante de Dios y ser misericordioso para con sus semejantes; pero, se puede obrar de una manera puramente material, que nada tiene que ver con Dios, y sin que cueste nada. No es que se deba prescindir de los detalles de la ley, porque el Señor agregó: “Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello” (v. 23).

Estos guías ciegos colaban los mosquitos y se tragaban el camello. Escrupulosos por pequeñas cosas en presencia de sus hermanos, obraban de mala fe para con Dios en lo referente al cumplimiento de su voluntad. Guardémonos de imitarlos, porque nuestra naturaleza fácilmente nos lleva a obrar según estos principios.

Los dos “ayes” que Jesús pronunció luego contra ellos estaban en relación con la hipocresía que los hacía parecer justos ante los hombres. Eran como vasos y platos limpios por fuera, pero por dentro llenos de “rapiña y de intemperancia” (v. 25, N. T. griego-español). La rapiña es la acción de adueñarse de lo que a uno no le pertenece, abusando de la posición que se ocupa; la intemperancia es la falta de sobriedad en todo sentido. Debieron haber limpiado su corazón de estas cosas, a fin de que la pureza que aparecía por fuera viniese desde adentro y fuese verdadera. El Señor los comparaba también con sepulcros blanqueados. En Oriente se acostumbra blanquear los sepulcros para darles una hermosa apariencia; pero esto no cambia nada el interior, que está lleno de huesos y de inmundicia. De la misma manera estos hipócritas, a pesar de su pureza exterior, tenían el corazón lleno de todo aquello que está manchado a los ojos de Dios, de lo cual la muerte es la imagen. Recordemos que Dios quiere la realidad en el corazón, y que nadie puede engañarlo por la apariencia. ¿Para qué sirve aparentar ante los hombres lo que no somos ante Dios? Ante él seremos manifestados un día (léase 2 Corintios 5:10).

El Señor pronunció el último “ay” para los escribas y los fariseos, porque edificaban sepulcros a los profetas que sus padres mataron, sin tener un corazón más dispuesto que aquellos, aunque decían: “Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas” (v. 30). Se puede considerar como una acción muy piadosa el hecho de edificar monumentos a los profetas muertos durante la idolatría de Israel. Pero aquellos profetas, que llamaban al pueblo a volver a la ley, anunciaban también la venida de Cristo (véase Hechos 7:52); y ahora que Cristo estaba en medio de ellos, no lo escuchaban más de lo que sus

padres lo hicieron con los profetas. Tenían los mismos caracteres que sus padres y colmaban la medida de su maldad. Por consiguiente, el Señor iba a probarles para que manifestasen si eran mejores que sus antepasados. “Por tanto”, les dijo, “he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar. De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación” (v. 34-36). Desde que fue matado el primer justo, la paciencia que Dios tenía para con su pueblo, y para con el hombre en general, ha sido muy grande. A lo largo de las diversas dispensaciones, Dios lo había probado todo antes de ejecutar el juicio. Pero, cualquiera fuese la manera en que Dios actuara, el hombre, en vez de arrepentirse, se manifestó en su contra; el colmo de esto fue cuando dio muerte al Hijo de Dios, quien había venido en gracia. Como dice el Señor en Juan 15:22-24: “Ahora no tienen excusa por su pecado... ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre”. Mas, todavía iba a enviarles profetas, sabios y escribas (así designa Jesús a los apóstoles que vendrían después de su muerte), a quienes tratarían como sus padres trataron a los profetas. Darían pruebas de un estado peor, porque pese a disfrutar de privilegios más grandes que aquellos, no aprovecharon ninguna enseñanza en cuanto a los caminos de Dios para con su pueblo. De este modo la responsabilidad, acumulada sobre los hombres durante todo el tiempo de la paciencia de Dios, sería castigada con los juicios que caerían sobre ellos. Por eso dijo Jesús: “De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación”. La misma verdad solemne (y por las mismas razones) se proclama respecto a Babilonia, la Iglesia responsable, en Apocalipsis 18:24.

Al anunciar el juicio contra Israel, Jesús se sobrecogió de compasión por Jerusalén, centro de aquel sistema de maldad que iba a soportar los juicios de Dios. Hacía siglos que su amor trabajaba para hacer volver a este pueblo rebelde, pero siempre en vano. Durante la deportación del pueblo a Babilonia, Jesús, quien es el Dios Eterno, el Jehová del Antiguo Testamento, “envió constantemente palabras a ellos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su habitación” (2 Crónicas 36:15). Ahora, en este momento solemne, él clamó:

“ ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta. Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor (v. 37-39).

¡Qué palabras solemnes de la boca de Aquel que vino en amor a este pueblo muy amado! Pero la dureza del hombre rechazó constantemente este amor, impidiendo que se manifestase más tiempo a su pueblo según la carne. Este mismo amor condujo a Jesús a la cruz y allí, por su sacrificio, hizo posibles, sobre el fundamento de la gracia, las bendiciones que los judíos rehusaban.

Cuando Jesús aparezca en gloria, el remanente dolorido lo llamará y dirá: “¡Bendito el que viene en el nombre de Jehová!” (Salmo 118:26). Entonces podrán decir, de veras, “¡Hosanna, al Hijo de David!”. Por eso Jesús dice: “No me veréis, hasta que digáis: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”.

Capítulo 24

La pregunta referente al templo

Jesús salió del templo y se fue, cumpliendo lo que había dicho a los judíos en el versículo 38 del capítulo precedente: “He aquí vuestra casa os es dejada desierta”. Lo dejó para no volver más. ¡Momento solemne para el pueblo, de haber podido comprenderlo! Si los discípulos no captaron el verdadero significado de estas palabras, por lo menos tenían la impresión de que un juicio había sido pronunciado sobre ese magnífico templo, porque hicieron notar a Jesús el aspecto imponente que los edificios presentaban a quien salía de Jerusalén. Los discípulos, como todo judío, sentían afecto por esta casa, con un orgullo legítimo, ya que había sido construida para servir de morada al Dios único y verdadero. Pero, puesto que Dios era rechazado en la persona de su Hijo, el templo no tenía más razón de ser. El Señor les respondió: “¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada” (v. 2).

Estando el Señor sentado en el monte de los Olivos, situado frente a Jerusalén, al otro lado del Cedrón, de donde se ve toda la ciudad, los discípulos vinieron a él y le dijeron: “Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?” (v. 3). Deseaban saber, pues, cuándo serían destruidos Jerusalén y el templo, y cómo se podría conocer el momento de la venida de Cristo y del fin del siglo que precedía al reinado milenar. La respuesta del Señor fue dada por partes, con enseñanzas diversas y exhortaciones útiles a los fieles que atravesarían los tiempos precedentes a su venida. Estas enseñanzas abarcan, además, todo el capítulo 25.

En el evangelio según Mateo, Jesús no responde directamente a la primera pregunta de los discípulos acerca de la destrucción del templo; esta respuesta corresponde más bien al relato de Lucas. La hallamos textualmente en el capítulo 21, versículos 20 a 24, donde se predice la destrucción de Jerusalén por el emperador romano Tito, que tuvo lugar en el año 70 d. C. Mateo se refiere especialmente a los tiempos del fin y al establecimiento del reinado de Cristo, que reemplazará la situación de ese entonces.

La respuesta del Señor a la pregunta: ¿Qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?, se puede dividir en tres partes:

1. los versículos 4 a 14;
2. los versículos 15 a 28;
3. los versículos 29 a 31.

La primera parte de la respuesta de Jesús

El Señor dio a los discípulos las instrucciones necesarias para los tiempos difíciles que transcurrirían entre su partida y su regreso en gloria. Sin embargo, como ya lo hemos visto, en las revelaciones proféticas de las Escrituras se hace caso omiso del tiempo actual de la gracia, durante el cual se forma la Iglesia; es un intervalo del cual no se habla. En su respuesta, el Señor se dirigió a los que lo rodeaban como si ellos mismos debieran atravesar todo este tiempo y encontrarse presentes a su regreso. Prescindiendo del tiempo actual de la gracia, uno puede pensar que, entre la partida de Jesús y su regreso, no transcurrirá más tiempo que el de una vida humana. Pero Jesús habló del carácter y las circunstancias del testimonio durante aquel tiempo, iguales a su regreso como a su partida, así como habló del carácter de la generación que lo rechazó, que permanecería el mismo: “No pasará esta generación hasta que todo esto acontezca” (v. 34). El judío incrédulo persistiría en su oposición a Cristo durante toda su ausencia. Comprendemos ahora por qué el Señor, dirigiéndose a los discípulos, siempre decía “vosotros” aunque sabía que todos los que lo rodeaban en aquel momento morirían antes de su regreso. Además, cuando ellos murieron, ya no pertenecían al remanente de Israel, al que representaban en los días del Señor, sino que formaban parte de la Iglesia que ha reemplazado a Israel por un tiempo. Resucitarán para acompañar al Señor cuando venga en gloria, a fin de liberar al remanente doliente que les habrá sucedido en los últimos tiempos.

El tiempo que transcurre entre el rechazamiento de Cristo y su regreso se caracteriza por pruebas de toda clase para los discípulos del Mesías rechazado. Se presentarán falsos cristos con el fin de apartar su mirada de la espera del verdadero Cristo; este tiempo de espera estará acompañado de muchos dolores. Se oirá hablar de guerras y rumores de guerras. Tuvieron lugar varias después de la partida del Señor, pero aumentarán antes de su regreso. Es necesario comprender que, en estos pasajes, se trata del regreso del Señor para reinar y no de aquel que nosotros esperamos ahora para transmutar a los vivos y resucitar a aquellos que duermen en él; dicho acontecimiento tendrá lugar antes de que empiecen los sucesos predichos en el capítulo que nos ocupa. Entonces, entre las naciones que se hallan a los cuatro extremos de Palestina, se producirán guerras incesantes cuya causa directa o indirecta será casi siempre este país. Hambres, pestes y terremotos causarán estragos en diferentes lugares. Se dirá, quizá, que estos fenómenos se manifiestan en todos los tiempos; es cierto, no obstante, aquí serán el preludio de los juicios del fin y revestirán un carácter de gravedad tal, que los hombres percibirán sin comprender; los creyentes, en cambio, advertidos por la Palabra del Señor, lo sabrán discernir. Por lo demás, nos acercamos a ese momento. Los sucesos de esta clase, que se repiten a menudo en nuestro tiempo,

producen en general cierto temor, porque los hombres sienten que van hacia una crisis. ¿Cuál? Si ellos recibieran las enseñanzas de la Palabra, lo sabrían y buscarían el medio de ponerse a salvo. Este temor podría ser saludable, como lo es para algunos; pero el enemigo trata de calmar a los espíritus inquietos, asegurándoles después de cada catástrofe o cataclismo, que hechos muy parecidos y hasta mucho más considerables y terroríficos ocurrieron en siglos pasados; que no hay nada extraordinario en lo que sucede; que solo hay que ver en estos acontecimientos circunstancias muy naturales, etcétera. Las almas así impresionadas se calman, se vuelven indiferentes, se endurecen y van ciegamente hacia la perdición.

“ Sin embargo, en una o en dos maneras habla Dios; pero el hombre no entiende (Job 33:14).

En los tiempos venideros, sin ninguna duda serán dadas teorías muy plausibles a la razón humana para explicar los hechos de manera científica e histórica; pero los discípulos, enseñados por el Señor, sin desviarse, comprenderán que esto no es sino principio de dolores (v. 8). Las cosas externas no será lo peor por lo que tendrán que pasar. Serán entregados a la aflicción; algunos serán matados; serán aborrecidos por todos a causa del nombre del Señor. Tales aflicciones fueron experimentadas por los discípulos inmediatamente después de la partida del Señor. Por eso él les impartió estas enseñanzas, útiles y provechosas tanto para ellos, como para los de esa época futura.

Pasarán también por una prueba aún más dolorosa, la que provendrá del mismo núcleo de los discípulos. Algunos que se unieron a ellos por algún tiempo, se tornarán infieles, serán motivo de caída. Se entregarán uno al otro, se aborrecerán. Falsos profetas se levantarán y engañarán a las almas con su habilidad para imitar las declaraciones divinas. El mal será tan posesivo que ganará incluso a los discípulos: “El amor de muchos se enfriará” (v. 12). Hará falta una energía extraordinaria para permanecer firme: “Mas el que persevere hasta el fin, este será salvo”, es decir, será hallado en pie, fiel, cuando el Señor aparezca en gloria para poner fin a todas estas aflicciones.

Entonces llegará el turno a los que hicieron sufrir a los fieles; el juicio los alcanzará, como se ve en un gran número de Salmos, donde el castigo de los malos está presentado en relación con la liberación de los justos.

A pesar de la fuerte oposición de Satanás, “será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (v. 14). Todas las naciones que no tuvieron el privilegio de oír el Evangelio de la gracia, podrán aprovechar el Evangelio del reino, que anuncia la llegada de Jesús como rey, viniendo del cielo.

La primera parte de la respuesta del Señor tiene como objetivo infundir ánimo a los discípulos, describiéndoles las dificultades que enfrentarán al querer dar testimonio hasta el fin.

La segunda parte de la respuesta de Jesús

Antes del fin de este horrible período, transcurrirá un tiempo de angustia espantosa, que abarca los tres años y medio que lo terminan (ver Apocalipsis 12:14; 13:5; Daniel 12:11; etc.).

El Señor, en su solicitud para con sus muy amados, les da aquí enseñanzas especiales para ese tiempo. Les revela cómo discernirán el comienzo y les dice qué deberán hacer. “Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes. El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa” (v. 15-18).

“La abominación” designa el ídolo que será colocado en el templo, impuesto como objeto de culto por el falso rey de los judíos, el Anticristo, y aceptado como Dios por los judíos incrédulos y apóstatas. Esta idolatría, sin igual, traerá sobre la nación los juicios de Dios por medio del rey del Norte o el asirio (véase Isaías 8:7-8; 10:5-6; Daniel 9:27; 11:41 y otros), quien derramará la “desolación” en todo el país. Pero el Señor no se ocupa aquí de este suceso. Solo menciona el hecho en relación con el establecimiento del ídolo en el templo de Jerusalén, lo que acarrea el juicio de Dios. El Señor quería advertir a los discípulos que a partir de ese momento tendrían que huir de Judea, porque el reinado del Anticristo con el jefe del imperio romano sería intolerable para los fieles. Porque sin la marca de la bestia no se podrá vender ni comprar, y aquellos que no se prosternan delante de su imagen, serán matados (Apocalipsis 13:13-18). “Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas, por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados”, es decir, que solo durarán tres años y medio, tiempo suficientemente largo.

La ira persecutoria del Anticristo empeorará de una manera tan súbita en el acto de colocar al ídolo en el templo, que los que estén en las azoteas deberán huir, sin descender a la casa. El que esté en el campo, y se quite la capa para trabajar, ni siquiera tendrá tiempo para correr a buscarla. El Señor piensa en todo lo que pueda ser un obstáculo para la huida. Tendrán que orar para

que “no tenga lugar en invierno”, a fin de que los fugitivos no se vean impedidos a causa de las inclemencias del tiempo, “ni en día de sábado”, porque estos judíos piadosos, al no querer traspasar el camino permitido por la ley en el día de reposo, hallarían la muerte. Fue precisamente lo que aconteció durante el reinado de Antíoco Epífanes (Daniel 8:8-9). A fin de saquear la ciudad de Jerusalén y degollar a cuanto habitante hallara, su general esperó el sábado para atacar la ciudad, y produjo así una gran matanza.

Los discípulos esperarán, con comprensible ardor, la llegada de Cristo que dará fin a todos sus males. Esta espera los expondrá a escuchar a seductores que les dirán: “Aquí está el Cristo”, “allí está”, porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas que harán señales y prodigios (Apocalipsis 13:14). Pero no deberán escucharlos. La venida del Hijo del Hombre será tan súbita que no tendrán tiempo de prevenirse uno al otro. Además, mal podrían los apóstatas advertir a los fieles, porque, como cuerpo muerto de Israel, ellos serán el objeto del juicio a la llegada del Hijo del Hombre, quien vendrá sobre ellos como águila sobre el cadáver que yace en tierra. Es lo que quiere decir el versículo 28: “Porque dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas”.

Estas enseñanzas del Señor serán realmente apreciadas por los discípulos de ese tiempo futuro; al darlas, él pensaba en ellos, pues sabía que los que estaban presentes con él no estarían en la tierra durante las persecuciones. La Palabra de Dios está completa, contiene todo lo que es útil para el presente y para el futuro. Todos, en todos los tiempos, tienen la responsabilidad de conocerla y de actuar consecuentemente.

La venida del Hijo del Hombre

La tercera parte de la respuesta del Señor responde a la pregunta: “¿Qué señal habrá de tu venida?”. Les dice que después de la tribulación de los días terribles que acaba de mencionar, “el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas” (v. 29). En el lenguaje simbólico de las Escrituras, el sol representa la autoridad suprema confiada al hombre, la luna y las estrellas, autoridades subalternas. Dios confió el poder a las naciones, en la persona de Nabucodonosor y de sus sucesores, después de que Israel perdió el privilegio de ser su sede en la tierra (Daniel 2:26-45). Pero en vez de depender de Dios para actuar según él en el ejercicio de este poder, siendo este una luz para dirigir a los

pueblos, aquellos que estaban revestidos de esta dignidad se apartaron de Dios. Actuaron según sus propios pensamientos y se pusieron en las manos de Satanás, el príncipe de las tinieblas, de modo que al fin este gobierno es absolutamente tenebroso.

Como el hombre no supo gobernar según Dios, el reino y la dominación universal serán confiados al Hijo del Hombre; así lo vemos en Daniel 7:26-27. Por lo tanto, en el momento en que aparezca, todas las potestades terrestres serán presentadas habiendo perdido su carácter. En vez de derramar la luz, se sumen en las tinieblas, rebelándose contra Dios; hacen la guerra a los santos. Son como un sol oscurecido, una luna sin luz, y las estrellas ya no ocupan el lugar que les fue dado para brillar en la noche. ¡Terrible estado moral de aquellos a quienes Dios había confiado el poder!

Pero de repente, cuando ninguno de los que forman parte de un mundo sin Dios lo espera, aparece “la señal del Hijo del Hombre”; esta es el mismo Hijo del Hombre, viniendo sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. ¡Qué liberación para los justos perseguidos y tan cruelmente atormentados! Pero, ¡qué momento tan terrible para aquellos que recibieron al Anticristo!, para la generación que exclamó: “No tenemos más rey que César” (Juan 19:15), y “no queremos que este reine sobre nosotros” (Lucas 19:14).

Todos los linajes de la tierra harán lamentación por él.



Verán entonces “a quien traspasaron” (Apocalipsis 1:7; Zacarías 12:10). ¡Verán en las nubes a aquel que despreciaron, viniendo con poder y gran gloria, ya no manso y humilde de corazón como cuando traía la salvación a los pecadores! Vendrá en gloria, Rey de reyes y Señor de señores, para ejecutar la ira divina sobre los que lo rechazaron. Aunque tuvieron tiempo para arrepentirse, no quisieron, sino que colmaron la medida de su pecado aceptando al Anticristo y persiguiendo a los que esperaban a Jesús como Rey. ¡Cuán grave es, en todos los tiempos, despreciar a Cristo, el Hijo de Dios, el Salvador del mundo! Llegará el momento en que no habrá ninguna posibilidad de arrepentimiento. El juicio será la porción de todos.

A su regreso el Señor hallará en Palestina solamente al residuo del antiguo reino de Judá, soportando esta terrible prueba a causa de su responsabilidad en el rechazamiento de Cristo. Pero todo Israel, es decir, las diez tribus dispersas en el mundo y confundidas con las naciones desde su deportación a Asiria, debe volver para gozar del reinado glorioso del Hijo del Hombre. El Hijo del Hombre “enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los

cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro”. La trompeta representa el medio por el que Dios hace oír su voz para juntar a su pueblo (véase Números 10:1-8). La fiesta de las trompetas (Levítico 23:23-25; Números 29:1-6) es precisamente una figura de lo que Dios cumplirá a la venida del Hijo del Hombre para juntar a su pueblo, para que disfrute de las bendiciones milenarias.

Jesús, pues, con su respuesta muestra los caracteres del tiempo en que los discípulos judíos tendrán que dar testimonio, entre su partida y su regreso. Da enseñanzas especiales para los tres años y medio del final, tiempo sin igual en la historia, durante el cual el ídolo será establecido en el templo, en lugar de Dios. Si los discípulos no tuviesen estas instrucciones, al querer ser fieles en Judea, podrían ser asesinados por no querer infringir la ley del sábado. Además, el Señor anuncia cuál será la señal de su venida, es decir, **él mismo** viniendo en gloria, de qué manera los presentes disfrutarán de su reinado, y cómo todo Israel –las diez tribus dispersas– será congregado por su potente voz.

¿Qué permitirá conocer la proximidad de la venida del Hijo del Hombre?

Después de todas estas enseñanzas acerca de su regreso y los sucesos que la precederán, Jesús presenta, desde el versículo 32 de este capítulo 24 hasta el versículo 30 del capítulo 25, lo que debe caracterizar a los fieles y su servicio en el intervalo que va desde su partida de este mundo hasta su retorno, rasgos que, por consiguiente, nos conciernen a todos hoy en día. Estas exhortaciones pueden dividirse así:

v. 32-44 – Exhortación a la vigilancia para esperar el regreso del Señor.

v. 45-51 – Responsabilidad de aquel que recibió un servicio del Señor en medio de los suyos, lo que ocurre particularmente en la Iglesia por medio de la Palabra.

cap. 25:1-13 – Parábola de las diez vírgenes: hay que velar para manifestar la luz en la noche de este mundo, hasta el regreso de Cristo.

v. 14-30 – La parábola de los talentos: el uso de los bienes que el Señor confió a sus siervos.

v. 31-35 – Cuando los discípulos vean cumplirse lo descrito hasta el versículo 31, sabrán que la liberación está cerca, como cuando en la primavera vemos brotar la higuera, sabemos que el verano está próximo. En efecto, el reinado de Cristo puede ser comparado con el verano para el pueblo judío, como para toda la creación, después del largo y frío invierno caracterizado por la maldad del hombre y las consecuencias del pecado bajo todas sus formas. Por lo tanto, ¡con qué anhelo y vigilancia los fieles deberían esperar la salida del “sol de justicia” (Malaquías 4:2), que

introducirá la “mañana sin nubes”! (2 Samuel 23:4). La generación incrédula de los judíos no pasará, su carácter de enemistad y de oposición a Cristo no cambiará, hasta que estas cosas se cumplan. Pero hay algo más que tampoco pasará: las palabras pronunciadas por Jesús. Podemos despreciarlo, desconocerlo, incluso rechazarlo durante su ausencia en la tierra, hechos que se cumplen constantemente a nuestro alrededor. Sin embargo, ninguna de las palabras de Jesús, ni de las demás Escrituras pasarán; en cambio, el cielo y la tierra sí pasarán, a pesar de su aparente estabilidad.

¡Qué seguridad da poseer esta Palabra y creerla! Encontramos en ella el perdón y la paz, y además, es nuestra luz en la noche moral en la que se halla el mundo. La palabra profética es como

“ Una antorcha que alumbrá en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca
(2 Pedro 1:19).

Ella nos ilumina en cuanto al tiempo actual y nos informa exactamente sobre el porvenir. Todo lo que ella dice respecto a este mundo se cumplirá al pie de la letra, tal como todas las bendiciones que brinda a la fe; y la realidad de lo que anuncia –para felicidad de unos y desgracia de otros– sobrepasará infinitamente lo que nuestra concepción humana, tan limitada, es capaz de comprender.

Nunca será suficiente recomendar a nuestros lectores que permanezcan firmemente unidos a la Palabra de Dios y absolutamente seguros de su inspiración divina. Es la única manera por la que Dios hace conocer la verdad acerca de todas las cosas, sus pensamientos de gracia para con los hombres y los juicios que atraerán sobre sí al despreciar la salvación que Dios les ofrece. Hoy en día Satanás hace todo lo que puede para aminorar o negar la palabra divina, reemplazándola por los razonamientos del hombre, cuya vida no es más que “neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece” (Santiago 4:14). El profeta Isaías dice: “Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz; porque ¿de qué es él estimado?” (cap. 2:22). Porque el hombre orgulloso, que se vale de la inteligencia con que Dios lo dotó para echar a un lado la Palabra de su Creador, debe, no obstante, descender al polvo de donde su cuerpo fue sacado: “Volveos a la tierra, hijos de Adán” (Salmo 90:3; V. M.). Hasta ahora nadie ha podido resistir a esta orden aterradora, a pesar de las angustias que suscita. Ni una salud fuerte, ni las fortunas puestas a disposición de las facultades de la medicina, pudieron sustraer al hombre de la obligación de obedecer a esta orden temible; y después de la muerte sigue el juicio (véase Hebreos 9:28). Tal es la suerte del que razona con Dios, de quien decide que la Palabra de Dios no tiene ningún valor en presencia de los

adelantos de la ciencia. Esta juzga todo a su propia luz, que es tinieblas frente a la revelación de Dios. Más valdría ignorar todo lo interesante que las diversas ciencias presentan a la inteligencia humana, que servirse de ellas para juzgar a Dios y a su Palabra y perder así su propia alma para siempre.

Exhortaciones a la vigilancia

Si el regreso glorioso de Cristo es un hecho cierto, cuya proximidad indican varios acontecimientos, todos desconocemos el día y la hora, excepto Dios el Padre. Intencionadamente Dios nos deja en la ignorancia respecto a esto, a fin de que los que esperamos este acontecimiento glorioso permanezcamos en vigilia constante. Si no velamos, nos dormimos. Dormirse espiritualmente es hacer como el mundo, al que el día sorprenderá como un ladrón, y es privar al Señor del testimonio que se le debe.

En el tiempo actual los hombres, aunque tienen la verdad entre sus manos, no se preocupan por el rechazo que Cristo sufrió cuando vino en gracia, ni por su regreso en juicio. Por lo tanto, el Señor los compara con los contemporáneos del diluvio quienes, por la predicación de Noé durante la construcción del arca, estaban enterados de los juicios que se precipitarían sobre ellos. Pero, en vez de arrepentirse, solo se preocupaban por comer, beber, casarse y dar en casamiento. A pesar de las advertencias de Noé, ellos no entendieron nada **“hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos”**. Obsérvense estas palabras. El único medio de conocer lo que uno no ve, es **creer**, es tener fe. Uno se salva solamente por la fe. Durante el día de la gracia, todos los que esperan a que vean para creer, estarán perdidos. Por más que se explique claramente la Palabra de Dios, no entienden nada, porque no creen. Pero llegará el día en que ellos verán; entonces conocerán. ¿Qué conocieron los hombres del tiempo de Noé aquel día? **El diluvio que los llevó a todos**. Lo mismo sucederá en el día del Hijo del Hombre, porque si la generación judía no ha cambiado desde que Jesús estuvo en la tierra, el corazón del hombre tampoco lo ha hecho desde la caída.

Observemos que para denunciar la indiferencia de los hombres respecto a los juicios venideros, Jesús no recuerda los pecados que caracterizaban al mundo antediluviano (Génesis 6:11-13). Habla de hechos absolutamente naturales y legítimos: comer, beber, casarse y dar en casamiento, cosas que pueden ser efectuadas sin culpabilidad, pero que eran la única preocupación de los hombres, a pesar de las advertencias de Dios a través de Noé. Equivalía a decir a Dios: «No tomamos en cuenta lo que tú nos dices; queremos, al contrario, continuar viviendo bien y perpetuando nuestra raza». ¡Qué indiferencia a las advertencias de Dios! ¿No sucede lo mismo en nuestros

días? El mundo se encuentra nuevamente en vísperas de juicios, juicios anunciados, no ciento veinte años antes, como en los días de Noé, sino pronunciados hace unos dos mil años. Se come y se bebe mejor que nunca; se alegra, se divierte, el mundo se organiza como si todo debiera permanecer igual. Construyen edificios suntuosos, de una solidez que permite, según se asegura, resistir a los terremotos; y cuando uno habla de la venida del Señor, la voz de los burlones se levanta por todas partes, diciendo: “¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación” (2 Pedro 3:4-7). Como en los días de Noé, ellos “ignoran voluntariamente”. ¡Qué desgracia!, se acerca el día en que lo conocerán todo. Verán de lejos la gracia despreciada, y los juicios, de los cuales se burlaron, los alcanzarán para siempre.

Hasta el momento en que el Hijo del Hombre venga, el curso de este mundo continuará como hoy en día. El arrebatamiento de la Iglesia y los juicios preliminares a la gran tribulación no cambiarán los pensamientos de los hombres. Al contrario, creerán estar en una situación estable, fruto de su propio poder y del de Satanás. “Cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina... y no escaparán” (1 Tesalonicenses 5:3).

Los judíos vueltos a Palestina gozarán, durante algún tiempo, de los dichosos efectos del regreso, porque ya no estarán diseminados entre las naciones; hombres y mujeres estarán dedicados a sus respectivas tareas, unos en sus campos, otros en el molino. Pero de dos hombres que estén ocupados en el mismo trabajo, uno, creyendo en el regreso del Rey rechazado en otro tiempo, lo espera; el otro, que no cree nada de esto, seguirá al gran número de los apóstatas lo más cómodo, por supuesto. Mas, de repente, como un relámpago, aparecerá el Hijo del Hombre, y el pobre desgraciado, indiferente e incrédulo, será tomado para sufrir la pena de eterna perdición, excluido “de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Tesalonicenses 1:7-10). El otro será dejado para disfrutar del reinado glorioso que el Hijo del Hombre establecerá al quitar a todos los malos de su reino.

Contrariamente a lo que ocurrirá cuando la Iglesia sea arrebatada, el que sea tomado, lo será para el juicio, y el que sea dejado, lo será para gozar del reinado. Si el Señor viniese hoy (en la dispensación actual de la gracia), de dos hombres, el que fuera tomado iría al cielo con el Señor, y el que fuera dejado lo sería para sufrir los juicios que el Señor ejecutará cuando vuelva más tarde con todos aquellos que fueron llevados en el arrebatamiento de la Iglesia, según 1 Tesalonicenses 4:16-17.

Todas estas enseñanzas del Señor tienen como objeto mostrar la necesidad de estar preparado y de velar continuamente, pues el siervo no sabe cuándo viene su Señor. Es la actitud que debe caracterizar al creyente, hoy día como entonces, y que implica la devoción, el afecto y la obediencia debidos a Aquel a quien se espera. Debe manifestar el mismo interés que un padre de familia que vela a fin de impedir que los ladrones violen su domicilio (v. 43). Hay que velar como un siervo que espera a su amo, como si fuera el mismo dueño, con la decidida intención de no dejarse robar lo que se posee. El hecho de ignorar por completo el momento de la llegada de un ladrón, exige una vigilancia constante. Cualquiera sea la posición del que espera, debe estar preparado.

¿Está usted preparado? Para estar listos, como siervos, debemos resolver la cuestión del pecado. Debemos ser lavados de nuestros pecados; esto se logra por la fe, creyendo en el sacrificio de Cristo en la cruz. De parte de Dios todo está cumplido; solo hay que aceptarlo. Entonces uno puede velar con el deseo ardiente de ver llegar a Aquel que murió en la cruz a fin de hacernos aptos para entrar con él en la casa del Padre.

El siervo puesto sobre los de la casa

En estos versículos el Señor señala un aspecto especial del servicio que hay que cumplir mientras se espera su regreso: aquel que se cumple a favor de “los de la casa” (N. T. interlineal griego-español), a los cuales el siervo debe dar el alimento en el momento oportuno. Esto corresponde al ministerio de la Palabra en medio de los cristianos, Palabra que es el alimento espiritual de los de la casa del Señor. A aquel que recibió este servicio incumbe desempeñarlo con fidelidad, pensando siempre en el momento en que su Señor vuelva. Está escrito:

“ Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá (v. 46-47).

Para ser hallado fiel cuando el Señor venga, es necesario serlo cada día. Las consecuencias de la fidelidad son infinitas. El que actúa fielmente en su servicio con respecto a los criados de la casa del Señor, será establecido sobre todos los bienes de este en el día de su reinado glorioso.

Si el siervo pierde de vista el regreso de su señor y dice en su corazón: “Mi señor tarda en venir”, actuará en absoluta oposición al pensamiento del Señor. En vez de dar alimento a sus consieruos, les dará golpes. Utilizará su posición para maltratarlos; se juntará con aquellos que gozan desmedidamente de este mundo y con los borrachos. Hallará satisfacción en su compañía, sin pensar más en el retorno de su Señor. “Vendrá el señor de aquel siervo en día que este no espera,

y a la hora que no sabe, y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes” (v. 50-51). ¡Solemne advertencia para todos los que el Señor capacitó para que cuidasen de los suyos durante su ausencia! Para ser guardados en el fiel cumplimiento de su servicio, esperemos constantemente la venida del Señor. Haciéndolo, nos hallará tales como lo desea (cuando venga). Para esperarlo hay que amarlo, ocuparse de él, gozar de su gracia y de todas las riquezas de su persona.

El siervo castigado severamente y destinado a la desgracia eterna, tratado como hipócrita porque quiso aparentar lo que no era, representa a aquellos que, por sí mismos, tomaron este sitio en la casa de Dios, sin tener la vida de Dios. Su corazón no está ligado a Aquel a quien profesan servir. No tienen amor, ni para con él ni para con los suyos. Tan solo están allí para gozar de las diversas ventajas que esa posición les otorga, ejerciendo una tiranía que llega a ser abominable, como se ha visto, sobre todo, en la iglesia romana. Su castigo será terrible. Aunque el Señor no les confió este ministerio, los juzgará según la posición que ellos mismos ocuparon.

Cada uno debe velar para luchar contra los principios que inducen a obrar de esta forma, cuando el corazón no está cautivado por el pensamiento continuo de la venida del Señor.

Capítulo 25

La parábola de las diez vírgenes

He aquí una parábola del reino de los cielos, estado que existe mientras el rey es rechazado, pero en el cual le rinden testimonio aquellos que lo recibieron y lo conocen. El Señor presenta aquí una de las formas de este reino (ya vimos otras en el capítulo 13). Lo compara con diez vírgenes que salieron al encuentro del esposo. La llegada del esposo, tal como se realiza todavía en Oriente, tiene lugar por la noche. Entonces, hay que darle luz para permitirle entrar en la sala de bodas. Precisamente a este servicio son llamadas las vírgenes, lo que les otorga el privilegio de entrar con el esposo a las bodas.

Estas diez vírgenes, tomando sus lámparas, “salieron a recibir al esposo”. Representan a todos los que recibieron el Evangelio, y que desde entonces profesan el cristianismo. El Evangelio fue predicado a los judíos y a los gentiles; todos aquellos que lo aceptaron se **apartaron** del judaísmo y del paganismo que habían practicado como religión; **salieron** para esperar al Señor. El cristianismo vital, tal como se practicaba en los primeros tiempos de la Iglesia, se caracterizaba por la viva espera de la venida de Cristo. Era notorio cómo los tesalonicenses se convirtieron “de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo” (1 Tesalonicenses 1:9). Pero pronto entraron en este testimonio público personas que profesaban el cristianismo como religión, sin haber nacido de nuevo, sin la potestad del Espíritu que hace brillar la vida de Dios, como el aceite que hace arder la lámpara. Ellas son representadas por las cinco vírgenes insensatas. En efecto, ¡qué locura comprometerse a alumbrar al esposo, quizá toda una noche (porque no se sabía a qué hora vendría), sin tomar consigo el aceite necesario para alimentar su lámpara! Las vírgenes prudentes tomaron el aceite en sus vasijas, porque eran conscientes de su servicio. Ellas representan, pues, a aquellos que, en la cristiandad, tienen la vida de Dios. El Espíritu hace brillar los caracteres de esa vida en la noche moral en que se halla el mundo hasta el regreso de Cristo.

¡Desgraciadamente, como el esposo tardaba, “cabecearon todas y se durmieron”! (v. 5). Los creyentes, así como los profesantes cristianos, descuidaron el anhelo del regreso de Cristo. La influencia adormecedora de la noche produjo sus efectos tanto en los unos como en los otros. Es necesaria una energía constante para no dormirse, ya que no es natural estar despierto durante la noche; hace falta que el corazón sea cautivado por un objeto. Ahora bien, si este objeto no es Cristo, el cristiano se duerme pronto; sigue el curso del mundo, lo que es natural para la carne.

“ A la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! (v. 6).

Hay que salir de nuevo, no del judaísmo y del paganismo, como al principio, sino del estado de adormecimiento en que toda la cristiandad cayó por falta de vigilancia. En la primera mitad del siglo 19 se produjo un despertar, cuando volvieron a hallar en la Palabra la verdad concerniente a la venida del Señor. Todas las vírgenes, por decirlo así, se levantaron y prepararon las lámparas. Pero las lámparas de aquellas que no tenían aceite se apagaron pronto, pues, ¿para qué avivar una mecha sin aceite para alimentarla? Es inútil querer reformar una religión sin vida; ella no produce luz para el Señor, el aceite falta. Los frutos de una naturaleza religiosa no son producidos por el Espíritu Santo, y no pueden mantenerse. “Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan” (v. 8). Las vírgenes prudentes solo podían enviar a sus compañeras a la fuente, “a los que venden”. El creyente posee la vida y el Espíritu Santo para sí mismo; pero no puede comunicarlos a otros. “Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas” (v. 10). Ellas cumplieron con el servicio para el cual fueron llamadas. Su sitio estaba con el esposo en el salón de bodas. “Y se cerró la puerta”. ¡Cuán terrible es esa **puerta cerrada** que nadie puede abrir, y que separa eternamente a aquellos que están en el gozo y la luz, de los que se hallan en las tinieblas y los llantos! Eso trae a la memoria aquella puerta que Dios mismo cerró ante un mundo impío que iba a ser engullido por las aguas (Génesis 7:16). Las otras vírgenes se acercan, diciendo: “¡Señor, señor, ábrenos! Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco” (v. 11-12). ¡Respuesta terrorífica! El esposo necesitaba a estas vírgenes para que le dieran luz a su arribo, pero ellas no se hallaban allí. Por lo tanto, no sabe qué hacer con ellas en el salón de bodas. “Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir” (v. 13).

Querido lector, es posible que usted no esté preparado; entonces no juegue con el tiempo. Conocemos el que transcurrió, pero ignoramos el que está delante. El tiempo de la gracia es limitado; llegamos a su término. El clamor “¡aquí viene el esposo!” se oyó cuando la verdad del retorno de Cristo fue redescubierta y proclamada por toda la cristiandad. Este clamor solo precede por un instante a la llegada del esposo. Se alegrará que este regreso no es inminente. Pero, al contrario, se ha acercado a nosotros tanto más. Y, además, no olvidemos “que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día” (2 Pedro 3:8). No nos corresponde discutir con Dios acerca del tiempo, porque este le pertenece. El Señor llama **insensato** a aquel que decidía

el tiempo, durante el que podía festejar y regocijarse (Lucas 12:19). Nos estremecemos al pensar que tantas personas, incluso hijos de cristianos, se encuentren en el cortejo de las vírgenes insensatas, porque no tendrán la vida, ni el Espíritu Santo, y no manifestarán luz alguna para el próximo regreso de Cristo. Por eso, repetimos, hay que poseer estas cosas hoy para estar seguro de tenerlas más tarde. Si usted cree que todavía queda tiempo, puesto que hasta hoy ya ha transcurrido mucho tiempo, rechace este pensamiento que condujo a tan gran número de personas al abismo. Ya que ese día puede ser hoy, acepte hoy la salvación, porque mañana usted podría clamar, con sus compañeros de desgracia, detrás de la puerta cerrada: “¡Señor, Señor, ábrenos!”, y recibir esta única y solemne respuesta: “De cierto os digo, que no os conozco”. El Señor podría decirle también: «Yo te llamé tantas y tantas veces. Te dije que el tiempo era corto, que yo iba a venir. Pero dejaste pasar ese tiempo precioso, prefiriendo disfrutar del mundo y de todo lo que en él hay; ahora es **demasiado tarde, demasiado tarde**». Incluso si alguno conociera el día de su muerte, o el día de la venida del Señor, nadie se atrevería a asegurar que él aprovecharía ese tiempo para convertirse. Quizás usted conoce la historia de un joven advertido en un sueño que, dentro de un año y un día, descendería al infierno. Tal advertencia debería haberlo conducido a Cristo; pero, si bien produjo en él una impresión profunda en aquel momento, el mundo ganó otra vez terreno, y un año y un día después de su sueño, desaparecía en el abismo, cargado con todos sus pecados.

Llamadles, oh llamad;

El Juez pronto vendrá.

Sí, sí, apresurad,

Que el día pasa ya.

“Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora”. Así termina el Señor esta solemne parábola de las diez vírgenes. ¡Quiera Dios que esta parábola no sea presentada en vano a nadie!

La parábola de los talentos

“Porque el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes” (v. 14). Este hombre es Cristo, que vino al mundo, a los suyos; no fue recibido, y tuvo que irse por un tiempo. Sabemos dónde se halla ahora. “Sus bienes” provienen de su venida a la tierra y de su obra en la cruz; conforme a Su sabiduría los confía a cada uno de sus siervos para que los valoren durante su ausencia; a su regreso, él recibirá el provecho. Tenemos aquí, pues, otro aspecto de la conducta y la responsabilidad de los que esperan al Señor. En el capítulo

24 vimos el servicio del siervo, que tiene por tarea alimentar a los que habitan la casa con él. La parábola de las vírgenes habla de la luz de la vida divina que debe brillar en vista del regreso de Cristo. Aquí se trata de los bienes que la gracia nos trajo. Debemos hacerlos fructificar en este mundo para el provecho del Señor.

A un siervo el Señor dio cinco talentos, a otro, dos, y a un tercero dio uno. A su regreso, mucho tiempo después, como los siervos tuvieron el tiempo de comerciar, el señor arregló cuentas con ellos. Los dos primeros habían duplicado las cantidades que les fueron confiadas. Por lo tanto, el señor dijo a cada uno de ellos: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (v. 21). Con Dios las recompensas sobrepasan infinitamente los servicios prestados. Dios siempre obra en gracia, aunque al mismo tiempo recompensa el trabajo hecho para él. “Sobre mucho te pondré” es una participación preciosa en el dominio del Señor, como en su gozo. Estos siervos habían gozado del amor de Dios y de su comunión mientras duró el trabajo. El conocimiento de la persona del Señor les procuró la energía necesaria para servirlo fielmente, de modo que su feliz parte no es solamente ser puesto sobre mucho, sino entrar en el gozo de Aquel que gozará también, de una manera infinita, del fruto del trabajo de su alma (Isaías 53:11).

¡Qué diferencia cuando el Señor se dirigió al que había recibido un talento! Este no hizo nada con lo que le fue confiado; lo escondió en la tierra. Fue perezoso, porque no conocía el carácter de su señor, aunque dijo: “Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo” (v. 24-25). No se podría hallar una apreciación más opuesta a la verdad en cuanto al carácter del Señor: este Maestro que vivió en la pobreza a fin de enriquecernos (2 Corintios 8:9); de cuya “plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Juan 1:16); el Hijo del Hombre que

“ No vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos (Mateo 20:28);

el Hijo del Padre, “manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29). Si este siervo realmente creía que debía rendir cuentas a un amo duro hubiera trabajado con energía para satisfacerlo. Solo el conocimiento de la gracia, cuya expresión en la tierra fue el Señor Jesús, puede proporcionar la energía para trabajar con celo e inteligencia en el servicio del Maestro. A pesar de todos los bienes que el Señor dejó en este mundo para su servicio, solo puede emplearlos a Su beneficio,

quien posee un conocimiento vital del Señor. De lo contrario, el talento está escondido en la tierra. Si se conoce a Cristo, su amor llena el corazón; da el celo y la inteligencia necesarios para trabajar para él. Si este amor falta, nada puede cumplirse y nos hacemos de Dios una falsa idea. Solo se puede conocer a Dios por medio de Cristo, quien lo reveló en su amor infinito. Sin este conocimiento hay desconfianza en Dios, algo que introdujo Satanás en el corazón del hombre el día de la caída, cuando le hizo creer que Dios no le daba toda la felicidad, porque lo privaba del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. El hombre creyó a Satanás y desde entonces tuvo una falsa opinión de Dios. Pese a que su conciencia le reprochaba sus faltas, no se humilló ante Dios, sino que le acusó de ser la causa de su desgracia. En su amor infinito, Dios quiso mostrar al hombre que, al contrario, él era el único capaz de dar la verdadera felicidad. En la persona de su Hijo unigénito, vino a la tierra trayendo el perdón y la paz. Pero, para conocerle de esta manera, es necesario aceptar a Cristo; pues si Cristo es rechazado, Dios lo es también, y el hombre permanece en su estado de pecado para siempre.

El Señor dice del siervo perezoso: “Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Y al siervo **inútil** echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (v. 28-30). El siervo perezoso es llamado “inútil” y es condenado como tal. Solo hay verdadera utilidad en lo que se hace para Cristo. Nada de toda la actividad humana, por hermosa y productiva que pueda ser o parecer, subsistirá en la eternidad, salvo lo que se hizo con el conocimiento vital de Cristo y para él. Únicamente podemos tener a Cristo por objeto si lo poseemos como nuestra vida.

El hecho de que el talento fue quitado a este hombre y dado al que tenía diez, comprueba el principio que quien es fiel recibe cada vez más. Cuanto más crecemos en el conocimiento y la obediencia a Dios, tanta más bendición recibimos, y esta bendición es una porción eterna en la presencia del Señor. Todos los beneficios del cristianismo del que el mundo religioso hace gala y se jacta, en contraste con las naciones todavía sumidas en la idolatría, le serán quitados un día, cuando los que conocieron y sirvieron al Señor entren en su gozo y reciban una bendición abundante y eterna.

¡Que todos podamos conocer cada vez más a Cristo, a fin de obtener, por este conocimiento, la capacidad de cumplir un servicio cuyos resultados serán eternos! ¡Escojamos, como María, la buena parte que no nos puede ser quitada, ni aquí, ni en la eternidad! (Lucas 10:42).

El trono del Hijo del Hombre

Cuando el Hijo del Hombre venga para liberar al remanente judío de las terribles persecuciones mencionadas en el capítulo 24, se sentará en su trono y juzgará a las naciones, a las cuales haya sido proclamado el Evangelio del reino (véase cap. 24:14). Este Evangelio invitará a los hombres a temer a Dios y a darle gloria (Apocalipsis 14:6-7), anunciándoles que al que deben reconocer como rey es al Señor que vendrá del cielo, y no a los soberanos impíos y poderosos que se levantarán entonces en la tierra, gracias al poder de Satanás.

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones”. Probablemente a este hecho se refiere el profeta Joel (cap. 3:2, 12). Además de las naciones reunidas ante él, se presenta otra clase de personas, aquellas que el Señor llama: “Mis hermanos más pequeños” (v. 40-45), a saber, los mensajeros que anunciarán el Evangelio del reino a las naciones que no hayan oído el Evangelio de la gracia durante la actual dispensación.

El Hijo del Hombre es comparado con un pastor que separa las ovejas de los cabritos. Pone las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Conoce a sus ovejas. Se distinguen de los cabritos porque recibieron a los mensajeros del Rey –quienes, soportando muchas privaciones, dolores y persecuciones, les trajeron el Evangelio del reino–, servicio que el Señor considera como si fuera prestado a él mismo. Así lo dijo a sus discípulos, cuando los envió a anunciar el mismo Evangelio (cap. 10:40, 42). “El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió... Y cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa”. El Señor toma en consideración todo lo que hacen a uno de los suyos, sea bueno o malo, como si fuese hecho a él mismo. Por eso dijo a Saulo, cuando lo detuvo en el camino a Damasco: “¿Por qué me persigues?”. Saulo no sabía que persiguiendo a los que creían en el Señor, perseguía al Señor en la gloria. Hoy aún sucede así a causa de la unión que existe entre Cristo y los suyos, ya que cada creyente es miembro del cuerpo de Cristo. Debemos, pues, manifestar a cada uno de ellos la benevolencia, el respeto, la consideración y el amor que son debidos al Señor. Porque nosotros también seremos manifestados en su presencia, aunque no al mismo tiempo que las naciones. Véase 2 Corintios 5:9-10: “Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables. Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo”.

A los que están a su diestra, el rey dirá: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo”. Preciosa bendición, favor que confiere disfrutar del reino del Hijo del Hombre. Estos benditos hallarán una felicidad perfecta en la tierra, donde, después de tantos sufrimientos, reinarán la justicia y la paz. Pero estos privilegios hacen resaltar la superioridad de los que los creyentes de hoy día ya poseen por la fe. Pertenecen a la Iglesia, que participará en este hermoso reinado como esposa del Rey, y no como súbdita de este reino. Los cristianos, además de ser benditos del Padre, son hijos de Dios. El Señor Jesús los identificó consigo mismo en la posición que ocupa actualmente como hombre resucitado y glorificado; así lo reveló a sus discípulos el día de su resurrección (Juan 20:17). Hoy nuestras bendiciones son espirituales y celestiales en Cristo, preparadas **antes** de la fundación del mundo (Efesios 1:3-4), mientras que el reino, heredad del pueblo bendecido en la tierra, está preparado **desde** la fundación del mundo, y durará solo mil años (Apocalipsis 20:6-7). Sin embargo, todos los creyentes que participen en el reinado de Cristo se hallarán también en la nueva tierra que esperamos todos, y eso para siempre, cuando la tierra y los cielos actuales hayan pasado (2 Pedro 3:13; Apocalipsis 21:1).

A aquellos que están a su derecha el Rey les recordará lo que hicieron por él:

“ Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí (v. 35-36).

Todo esto permite comprender las penosas circunstancias por las que pasarán los enviados del Señor para llevar el Evangelio a las naciones, en un tiempo de tinieblas en el que todos estarán unidos para oponerse al reinado de Cristo. Pero desde lo alto de su morada gloriosa, el Señor velará por ellos y apreciará todo lo que se haga en beneficio de cada uno de aquellos que él llama “sus hermanos”; a su tiempo serán manifestadas las consecuencias de la conducta de cada uno: los justos disfrutarán la bendición que les fue anunciada.

Ninguno de los justos creerá haber prestado tales servicios al Rey. No lo habían hecho por una recompensa. No habían pensado en el alcance de sus actos para con los hermanos del Rey. Pero el Señor, en su bondad, tendrá en cuenta hasta el menor servicio hecho para él, cumplido muchas veces sin brillo delante del mundo, tal vez despreciado por los hombres, pero apreciado por Dios quien discierne los motivos que hacen actuar. Son el fruto del amor por él, aunque el que actúa no se dé cuenta de ello. El día en que todo sea manifestado, Dios mostrará lo que tiene valor para su corazón. Nuestros más apreciados servicios por Cristo serán, sin duda alguna, aquellos cuyo

valor nos haya preocupado menos, pero que habrán sido el fruto natural del afecto por Cristo, puesto en práctica durante toda nuestra vida, en los más pequeños detalles, como asimismo los cuidados prodigados a los hijos de Dios en las circunstancias difíciles que atravesamos todos. Dicho en una palabra: todo lo que fue hecho para Su nombre.

A los que están a su izquierda, el Rey dirá: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis” (v. 41-43). Ellos tampoco sabrán cuándo tuvieron la posibilidad de hacer algo a favor del Rey. Perdieron la ocasión para siempre: al despreciar a los enviados del Rey, también a este despreciaron.

Ahora, como entonces, no hay nada atractivo para el corazón natural en el mensaje del Evangelio. El mundo y sus aparentes ventajas impulsan a despreciar tanto la buena nueva de la salvación como a aquellos que la anuncian. Pero, el día del Señor se acerca; pronto todo será manifestado en la luz y muchos desearán haber actuado de otra forma. Porque, en aquel día, ¿para qué servirán los placeres y las ventajas mundanales? ¿Cuál será el valor de los razonamientos humanos que parecieron más sabios que la Palabra de Dios? Será demasiado tarde para volver atrás. El tiempo habrá pasado. Será inútil declarar que uno ya no es más incrédulo y reconocer que su propia sabiduría no era más que locura. De nada servirá el arrepentimiento en el día del juicio. A todos los que estén a la izquierda del Rey, se les dirá: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (v. 41). Toda protesta será en vano, pues no aprovecharon a su debido tiempo la ocasión ofrecida por Dios. Sea el Evangelio de la gracia que se predica hoy día, o el Evangelio del reino que se proclamará en un futuro, hay que recibirlo cuando es presentado.

Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones



(Hebreos 3:7-8).

Esta escena de juicio termina con las siguientes palabras: “E irán estos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (v. 46). Solemne declaración para los condenados, respuesta sencilla y clara a los que niegan las penas eternas, pero que a la vez admiten la felicidad eterna para los que creen. Porque, si la expresión “eterno” se aplica a la vida, también se aplica, necesariamente, al castigo. Negar una, es negar la otra.

Observemos cuán grande y maravillosa es la bondad de Dios. Ha preparado para el hombre un reino futuro de gloria y de felicidad en esta tierra, aunque conocía de antemano su estado de pecado y de rebelión contra él; ha preparado también una eternidad de dicha para todo creyente, pero no reservó ningún lugar de desdicha funesto para el hombre. El fuego eterno fue destinado al diablo y sus ángeles. Aquellos que escuchan la voz del Señor mientras ofrece la salvación, van con él a la gloria eterna; pero los que escuchan a Satanás irán con él a los tormentos eternos. ¿Quién podrá acusar a Dios de ser la causa de su desgracia, como lo dicen a menudo, pero equivocadamente, hombres insensatos? Todos merecemos el castigo eterno por nuestros pecados. Pero Dios preparó un lugar de felicidad en la gloria de su presencia, y hace saber a todos los hombres que pueden tener acceso a él por la fe.

Por su parte, el diablo, homicida y padre de mentira, engaña a las almas apartándolas de Dios y de su Palabra, con el fin de precipitarlas en la desgracia eterna. Cada uno estará en la eternidad con aquel a quien haya escuchado. ¿Dónde estará usted?

Observemos que este juicio de ningún modo es el juicio final, como se enseña a menudo. Este último se halla descrito en el capítulo 20 del Apocalipsis, versículos 11 a 15. Tendrá lugar cuando el cielo y la tierra hayan pasado. Es el juicio de los muertos; el que vimos en este capítulo es un juicio de vivos. Delante del gran trono blanco solo comparecerán los que murieron en su estado de pecado; habrán resucitado para presentarse ante Dios y ser juzgados según sus obras. Ninguno de aquellos cuyos nombres se hallan escritos en el libro de la vida aparecerá allí, porque todos aquellos que durmieron en Cristo resucitaron antes del reinado de los mil años. En cambio, el juicio en el cual las naciones que estén en la tierra estarán reunidas delante del Hijo del Hombre, tendrá lugar al principio del reino milenar. Ello con el propósito de quitar de la tierra a aquellos que no tienen ningún derecho de disfrutar del reinado de Cristo, porque rehusaron el mensaje que les ofrecía la entrada al reino.

Capítulo 26

Jesús anuncia su crucifixión

“Cuando hubo acabado Jesús todas estas palabras, dijo a sus discípulos: Sabéis que dentro de dos días se celebra la pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado”.

Los discursos del Señor en público han terminado. De antemano había dicho: “He anunciado justicia en grande congregación” –la congregación de Israel– “no refrené mis labios” (Salmo 40:9). Cumplió su servicio de una manera perfecta; y si no hubiera dicho, como el siervo hebreo que le servía de modelo:

“ Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre
(Éxodo 21:5),

podría haber subido al cielo sin pasar por la muerte. Porque el pecado, cuyo salario es la muerte, no estaba en él. El Señor Jesús podía presentarse ante Dios tal como era, en una perfección absoluta. Pero quería glorificar a Dios por su muerte, a fin de salvar a su esposa, la Iglesia, y a los creyentes de todas las épocas. Quería cumplir hasta el fin la voluntad del Padre, quien deseaba salvar al pecador por medio de los sufrimientos expiatorios de su Hijo unigénito. Unido a Dios en sus consejos y en su amor, Jesús iba a ofrecerse como víctima para que estos consejos de gracia pudieran cumplirse. Iba a entregarse, para ser crucificado, en manos de hombres sin corazón y sin conciencia, cual cordero que, llevado al matadero, no abre su boca (Isaías 53:7).

Jesús anunciaba a sus discípulos, con una serenidad digna de él, lo que sucedería, porque, como víctima voluntaria, tenía el conocimiento divino de todas las cosas.

La reunión en casa de Caifás

Los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo, reunidos en la casa del sumo sacerdote Caifás, tuvieron consejo para prender con engaño a Jesús y darle muerte. Con todo, no durante la fiesta, porque temían a las multitudes que acudían a Jerusalén para la Pascua. Ellas, habiendo sido testigos de la bondad y potestad de Jesús a su favor, aunque no creían en él como Mesías, al menos lo tenían por profeta (cap. 21:46).

Estos jefes desdichados querían cumplir los designios de su maldad sin ser molestados por la oposición de los que habían aprovechado todos los beneficios de su víctima. Pero, independientemente de la voluntad de ellos, Dios quería que el arquetipo del cordero pascual fuese crucifi-

cado en la misma fiesta de la Pascua, fiesta que desde entonces no tenía más razón de ser. Como lo veremos más adelante, esta prudencia de nada les sirvió. Los sucesos se precipitaron; Jesús fue entregado y desgraciadamente, nadie intervino a su favor.

Jesús en casa de Simón el leproso

Desde hacía varios días Jesús recorría el camino de Jerusalén a Betania para pasar la noche allí (Juan 12:1; Mateo 21:17; Marcos 11:11-12, 19-20, 27). En ese lugar su corazón encontraba un refugio apacible, disfrutaba del afecto de Lázaro y de sus hermanas. Notamos que allí también encontraba a un tal Simón, llamado “el leproso”, a quien sin duda Jesús había sanado de la lepra. ¡Cuán valioso era para el Señor este afecto, mientras el odio de los hombres contra él ganaba todos los corazones y se conspiraba para darle muerte en la misma ciudad que hubiera debido aclamarlo como rey! Este precioso Salvador, sabiendo todo lo que se tramaba contra él, sentía dolorosamente el odio de que era objeto. Por eso, gozaba tanto más profundamente del afecto que se le tributaba en Betania. Su corazón humano necesitaba simpatía y la apreciaba según la perfección de su naturaleza.

Jesús se hallaba, pues, en la casa de Simón. Sabemos por el relato de Juan que allí le habían preparado una cena en la cual Marta servía y Lázaro era uno de los convidados (Juan 12:2). Una mujer, María, hermana de Marta, trajo un vaso de alabastro lleno de un perfume de gran precio, y lo derramó sobre la cabeza de Jesús mientras estaba a la mesa. ¡Qué contraste ofrece esta escena con lo que se conspiraba en Jerusalén, en casa de Caifás! ¡Allí tomaban las medidas necesarias para dar muerte a quien, en casa de Simón, se manifestaba tanto afecto, junto al honor más grande! Nos place pensar en lo que el Señor sentía en aquella circunstancia, gozando la simpatía y el afecto de algunas personas influenciadas por la gracia que él mismo había mostrado hacia ellas. Entre los corazones que sabían gozar un poco de su persona, el de María ardía con un amor sin igual hacia él en aquel momento, amor que la llevó a cumplir un acto cuyo alcance sobrepasaba su inteligencia, y que solo el Señor comprendió y apreció. Los mismos discípulos no discernían los motivos que condujeron a esta mujer a derramar sobre su Maestro un perfume de tanto precio. Indignados, dijeron: “¿Para qué este desperdicio? Porque esto podía haberse vendido a gran precio, y haberse dado a los pobres” (v. 8-9). ¡Pobres discípulos! ¡A qué distancia se hallaban de la comunión que existía entre Jesús y María, comunión que instruía los pensamientos de esta piadosa mujer! Para ellos, esta honra hecha al Señor era una pérdida, un sacrificio inútil; a

sus ojos los pobres tenían más valor que Jesús. ¡Cuán cierto es que el amor por Cristo es el camino verdadero de la inteligencia espiritual! ¡Qué herida debió producir esta apreciación carnal en el corazón de Jesús, como en el de María! Por eso Jesús les dijo:

“ ¿Por qué molestáis a esta mujer? pues ha hecho conmigo una buena obra. Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis. Porque al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura (v. 10-12).

El creciente odio de los judíos para con Jesús pesaba tanto sobre el corazón de María que su amor por él ardía cada vez más. El desprecio de que era objeto el Señor, y que iba a llegar a su colmo, la invitaba a honrarle públicamente. Por eso Mateo indica que el perfume fue derramado sobre su cabeza. María sabía que Aquel a quien se iba a dar muerte era su Rey. Los judíos lo coronarían de espinas, pero ella ungió con perfume esa cabeza real, y ya que la realeza de Cristo no podía establecerse sin que pasase por la muerte, él aceptó ese perfume para su sepultura. Solo María pudo embalsamar el cuerpo del Señor; pues, cuando las otras mujeres fueron al sepulcro con las especias aromáticas que ellas habían preparado en vista de este servicio, Jesús ya había resucitado (Lucas 24:1).

El acto de María era único en la maravillosa historia de Jesús en la tierra, considerando el momento en que ella lo cumplió y el amor del cual brotó. El Señor lo estimó tan importante, que dijo: “De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que esta ha hecho, para memoria de ella” (v. 13). Este hecho se ligaba a tal punto a la muerte de Cristo, base del Evangelio predicado en el mundo entero, que anunciándolo en todas partes, se hablaría del acto de María. “Yo honraré a los que me honran”, dice Jehová (1 Samuel 2:30).

Hoy todavía tenemos la oportunidad de mostrarle al Señor que lo amamos, porque vivimos en un mundo donde se acrecientan cada vez más el odio y el desprecio contra él. ¡No temamos, pues, afirmar nuestro afecto por la persona gloriosa de Aquel que murió para salvarnos! ¡Rindámosle testimonio y demos a conocer a todos el valor que tiene para nosotros! Para hacerlo, nuestros corazones deben estar llenos de su amor; para que lo estén, ocupémonos de él. Aprendamos a sus pies, allí donde María tuvo un conocimiento tan íntimo de él mismo, donde su amor se desarrolló de tal manera que la hizo capaz de honrar a Jesús en una ocasión única, lo que tuvo tanto valor para Su corazón, mientras que los discípulos no podían comprender el alcance de aquel acto.

Judas vende a su Maestro

Judas también asistía a esta escena conmovedora. Pero su corazón, endurecido por el amor al dinero y fingiendo piedad por los pobres, lo había hecho absolutamente extraño a lo que sucedía. Mientras que para María, Jesús tenía un inmenso valor, Judas solo veía en él un medio de procurarse dinero, cosa terrible de comprobar y que nos muestra hasta dónde uno puede llegar tolerando en sí mismo inclinaciones malas, en vez de juzgarlas para ser liberado de ellas. Si alimentamos nuestras concupiscencias, aunque podamos dominarlas por algún tiempo, el mal se fortalece en el corazón; llega el momento en que, vencidos por el pecado, nos convertimos en esclavos del que nos venció (2 Pedro 2:19). Nos volvemos un miserable juguete de Satanás, quien toma entera posesión de aquel que se dejó fascinar por los encantos de la codicia. Esto fue precisamente lo que sucedió con Judas: “Y entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote” (Lucas 22:3). Después de poner en su corazón la entrega del Maestro (Juan 13:2), Satanás entró en él con el fin de que cumpliera su acto. Satanás procede de igual manera con todos los criminales. Sin temor de Dios, sin la educación cristiana y moral que disfrutaban muchos de nuestros lectores, estos desdichados no tratan de reprimir sus inclinaciones naturales por el mal, y Satanás, el homicida, los conduce a cometer esos crímenes de los cuales nos enteramos con mucha frecuencia. Un asesino que terminó su vida en el patíbulo, en su juventud, encontraba satisfacción haciendo sufrir a los animales. No luchó contra ese endurecimiento frente al sufrimiento y fue conducido al crimen. Es importante resistir a las malas inclinaciones de nuestro corazón natural desde el momento en que se manifiestan, a fin de que no seamos el blanco de Satanás cuando halle la oportunidad favorable para hacer caer y hasta perder, si es posible, a quien lo escuchó. Una vez llegado allí, el diablo ha terminado su obra. Ni él ni aquellos de los cuales pudo servirse para cumplir sus propósitos tienen la menor compasión de su víctima, como lo comprobamos en el caso de Judas (cap. 27:3-6).

Bajo el dominio de Satanás, Judas abandonó a Jesús y a sus discípulos y fue a los principales sacerdotes para informarse del precio que le sería pagado si les entregase a Jesús. En el acto, ellos le asignaron treinta piezas de plata, el precio de un esclavo (Éxodo 21:32). Para los jefes, Jesús no valía más. “Hermoso precio con que me han apreciado”, dice el Señor en Zacarías 11:12-13. “Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarle” (v. 16). Su ceguera fue completa hasta que cumplió su crimen, luego de lo cual sus ojos se abrieron sobre lo que había hecho, pero ya era demasiado tarde, ¡eternamente tarde!

La última pascua

Llegado el momento de celebrar la pascua, los discípulos preguntaron a Jesús dónde quería que la prepararan. Él les dijo: “Id a la ciudad a cierto hombre, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa celebraré la pascua con mis discípulos. Y los discípulos hicieron como Jesús les mandó, y prepararon la pascua” (v. 18-19). Aquel que iba a presentarse como el verdadero Cordero pascual, el Cordero de Dios, disponía de su omnisciencia divina y de su autoridad como Maestro para que sus discípulos hallasen el lugar donde tomaría con ellos su última comida. Lleno del momento que se acercaba, mandó decir al dueño de la casa: “Mi tiempo está cerca”. ¡Cuántos pensamientos se oprimían en ese corazón humano capaz de sondear todo divinamente: la muerte, la traición, la negación de Pedro, el odio de su amado pueblo, a quien habría querido juntar y bendecir, y tantas otras cosas dolorosas! ¡Pero qué amor en ese corazón perfecto! Amor divino que superó todo en ese camino de dolor, a fin de glorificar a Dios haciendo posible la salvación de los pecadores. “

“ Cuando llegó la noche, se sentó a la mesa con los doce. Y mientras comían, dijo: De cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar (v. 20-21).

Jesús sabía que sería Judas. Pero quería sondear el corazón y la conciencia de cada uno de los discípulos y hacerles sentir lo penoso que era para él pensar que **uno de ellos** lo traicionaría. Uno de aquellos con quienes había cumplido su ministerio de amor y de poder y para quien el mismo amor había sido manifestado. “Uno de vosotros”, estas palabras debían traspasarles el corazón. “Y entristecidos en gran manera, comenzó cada uno de ellos a decirle: ¿Soy yo, Señor?” (v. 22). Los discípulos, excepto Judas, estaban tan lejos de pensar en tal cosa que se remitían al conocimiento del Señor para saber cuál era. Jesús respondió: “El que mete la mano conmigo en el plato, ese me va a entregar. A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido” (v. 23-24). Por un lado, los consejos de Dios debían cumplirse; pero por el otro, los instrumentos de la maldad del corazón humano contra Dios son responsables de sus actos y soportarán las consecuencias. Para Judas, y, ¡desgraciadamente!, para tantos otros, les hubiera sido mejor no haber nacido. Judas dijo: “¿Soy yo, Maestro?”, y el Señor le respondió: “Tú lo has dicho” (v. 25). Ni esta afirmación ni el hecho de comer el bocado mojado en el plato (que se daba

a un convidado como prueba de particular afecto), hizo vacilar al traidor. Satanás había tomado posesión de él. El evangelio de Juan nos dice que después de eso, Judas salió y fue a buscar a los que debían prender a Jesús (Juan 13:30).

La institución de la Cena

Mientras estaban sentados a la mesa, Jesús, preocupado por los suyos, instituyó el memorial de su muerte. Estaban comiendo la última pascua. Esta, instituida como recuerdo de la liberación del juicio de los primogénitos de Egipto, era el tipo del sacrificio del Cordero de Dios, “cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros” (1 Pedro 1:19-20). Por consiguiente, la pascua no tenía más razón de existir. En lugar de un acto que tipificaba un sacrificio que debiera cumplirse en tiempos futuros, Jesús dejaba a los suyos un **recuerdo** de sí mismo, muerto para liberarlos del juicio eterno.

“ Mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: bebed de ella todos (v. 26-27).

El cuerpo, representado por el pan partido, y la sangre, representada por el vino, significan la muerte, porque la sangre separada del cuerpo es la muerte. Los creyentes recuerdan, pues, hasta que él venga otra vez, a un Cristo que murió.

¡Cuántos recuerdos evocan el pan y la copa en aquellos que tienen el privilegio de tomar parte en ellos! El corazón se traslada a ese momento supremo en el cual su Señor y Salvador pasaba por la muerte ignominiosa de la cruz, padeciendo en manos de hombres inicuos, y sufriendo de parte de Dios el juicio que nosotros merecíamos eternamente. En presencia de las señales que hablan de la muerte de Jesús, todo su amor, manifestado en esa entrega a la muerte, vuelve al pensamiento. Este memorial recuerda también el hecho de que el Señor no halló aquí más que el desprecio, los sufrimientos y la muerte por parte de sus criaturas. Él, el Hijo de Dios, el Rey de los reyes, el Señor de los señores, el Juez de los vivos y de los muertos. Reconociendo, pues, todas sus glorias y todos sus derechos, en medio de un mundo que sigue rechazándolo, sus rescatados lo recuerdan. Esperan su regreso para recogerlos con él, sabiendo, además, que pronto volverá a aparecer en gloria con todos ellos, para establecer su reino y recibir la honra que su pueblo y todas las criaturas le deben.

Al presentar la copa, el Señor añadió:

“ Esto es mi sangre del pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados (v. 28; N. T. griego-español).

En Sinaí Dios hizo con Israel un pacto, confirmado por la sangre de las víctimas inmoladas (Éxodo 24:8; Hebreos 9:20), por el cual el pueblo se comprometió a hacer todo lo que Jehová le había mandado (Éxodo 19:5-8). Pero el pueblo, por su desobediencia, faltó a su palabra: Ellos “traspasaron mi pacto, y se rebelaron contra mi ley” (Oseas 8:1), y todas las bendiciones que habrían resultado de su fidelidad, desaparecieron. Además, cuando el Mesías les fue presentado, le dieron muerte. Por eso el pueblo de Israel, al igual que todo hombre, con base a su responsabilidad, no tiene derecho a nada de parte de Dios, sino al juicio. Pero, según la gracia infinita de Dios, Cristo, satisfaciendo la justicia divina, estableció mediante su muerte los principios sobre los cuales Dios podía salvar al pecador y dar a Israel las bendiciones imposibles de obtener con el antiguo pacto. “He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; no como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo... y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades” (Hebreos 8:8-12; véase también Jeremías 31:31-34). Si Dios puede decir tales cosas respecto a su pueblo terrenal, es en virtud de la muerte de su Hijo, cuya sangre satisfizo plenamente la justicia. Por eso, al presentar la copa a los discípulos, el Señor dijo: “Esto es mi sangre del nuevo pacto”. Así, los discípulos tenían en la copa la garantía de las bendiciones de Israel, mientras esperaban su cumplimiento. Pero esta sangre no fue derramada solamente por Israel, sino “que por **muchos** es derramada para remisión de los pecados”, es decir, para todos los que en cualquier lugar se colocan, por la fe, bajo el beneficio de esta sangre. El pacto fue hecho con Israel, no con los cristianos; sin embargo, la misma sangre limpia los pecados de unos y otros. Cuando alguien participa de la cena, lo hace porque sus pecados son perdonados, recordando al Señor, quien murió en su lugar. Por eso el que no posee el perdón de sus pecados no debe tomar la cena; en cambio, los que son salvos no deben privarse de este privilegio, el cual responde, al mismo tiempo, al deseo expresado por el Señor la noche que fue entregado.

Jesús todavía añadió: “Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre” (v. 29). El fruto de la vid, el vino, el emblema del gozo de Dios y de los suyos, no pudo beberse con Israel según la carne, porque este no procuró ningún gozo al corazón de Dios; pero este gozo tendrá su realización en el milenio. El Señor, hablando del “fruto de la vid”, hacía alusión a la copa que se tomaba con la pascua, y que simbolizaba el gozo (véase Lucas 22:17-18); esta era diferente a la copa de la cena, emblema de la sangre del Señor. Jesús dijo: “No beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba **nuevo** con vosotros en el reino de mi Padre”. Jesús llevará a cabo este gozo con sus discípulos en el cielo, en el reino del Padre, de una **manera nueva**, y no en esta tierra como los discípulos lo esperaban, gozo que sí experimentarán aquellos que disfruten del reinado de Cristo en la tierra.

“Y cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos” (v. 30).

Una advertencia a los discípulos

Para ir al monte de los Olivos era necesario salir de la ciudad, descender hasta el torrente de Cedrón y subir la colina enfrente de Jerusalén. En vez de dejarse agobiar por el peso de todo lo que le esperaba, Jesús aprovechó el tiempo de la marcha hacia Getsemaní para advertir a los discípulos lo que sucedería.

La profecía de Zacarías iba a cumplirse:

“**Hiere al pastor, y serán dispersadas las ovejas**
(Zacarías 13:7).

Él, el buen Pastor, había cuidado de sus ovejas, las había llamado por su nombre, yendo delante de ellas. Pero para que ellas tuvieran la vida, él debía morir por ellas, debía ser herido en su lugar. Cuando estas pobres ovejas, débiles, ignorantes y temerosas, viesen al Pastor herido, se dispersarían, como un rebaño asustado abandona a su conductor. Pero él, el buen Pastor que iba a dar su vida por sus ovejas, pensaba en ellas y les señaló un centro de reunión donde pudieran encontrarse una vez que la muerte fuese atravesada y vencida, cuando él resucitase. El Pastor precedería a su rebaño en Galilea.

Aunque muy unido al Señor, Pedro se apoyaba en el amor que tenía por Él, en vez de desconfiar de sí mismo y dejar a Dios el cumplir lo que su amor le sugería. Pedro respondió, pues, a Jesús: “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré” (v. 33). ¡Pobre Pedro!, no sabía

que su “yo”, con el cual contaba para manifestar a Jesús su gran afecto, iba a ponerlo en el camino de la derrota. Jesús le dijo: “De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Pedro le dijo: Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo” (v. 34-35). Pedro, muy particularmente, tenía que aprender, como cada uno de nosotros, que si tenemos el deseo de ser fieles y dedicados al Señor, no podemos confiar en nuestras propias fuerzas. La fuerza no se halla en los deseos de la nueva naturaleza. Hay que buscarla, con el sentimiento de nuestra debilidad, en Aquel que produce el querer y el hacer por su buena voluntad (Filipenses 2:13). Si no desconfiamos de nosotros mismos, Dios puede permitir que caigamos como Pedro, a fin de que experimentemos lo que su Palabra nos dice en cuanto a nuestra propia capacidad. De haber escuchado Pedro las advertencias del Señor, se habría asustado de lo que era capaz de hacer y habría buscado el socorro en Dios. En lugar de ello, afirmó que iría con el Señor hasta la muerte, cayendo frente a la primera acometida. ¡Dios quiera que esta lección, tan humillante y dolorosa para Pedro, también nos sea útil!

Getsemaní

Cuando llegó a Getsemaní, Jesús dijo a sus discípulos: “Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro” (v. 36). Jesús sentía la necesidad de retirarse para desahogar su corazón delante de su Padre en esa hora solemne. Sin embargo, tomó consigo a los tres discípulos que habían asistido a la escena de la transfiguración, Pedro, Juan y Santiago, para buscar en ellos alguna simpatía. Lleno de tristeza y de angustia, les dijo: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo” (v. 38). Este precioso Salvador, en su perfecta humanidad, estaba agobiado por el pensamiento de la muerte que se acercaba con todo su horror, proyectando sobre el alma pura y santa del Señor su aterradora sombra. Pero, tan dolorosa era la opresión de las sombras de esa muerte, que dejó a sus tres compañeros y se adelantó para presentar a su Padre la oración a la que nadie podía unirse, pues ¿quién podía comprender las ansias de tal momento? Entonces se postró sobre su rostro, diciendo: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (v. 39). En aquel momento supremo, se trataba de aceptar la copa de la cólera divina que nosotros merecíamos, es decir, la muerte, como juicio de Dios. Satanás aprovechó la ocasión para hacer pesar sobre el alma de nuestro adorable Salvador todo el horror que lo esperaba en su camino de obediencia hasta la muerte. Su alma pura y santa deseaba que la hora terrible de la muerte pasara de él; y por otro lado, sus perfecciones solo podían hacer que aceptase ir hasta el fin cumpliendo así la voluntad de su Padre. Después de haber orado, Jesús

volvió a sus discípulos y los halló durmiendo. En su divina bondad, dijo a Pedro: “¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?” (v. 40). Esta observación debería haber conmovido el corazón de Pedro, y hacerlo vigilante. Luego, añadió:

“ Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil (v. 41). ”

Jesús no les pedía que velasen con él, sino por sí mismos a fin de que, conscientes de su debilidad, no se expusieran a una prueba que no podrían soportar. El Señor sostenía solo la lucha en la que Satanás no escatimaba ningún esfuerzo para hacerlo retroceder delante de la obra por medio de la cual Él, la “Simiente de la Mujer”, debía herirle la cabeza (Génesis 3:15). Jesús se apartó nuevamente y dijo a su Padre por segunda vez: “Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad” (v. 42). Y cuando volvió a los discípulos, los encontró durmiendo de nuevo. Esta vez no les dijo nada; no esperaba nada más de ellos. Así se cumplió lo que está escrito en el Salmo 69:20: “Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé”.

“Y dejándolos, se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras”. En aquellos momentos, en los que Jesús se hallaba agobiado por una tristeza mortal, sucedió lo que está escrito en Hebreos 5:7: “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte...”. ¿Quién sondeará las angustias y los dolores de este amado Salvador, a quien Satanás presentaba todos los horrores de la muerte para apartarlo de la obra que había emprendido, sin que pudiera ni desear la muerte ni substraerse a la voluntad de su Padre? Allí, como en la tentación al principio de su ministerio, la obediencia lo condujo a la victoria. Jesús tomó la copa, no de la mano de Satanás, sino como él lo dice en Juan 18:11, de la mano de su Padre. Por consiguiente, con perfecta serenidad, volvió otra vez a sus discípulos y les dijo: “Dormid ya, y descansad. He aquí ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores. Levantaos, vamos; ved, se acerca el que me entrega” (v. 45-46). Tendrán reposo. ¡Qué palabras de gracia!, las que también son para nosotros. ¡De aquí en adelante los culpables podrían disfrutar del reposo, porque el justo, el inocente, iba a sufrir la muerte que ellos merecían!

Vemos, pues, en esta escena de Getsemaní, lo que Jesús sufrió en presencia de la muerte que Satanás le presentaba con todos sus terrores, como juicio de Dios. ¡Gracias sean dadas a Dios y gloria al Señor Jesús! Él obedeció; su amor fue más fuerte que la muerte, amor que las muchas

aguas no podían apagar (Cantares 8:7), ni siquiera las de la angustia de la muerte ignominiosa que Jesús iba a sufrir. Porque si este amor no hubiera vencido cuando nuestra salvación estaba en juego, por decirlo así, todos estaríamos perdidos.

Ahora a él, un ser santo y perfecto, el Hijo de Dios, el Hijo del Hombre, le restaba atravesar esta muerte en su terrible realidad. Marchaba hacia esa hora; el traidor se acercaba.

El arresto de Jesús

¡Qué contraste entre la escena en que la gloria de Jesús brillaba en medio de las nubes de sombra de muerte, donde sus perfecciones triunfaban en la obediencia, y la que es presentada en estos versículos, donde vemos a Judas, esclavo del poder de Satanás, cumpliendo el más infame crimen por treinta piezas de plata! Mientras todavía hablaba Jesús con sus discípulos, a los cuales había debido despertar, llegó Judas, “y con él mucha gente con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo”. ¡Cuán inútiles eran aquellas armas para prender a aquel que se ofrecía a sí mismo a Dios, como cordero “llevado al matadero”! (Isaías 53:7). Pero ninguno de ellos lo conocía como tal, porque si lo hubieran conocido, “nunca habrían crucificado al Señor de gloria” (1 Corintios 2:8). Consumando su traición, Judas se acercó a Jesús y le dijo: “¡Salve, Maestro!” (v. 49), y le dio aparatosamente (N. T. interlineal griego/español) el beso de traición que lo señalaba a esa cuadrilla inicua. Con toda dignidad, Jesús le dijo: “Amigo, ¿a qué vienes?” (v. 50), otras palabras adecuadas para sondear a Judas. Entonces los que le seguían prendieron a Jesús. Uno de sus discípulos –sabemos que fue Pedro (Juan 18:10)– sacó su espada, y con ella hirió al siervo del sumo sacerdote cortándole la oreja. Pedro quería mostrar que podía defender a su Maestro, antes de que este fuera a la muerte, como lo había dicho; en cambio, el Señor no abrió su boca (Isaías 53:7), porque si la hubiera abierto para su defensa, habría exterminado a sus enemigos. Por el contrario, dijo a Pedro: “Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?” (v. 52-54).

Las perfecciones de Jesús brillaban con todo su esplendor en medio del cuadro oscuro del corazón del hombre, tal como se presenta en los que lo rodeaban: Judas, completamente entregado en las manos de Satanás; la muchedumbre ciega, armada contra su bienhechor; los discípulos absolutamente extraños a todo lo que concernía a Jesús. Y, en medio de ellos, estaba él para cumplir lo que dicen las Escrituras, con toda la serenidad y la dignidad de su persona. Respondió

con mansedumbre y firmeza tanto a Judas como a Pedro y a esa multitud, en medio de la cual había vivido derramando beneficio sobre beneficio, y a la que intentaba hacer sentir su extravío, diciendo: “¿Cómo contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Cada día me sentaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis. Mas todo esto sucede, para que se cumplan las Escrituras de los profetas” (v. 55-56). Jesús les mostraba que a pesar de la maldad y de la ignorancia que los caracterizaban, él estaba allí para cumplir las Escrituras, sometiendo a todo, pero sufriendo profundamente por la actitud de cada uno de ellos respecto a él.

Cuando los discípulos vieron preso a Jesús, lo dejaron y huyeron. El Hijo del Hombre era entregado en manos de los pecadores.

La comparecencia ante Caifás

Mientras Judas conducía su banda para prender a Jesús, los escribas y los ancianos reunidos en casa de Caifás, el sumo sacerdote, esperaban el resultado de esta criminal expedición. Llegaron, pues, los que prendieron a Jesús, acompañados por la multitud, y llevaron al Señor a Caifás, que presidía el siniestro consejo. Detrás del cortejo iba Pedro, siguiendo de lejos. Quería cumplir su palabra y seguir a Jesús hasta la muerte, cuando hubiera debido apartarse y orar a fin de no caer en tentación. En vez de esto, entró en el patio del sumo sacerdote, desde donde podía ver lo que sucedía ante Caifás. “Se sentó con los alguaciles, para ver el fin” (v. 58).

Todo el sanedrín (consejo y tribunal supremo del pueblo judío) tenía la determinada intención de dar muerte a Jesús. Solo hacía falta hallar un motivo para encubrir su odio. No sabiendo de qué acusarlo, introdujeron falsos testigos contra él, pero no encontraron nada que pudiera condenarlo. Al fin, dos de ellos declararon: “Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo”. Juan 2:19-22 demuestra la falsedad de esta afirmación. El sumo sacerdote se levantó y dijo a Jesús:

“ ¿No respondes nada? ¿Qué testifican estos contra ti? Mas Jesús callaba (v. 62-63).

Jesús abrió la boca cuando fue necesario dar testimonio de la verdad respecto a su persona; pero no se defendió contra un testimonio falso. Entonces, irritado por este silencio, Caifás le dijo: “Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios. Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del

poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo” (v. 63-64). En efecto, Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios; pero, como fue rechazado como tal, llegaría el día en que su pueblo lo vería como Hijo del Hombre viniendo en las nubes del cielo con poder y gran gloria (cap. 24:30; Apocalipsis 1:7). Al oír este testimonio, Caifás rasgó sus vestiduras, y dirigiéndose al consejo, dijo: “¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? He aquí, ahora mismo habéis oído su blasfemia. ¿Qué os parece?” (v. 65-66). La respuesta deseada no tardó mucho: “¡Es reo de muerte!”. La sentencia, planeada desde hacía mucho tiempo por los judíos, era pronunciada. Desde entonces no hubo más consideraciones para con el condenado; estos hombres, los dignatarios de la nación, dieron rienda suelta a su odio y a su desprecio contra Jesús. Con una bajeza vulgar, le escupieron en el rostro, le dieron bofetadas; otros lo hirieron diciendo: “Profetízanos, Cristo, quién es el que te golpeó” (v. 68). Jesús permaneció tranquilo y silencioso en medio de esta escena, juzgándolo todo, sintiéndolo todo y sabiéndolo todo. Realizaba lo que el apóstol Pedro, testigo de estos ultrajes, dijo de él: “El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 Pedro 2:22-23). En estos versículos Pedro presenta a Jesús como modelo. ¡Que todos nosotros lo imitemos!

La negación de Pedro

Mientras Jesús estaba ante Caifás, otra escena tenía lugar en el patio donde se hallaba Pedro. Una criada se le acercó, diciendo: “Tú también estabas con Jesús el galileo. Mas él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices”. Luego le vio otra criada, y dirigiéndose a los que estaban presentes, les dijo: “También este estaba con Jesús el nazareno. Pero él negó otra vez con juramento: No conozco al hombre. Un poco después, acercándose los que por allí estaban, dijeron a Pedro: Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre. Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco al hombre. Y en seguida cantó el gallo. Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente”.

¡Pobre Pedro! Amaba sinceramente a Jesús, pero confiaba demasiado en sí mismo, y no dedicó mucha atención a las advertencias del Señor (v. 31, 34, 40-41). Como no guardó estas palabras en su corazón, fue sorprendido por la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Testigo del odio de que era objeto su Maestro, el que entonces se manifestaba sin reparo, solo veía el peligro de

identificarse con Aquel a quien todos odiaban. Su “yo”, que no había discernido a través de sus buenas intenciones, temía mucho los esputos y las bofetadas; allí, pues, sin recursos espirituales, no se halló en condiciones de hacer otra cosa que protegerse, negando a su amado Señor.

El canto del gallo y el recuerdo de las palabras de Jesús (y, en Lucas 22:61, su mirada) disiparon súbitamente la niebla oscura y fría que lo había rodeado. La luz se hizo en su corazón; comprendió con amargura lo que acababa de hacer. Salió quebrantado y lloró amargamente por su terrible falta.

¿Quién de nosotros no ha conocido algo de esta amargura? ¿No hemos preferido, en muchas ocasiones, pasar inadvertidos como discípulos de Cristo? Sin proferir una negación maldiciendo, hemos evitado, más de una vez, manifestar que somos cristianos, discípulos de aquel que sufrió en manos de los hombres el oprobio, los golpes y tantos ultrajes, y de parte de Dios, su terrible cólera a causa de nuestros pecados. Cuando preferimos el favor del mundo, que no quiere nada de nuestro Salvador, al oprobio que se liga a su nombre, estamos negando al Señor. Entonces, ¿qué tristeza llena el corazón al pensar en Su amor que siempre es el mismo y que tan poco tomamos en cuenta! Un día todo se manifestará y veremos las consecuencias eternas de nuestra conducta en la tierra.

“ Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de este se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles
(Lucas 9:26).

Pensemos en el Señor y no en nosotros mismos, en su amor por nosotros y en la gloria en la que aparecerá con todos sus santos, a fin de ser guardados fieles y evitar la amargura de haberlo deshonrado. Sepamos, como Moisés, tener “por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón” (Hebreos 11:26).

Capítulo 27

El final de Judas

La muerte de Jesús se decidió en el conciliábulo celebrado en casa de Caifás después de su arresto. Pero la asamblea formada por los principales sacerdotes y los ancianos debía ratificar oficialmente la sentencia. Por lo tanto, desde la mañana, este consejo se reunió para pronunciar la condena de Jesús. La Palabra no dice lo que se hizo con él después de su comparecencia ante Caifás. Después de haberlo atado, lo entregaron a Pilato, el gobernador romano, quien solo podía ordenar su muerte y enviarlo al suplicio.

Cuando Judas vio a su Maestro condenado, sus ojos se abrieron ante el horror de su acción y, atormentado por un remordimiento inútil, devolvió las treinta piezas de plata confesando su iniquidad: “Yo he pecado entregando sangre inocente” (v. 4). Esta confesión encontró corazones tan endurecidos como el suyo; los principales sacerdotes y los ancianos no se inquietaban más por los remordimientos de Judas que por la inocencia de Jesús. Ellos le respondieron: “¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!”. Su designio se cumplía. No se ocupaban de otra cosa. Judas probablemente había pensado que Jesús escaparía cuando fueran a prenderlo, como lo había hecho varias veces, mientras que él disfrutaría de su dinero (véase Lucas 4:29-30; Juan 8:59; 10:39). Por eso, cuando vio que Jesús era condenado, la desesperación se apoderó de él, y después de arrojar el dinero en el templo, fue y se ahorcó. Había estado ciego, aunque seguía al Señor. Su avaricia permitió que su alma se volviera una presa fácil para Satanás. Al haber vendido a su Maestro, no halló compasión de parte de los hombres ni de Satanás, y privado de todo recurso, no le quedaba otro medio que el de precipitarse en el abismo, esperando el día en que debiera comparecer ante Aquel a quien vendió por treinta piezas de plata.

Los principales sacerdotes, gente escrupulosa pero sin conciencia, no quisieron que este dinero fuera al tesoro de las ofrendas, porque era precio de sangre. Decidieron comprar un campo, “el campo del alfarero”, para sepultar a los extranjeros. ¡Ah!, pero la separación de los extranjeros no tenía más razón de ser. Israel se elevó contra el Dios que lo había llamado de en medio de todas las familias de la tierra, y se asoció con los gentiles para rechazar a su Mesías. Dios iba a rechazarlo como pueblo y dispersarlo entre las naciones. La procedencia de este dinero hizo que este campo se llamase: “Campo de sangre”. Estos desdichados judíos cumplían así una profecía que deberían haber conocido: “Y tomaron las treinta piezas de plata, precio del apreciado, según precio puesto por los hijos de Israel; y las dieron para el campo del alfarero, como me ordenó el Señor” (v. 9-10; véase Zacarías 11:12-13).

Jesús ante Pilato

Jesús fue llevado atado ante Pilato, el gobernador romano, quien le preguntó: “¿Eres tú el Rey de los judíos? Y Jesús le dijo: Tú lo dices” (v. 11). Se comprende que los judíos lo hayan acusado ante Pilato de pretender la realeza. Era un buen medio para ganarse al gobernador y obtener de él una condena, porque Pilato debía mantener la autoridad imperial contra toda usurpación. Pero Jesús no negó su derecho al trono. Hizo lo que el apóstol Pablo llama su “buena profesión delante de Poncio Pilato” (1 Timoteo 6:13). Como esta confesión no hacía que Pilato lo condenara, los principales sacerdotes y los ancianos seguían acusándolo, pero Jesús no respondió nada. “Pilato entonces le dijo: ¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti?” (v. 13). Para sorpresa del gobernador, Jesús no le respondió ni una palabra. ¿De qué hubiera servido que se defendiera en aquel momento? Su vida entera había probado lo que era de parte de Dios en medio del pueblo, y nada convenció a los judíos. La maldad del hombre debía manifestarse plenamente por la muerte de Jesús, allí donde el amor de Dios también sería revelado.

Para agradar a los judíos, Pilato tenía por costumbre soltar a un preso en la fiesta de Pascua, al que quisiesen. Como estaba perplejo para pronunciar un juicio contra Jesús, pues no lo hallaba culpable, les propuso elegir entre Jesús y un preso famoso llamado Barrabás. Mientras Pilato estaba sentado en el tribunal, “su mujer le mandó decir: No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él” (v. 19). Dios quiso que un testimonio a la justicia de su Hijo fuese dado por una pagana en aquel momento, en presencia de aquellos que eran llamados “los suyos” y que no lo recibieron (Juan 1:11). Este testimonio aumentó el malestar de Pilato, pero los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a las multitudes que pidiesen a Barrabás, y que Jesús fuese muerto (v. 20). “Respondiendo el gobernador, les dijo: ¿A cuál de los dos queréis que os suelte? Y ellos dijeron: A Barrabás. Pilato les dijo: ¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo? Todos le dijeron: ¡Sea crucificado! Y el gobernador les dijo: Pues ¿qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aún más, diciendo: ¡Sea crucificado! Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá vosotros. Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos. Entonces les soltó a Barrabás; y habiendo azotado a Jesús, le entregó para ser crucificado” (v. 21-26).

Esta escena presenta un cuadro horrible del corazón natural del hombre. Vemos a los jefes del pueblo, hombres religiosos y escrupulosos, pero sin conciencia, movidos por un odio ciego y terrible contra el Dios que ellos pretendían servir. Estos jefes persuadieron a la multitud para que

pidieran a Pilato, en contra de la voluntad de este, la liberación de un ladrón antes que la de Jesús, cuyos cuidados habían aprovechado durante su ministerio de amor. Pilato, representante de la autoridad que Dios había confiado a los gentiles, aunque convencido de la inocencia de Jesús, no tuvo fuerza delante de los judíos; cedió a sus instancias, más preocupado por mantener su reputación en medio de un pueblo que lo odiaba a causa del yugo de Roma, que por ejercer justicia.

Se puede notar que, en su relato, Mateo hace resaltar la responsabilidad de los judíos en el rechazamiento de su Mesías. Sobre ellos, muy particularmente, pesa la culpabilidad de la muerte de Cristo. Ellos asumen voluntariamente las consecuencias, cuando dicen: “¡Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!”. Entonces, ¿podemos sorprendernos por todo lo que este pueblo ha sufrido y sufrirá hasta que se vuelva hacia Aquel “a quien traspasaron”? (Zacarías 12:10). Todas las atrocidades que han padecido los judíos desde la toma de Jerusalén hasta nuestros días son como el eco del grito dado delante de Pilato. Sin embargo, los gentiles tienen su parte de responsabilidad en la muerte de Jesús. El gobernador romano, que no conocía ni temía al Dios que le había dado su poder, hace uso de su autoridad solo para azotar y crucificar a quien sabe que es inocente, en vez de mantener la justicia delante del pueblo que debía someterse a él. Cree eximirse de su responsabilidad lavándose las manos, y echar toda la culpa sobre los judíos, pero ante Dios cada uno es responsable de sus propias acciones. Como la falta de Judas no disculpaba a los jefes, la de los judíos no disculpará a Pilato en el día del juicio. Cada uno será juzgado según sus obras y su propia responsabilidad.

Querer echar su culpa sobre otros es un acto que se remonta a la caída. Es precisamente lo que hicieron nuestros primeros padres. Adán acusó a su mujer y a Dios mismo de su propia culpa, diciendo: “La mujer que me diste por compañera me dio del fruto del árbol...”. Y la mujer dijo: “La serpiente me engañó” (Génesis 3:12-13).

No podemos justificarnos del mal que hemos cometido. Para obtener el perdón y la purificación, debemos confesar el pecado y humillarnos. Solo Dios justifica. El culpable no lo puede hacer.

Aquella escena daba a todos los hombres la oportunidad de manifestar lo que eran respecto a Dios, mejor que la ley había hecho. Jesús, el hombre divino, el hombre perfecto, estaba pues allí, solo, en medio de los pecadores. Víctima voluntaria, aceptó todo lo que los hombres le infligieron en el camino que lo conducía a la cruz donde glorificaría a Dios. Y así, por su muerte, semejante gente, tal como usted y yo, podemos ser salvos por la fe.

¡Qué amor y qué agradecimiento debemos a Aquel que se dejó conducir a la cruz por nosotros, como un cordero al matadero!

La crucifixión

Después que Pilato hubo dictado su inicua sentencia, los soldados juntaron contra Jesús toda la cohorte. Después de comparecer sucesivamente delante de los jefes judíos y del gobernador romano el Señor fue entregado a los soldados, gente vulgar y brutal que encontraba en Jesús un motivo para burlarse de los judíos, maltratándolo y haciéndolo sufrir antes de crucificarlo. Le quitaron sus ropas y lo vistieron con un manto de escarlata. Tejieron una corona de espinas y la pusieron sobre su cabeza, en su mano derecha colocaron una caña como cetro. Vestido irrisoriamente como un rey, nuestro precioso Salvador sufrió todas las burlas, los insultos y los ultrajes de estos hombres bárbaros que hincaban la rodilla delante de él, diciendo: “¡Salve, Rey de los judíos! Y escupiéndole, tomaban la caña y le golpeaban en la cabeza” (v. 29-30). Bajo estos golpes, las espinas debían penetrar hiriendo la frente divina del hombre perfecto, cuyo corazón era tan herido como sus sienes. Así, de una manera humillante y dolorosa, Jesús sufría la contradicción de pecadores contra sí mismo (Hebreos 12:3). Un día, cuando el Señor sea manifestado en gloria, estos soldados paganos, así como todos los hombres, doblarán las rodillas delante de él. Pero en aquel momento el Rey de reyes y Señor de señores era el Cordero indefenso, la víctima expiatoria que iba hacia la cruz para cumplir la obra de la redención a favor de impíos, tales como aquellos que nos representaban. En esa hora solemne, el odio de los hombres contra Dios y el amor de Dios hacia ellos iban a encontrarse en la cruz.

¡Ojalá muchos más doblen las rodillas delante de Jesús, como Salvador y Señor, agradeciéndole el amor que mostró en la cruz a favor de ellos! ¡Y que no se vean en la obligación de doblar las rodillas como pecadores delante de su Juez!

Después de haberse burlado de Jesús, los soldados le quitaron el manto de escarlata, le pusieron sus propios vestidos, y lo llevaron al Gólgota para crucificarlo. Por lo general, el mismo condenado llevaba su cruz hasta el lugar del suplicio. Juan 19:17 dice que “él (Jesús), cargando su cruz, salió”. Aquí leemos: “Cuando salían, hallaron a un hombre de Cirene que se llamaba Simón; a este obligaron a que llevase la cruz” (v. 32). No hay contradicción entre estos relatos: Simón pasaba cuando Jesús salía cargando su cruz, y fue obligado a llevarla. ¿Por qué? La Palabra no lo dice.

Una vez que llegaron al lugar del suplicio, los soldados dieron a Jesús vinagre mezclado con hiel, bebida que tenía por efecto atenuar el dolor del condenado durante la crucifixión. Pero después de probarlo, Jesús rehusó beberlo. Quería soportar conscientemente todo lo que le era impuesto. De su Padre hallaba el socorro para soportar los sufrimientos hasta el fin. Despojado de sus vestidos, Jesús fue crucificado entre dos malhechores. Los soldados se repartieron sus vestidos y cumplieron, sin saberlo, lo que está escrito en el Salmo 22:18: “Repartieron entre sí mis vestidos”. Terminada su obra, ellos se sentaron para vigilarlo. En la cruz se colocó una inscripción indicando el motivo de su condenación, que no era sino su bella confesión delante de Poncio Pilato, la que el mismo Pilato escribió: “Este es Jesús, el rey de los judíos” (v. 37). A pesar de la oposición de los judíos, el testimonio de lo que Jesús era para la nación debía ser dado públicamente hasta el final.

Los que pasaban lo injuriaban y meneaban la cabeza burlándose en tono desafiante por las palabras de Jesús respecto al templo. Los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos decían:

“ A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios (v. 42-43).

Lo más sensible para el corazón del Señor fue violado y pisoteado en aquel momento en que la prueba no hacía más que manifestar sus perfecciones. Él no abría la boca. Allí, según el Salmo 22, se hallaba rodeado por esos leones rapaces y rugientes, esos toros de Basán, esa cuadrilla de malignos. Incluso los ladrones que estaban crucificados con él lo injuriaban.

Comprendemos qué terribles juicios desencadenó toda la maldad manifestada por esos verdugos, y muy particularmente por los judíos, contra la persona adorable del Señor Jesús; porque todos los sufrimientos que él soportó de parte de los hombres, ocasionarán los juicios anunciados en los Salmos y en los profetas, y no la salvación de los pecadores.

En cuanto al Señor, toda su actitud atrae nuestros corazones hacia su adorable persona. Lo vemos expuesto a la maldad del corazón natural sin que abriera la boca, indefenso, sufriendo “tal contradicción de pecadores contra sí mismo”, a pesar de que podría haber destruido a sus enemigos con una palabra. Su amor por su Dios, a quien quería glorificar tanto con su muerte como con su vida, y su amor por el pecador, a quien quería salvar, lo condujeron a aceptarlo

todo. ¡Dios quiera que la contemplación de esta escena del Gólgota llene nuestros corazones de amor y de gratitud por Jesús, quien quiso sufrir la condena que nosotros merecíamos! Para aquel que todavía no posee la salvación, ¿no es esta escena apta para traerlo al Salvador?

El desamparo de Dios

Con estos versículos comienza otra escena, imposible de describir. Hallamos su explicación en el clamor de Jesús:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (v. 46).



Hemos asistido a las angustias en Getsemaní, donde Jesús tenía que afrontar el poder de Satanás, quien se servía de los horrores de la muerte para tratar de hacerlo retroceder ante esta muerte. Además, hemos visto algo de los suplicios morales y físicos que los hombres infligieron a Jesús con un odio tan refinado como brutal. Pero todo esto no era sino el camino por el cual Jesús, la víctima voluntaria, iba a ofrecerse a Dios y a sufrir de su parte el juicio que merecía el culpable. Porque ninguno de los sufrimientos que precedieron a esta hora terrible, la sexta hora, expió un solo pecado. Y si Jesús hubiera descendido de la cruz, como esos malignos se lo pedían (y él podía haberlo hecho), ningún pecador hubiera podido ser salvo. Todos aquellos sufrimientos tendrán como resultado los juicios de Dios sobre los hombres, y no su salvación.

“Y desde la hora sexta (las doce) hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena (las tres de la tarde)” (v. 45). Estas tinieblas interrumpieron la manifestación de odio de los hombres contra Jesús; aislaron completamente a la santa Víctima de la escena en medio de la cual había sufrido hasta entonces. En estas tres horas terribles de profundas tinieblas fue elevado entre el cielo y la tierra y abandonado por Dios bajo el juicio eterno que merecíamos nosotros. Esto era necesario para que la expiación de los pecados se cumpliera.

Allí, Jesús sufría de parte del Dios justo y santo el castigo que merecían todos aquellos que eran y serían salvos por la fe, a fin de que Dios pudiese dar la vida eterna a cualquiera que creyera. Allí, en aquella cruz maldita, no se le evitó nada. En el día del juicio, los hombres rendirán cuentas de todas las palabras ociosas que pronunciaron (Mateo 12:36). Por cada una de estas palabras el Señor sufrió de parte de Dios, para que, por la fe, todos los que las dijeron pudiesen recibir el perdón. Este juicio completo, en los sacrificios por el pecado, era representado por el fuego que consumía enteramente a la víctima (Levítico 16:27). Por eso no podemos describir los sufrimien-

tos que Jesús soportó de parte de Dios a causa del pecado. Pobres y miserables pecadores, nosotros mismos los hemos atraído sobre el Hijo de Dios, quien quiso soportarlos para liberarnos. Si hubiésemos bebido la mínima parte de la copa de la cólera de Dios contra el más leve de nuestros numerosos pecados, habría sido para nosotros una eternidad de sufrimientos, y aún así este pecado jamás habría sido expiado. En la medida en que los creyentes comprenden la obra de la cruz y el amor que Jesús demostró al cumplirla, pueden expresarle estas palabras:

*La horrenda cruz, Jesús, por nos sufriste,
Desamparado por tu Dios allí:
La muerte y sus terrores Tú venciste,
Al recibir su golpe sobre Ti.*

*Con grande amor ¡Oh Cristo! te entregaste,
En cruz colgado, de Dios maldición;
Tu propia sangre, el precio que donaste,
Fue nuestra paz y eterna salvación.*

*¡Tierno Jesús!, de Dios el Muy amado,
Del Padre el don, supremo don de amor;
A Ti Señor, el Hijo consumado,
Te adora el alma con santo fervor.*

Podemos cantar este himno mientras esperamos el momento en que, semejantes a él, en la gloria, comprendamos plenamente la obra de la cruz. Delante del tribunal de Cristo veremos la inmensa suma de nuestros pecados y comprenderemos la santidad, la justicia y las glorias de Dios que Jesús mantuvo cuando cargaba con estos pecados. Como resultado de esta obra, Dios puede introducir tales seres en su presencia, como muy amados hijos, en un estado de perfección que le conviene, y allí podremos disfrutar de todo su amor. Veremos también la gloria que Jesús dejó para hacerse hombre y víctima por el pecado. Entonces, conociendo como fuimos conocidos, estaremos capacitados para adorar y alabar con perfección al Cordero que fue inmolado para rescatarnos e introducirnos en esa gloria.

El culto que los rescatados presentan a Dios el Padre y al Señor Jesús comienza en la tierra, con gran debilidad y muchas imperfecciones. Pero el objeto y el tema de este culto son los mismos que los que tendremos en la gloria. Por el mismo Espíritu, en la tierra como en los cielos, esta alabanza es expresada y lo será eternamente.

Cuando Jesús hizo oír el clamor: “Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?” (v. 46), aquellos que lo rodeaban, indudablemente sin comprender este lenguaje, dijeron: “A Elías llama este” (v. 47). Uno de ellos corrió y le ofreció una esponja llena de vinagre, que puso al extremo de una caña, cumpliendo lo que dijo el profeta:

En mi sed me dieron a beber vinagre

“ (Salmo 69:21).

Otros decían: “Deja, veamos si viene Elías a librarle”. ¡Divino Salvador!, no necesitaba de Elías para salvarse. Al dar su vida, él ejecutaba la obra en virtud de la cual Elías pudo subir al cielo sin pasar por la muerte, “pasando Él por ella”. Nadie sabía lo que ocurría en esta cruz. Para que el pecador lo supiera, era necesario que Jesús descendiera a la muerte, que resucitara, que fuera glorificado y que enviara al Espíritu Santo. Gracias a Dios ahora todo creyente lo sabe y puede cantar:

*Varón, Tú, de dolores fuiste y manso Cordero,
Sufriendo de los hombres muerte y cruel vejación;
De Dios desamparado te viste en el madero,
Mas de nuestros pecados hiciste la expiación.*

La muerte y la sepultura de Jesús

“Mas Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu” (v. 50). Todo lo que Jesús tenía que hacer lo había hecho, no era necesario que permaneciera más tiempo en la cruz. Normalmente los crucificados debían esperar, con muchos sufrimientos, que una muerte lenta y natural pusiese fin a su larga agonía. A veces se quedaban tres o cuatro días en la cruz antes de expirar. Jesús, quien vino para dar su vida, tenía el poder para ponerla y para volverla a tomar. Recibió este mandamiento de su Padre (Juan 10:18). Si se dejó tomar voluntariamente por los hombres, también dio él mismo su vida por obediencia. Nadie podía quitársela. Él mismo entregó el espíritu cuando todo se cumplió (lo que ningún hombre podría hacer), en plena posesión de su fuerza y después de haber clamado a gran voz.

Cuando resonó este clamor, clamor de victoria y no de agonía, “el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; y se abrieron los sepulcros” (v. 51-52). El primer hecho que siguió a la muerte de Cristo fue la rasgadura del velo del templo. Dios demostraba así que el pecador lavado de sus pecados tenía derecho de entrar en su bien-

aventurada presencia, de la cual antes lo separaba el velo. Entonces, Dios podía satisfacer el deseo eterno de su corazón: tener delante de él a hombres salvos y perfectos. El camino al Lugar Santísimo había sido manifestado, los adoradores, hechos perfectos para siempre, podían entrar libremente en la presencia del Dios santo (Hebreos 9:8; 10:19).

El segundo hecho que siguió a la muerte de Jesús fue la manifestación de la potestad victoriosa de la muerte: la tierra tembló, las rocas se partieron y los sepulcros se abrieron. Así, el hombre salía del poder de la muerte y resucitaba capacitado para estar en la presencia de Dios. ¡Qué verdades maravillosas nos indican estos hechos! Pero, nada podía cumplirse para el hombre antes de que Cristo resucitara de entre los muertos. “Muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de los sepulcros, **después de la resurrección de él**, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos” (v. 52-53). No podían salir antes.

“ El centurión, y los que estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que habían sido hechas, temieron en gran manera, y dijeron: Verdaderamente este era Hijo de Dios (v. 54).

La muerte de este hombre en plena posesión de su fuerza, y los acontecimientos que la siguieron, eran oportunos para que de la boca de un pagano se diera este testimonio; los jefes de los judíos, en cambio, permanecían indiferentes e incrédulos.

Algunas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndolo, miraban de lejos, y fueron testigos de lo que sucedió. Entre ellas se hallaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

En Isaías 53:9 está escrito: “Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte”. Por lo tanto, cumpliendo esta profecía, un hombre rico, José de Arimatea, discípulo de Jesús, pidió a Pilato el cuerpo del Señor. Pilato mandó que se le entregara. José envolvió el cuerpo en una sábana limpia y lo puso en su sepulcro nuevo, labrado en la peña. Después rodó una gran piedra contra la puerta y se fue. Así se cumplió la profecía de Isaías. Las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea, se quedaron sentadas frente al sepulcro. Su afecto por el Señor es muy conmovedor; las ayudaba a vencer todo temor para ver hasta el final lo que le acaecería, mientras que los discípulos permanecían a distancia. El amor por Jesús hace cumplir obras que lo regocijan. ¡Pero, cuántos pensamientos debían elevarse en sus corazones! Ellas habían seguido y servido a su Señor, habían sido testigos y objetos de su potestad y de su gracia. Una de ellas fue liberada de siete demonios (Marcos 16:9). Y ahora asistían al final doloroso de una vida de

maravillosa actividad. Aquel que la había cumplido, en quien habían creído como Mesías, quien debía traer la bendición sobre la nación, se hallaba allí inanimado, yaciendo en un sepulcro. Todo parecía haber terminado para ellas. Y, en efecto, para Dios esto era el final del hombre perdido y pecador, el final del tiempo durante el cual había reclamado de él en vano el cumplimiento de la ley; era el final del pueblo judío según la carne. Pero estas mujeres no sabían nada de esto. Sin embargo, tres días después, ellas entraron por la resurrección del Señor en un principio nuevo y eterno. Fueron testigos de la resurrección del Vencedor de la muerte al amanecer del primer día de la semana, el primer día del cristianismo. Como el Señor lo había dicho a los discípulos, su tristeza se convirtió en gozo (Juan 16:20).

La guardia

Jesús fue crucificado el día de Pascua, aunque los judíos lo hubieran deseado de otra manera. Este día se llamaba **la Preparación** porque el pueblo se preparaba para celebrar el día de reposo que tenía lugar al día siguiente. Aquel año, la celebración de la Pascua caía en viernes. El “día siguiente, que es después de la preparación” (v. 62) era, pues, sábado, día que el Señor pasó por completo en el sepulcro. Los principales sacerdotes y los fariseos se reunieron ante Pilato aquel día, diciéndole: “Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero. Y Pilato les dijo: Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis” (v. 63-65). Como todos los incrédulos, los jefes de los judíos temían que se confirmara lo que ellos pretendían no creer. Por lo tanto, querían evitar todo lo que pudiera hacer creer en la resurrección de Jesús. Pero sus precauciones solo sirvieron para probarles esta resurrección, como lo veremos en el capítulo siguiente, porque los guardas a quienes pusieron ante el sepulcro “temblaron y se quedaron como muertos” cuando vieron el ángel que había quitado la piedra para que las mujeres pudieran comprobar la resurrección de Jesús.

El enemigo tenía interés en impedir la divulgación de la resurrección, hecho de importancia capital, fundamento del Evangelio. Si Jesús no hubiese resucitado, su muerte —que era el juicio de Dios sobre el hombre en Adán— habría terminado con la historia del pecador. Pero eso no era posible. Aquel que entró en la muerte era el Hijo del Dios vivo, el Príncipe de la vida. La muerte no podía retenerlo. Él había dicho: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar” (Juan 10:17). Él la volvió a tomar, y en consecuencia, introdujo en ella a todos aquellos por los cuales murió. Así, porque fue victorioso sobre la muerte, todas las promesas de

Dios podrán cumplirse. Por eso, más tarde, los apóstoles daban testimonio, con gran poder, de la resurrección de Jesús de entre los muertos (Hechos 4:33; véase también Hechos 1:22; 2:24, 31; 3:15; 4:2, 10; 5:30, etc.) El apóstol Pablo dice:

“ Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados
(1 Corintios 15:17).

Así comprendemos por qué el enemigo, que no pudo desviar a Jesús del camino de la obediencia, se esforzó cuanto era posible para impedir que se testificara de su resurrección. Sus acciones siempre son engañosas, así como las de quienes lo escuchan. Sin embargo, Dios cumple su obra de gracia para la liberación de los pecadores.

Capítulo 28

Las mujeres que presenciaron la sepultura de Jesús guardaron el sábado, según la ley. Pero, preocupadas por su Señor y por los cuidados que querían proporcionar a su precioso cuerpo, María Magdalena y la otra María, madre de Jacobo y de José (Marcos 15:40, 47; 16:1), se dirigieron al sepulcro al amanecer el primer día de la semana. Esta visita les hizo comprobar que no había ningún cambio desde la víspera, y esperaron la mañana para unguir el cuerpo de Jesús (Marcos 16:2).

Los versículos 2 a 4 nos dicen lo que sucedió durante la noche. “Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos”. Solo Mateo relata la abertura del sepulcro por el ángel. En los otros evangelios, cuando llegan las mujeres, encuentran la tumba abierta y vacía. También es solo Mateo quien refiere las precauciones tomadas por los judíos para evitar que se diga que Jesús resucitó. Dios permitió que los judíos vigilaran el sepulcro para darles, por medio de sus propios guardas, el testimonio irrecusable de la resurrección de su Hijo; así quedaría demostrada su propia locura. Sin embargo, los jefes seguían aferrados a sus pensamientos (v. 11-15). Después del relato de los guardas que hacía evidente la resurrección de Jesús, se reunieron y dieron una buena cantidad de dinero a los soldados, a fin de que dijese que sus discípulos habían hurtado el cuerpo del Señor mientras ellos dormían. Aún hoy los judíos dan crédito a esta versión.

Por este testimonio vemos que la incredulidad es el resultado de la voluntad perversa del hombre. Uno es incrédulo porque no quiere creer. Muchos dicen que no **pueden** creer, pero el hecho es que no **quieren**. El corazón natural no se complace en creer las cosas tales como Dios las dice, aunque el incrédulo no quiera reconocerlo. Porque si el hombre culpable ante Dios cree lo que Dios dice, se halla en falta y condenado. Si en su orgullo busca evitar este reproche, permanece en su incredulidad; pero si acepta lo que Dios dice de él, se halla en el camino de la salvación. En el día de la gracia que vivimos actualmente, la misma Palabra, que presenta el estado del hombre pecador y perdido, presenta también el medio de salvación. El Señor tuvo que decir a los judíos:

No queréis venir a mí para que tengáis vida

“ (Juan 5:40).

Delante del sanedrín, cuando los jefes le preguntaron si él era el Cristo, Jesús respondió: “Si os lo dijere, no creeréis” (Lucas 22:67). Así ellos permanecían en su incredulidad, y por consiguiente, bajo el juicio (véase Juan 3:18, 8:24). Esa será la porción de quienquiera que no crea.

La aparición del ángel

Cuando llegaron al sepulcro, las mujeres encontraron al ángel que había quitado la piedra. Ellas también tuvieron miedo al verle (Lucas 24:5), pero él les dijo: “No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado” (v. 5). Aquellos que aman al Señor y lo buscan no tienen nada que temer. Hoy, como entonces, el mundo puede estar en su contra, pero, al estar ellos del lado de Dios respecto a su Hijo, los ángeles, estos espíritus ministradores, sirven a su favor (Hebreos 1:14). ¡Qué paz da al corazón tener por objeto al Señor Jesús!, sobre todo conociéndolo como lo conocemos hoy y como estas santas mujeres pronto llegaron a conocerle: un Cristo resucitado que venció la muerte y liberó “a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre”, puesto que destruyó “al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (véase Hebreos 2:14-16). Para el incrédulo, para aquel que quiere complacerse en el mundo que rechazó a Cristo, solo hay temor. “No hay paz para los malos, dijo Jehová” (Isaías 48:22).

El ángel confirmó a las mujeres lo que Jesús había dicho en cuanto a su resurrección: “No está aquí, pues ha resucitado, como dijo”. Ellas lo desconocieron. La fe que tenían en Jesús como Mesías viviendo en la tierra, había oscurecido las verdades concernientes a su rechazamiento, verdades que iban a introducir las en bendiciones más grandes que aquellas que el Mesías habría traído, si hubiese sido recibido. Pero el afecto que le tenían les abría la inteligencia y les hacía gozar de las bendiciones que emanaban de su muerte. “El que busca, halla”, dijo Jesús (Mateo 7:8). Si uno busca al Señor, él se revela de una manera que siempre sobrepasa lo que uno es capaz de desear de él. Recordemos que el verdadero camino de la inteligencia espiritual es el amor por Cristo. El Señor dice de quien le ama y demuestra este amor por la obediencia: “Y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14:21). Así les aconteció a estas mujeres. El ángel añadió: “Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos, y he aquí va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. He aquí, os lo he dicho” (v. 6-7). ¡Feliz noticia! En vez de unguir el cuerpo de Jesús, iban a verlo vivo. “Entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos” (v. 8). Cuando nuestro corazón se regocija con alguna verdad, no la podemos guardar para nosotros, sino que nos convertimos en un medio para llevar el gozo y la bendición a otros. En el camino,

Jesús les salió al encuentro, diciendo: “¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron” (v. 9). Uno siempre saca provecho cuando obedece la Palabra y tiene al Señor como objeto del corazón: “Me manifestaré a él”, dijo Jesús. ¡Qué gozo para estas mujeres volver a hallar vivo a Aquel que habían buscado entre los muertos! ¡Qué gozo para todos los creyentes, cuando lo veamos en su hermosura! ¡Que todos anhelemos con más ardor este momento glorioso y cercano, para gozar de él mejor de lo que lo hacemos en la tierra! Para que este deseo sea más vivo, debemos buscarlo ahora en mayor medida, porque, para desear ver a una persona, previamente hay que conocerla.

Jesús repitió a estas mujeres el mensaje que el ángel les había encargado, empleando una expresión que caracteriza el relato en el evangelio según Juan (cap. 20:17), o sea, un título precioso para los suyos. El ángel había dicho: “Decid a sus **discípulos**”, y Jesús les dijo: “Dad las nuevas a mis **hermanos** para que vayan a Galilea, y allí me verán” (v. 10). En virtud de la muerte de Cristo, que puso fin a todo lo que caracterizaba al hombre en Adán, pecador y perdido, el creyente es introducido en una posición nueva, la de Cristo resucitado. Él es uno con Cristo, como lo leemos en Hebreos 2:11: Él “no se avergüenza de llamarlos hermanos”, porque los que santificó se hallan en la misma relación que él con su Dios y su Padre. En el evangelio según Juan Jesús dice: “Vuestro Dios” y “vuestro Padre”.

Jesús y sus discípulos en Galilea

En el mensaje del ángel a las mujeres, reiterado por el Señor, hallamos la respuesta a una necesidad real de ver al Señor, necesidad que el Espíritu de Dios reconoce en todo creyente. Por eso se repitió en ambas ocasiones: “Allí le veréis”. Más tarde, para satisfacer esta necesidad en los discípulos, testigos de la ascensión del Señor, dos ángeles fueron enviados para decirles:

“ Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo (Hechos 1:11).

Muchos pasajes anuncian esta venida, no solamente para decir que dejaremos las miserias de esta tierra, sino para que estemos con el Señor. El apóstol Pablo termina la revelación de la venida de Cristo para arrebatarnos a los suyos, diciendo: “Y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:17). Pero, queridos lectores que aman al Señor, mientras esperamos el momento glorioso en que lo veamos tal como es y seamos semejantes a él, tenemos el privilegio de verlo por la fe, presente en medio de los santos reunidos en su nombre en esta tierra. De esto goza-

ron los discípulos a quienes las mujeres les habían transmitido el mensaje del Señor. “Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado. Y cuando le vieron, le adoraron” (v. 16-17). Él “les había ordenado”: la Palabra del Señor es autoridad para el creyente. Una vez conocido su pensamiento, este pasa a ser una orden, y cada una de sus palabras un mandamiento. Los discípulos obedecieron y vieron entonces al Señor. Nosotros tenemos este mismo privilegio aunque el Señor esté ausente corporalmente. Él mismo nos invita, diciendo: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20). Es un gran privilegio poder responder al deseo expresado por Aquel que murió, no solo para sustraernos del juicio de Dios, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos (Juan 11:52). Nada tiene más fuerza que la autoridad del amor que nos invita a encontrarnos con Jesús en esta tierra, mientras esperamos hacerlo en el cielo. ¿Cómo podríamos desear su regreso para estar con él, y descuidar la reunión de los creyentes alrededor de Su persona en la tierra? Todos aquellos que responden al deseo expresado por el Señor, encontrándose allí donde prometió su presencia, reciben un gozo y una bendición infinitamente más grandes que los que se reúnen simplemente para oír una exposición de la Palabra o un discurso por el hermano o predicador de su elección. Porque reunirse con este propósito, es preferir el siervo al Maestro. Sin duda, el Señor puede utilizar a un hermano para que lleve bendición; pero esta será mayor para los que hayan buscado primeramente la presencia del Señor, por obediencia a su Palabra y para responder al deseo de Su corazón.

En el mensaje dirigido a los discípulos hallamos un principio importante; se trata del lugar donde se puede ver al Señor. Para los discípulos, ese lugar era Galilea. ¿Por qué no era el templo de Jerusalén, donde Jehová había puesto su nombre y desde donde la bendición debía y debe derramarse sobre toda la tierra? Porque la presencia de Dios ya no estaba en el lugar que en otro tiempo llamó su casa. Fue rechazado en la persona de Jesús. Un nuevo orden de cosas ha sido introducido, un orden de cosas celestial –aunque su esfera se halla en la tierra– cuyo centro es Cristo rechazado y despreciado. Los que siguen a Cristo obedeciendo a su Palabra lo buscan allí donde él les ordena ir. Es todo lo que necesitan. Participan del desprecio manifestado a su nombre por parte del mundo, amante de una religión que satisface sus propios deseos, sin obedecer los mandamientos del Señor. Los judíos de Judea despreciaban el país de Galilea; pero, según este evangelio, el Señor se retiró precisamente a esta región cuando se enteró del encarcelamiento de Juan el Bautista, y allí se cumplió la mayor parte de su ministerio.

Recordemos que el desprecio del mundo acompañará siempre la fidelidad al Señor, pero el oprobio de Cristo es más glorioso que todo lo que el hombre puede estimar.

El relato de la resurrección corresponde al carácter de todo el evangelio según Mateo, en el cual Jesús es presentado como Mesías. Habiendo vivido especialmente entre los pobres galileos, después de su muerte se encontró otra vez en medio de aquellos que lo recibieron. Allí les dio órdenes, no para Israel, sino para todas las naciones, a fin de que fueran introducidas, por el bautismo cristiano, en el terreno en el cual era reconocida su autoridad, para que se conformasen a las enseñanzas que él dio a los suyos. El bautismo se haría en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, plena revelación de Dios en gracia, en contraste con Jehová, el Dios de Israel. Según esta revelación, la bendición se extendería por encima de los límites de Israel. Jesús les aseguró que estaría con ellos –Emanuel, Dios con nosotros (véase cap. 1:23)– hasta “la consumación del siglo” (cap. 13:39-40; 28:20, V. M.), es decir, hasta el momento en que establezca su reino en gloria.

La ascensión del Señor no se menciona en este evangelio, porque aquí el Espíritu de Dios presenta a Jesús ocupando un lugar en medio de sus discípulos en la tierra, como remanente de su pueblo enviado por el mundo entero. El Señor les prometió su presencia hasta el fin, pues había recibido plena autoridad en los cielos y en la tierra.

En estas últimas palabras del Señor vemos que su fidelidad permanece a favor de los suyos. Al principio del evangelio se presentó a su pueblo como Emanuel, “Dios con nosotros”; pero, como rechazado, ha venido a ser Emanuel para aquellos que lo reciben, hasta que el pueblo lo reconozca. Por eso todos los que han creído en él pueden contar con esta promesa hasta el fin.

¡Dios quiera que todos los creyentes sintamos la necesidad de gozar de esta valiosa promesa y experimentarla para gloria de Aquel que tanto nos amó!